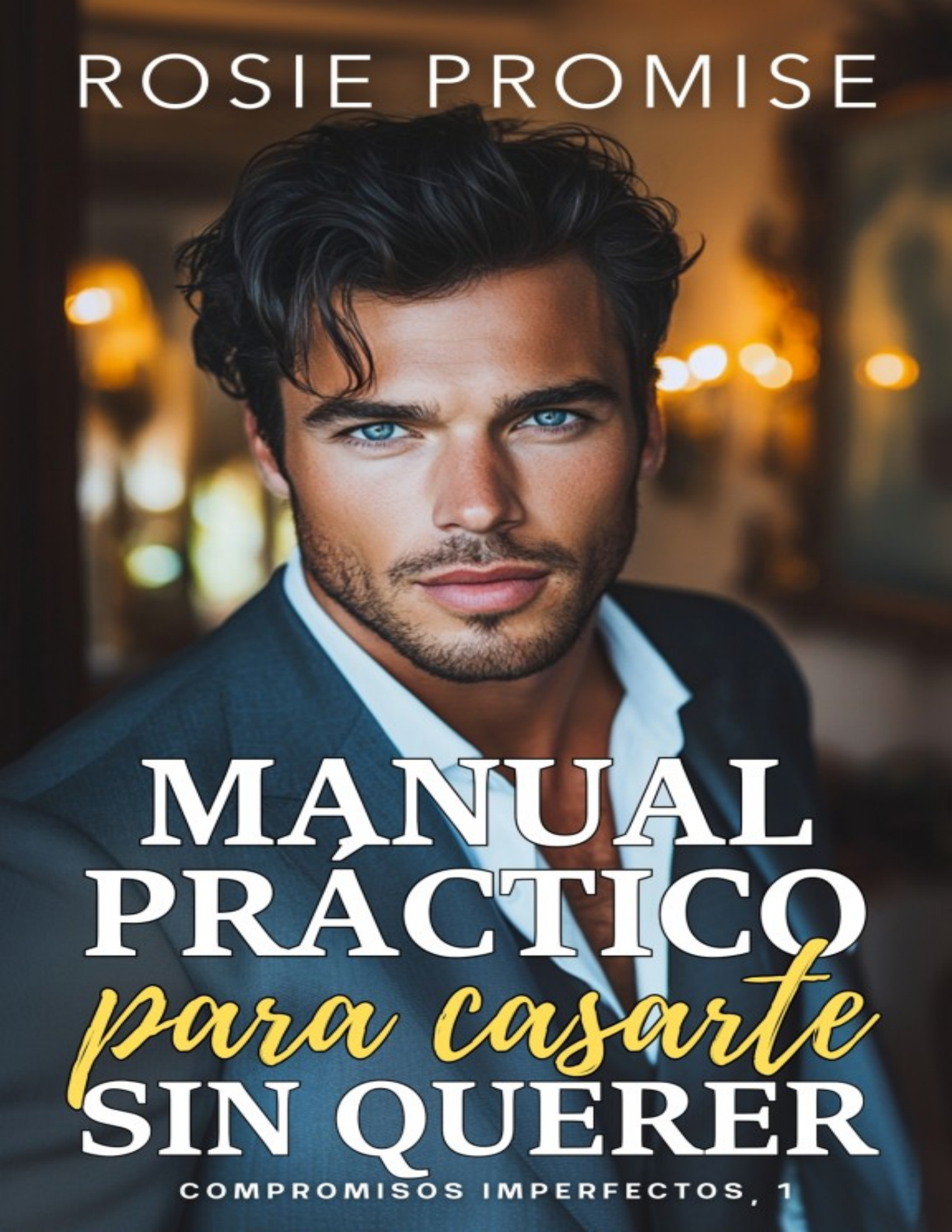




ROSIE PROMISE

MANUAL
PRÁCTICO
para casarte
SIN QUERER

COMPROMISOS IMPERFECTOS, 1

Índice

[Manual práctico para casarte sin querer](#)

[Sinopsis](#)

[Créditos legales](#)

[No te pierdas nada](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Esto es para ti](#)
[Encuéntrame aquí](#)

**Manual práctico para casarte
sin querer
Compromisos imperfectos, 1
ROSIE PROMISE**

Manual práctico para casarte sin querer

**Una comedia romántica sexy sobre elecciones
erróneas y matrimonios inesperados**

Nora no se casó por amor, sino por error.

Mason tampoco tenía planes de acabar casado, y mucho menos con una mujer que no cree en el matrimonio, **no le gustan las promesas vacías** y tiene demasiado claro quién es como para encajar en el **papel de esposa tradicional**.

Lo que viene después de esto **no es un cuento de hadas**, sino una **convivencia forzada**, **atracción** mal gestionada y **tensión sexual constante**. Y todo ello acompañado de una buena dosis de **sarcasmo**, **deseo** y conversaciones que empiezan como bromas y terminan removiendo cosas que ninguno quiere ni nombrar.

Entre roces que nos son tan inocentes y silencios que hablan por ellos mismos, ambos descubren que **el problema no es el matrimonio... sino quedarse junto a la otra persona**.

Porque **huir es fácil, pero elegir (bien) no lo es**.

Manual práctico para casarte sin querer es una **comedia romántica sexy, divertida y emocional**, sobre **matrimonios inesperados, errores** bien cometidos y la clase de amor que no llega para salvarte, sino para caminar a tu lado.

Una historia de **romance adulto, diálogos divertidos, química explosiva** y escenas **spicy** con **emoción** real, donde **nadie promete perfección, pero sí autenticidad.**

Ideal para lectoras que buscan:

- **Romance contemporáneo.**
- **Comedia romántica adulta.**
- **Matrimonio inesperado**
- **Enemies to lovers.**
- **Tensión sexual real.**
- **Amor elegido.**
- **Finales que dejan buen sabor de boca.**

Porque a veces el mayor error... es justo el que te lleva al lugar correcto.

© Rosie Promise, 2026

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Los personajes y actos que aparecen en este libro son totalmente ficticios y fruto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia y no hay ninguna intención por parte de la autora.

**Sígueme en Amazon para no
perderte ninguna de mis
publicaciones.**

[Sígueme aquí.](#)

1

Nora

El tacón se me parte con un chasquido sobre la grava cuando estoy a dos metros del coche. Me quedo un segundo mirando la pieza rebelde que cuelga torcida de la suela y luego levanto la vista hacia la entrada de la finca.

—Perfecto —murmuro.

El móvil vibra en mi mano con uno más de todos los mensajes que he recibido hoy. Tengo la sensación de que todo el mundo tiene algo que decir, preguntar o confirmar, porque celebrar el amor entre dos personas al parecer no es suficiente sin una logística militar detrás. Respondo a Emy sin detenerme, caminando con el tacón muerto en una mano y el zapato en la otra, como si esto también formara parte de mi *look*.

Emy:

¿Has llegado?

¿Dónde estás?

Nora:

Estoy bien.

No te preocupes.

Te quiero.

Me encajo la sandalia de nuevo en el pie con un movimiento brusco y, en vez de maldecir en voz alta, enderezo los hombros y continúo caminando. Hay gente entrando, riéndose y saludándose con la mejor de sus sonrisas. En cambio, yo entro en modo «sobrevive al día sin matar a nadie», que también es una forma de celebrar el amor...

La finca en la que Emy y Ryan, su novio, celebran su boda es enorme, preciosa y todo está impecablemente decorado con buen gusto hasta el extremo. No obstante, no me detengo a analizarlo,

porque no he venido a admirar el lugar, sino a estar junto a mi amiga en este momento tan importante de su vida sin que mi boca diga en alto lo que mi cabeza piensa en privado.

Aun así, mi cerebro es un animal indomable y no puede dejar de repetir que esto es... demasiado. Demasiado caro, demasiado planeado, demasiado pulido, demasiado... ¡Pinterest! La gente, que supongo que también está aquí por la boda de Emy, hace fotos a todo antes siquiera de haberse parado a verlo, mientras yo, que llevo una sandalia amputada, intento no acabar rodando por el suelo. Mientras avanzo como puedo veo que Emy aparece en el porche principal de la finca. Está rodeada de dos personas que le enseñan algo en una *tablet*, otra que le coloca un mechón detrás de la oreja y una cuarta que le asalta con preguntas con las prisas propias de quien está a punto de desactivar una bomba. Pese a todo el estrés que le rodea, está preciosa. Supongo que estar tan enamorada del hombre con el que se va a casar debe ayudar a que esté más guapa que de costumbre. Mientras no dejan de hablarle, alza la mirada y me ve. Abre mucho los ojos y deja al corrillo de gallinas cluecas atrás y se acerca hasta donde estoy. Lleva un vestido informal, que le queda de lujo, y su habitual sonrisa.

—¡Nora!

Me abraza con fuerza, de verdad, apretando sin miedo, y yo la envuelvo también entre mis brazos y sin el gesto teatral que se espera en las bodas, sino con lo único que sé hacer bien cuando quiero a alguien como la quiero a ella.

—Te has puesto guapísima —le digo cuando nos separamos, pero aún sosteniéndola por los brazos.

—Tú siempre estás guapa —contesta, sin pensar, y luego baja la mirada hasta mi pie—. ¿Qué te ha pasado?

—He tenido un fallo... técnico —le respondo levantando la sandalia culpable.

Emy suelta una risa y se tapa la boca con la mano, como si alguien fuese a multarnos por no ser lo bastante solemnes en un lugar como este.

—Ven vamos a por unos segundos de paz —añade—. Antes de que alguien te pregunte por tu vida sentimental.

—Eso, por favor, lo vamos a prohibir por contrato.

—Ojalá —responde, tirando de mí hacia el interior de la casa.

Atravesamos el vestíbulo de la entrada y me siento fuera de lugar de la forma más absurda: no porque no sepa comportarme, sino porque este tipo de lugares parecen tener normas no escritas que todo el mundo entiende menos yo. Aquí se sonríe con la boca cerrada, se habla con entusiasmo controlado y se alaba todo lo que se ve por muy horrible que sea. «Qué bonito, qué ideal, qué romántico». En situaciones como esta, la gente se emociona por los centros de mesa, aunque yo a veces también soy incapaz de emocionarme hasta por promesas de amor eterno hechas en público...

No es que no crea en el amor. Creo en el amor real. El que se gana con días normales, con discusiones pequeñas y eligiendo al otro incluso cuando te apetece darte la vuelta y largarte. A mí lo que me cuesta es la parte del espectáculo que tienen las bodas y la idea de que un juramento dicho delante de cien personas vaya a blindarte de todo lo que no controlas. Las bodas venden una versión del futuro que me parece demasiado segura de sí misma. Sin embargo, eso es lo que pienso yo, porque Emy está exultante de felicidad.

—Estoy bien —me dice, interpretando mi gesto—. No empieces a poner esa expresión de «esto es una trampa».

—No es una trampa —respondo—. Es una inversión.

Ella me da un golpe suave en el brazo con el codo.

—Para ti todo es un negocio.

—Para mí todo son expectativas ajenas disfrazadas de flores —le devuelvo—. Pero ya sabes que yo te quiero igual, incluso con flores.

Emy me mira con algo parecido a la ternura.

—Gracias por venir —me susurra al oído—. Me tranquiliza que estés aquí.

—No podía faltar —contesto—. Aunque hagas que me ponga delante de un micrófono y me pidas que dé un discurso.

—Eso no va a pasar.

—Menos mal, porque sería una masacre para los románticos.

Justo en ese momento, aparece una de las organizadoras y le dice algo al oído. Emy me aprieta la mano una vez antes de irse, con la prisa alegre de quien está viviendo un sueño que ha elegido. La veo alejarse y me quedo quieta un segundo, pero después me giro para buscar un vaso de agua, una esquina o lo que sea para no quedarme en medio, pero entonces choco con alguien lo suficientemente fuerte como para que la mano con la que sostengo el tacón se me tense por reflejo.

—Perdona —digo, alzando la vista.

El hombre con el que me encuentro frente a mí es alto, grande y con una presencia que no necesita subrayarse, porque destaca por encima del resto. No lleva esa sonrisa educada de invitado simpático, sino una expresión tranquila, casi divertida, y tiene los ojos claros clavados en mí de una forma demasiado directa para haber sido un choque accidental.

—No pasa nada —responde—. Ibas con un arma en la mano.

Miro el tacón roto y luego lo miro a él.

—No es un arma. Es un símbolo de mi estabilidad... emocional.

Una comisura se le mueve de forma mínima y aunque no llega a ser una sonrisa completa, se nota que le ha hecho gracia.

—Entonces estás en peligro...

—Hoy estoy en peligro desde que he salido de casa —contesto.

Él inclina la cabeza, observándome con calma, y no se aparta ni intenta caerme bien.

—Mason —dice al final, como si esto fuese una presentación inevitable.

No extiende la mano, ni hace el gesto clásico. Solo suelta su nombre y se queda tan pancho, así que decido imitarle.

—Nora —le suelto con voz firme.

—Amiga de la novia —añade, mirando el tacón otra vez—. Se nota.

—¿Por mi zapato roto o por la cara?

—Por la cara.

—Vaya —respondo, seca—. Qué detalle.

Mason vuelve a poner una media sonrisa.

—Tienes cara de «he venido por amor y me voy a ir por agotamiento».

El comentario me pillta tan por sorpresa, que me dan ganas de fruncir el ceño... y de reírme a la vez, pero elijo lo primero.

—Tú, en cambio, tienes cara de amigo del novio que cree que todo esto es una obra de teatro larga.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta, te lo veo en la cara.

Sus ojos se fijan en mi rostro más de lo esperable. No sé qué ve, pero noto la reacción en mi cuerpo, una chispa incómoda que no tengo intención de que se convierta en nada más.

—Encantado, Nora.

—No te emociones —replico.

Me aparto medio paso de él, marcando distancia con el movimiento más pequeño y claro que sé hacer. Él solo me deja pasar con una calma que me irrita un poco.

—Disfruta del día —dice.

—No cuentes con ello.

Me alejo apretando con mi mano el tacón roto con fuerza, y me digo, muy en serio, que voy a evitar a este tío durante el tiempo que dure este espectáculo. Esto solo ha sido un encuentro puntual y fortuito, acompañado de un comentario tonto con un hombre que se llama Mason y al que no voy a volver a dedicar ni un pensamiento más. Lo malo es que, antes de llegar al pasillo, estoy pensando en él de nuevo y eso me pone de muy mal humor.

Me refugio en el baño más cercano como si hubiera escapado de una emboscada, apoyo el tacón roto en el borde del lavabo y resoplo. No por el zapato, ni por la finca, ni siquiera por la boda. Resoplo porque he cruzado medio Hudson Valley para acompañar a Emy en su boda, no para que un desconocido con voz de macho Alfa pagado de sí mismo me altere a la primera de cambio.

Me miro en el espejo y ladeo la cabeza.

—Céntrate —me digo—. Es sábado, es la boda de Emy y tú estás bien.

La mujer que me devuelve la mirada parece más segura de lo que me siento realmente. Tiene curvas donde tienen que estar, lleva un vestido ajustado lo justo para recordar que tengo un cuerpo que no pienso esconder, y el pelo recogido sin demasiada disciplina. Me gusta cómo voy, pero me molesta que alguien más también lo haya notado.

Salgo del baño con el tacón en la mano, decidida a encontrar a Emy antes de que alguien vuelva a interceptarme. El pasillo se ha llenado de voces, risas y carreras apresuradas de un lado a otro. El ambiente se va cargando de los nervios colectivos previos a la ceremonia que todo el mundo parece disfrutar menos yo. Me cruzo con caras conocidas de otras épocas de la vida de Emy, gente amable que pregunta, que comenta, que sonrío... En cambio yo, respondo lo justo, sin quedarme atrapada en conversaciones que sé que no me llevan a nada.

—Nora.

La voz me llega por detrás y no tengo que girarme para saber de quién es. Eso me irrita más que el hecho de reconocerla. Me vuelvo despacio y me encuentro de nuevo con Mason, aunque ahora está apoyado en la pared, con una copa en la mano y observando el ir y venir de invitados con una calma que empieza a parecerme sospechosa.

—¿Te has arrepentido ya? —pregunta.

—¿De qué exactamente? —inquiero alzando una ceja.

—De venir.

—No, pero de hablar contigo sí —le respondo.

Él alza la copa un centímetro, como brindando por la pulla.

—Tarde.

—Siempre hay tiempo de corregir errores.

—Eso dicen —contesta, sin perder el tono tranquilo.

Me muevo para pasar a su lado, pero vuelve a colocarse justo en el ángulo necesario para impedirme el paso, aunque no me toca ni me acorrala. Simplemente ocupa el espacio de una manera que me hace apretar los dedos alrededor del tacón.

—Si buscas a la novia —dice—, la han secuestrado para una última reunión de emergencia.

—Genial. ¿Algo más que deba saber para sobrevivir durante las próximas horas?

—Sí —responde—. No te fíes de las sonrisas demasiado amplias. Siempre quieren algo.

—Eso lo tengo claro desde que he llegado.

Mason me observa de arriba abajo con una franqueza que no se disfraza de educación. No hay descaro evidente en su gesto, ni insinuación verbal, pero el cuerpo se me activa igual. Lo noto en la forma en que se me tensan los hombros y en el leve calor que sube por el cuello.

—Te molesta estar aquí —sigue—. Pero no te vas a ir.

—No es asunto tuyo.

—No —admite—. Pero es evidente.

—¿Y eso qué te aporta exactamente?

—Nada —responde—. Me entretiene.

Le sostengo la mirada un segundo más de lo prudente.

—Pues búscate otro entretenimiento.

—Lo intentaré.

Paso a su lado sin rozarlo, aunque el espacio es tan estrecho que el movimiento parece casi coreografiado. Siento el calor de su cuerpo como una presencia demasiado concreta para haber sido accidental. Pero me esfuerzo en caminar recto, sin girarme hacia él y con la espalda firme. No le voy a regalar una reacción de mi cuerpo..

Cuando encuentro a Emy de nuevo, la veo muy nerviosa, por lo que la abrazo sin decir nada. Ella se apoya en mí, respira hondo y se ríe.

—No puedo creer que esto esté pasando —susurra.

—Está pasando —le digo—. Es tu boda, tu sueño, y tú estás preciosa.

—Tengo miedo —admite—. Del bueno, pero miedo.

—Eso significa que te importa y que lo estás haciendo de corazón.

Emy sonríe, más tranquila, y asiente. Se separa de mí cuando la llaman y el reloj invisible de la boda empieza a correr de verdad. Yo me quedo a un lado, observando cómo el caos se ordena a base de indicaciones y cada persona ocupa el lugar que se espera de ella.

Salgo de la habitación en la que están ayudando a Emy a vestirse y busco un asiento, me acomodo con la sandalia medio sujeta y me prometo que, en cuanto termine la ceremonia, me cambiaré de zapatos y me esconderé con una copa en la mano mientras todo el resto de los invitados celebran lo *maravilloso* que es estar enamorado. Resoplo con disimulo y vuelvo a ver a Mason. Está al fondo, de pie, hablando con Ryan, el novio de Emy. Mason escucha más de lo que habla. No gesticula en exceso, ni intenta robarle protagonismo al novio, simplemente parece cómodo y seguro, como si este mundo no le exigiera nada que no estuviera dispuesto a dar.

No sé qué hago observándole. Resoplo con disimulo y me obligo a mirar al frente cuando la música empieza y todo el mundo se pone en pie. Emy aparece al final del pasillo y el murmullo se apaga. Me emociono, a mi pesar, porque se me aprieta algo en el pecho al verla avanzar con una mezcla de nervios y felicidad que no se finge. Me digo que esto es lo que importa, que esto es lo real y lo es. Pero, aun así, cuando vuelvo a sentarme, noto que una parte de mí sigue en alerta, incómoda y consciente de una presencia que no debería haberme alterado nada, pero lo ha hecho.

Al terminar la ceremonia, los aplausos llenan el espacio y la gente se levanta, se abraza y se felicita. Yo respiro hondo y sonrío, de verdad esta vez, mientras Emy y Ryan se besan. Estoy orgullosa de mi amiga, de su valentía y de su elección. Me levanto para salir de la zona de la ceremonia, cuando una sombra se cruza en mi camino... ¡otra vez!

—Al final te has emocionado —suelta Mason, que ha aparecido a mi lado como por arte de magia.

—No te hagas ilusiones.

—No lo hago —responde—. Pero se te ha notado.

—Mason.

—Nora.

—No voy a discutir contigo hoy.

—Una pena.

—Para ti.

Sonríe.

—Disfruta del cóctel —dice—. Prometo no interrumpirte.

—Hazlo —respondo—. Será tu mejor aportación al evento.

Me alejo con paso firme hacia el jardín, decidida a cumplir esa promesa que me he hecho hace rato: evitarlo. No volver a cruzármelo ni volver a pensar en él. Sin embargo, mientras camino, me doy cuenta de que ya he fracasado en lo segundo y eso, sin saber muy bien por qué, me enfada conmigo misma.

El jardín se abre frente a mí con una perfección y una belleza increíbles. Hay varias mesas altas, cubiertas con manteles de color champán y con pequeños centros de flores a juego con el ramo de rosas blancas que lleva Emy. De repente los camareros aparecen en el jardín con bandejas con una coreografía ensayada y los invitados comentan la ceremonia con una emoción colectiva que se contagia, aunque no lo quiera. Me apoyo en una barandilla de madera y pido una copa de vino blanco al primer camarero que pasa. Me la sirve y doy un sorbo largo, agradecida por el frío que noto cómo desciende por mi garganta. En ese instante, siento que ya está, que la parte incómoda ya ha pasado y que lo único que queda es cumplir con mi papel social durante unas horas y acabar el día con la satisfacción de haber estado donde tenía que estar. Sin embargo, eso me funciona durante unos cinco minutos.

—¿Puedo?

No necesito girarme para saber quién es. Aun así, lo hago despacio, con la copa en la mano, preparada para no darle ni la más mínima opción de que se crea que estoy encantada de volver a verle. Mason señala el espacio libre a mi lado.

—Es un jardín —respondo encogiéndome de hombros—. No es mío.

—Me conformo.

Se apoya en la barandilla, dejando un margen correcto entre nosotros, sin hacerme sentir invadida, lo que consigue que la tentación de bajar la guardia sea peor así.

—Has sobrevivido —dice—. Enhorabuena.

—No cantes victoria.

—Nunca lo hago antes de tiempo.

Le miro de reojo y veo que lleva la chaqueta del traje colgada del antebrazo, la camisa arremangada y una postura relajada,

aunque algo en esa tranquilidad me crispa los nervios.

—¿Siempre eres así? —pregunto—. ¿Tan cómodo en bodas ajenas?

—Depende de la boda —responde—. Esta es fácil.

—¿Fácil?

—Dos personas que quieren estar juntas. Buen ambiente y barra libre ¿Dónde está el problema?

Me giro hacia él, apoyando también la espalda en la madera.

—El problema está en vender esto como una promesa blindada —digo—. Como si decir unas palabras delante de todo el mundo garantizara que no va a acabar doliendo en algún momento...

Mason me sigue observando sin interrumpirme hasta que acabo de hablar.

—La gente se casa convencida de que su amor va a mantenerse intacto solo porque hoy todo es bonito —continúo—. Y luego se sorprenden cuando no es suficiente.

—¿Te han decepcionado muchas bodas? —pregunta.

—Me han decepcionado muchas expectativas.

Él inclina un poco la cabeza.

—Eso no es culpa de las bodas.

—No —admito—. Pero ayudan a engañarse.

Nos quedamos en silencio hasta que Mason, después de dar un sorbo de su copa, continúa hablando.

—No todo el mundo se casa por el espectáculo. Algunos lo hacen porque quieren intentarlo.

—Intentarlo no es lo mismo que prometer un amor hasta el fin de los tiempos.

—No —concede—. Pero tampoco es una mentira.

Le sostengo la mirada y en sus ojos veo algo que no se esfuerza por convencerme, sino que solo expone.

—¿Siempre eres tan intenso en eventos sociales? —pregunto, para interrumpir esta conversación que no sé muy bien hacia a dónde va.

—Solo cuando alguien me provoca.

—No era mi intención.

—No lo parece.

Su media sonrisa vuelve a aparecer, también contenida, y siento la misma reacción física otra vez, ese aviso interno que no viene acompañado de deseo explícito, sino de alerta. Por lo visto, mi cuerpo sabe cosas antes que mi cabeza.

—Mira —digo, enderezándome—. Esto ha sido una conversación agradable, pero no voy a pasarme el día debatiendo sobre el matrimonio con un amigo del novio.

—Tranquila —responde—. No tengo intención de convertirme en tu némesis de boda.

—Menos mal.

—Aunque —añade—, tampoco creo que me sepas evitar demasiado bien.

El comentario me cae peor de lo que debería.

—No te evito —replico—. Te gestiono.

—¿Y cómo voy?

—Regular.

Sonríe, esta vez con una sonrisa un poco más abierta, y niega con la cabeza.

—Te cae mal alguien que no te afecta —dice—. Cuando afecta, es otra cosa.

Aprieto la copa sin darme cuenta al escuchar lo que acaba de soltar.

—No me afectas.

—Claro que no.

—No pongas palabras en mi boca.

—No lo hago —responde—. Solo observo.

Me separo de la barandilla, dando por terminada la charla antes de que escale hasta un terreno que no quiero pisar.

—Disfruta del cóctel, Mason.

—Lo haré.

—Y aléjate de mí.

—Haré lo que pueda.

Camino hacia el grupo más cercano de invitados con una sensación rara en el estómago. No son nervios, ni enfado sino la

certeza de que este hombre ha conseguido atravesar una capa de mi muralla de autodefensa, que yo suelo proteger muy bien.

Me mezclo con otros invitados, participo en conversaciones ligeras, sonrío cuando toca, pero mi atención está dividida. No lo busco, ni intento localizarlo... y aun así soy consciente de cuándo se mueve, de cuándo su risa suena a unos metros de mí y de cuándo está demasiado cerca de dónde estoy yo. Y eso es algo que no me gusta... nada de nada.

Cuando por fin consigo quedarme sola un momento, apoyo la espalda en un árbol y cierro los ojos un segundo. Respiro e intento ordenarme por dentro. Me fastidia lo fácil que he reaccionado a sus provocaciones y de lo poco que me ha costado engancharme a una conversación que no buscaba.

Abro los ojos e insisto en hacerme de nuevo una promesa sencilla, clara y necesaria: voy a evitarlo, porque Mason no me cae mal, me cae fatal porque me afecta y eso, en una boda, solo puede traer problemas.

2

Mason

Llego a la finca con la chaqueta desabrochada y con las expectativas muy bajas. Las bodas ajenas siempre me han parecido un trámite social: comes bien, bebes mejor y nadie te pide explicaciones. Ryan, mi amigo, está nervioso, pero es un nerviosismo de los que no se contagian. Le doy un abrazo, una palmada en el hombro y me dejo llevar hacia el jardín, donde ya circulan las bandejas y el ruido aumenta con cada minuto que pasa.

Cojo una copa y observo a mi alrededor con calma. Al perder la mirada entre el resto de los invitados, la veo antes de que me vea. No es difícil, aunque no por el vestido, ni por el tacón roto que lleva en la mano como si fuese una bandera blanca mal entendida, sino por su manera de comportarse. No intenta encajar, ni tampoco destaca a propósito por encima del resto. Simplemente está, con los hombros rectos y la boca lista para decir algo que no va a gustar a todo el mundo. Supongo que debe ser amiga de la novia, me digo, porque si estuviera aquí por parte de Ryan estoy seguro de que ya la conocería.

Me mantengo donde estoy y no me acerco a ella. Simplemente la observo como hago siempre con las cosas que me llaman la atención: sin mostrar mucho interés demasiado pronto. Mientras la observo, me da la sensación de que no se impresiona con nadie. Eso se nota desde lejos. La gente se le acerca con sonrisas amplias y frases ensayadas, y ella responde con educación, pero sin decir nada más de lo necesario. No entra en el juego social típico que se da en situaciones como esta y observarla me entretiene.

Cuando choca conmigo en el vestíbulo, levanta la vista con el tacón en la mano, expresión mordaz y el comentario preparado.

—Perdona —se disculpa aunque sin cambiar la expresión.

—No pasa nada —le digo, antes de que se adelante—. Ibas con un arma en la mano.

Mira el zapato y luego a mí, aunque sin bajar la guardia ni un segundo.

—No es un arma. Es un símbolo de mi estabilidad... emocional.

La frase me arranca una media sonrisa que no me molesto en esconder del todo. No por el chiste, sino por el tono con el que lo suelta.

—Entonces estás en peligro hoy.

—Hoy estoy en peligro desde que he salido de casa.

Me presento porque es lo que toca y ella me dice su nombre con la misma firmeza con la que sostiene el tacón. Nora.

Después, no se aparta enseguida, pero tampoco se queda. Marca la distancia con un medio paso que no es huida, sino decisión. Cuando se va, no mira atrás. Sé que eso no debería importarme. Sin embargo, cuando la pierdo de vista, la busco entre el resto de invitados. Me sorprendo a mí mismo y me obligo a beber un sorbo largo de mi copa y el vino, que está frío, me ayuda.

Durante el cóctel, el ambiente se vuelve más ruidoso. La música sube y el volumen de las risas también. Laura, una amiga de la facultad de Ryan y de mí, aparece a mi lado con una bandeja robada y el gesto en su cara de haber detectado algo interesante.

—La amiga de la novia —dice, sin mirarme—. La del tacón roto.

—No sé de quién me hablas.

—Claro que sí —responde—. Te he visto mirarla...

—Miro a todo el mundo.

—No de esa manera...

No le doy la razón, aunque tampoco se la quito. Luke, otro buen amigo mío, se suma a la conversación con una cerveza en la mano y una sonrisa que no promete nada bueno.

—¿Apuestas? —pregunta.

—No es ese tipo de boda —contesto.

—Todas las bodas lo son, si esperas lo suficiente.

Nora reaparece cerca de la barandilla, con una copa en la mano, la postura relajada y la mirada alerta. Me acerco hasta ella sin prisa, como si el jardín me empujara hacia ese punto concreto. No invado su espacio, solo me coloco a una distancia correcta y la escucho hablar, aunque no intenta convencer, simplemente expone lo que piensa.

—No todo el mundo se casa por el espectáculo —le digo cuando me toca intervenir—. Algunos lo hacen porque quieren intentarlo.

Me sostiene la mirada sin convertirlo en un reto, pero la fricción está ahí. Me gusta, porque el alcohol empieza a rebajar lo superficial, no lo que de verdad importa.

—Te cae mal alguien que no te afecta —le digo más tarde, y sé que es una provocación—. Cuando afecta, es otra cosa.

Se va antes de responder con una soltura que no me parece casual. Sabe demasiado bien cuándo desaparecer sin dejar opción a la réplica.

El juego entre ella y yo no empieza con solemnidad ni con reglas claras, sino que nace como lo hacen casi todas las malas ideas: como una broma que se alarga un poco más de la cuenta, una propuesta lanzada al aire entre risas, y un grupo que la recoge porque el ambiente ya está predispuesto. Todo fluye sin que nadie se detenga a pensarlo demasiado.

Sé que podría pararlo. Bastaría con decir que no y dejar que el momento se diluya, pero no lo hago. Acepto sin convencerme de que sea grave, aunque tampoco me engaño, porque sé que no es algo inocente.

Nora me mira desde el otro lado sin sonreír, ni disculparse, ni echarse atrás y es ahí cuando entiendo que el juego ha empezado de verdad.

El jardín vuelve a llenarse de conversaciones cruzadas y bandejas que van de un lado a otro. Me aparto del grupo con una excusa y apoyo el antebrazo en la barandilla, observando sin disimulo cómo Nora se integra en otro corrillo.

—Te ha calado —me dice Luke, que está a mi lado, y me habla como si comentara el tiempo.

—No digas tonterías.

—Sé que no es una tontería por cómo la miras.

Bebo un trago más largo de lo que pretendía de mi copa y noto cómo el alcohol me afloja lo justo para que no me moleste reconocer lo evidente.

—No me impresiona —añado—. Solo me intriga.

—Peor —responde—. Lo primero se pasa rápido, pero lo segundo...

Laura se suma a nuestra conversación con una sonrisa ladeada.

—Es distinta —dice—. Y no está jugando a gustarte.

—Eso ya lo he notado.

—Por eso mismo —remata—. Te ha puesto en modo curioso.

No le contesto- Me giro y vuelvo al centro del jardín porque no quiero quedarme al margen. Nora me ve llegar, aunque ni se mueve, ni me sonrío, solo me espera.

—¿Sigues vivo? —pregunta.

—Con secuelas.

—Te acostumbrarás.

—No me gusta acostumbrarme a lo que me incomoda.

—Entonces no deberías quedarte cerca.

—¿Y perderme la diversión?

Se ríe por lo bajo, mientras caminamos sin rumbo claro y rodeados de gente, aunque nadie nos presta atención. El ruido ambiente nos protege de conversaciones que podrían ser más claras.

—No sueles aceptar juegos —dice—. Se te nota.

—¿Qué es lo que se me nota exactamente?

—Que calculas —responde—. Y que hoy has decidido no hacerlo.

—¿Eso te molesta?

—Me desconcierta.

Nos detenemos junto a una mesa alta, en la que apoya su copa y se cruza de brazos. La postura es defensiva, pero el gesto no.

La miro directamente, sin apartar la mirada, porque no necesito hacerlo.

—No era un juego inocente —digo.

—Lo sé.

—Y aún así has aceptado.

—Porque no me gusta que decidan por mí —contesta—. Ni siquiera cuando no me importa.

—Eso te va a meter en problemas.

—Lo sé.

No hay desafío en su tono sino certeza y eso me engancha.

—¿Y a ti? —pregunta—. ¿Qué te va a meter en problemas hoy?

—No parar a tiempo.

No aparta la mirada y asiente una vez, como si mi respuesta confirmara algo que ya había sospechado.

—Estamos de acuerdo en algo entonces...

—Eso parece.

Un brindis improvisado corta el momento. Alguien alza una copa y el grupo responde. Nora se separa lo justo de mí para que el aire vuelva a circular entre nosotros y aunque no me toca, la distancia que se impone entre ella y yo es más fuerte que el contacto.

—Nos veremos luego —dice—. Esto aún no ha terminado.

—Eso espero.

Se va y yo me quedo donde estoy, con el pulso más rápido de lo normal y la certeza clara de que el juego ya no depende del entorno ni del alcohol ni de las risas ajenas. He aceptado algo consciente de que no es inocente y no me arrepiento... Todavía.

En ese momento, el murmullo del grupo sube de volumen cuando alguien menciona a Nora casi de pasada, como quien lanza una idea al aire para ver si prende. No es una propuesta formal, pero tampoco una broma suelta. Varios miran hacia ella al mismo tiempo, otros sonríen, alguien asiente sin darse cuenta. La posibilidad encaja demasiado bien para que nadie la cuestione.

No hay votación ni manos alzadas, solo una aceptación silenciosa que se propaga rápido, como si todos hubieran llegado a

la misma conclusión por su cuenta. Rachel sonríe satisfecha y se cruza de brazos. No dice nada más, porque no hace falta. Ya ha hecho lo necesario para que el grupo termine de decidir por sí solo.

—Venga —dice alguien—. Que no pasa nada.

Esa suele ser la frase que anuncia justo lo contrario. Miro a Nora, pero no dice nada. Me sostiene la mirada sin apartarla, con la copa en una mano y el cuerpo relajado, como si no sintiera la presión que el resto empieza a ejercer sobre ella. Si le molesta, no lo demuestra y si está intrigada, tampoco. No obstante, esa forma de contenerse, me provoca una respuesta inmediata y poco razonable.

El murmullo crece, las sonrisas se multiplican y la decisión termina de cerrarse sin que nadie la formule en voz alta. Laura sigue en silencio, observando cómo todo encaja exactamente como había previsto. Sé que podría frenar esto, me bastaría con decir una frase adecuada, desviar la atención y romper el momento, pero no lo hago. Así que acepto, plenamente consciente de que no es un gesto inocente y de que, desde el segundo en que lo hago, el juego deja de ser solo una broma.

—¿Algún problema? —le pregunto, en voz baja, cuando el círculo se dispersa lo suficiente para que podamos oírnos sin público a nuestro alrededor.

—Depende —responde—. ¿En qué consiste exactamente el castigo?

—Eso aún no se ha decidido.

—Qué tranquilizador.

Luke carraspea con teatralidad.

—Reglas sencillas —anuncia—. Dos personas. Un reto. Nada ilegal ni que implique quitarse la ropa... de momento.

Varias risas celebran la coletilla. Nora ladea la cabeza, valorando la situación.

—¿Y si no acepto? —pregunta.

—Entonces te libras —dice Laura—. Pero quedarías como la única aguafiestas de la boda.

Nora alza una ceja.

—Qué amenaza tan madura.

—Es una boda —añade Luke—. Aquí todo es emocionalmente inmaduro —ser ríe encogiéndose de hombros.

Nora me mira de reojo y su copa vuelve a sus labios. Da un sorbo pequeño y lento, como si estuviera marcando el ritmo de su propia decisión.

—Vale —dice al final—. Pero nada de tonterías.

—Eso no lo prometemos —responde alguien desde el fondo.

El grupo se cierra un poco más a nuestro alrededor. Siento el calor de su cuerpo cuando se coloca a mi lado, aunque sin tocarme, lo justo para que la cercanía sea evidente.

—No tenías que aceptar —le digo.

—Tú tampoco.

—Yo no suelo rechazar retos.

—Eso ya lo había intuido.

La prueba que me proponen resulta ser ridícula. Algo relacionado con responder preguntas incómodas delante de todos. No me preocupa. Lo que me incomoda es lo consciente que soy de cada movimiento suyo, de cómo cruza los brazos, de cómo apoya el peso en una pierna cuando escucha y de la forma en que no baja la mirada cuando le preguntan algo que podría esquivar fácilmente.

—¿Verdad o reto? —le lanzan.

—Verdad.

Las risas bajan de intensidad.

—¿Te gusta alguien ahora mismo?

No parpadea solo inclina un poco la cabeza.

—No —responde—. Pero hay gente interesante a mi alrededor.

No me mira al decirlo, aunque no hace falta. Se oyen algunas risas nerviosas y algún comentario a media voz. Al instante, siento una presión extraña en el pecho que no identifico como celos, pero se le parece demasiado.

Me toca.

—¿Verdad o reto? —me preguntan.

—Verdad —respondo, sin pensarlo.

—¿Por qué has aceptado esto?

Podría dar una respuesta fácil, pero no lo hago.

—Porque me apetecía ver hasta dónde llegaba.

Nora me mira directamente y veo algo en sus ojos que no es aprobación ni reproche, sino atención plena.

El juego continúa unos minutos más, pero la energía ya ha cambiado. El alcohol ha hecho su trabajo. Cuando el grupo se dispersa, queda una sensación en el ambiente, como si algo se hubiera activado sin saber aún qué consecuencias va a tener.

—No ha sido tan terrible —dice Nora, girándose hacia mí.

—Depende de cómo lo mires.

—Siempre depende de eso —suelta y se aleja de donde estoy y me deja con la copa a medio beber y una certeza incómoda formándose en algún punto bajo mis costillas.

El jardín cambia de tono sin que nadie lo diga, pero todos lo notamos. No es solo el alcohol, las risas suben un grado, la música deja de acompañar para empujar y las normas implícitas de la elegancia se relajan lo justo como para permitir cosas que, una hora antes, habrían parecido fuera de lugar.

Me quedo al margen, copa en mano, apoyado en una mesa alta desde la que puedo verlo todo sin participar demasiado. Laura está sentada de lado en una silla, con los zapatos en la mano y la risa demasiado suelta para alguien que hasta hace poco controlaba cada uno de sus gestos. Lucke habla con Ryan, pero me lanza miradas rápidas, porque sabe que estoy entretenido y sabe perfectamente con quién.

Nora está al otro lado del jardín, rodeada de dos mujeres que no conozco. Habla más que antes y gesticula con una copa que no parece la primera. Su postura sigue siendo firme, pero se mueve de forma menos rígida. También me doy cuenta de que no la estoy mirando de pasada ni por coincidencia, sino que la sigo con la vista cada vez que se mueve. Me interesa dónde se coloca, a quién mira, cuándo se ríe...

—Te tiene enganchado —dice Laura, apareciendo de repente a mi lado.

—No empieces.

—No he dicho nombres —responde—. Pero mírate.

—No hace falta. Estoy perfectamente.

—Eso es lo preocupante.

Le doy un sorbo a la copa sin apartar la vista del jardín.

—No es lo que crees.

—Nunca lo es —contesta—. Hasta que lo es.

Antes de que pueda replicar, alguien da un par de palmadas para llamar la atención. Un amigo de Ryan, con ese entusiasmo torpe de quien ya ha bebido más de la cuenta pero aún se cree brillante.

—¡Vale! —anuncia—. Como esto está muy bonito y correcto, vamos a animarlo un poco.

Se escuchan aplausos dispersos y risas.

—Juego rápido —continúa—. Nada peligroso. Solo para romper el hielo.

Lucke resopla.

—El hielo ya está roto.

—Siempre se puede romper más —añado.

Las miradas empiezan a cruzarse, buscando víctimas. Conozco este momento. Lo he visto mil veces. Normalmente doy un paso atrás justo en este instante, pero hoy no lo hago.

—A ver —dice el tipo—. Dos voluntarios.

La gente se queda en un silencio expectante. Nadie quiere ser el primero y Laura levanta la mano sin dudar.

—Yo no —añade—. Pero él sí.

Me señala con una sonrisa traicionera.

—Ni hablar —respondo negando con la cabeza.

—Vamos, Mason —interviene Lucke—. Te vendrá bien moverte un poco.

—Estoy perfectamente quieto.

—Eso es parte del problema.

Las risas crecen y el foco se coloca sobre mí sin que haya hecho nada para evitarlo. Podría negarme, pero no lo hago.

—¿Y quién más? —pregunta el improvisado maestro de ceremonias.

Laura mira alrededor exageradamente.

—La amiga de la novia —dice, señalando hacia Nora.

La veo girarse, confusa y nuestras miradas se encuentran a distancia. No sonrío, pero tampoco deja de mirarme.

—¿Yo? —pregunta.

—Tú —confirma Laura—. Así compensamos: un amigo del novio y una amiga de la novia.

Nora duda un segundo, lo suficiente para que yo sepa que también podría salir de esto si quisiera.

—No —dice—. Paso.

—Venga —insiste alguien—. Solo es un juego.

—Exacto —añade Laura—. Y tú tienes cara de saber jugar.

Nora me mira otra vez.

—¿En qué consiste? —pregunta al fin.

El tipo sonrío, satisfecho.

—Muy sencillo. Subís al altar, decís un par de palabras... y ya vemos.

—Eso no es sencillo —responde Nora.

—Nada lo es cuando se piensa demasiado.

Me aparto de la mesa y avanzo un paso.

—Si ella sube, yo también.

Laura me mira con gesto satisfecho.

—Eso suena a trato.

Nora frunce el ceño.

—No te metas.

—Ya estoy metido.

—No te he pedido que...

—No —la corto—. Pero lo voy a hacer igual.

La tensión entre nosotros se vuelve física y estoy convencido de que la gente alrededor nota algo extraño, aunque no sepa qué.

—¿Qué pasa? —pregunta ella, en voz baja—. ¿Te apetece hacer el ridículo?

—No —respondo—. Me apetece ver qué haces cuando no puedes controlar la situación.

Sus labios se tensan.

—No me conoces.

—Eso es precisamente lo que lo hace más interesante.

Podría retirarme y dejar que cualquier otro ocupe mi lugar, pero no lo hago y ella tampoco.

—Cinco minutos —dice Nora, alzando la voz—. Y sin tonterías.

—Eso no lo puedo prometer —responde alguien entre risas.

Subimos entre aplausos y comentarios. El altar está vacío ahora y despojado de toda la solemnidad de cuando se han casado Emy y Ryan. Ahora es solo una tarima con flores. Me coloco a su lado.

—Esto es absurdo —murmura.

—Probablemente —. Asiento con la cabeza.

—No te hagas ilusiones.

—No es un día para hacer promesas.

El tipo que ha propuesto el juego nos observa encantado.

—Vale —dice—. Mirad al frente.

Nora me lanza una mirada rápida, antes de obedecer la orden que nos acaban de decir.

—Ni se te ocurra.

—No he dicho nada.

—Aún.

El público se ríe y noto en el ambiente cómo la situación se descontrola con facilidad por momentos, porque todos esperan algo más... Y yo también.

3

Nora

Subo al altar porque alguien ha dicho mi nombre en voz alta y porque todo el mundo me está mirando. No sé por qué he aceptado participar en esto, pero sé que retroceder ahora me convertiría en la única persona incómoda de la boda, y no pienso regalarle esa victoria a nadie. Menos aún a Mason, que me observa desde el otro lado de una manera que me irrita.

Avanzo un paso y luego otro, mientras los aplausos suenan más fuertes de lo que deberían para algo que claramente no está en el programa nupcial de Emy y Ryan. El oficiante improvisado sonrío como si tuviera todo bajo control, aunque me juego cualquier cosa a que no lo tiene. Nadie lo tiene y esa es la parte que empieza a ponerme nerviosa.

—Es solo un juego —dice alguien desde abajo.

Claro... Todo es solo un juego hasta que deja de serlo.

Me coloco junto a Mason, demasiado cerca para fingir indiferencia.

—Aún podemos bajarnos —murmura y al acercarse a mi oído huelo su perfume. Lo dice sin ironía ni presión y eso casi me molesta más que si me empujara a seguir.

—Ni hablar —respondo—. No voy a quedar como una cobarde delante de todos.

—Eso no es cobardía.

—Para mí sí.

Levanto la barbilla y noto el calor de las miradas clavadas en la espalda, en los hombros y en la nuca. Emy, que también asiste a nuestro particular «juego» se ríe desde la primera fila y Ryan, a su lado, aplaude encantado. Justo en este momento, el oficiante carraspea y alza las manos pidiendo atención.

—Bueno —dice—. Ya que estamos aquí... ¿aceptáis este pequeño reto simbólico?

«Simbólico». Esa palabra debería tranquilizarme, pero no lo hace. Mason me mira de frente, pero no sonríe, aunque tampoco parece nervioso. Me da la impresión incómoda de que ha evaluado esta situación y ha decidido seguir adelante. Yo prefiero no evaluar nada y acabar cuanto antes esta pantomima.

—¿En qué consiste exactamente? —pregunto.

—Muy sencillo —me responde el oficiante—. Decís que sí, intercambiáis un beso rápido y bajáis entre aplausos. Nada más.

«Nada más». Me cruzo de brazos, en un gesto automático de defensa. Podría decir que no, reírme, bajar del altar y acabar con esto. Podría hacerlo y nadie me lo reprocharía, el problema es que yo sí que lo haría.

—Decide tú —me dice Mason inclinando levemente la cabeza hacia mí.

Eso termina de convencerme.

—Sí —respondo antes de pensarlo demasiado.

El murmullo se convierte en aplausos e incluso alguien silba. Siento cómo el pulso se me acelera en un punto bajo del vientre, incómodo y traicionero. El oficiante sonríe satisfecho.

—Perfecto, os declaro marido y mujer —proclama el oficiante entre las risas del público—. Ahora... ¡Puede besar a la novia!

Mason no se mueve de inmediato. Se limita a observarme y a esperar. Agradezco este segundo de margen. Respiro hondo y me repito que no es más que un gesto breve, una anécdota absurda que mañana contaré como un chiste. Así que me decido y me acerco yo primero. Él baja la cabeza lo justo para no obligarme a que me estire demasiado, mientras sus manos siguen a los lados de su cuerpo, visibles. El primer contacto es ligero, correcto y casi educado. Un roce que debería terminar ahí, pero no lo hace. Algo cambia cuando su boca se ajusta a la mía con más firmeza de la prevista, el tiempo se dilata y pierdo la noción de cuándo debería separarme. El murmullo del público desaparece de mi campo de atención. Solo existe la presión controlada de su boca, el calor inesperado y una sensación eléctrica que me recorre la espalda de arriba abajo. Abro los ojos a medias y veo que él los tiene cerrados. Ese detalle lo empeora todo.

Me separo antes de que mi cuerpo haga algo que no he autorizado y, al hacerlo, siento cómo el aire entra demasiado rápido en mis pulmones. El público que nos observa con atención aplaude y grita y el oficiante ríe encantado. Nadie ha notado el desajuste interno que siento, porque nadie estaba atento a eso, pero yo sí.

Cuando bajo del altar, siento las piernas un poco más ligeras de lo normal y una sensación rara instalada en el pecho. No sabría decir si es nerviosismo o enfado o quizá ambas cosas. Mason baja detrás de mí, aunque no me sigue, ni intenta hablarme, aunque eso tampoco me ayuda. trago saliva y de repente escucho a Emy que me habla y me abraza cuando paso a su lado.

—Ha sido genial —dice—. Gracias por el espectáculo.

Asiento y sonrío porque es su día y porque no tengo energía para dar explicaciones. Me aparto hacia un lado del jardín buscando aire, agua o algo sólido a lo que agarrarme. Mi cuerpo sigue alerta, como si acabara de esquivar algo importante sin entender muy bien qué.

Mason se queda donde está, rodeado de gente y sin mirarme. Yo me acerco hasta la barandilla, apoyo las manos y dejo que el ruido que me rodea me invada poco a poco. No debería darle importancia. Ha sido un beso breve, sin intención, producto de la presión social y de mi orgullo mal gestionado. Sí, ya sé que eso es lo que debería ser, pero no lo es. Sé que algo se ha movido dentro de mí. No sabría decir qué ni por qué, solo que ahora me siento distinta. y esa certeza, tan pequeña como incómoda, me acompaña cuando vuelvo a integrarme en la celebración con la sonrisa bien colocada en los labios y la cabeza un poco menos clara de lo habitual.

Cojo un vaso de agua, aunque no pienso beber, pero me sirve para tener algo que hacer con los dedos y evitar gestos que podrían delatarme. Camino sin prisa aparente, aunque por dentro sigo notando ese zumbido incómodo que no logro acallar. Me coloco cerca de una mesa alta y finjo interés por una conversación ajena. Asiento cuando toca y sonrío cuando alguien hace un comentario gracioso. Nadie me presta demasiada atención, lo cual agradezco, porque necesito unos minutos para recolocarme por dentro.

A pesar de que no miro a Mason, eso no impide que lo tenga presente. Sé dónde está sin necesidad de buscarlo. Lo intuyo por la forma en que la gente se organiza a su alrededor. Esa clase de presencia suele irritarme, pero en él, hoy, me inquieta.

—¿Todo bien? —me pregunta Laura, que lleva los zapatos en la mano y la sonrisa satisfecha de quien ha provocado algo y está esperando ver hasta dónde llega.

—Perfecto —respondo—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada. Solo pregunto —me responde encogiéndose de hombros.

Nos miramos y ella ladea la cabeza, divertida.

—Ha sido un beso convincente —añade.

—No era una audición.

—Tampoco parecía improvisado.

Me quedo callada. Bebo un sorbo mínimo de agua y dejo la copa sobre la mesa.

—No empieces —digo.

—No he empezado nada —responde—. Eso ya estaba en marcha.

Se aleja antes de que pueda replicar. Me muevo un poco más hacia el centro del jardín, porque necesito perderme entre los invitados y el ruido, pero me cruzo de nuevo con él. No lo he visto venir porque estaba pendiente de no hacerlo y chocamos de frente, aunque esta vez no hay tacón roto que sirva de excusa. Sus manos se posan en mis antebrazos de forma automática para evitar que pierda el equilibrio, y notar su contacto me revoluciona de arriba abajo.

—Perdón —se disculpa mirándome a los ojos.

—No pasa nada.

Retira las manos de inmediato y agradezco ese gesto.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí.

—No lo parece.

—No tienes por qué preocuparte.

—No lo hago —responde—. Solo pregunto.

Le sostengo la mirada y compruebo que él no me sonríe, ni me provoca, lo que me deja sin armas.

—Ha sido un beso —digo—. Nada más.

—Lo sé.

—Entonces no lo compliques.

—No lo estoy haciendo.

Su respuesta es sencilla y directa. Aun así, siento la necesidad absurda de insistir.

—No va a pasar nada —añado.

—¿Eso es una promesa o una advertencia?

Frunzo el ceño.

—Es una constatación.

Asiente una vez sin discutir ni ironizar. Se limita a aceptar mis palabras y a dar un pequeño paso atrás,. Ese gesto, tan medido, me descoloca más que si intentara acercarse.

—De acuerdo —dice—. Disfruta de la fiesta.

Se marcha sin esperar a que le responda y yo me quedo donde estoy, observando su espalda mientras se integra de nuevo en el grupo. No me gusta sentirme así de alterada por alguien que no conozco y mucho menos por alguien con quien acabo de compartir algo que no tenía planeado.

Intento centrarme en otra cosa y me pongo a hablar con una prima de la novia. Comento lo bonita que ha quedado la ceremonia. Me funciona durante un rato, pero luego vuelvo a notar esa presión leve bajo las costillas.

Cuando anuncian que el banquete está servido, agradezco la interrupción. La gente se mueve y el orden se imponen de nuevo, aunque sea de forma artificial. Me siento en mi sitio y respiro algo más tranquila. El protocolo me protege y sé cómo comportarme en una mesa compartida con desconocidos. El problema es que, incluso así, sigo demasiado consciente de él.

Por suerte no está en mi mesa, aunque su risa me llega amortiguada entre plato y plato. Bebo agua, como despacio y escucho la conversación que domina la mesa en la que estoy, y consigo que mi cuerpo se vaya calmando poco a poco, aunque solo lo logro lo justo para no levantar sospechas.

«No ha pasado nada», me repito.

Sin embargo, al levantar la vista un instante del plato que tengo delante, nuestras miradas se cruzan desde lejos y noto esa misma corriente breve y precisa que apareció en el altar. Algo ha cambiado en mí, aunque no sé qué es, ni por qué, pero pienso ignorarlo.

4

Mason

Apuro el vaso antes de que termine la canción y lo dejo en la barra sin comprobar si queda algo dentro. No tengo sed, pero necesito ocupar las manos, darles una tarea sencilla que no implique pensar. En el jardín la música ha tomado el protagonismo y la gente empieza a invadir el espacio ajeno, porque el alcohol ha empezado a cumplir su función después del banquete.

Me aparto un poco del grupo con la excusa de estirar las piernas y vuelvo a verla antes de dar dos pasos. Nora está cerca de la pista improvisada, rodeada de cuerpos que se mueven sin coreografía ni pudor. Ella también está bailando, pero no me da la sensación de que lo haga para llamar la atención, sino que simplemente se deja llevar por la melodía. Me obligo a girar la cabeza y a centrarme en la conversación que tengo delante, pero no me funciona. Asiento cuando toca, sonrío en el momento adecuado y suelto una broma automática que provoca risas, es decir, que a simple vista encajo a la perfección en la situación en la que estoy, pero por dentro, todo va un segundo desacompasado.

—¿Te has quedado colgado? —pregunta Luke, inclinándose hacia mí para que lo oiga entre la música.

—Estoy escuchando.

—Claro.

No insisto y él tampoco. Me conoce lo suficiente como para saber cuándo no conviene hacerlo. Aun así, me lanza una mirada rápida que no pregunta nada, pero lo dice todo. Me giro justo a tiempo para ver a Nora avanzar entre la gente, esquivando cuerpos con una soltura que me incomoda. No viene hacia mí y, aunque eso debería tranquilizarme., no lo hace.

Me acerco a ella sin pensar y sin saber por qué lo hago, y el espacio entre nosotros se acorta antes de que me dé cuenta. Ella se detiene y yo hago lo mismo. La música sube y el ruido que nos

rodea nos protege de cualquier conversación que no queramos tener.

—No sabía que bailabas —dice, sin levantar la voz.

—Ni yo que lo estuviera haciendo —respondo sarcástica.

No me sonríe, pero tampoco se aparta. Se limita a moverse con el ritmo de la música, aunque lo hace sin mirarme directamente y yo hago lo mismo. No nos tocamos, aunque estamos lo bastante cerca como para notar el calor del otro c. Un empujón accidental me hace apoyar la mano en su espalda baja durante un segundo. La retiro de inmediato, pero el contacto ya ha ocurrido. Nora se tensa lo justo para que lo note y luego sigue moviéndose como si no hubiera sucedido nada.

—Perdón —digo.

—No pasa nada —me responde con voz firme restándole importancia a lo que acaba de suceder.

Doy un paso atrás, marcando distancia y ella no hace lo mismo. Simplemente se gira un poco y se queda de lado, lo bastante cerca como para que nuestros brazos se rocen al movernos. Pero, al instante tengo claro que esto no es buena idea.

La música sube un poco más y alguien grita algo que no entiendo. La noche avanza y me obligo a centrarme en el movimiento, en no invadir ni provocar. Funciona durante un par de canciones, pero luego su codo roza mi costado y el contacto ya no parece accidental.

—Esto no cuenta —digo más para mí que para ella.

—¿El baile? —pregunta.

—Todo.

Nora gira la cabeza y me mira por primera vez desde que estamos aquí. No hay ironía en su expresión, ni reto, ni la chispa desafiante que suele aparecer cuando quiere marcar territorio.

—Si necesitas decirlo en voz alta —responde—, quizá sí cuenta.

Su frase me molesta y me aparto un poco.

—No voy a hablar del beso —añado.

—No te lo he pedido.

—Ni ahora ni nunca.

—De acuerdo.

Acepta demasiado rápido y eso me deja sin réplica. Seguimos bailando separados por el espacio justo para que la tensión no desaparezca del todo. La miro solo de reojo y aun así soy consciente de cada uno de sus gestos. De cómo se recoge el pelo con una mano sin dejar de moverse y baja la mirada cuando alguien pasa entre nosotros y luego vuelve a levantarla sin buscarme.

Cuando la canción termina, el momento se diluye con la misma facilidad con la que ha nacido. Nora da un paso atrás y levanta la mano en un gesto que está a medio camino entre ser una despedida o una tregua.

—Voy a tomar el aire —dice.

—Vale.

No la sigo, aunque tampoco me quedo donde estoy, porque me muevo en dirección contraria con la excusa de buscar otra bebida. En la barra, apoyo los antebrazos y dejo que el frío de la superficie me devuelva algo de control. Respiro hondo y me repito lo evidente: «Esto no cuenta. Solo ha sido un roce durante un baile, no es nada que no se explique por el ambiente en el que estamos, la música y el alcohol. No hay ninguna intención detrás de eso, por lo que tampoco hay consecuencias». Me aferro a esa lógica con la misma firmeza con la que sujeto mi copa cuando me la sirven.

Desde el reflejo del cristal, la veo al fondo del jardín apoyada en una mesa alta, hablando con alguien que no reconozco. Se ríe, aunque no lo hace de forma exagerada para llamar mi atención, porque ni siquiera me mira. Con esto debería tener suficiente pero no lo es. La noche sigue avanzando y yo con ella, convencido de que mientras no nombre lo que ha pasado, todo seguirá en su sitio.

Poco después, la música cambia y con ella el ritmo del jardín. No baja la intensidad, la transforma. Ahora las canciones que suenan no exigen saltar ni cantar a voz en grito, ahora es suficiente dejar que el cuerpo haga lo que sabe hacer sin pedir instrucciones. De nuevo, aunque no la busco con la mirada, la veo avanzar, pero con pasos algo más lentos desde el otro lado del jardín con una nueva copa en la mano. Se detiene cerca de la pista, observa a la gente que tiene a su alrededor y luego vuelve a moverse, como si el ruido

la empujara hacia dentro otra vez. No hace falta que me mire para saber que me ha localizado, aunque yo sí que la miro.

Continúo en el borde de la pista, sin intención de acercarme más. Eso funciona durante unos segundos, pero después alguien tropieza conmigo por detrás y tengo que adelantar un paso para no perder el equilibrio, por lo que acabo justo frente a ella.

—Otra vez aquí —dice.

—El jardín es pequeño.

—O tú no sabes huir.

—No huyo.

—Ya.

La música nos envuelve y esta vez no hay distancia suficiente para fingir que no estamos bailando juntos. No hay contacto explícito, pero los movimientos empiezan a sincronizarse sin que ninguno lo provoque. Me esfuerzo en mantener los brazos cerca de mi cuerpo. Por su parte, ella se mueve con naturalidad, sin provocación directa, lo cual lo complica todo. Cuando se gira, su mano roza la mía, pero ninguno de los dos nos apartamos.

Ese pequeño gesto es imposible de ignorar. Siento el calor de su piel y una descarga rápida, que no tiene nada de romántica y mucho de física. Me obligo a soltar el aire despacio y a mirar a otro lado en un intento de mostrar que no me pasa nada.

—No hagas eso —murmuro.

—No he hecho nada —responde.

—Lo sabes.

—También sé que no has apartado la mano.

Bajo el brazo con cuidado y dejo un espacio más claro entre nosotros. La música sigue y la gente que nos rodea parece ajena a lo que ocurre en este metro cuadrado en el que se encuentran nuestros cuerpos y eso lo hace más peligroso.

—Esto se está complicando por momentos —afirmo.

—Tú solo haces por complicarlo...

—Y tú nada por frenarlo.

Nora inclina la cabeza y me observa con calma, como si estuviera pensando algo que no termina de cuadrarle.

—Te pasas la noche diciendo que no pasa nada —dice—. Eso no parece propio de alguien que esté muy tranquilo...

—Suenas a alguien práctico.

—Suenas a alguien que intenta convencerse.

Me acerco lo justo para que solo ella me oiga.

—No estoy intentando nada.

—Eso también es intentar algo.

Su respuesta me descoloca. Doy un paso atrás y la distancia vuelve a ser correcta. La canción termina y esta vez sí me muevo primero.

—Voy a salir un momento —digo.

—Vale.

No me sigue, aunque tampoco me retiene. Me abro paso entre la gente y atravieso el jardín hasta la zona menos iluminada, donde la música solo se oye de fondo. Apoyo las manos en la barandilla y dejo que el aire frío me aclare las ideas.

«Esto no cuenta».

Me repito esas tres palabras con la misma insistencia con la que el cuerpo me recuerda lo contrario. Desde donde estoy, la veo salir también, aunque no viene hacia mí. Se queda a unos metros, apoyada en otra barandilla, mirando al jardín.

Vuelvo al centro del jardín con la idea firme de hacer algo distinto a lo que he hecho durante esta noche. Querría hablar con alguien que no sea ella, beber algo que me haga no pensar y moverme para que mi cuerpo deje de insistir en tenerla cerca. Eso me funciona durante un rato.

Saludo a un par de conocidos. Escucho una historia que no me interesa. Asiento cuando toca. Río en el momento adecuado y el alcohol hace su trabajo con eficacia. Además, Nora no está cerca de mí, lo que debería tranquilizarme, aunque no lo hace. No obstante, la localizo al otro lado de la pista hablando. Se inclina para oír mejor, sonrío de medio lado y gesticula con una naturalidad que no tiene nada de estudiada. No está intentando gustar. Eso siempre ha sido lo más peligroso de ella.

Aparto la vista, porque no quiero mirar más. Mi negación no es un impulso, sino una estrategia, que consiste en no nombrar lo que está pasando y reducirlo a algo circunstancial: una boda, una noche larga y dos personas que no se deben nada.

Me repito cada punto con disciplina: no pienso en el beso, ni en el roce de su mano en la mía, ni en cómo se movía ... porque nada de eso cuenta, insisto otra vez.

—Estás raro —suelta Luke, sorprendiéndome al aparecer a mi lado con dos copas.

—Siempre estoy raro —le contesto tomando con una mano la bebida que me ofrece.

—No de esta manera.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta.

—Lo justo.

—Mentira.

Bebo un trago antes de responder.

—Estoy cansado.

—Claro.

Luke no insiste, solo me mira un instante y luego sigue su camino. Agradezco que no intente arrancarme una confesión que no pienso darle y menos en este momento.

La música vuelve a cambiar y la pista se llena otra vez, aunque yo no tengo intención de bailar. De repente, Nora aparece a mi lado sin previo aviso. No me toca, ni me dice nada durante unos segundos.

—¿Dónde has ido antes? —suelta al final.

—Necesitaba aire.

—Lo he imaginado.

No hay reproche en sus palabras, solo una constatación tranquila que me pone nervioso.

—No deberíamos estar aquí —digo.

—Estamos en una boda —responde.

—Hay momentos que no conviene alargar.

—Eso depende de lo que estés evitando.

—No lo hago —me giro para mirarlo directamente.

—Sí, es precisamente lo que estás haciendo —me contesta fijando sus ojos en los míos.

Aprieto la mandíbula. El alcohol no ayuda a disimular la tensión que se me ha instalado en el cuerpo desde hace horas.

—No voy a hablar de esto —digo.

—No te lo he pedido.

—Entonces deja de mirarme así.

—Así ¿cómo?

—Como si esperases algo.

Nora se gira hacia mí del todo, mientras la música sigue sonando a nuestro alrededor.

—No espero nada —dice—. Solo que no finjas que no ha pasado.

—Lo que ha pasado ha sido... un beso.

—Exacto.

—En un contexto absurdo.

—Sigue siendo un beso.

—No tiene consecuencias.

—Eso no lo decides tú.

La frase me golpea como un puñetazo en el estómago y me acerco lo justo para que no tenga que alzar la voz.

—No quiero que esto se convierta en algo que no es.

—Pues no lo conviertas.

—No es tan fácil.

—Nunca lo es —contesta—. Por eso se decide.

Me aparto un paso de ella, para poder controlarme.

—No voy a decidir nada esta noche.

—Bien —dice—. Yo tampoco.

Asiente una vez, como cerrando el tema, y se marcha. La naturalidad con la que se aleja me deja sin la satisfacción de haber puesto un límite claro y eso me irrita.

Me quedo donde estoy, observando cómo vuelve a integrarse en el grupo, cómo la música la envuelve y cómo su risa suena sin el rastro del peso que yo arrastro sobre los hombros desde hace horas.

«Esto no cuenta».

No puede contar, porque si lo hace, tendría que admitir que me afecta, que la cercanía no es solo física y que el beso no ha sido un accidente bien gestionado... Y aún no estoy dispuesto a abrir esa puerta.

La fiesta se alarga, las canciones se encadenan, la gente se mueve con menos cuidado y el jardín pierde cualquier resto de lo que ha sido la ceremonia. Quedan copas a medio beber, chaquetas abandonadas en respaldos ajenos y conversaciones que ya no siguen un hilo claro.

Mientras trato de mantenerme ocupado hablando con Ryan, también escucho a Laura reírse de algo que no entiendo y acepto otra copa que no necesito. El alcohol no arregla nada, solo añade una capa de ruido que no consigue tapar lo que es de verdad importante.

Nora vuelve a aparecer sola y observa la pista con atención distraída, como si esperara a alguien que no tiene por qué llegar. Me acerco hasta ella con la certeza de que si no lo hago ahora, el momento se esfumará como ella.

—¿Te vas? —pregunto.

—En un rato.

—Yo también.

Asiente y no me pregunta nada más. Nos quedamos uno frente al otro, con la música invadiéndolo todo y el murmullo del resto amortiguando cualquier exceso. La distancia entre su cuerpo y el mío es correcta, pero no cómoda.

—No quiero que esto se quede raro —digo.

—No lo está —responde—. Solo está sin resolver.

—Eso también es raro.

—No siempre —replica—. A veces es lo más honesto.

La observo y veo que tiene el gesto relajado y la mirada firme. No hay reproche en su postura, ni expectativa visible y esa contención vuelve a activarme algo que preferiría mantener bajo control.

—No voy a darle vueltas —añado—. Ha sido una noche larga.

—De acuerdo.

—No pienso hablar del beso mañana.

—Tampoco te lo he pedido.

—Bien.

Esto debería cerrar el tema, pero no lo hace.

—Mason —dice entonces—. No hace falta que minimices todo para estar tranquilo.

—No lo minimizo.

—Lo haces —insiste—. Y es tu elección.

—Lo es.

Nos quedamos en silencio durante un instante.

—Descansa —le digo.

—Tú también.

Da un paso atrás primero, luego otro y se detiene un instante, como si fuera a añadir algo más, pero no lo hace. Finalmente, se da la vuelta y se pierde entre la gente sin volver la cabeza.

No la sigo, aunque recojo mi chaqueta y me despido con gestos rápidos de los demás. No quiero prolongar la noche.

Cuando llego a la habitación, no enciendo la luz. Me tumbo directamente en la cama y dejo que la oscuridad haga su parte mientras fijo la vista en el techo, convencido de que mañana todo estará de nuevo en su sitio, ordenado y reconocible.

«Esto no cuenta».

Me repito con insistencia, porque necesito creerlo para poder dormir y, durante unos segundos, casi funciona. El cansancio acaba imponiéndose, pero justo antes de caer del todo, en ese instante incómodo en el que la cabeza ya no se protege, sé que me estoy mintiendo.

5

Nora

Despierto porque algo golpea una puerta en algún punto de la casa y el sonido me atraviesa la cabeza. Me quedo inmóvil unos segundos, boca arriba e intentando decidir si abrir los ojos es una buena idea o una imprudencia evitable.

La cama es demasiado grande. Eso es lo primero que noto. También es demasiado firme y perfecta. El techo está más alto de lo que debería y la luz entra filtrada por unas cortinas que no reconozco. Tardo un segundo más de lo normal en situarme y cuando lo hago, me doy cuenta de que no estoy en mi habitación. De repente recuerdo lo de la finca, la boda, la noche... larga y las copas que no parecían... tantas.

Respiro despacio y dejo que los recuerdos se ordenen sin forzarlos en mi cabeza. Siento el cuerpo algo pesado y tengo una resaca ligera, que me permite pensar con claridad siempre que no me mueva demasiado rápido. Así que me incorporo con cuidado y apoyo los pies en el suelo frío, agradeciendo que el mareo que siento al hacerlo dure solo un instante.

Al mirar a mi alrededor veo que mi vestido está colgado en la puerta del armario, mis zapatos alineados junto a la pared y mi bolso descansa en la silla, cerrado. Todo parece normal y eso me tranquiliza.

Voy al baño y me lavo la cara con agua fría. Me miro en el espejo y, por suerte, me encuentro con una versión reconocible de mí misma, aunque con los ojos algo apagados y el pelo pidiendo que me peine de forma urgente. Me tranquiliza no encontrar en mi imagen el rastro de un desastre, ni señales externas de una noche fuera de control. Eso refuerza la idea cómoda que intento mantener desde que he abierto los ojos: lo que ocurrió ayer con Mason fue una tontería. Un juego absurdo que se alargó más de la cuenta por la presión social, el alcohol y un orgullo mal gestionado. Nada que

no se quede en una anécdota incómoda cuando alguien la recuerde dentro de unos años.

Regreso a la habitación con esa idea bien clara en mi cabeza y empiezo a recoger mis cosas sin prisa. Mi móvil sigue en el bolso, al cogerlo veo que no hay llamadas perdidas importantes, solo mensajes en el grupo de la boda, fotos borrosas, bromas sobre lo divertida que fue la noche y algún comentario entusiasta sobre el ambiente. Nada raro ni alarmante.

Me siento en el borde de la cama y al regresar el teléfono al interior del bolso, oigo algo rívido que cruje dentro. No es el sonido habitual del cuero, ni de las llaves chocando entre sí. Frunzo el ceño y meto la mano sin pensar demasiado en lo que puede ser. Al hacerlo, saco un sobre de color blanco, limpio y cerrado con una pegatina transparente. No parece algo que alguien haya metido ahí por error, porque lleva mi nombre impreso con una tipografía sobria. Parpadeo una vez y luego otra. La inquietud me invade antes de que sepa por qué y se me instala en el pecho. Podría ser cualquier cosa, me digo en un intento de restarle importancia. Seguro que es algún papel del hotel, una factura o cualquier otro documento sin importancia. Así que lo dejo sobre la cama y lo observo unos segundos, como si necesitara darle tiempo a mi cuerpo para reaccionar antes que a mi cabeza. Pero, un momento después y sin poder contener más mi curiosidad, rompo el precinto y saco el documento doblado.

Leo el encabezado, pero no lo entiendo. Vuelvo a leerlo, esta vez más despacio, como si las palabras fueran a reorganizarse si les doy tiempo para hacerlo, pero siguen ahí, claras, ordenadas y demasiado precisas para dejar espacio a la interpretación: nombres, fecha, lugar y firmas.

El aire se me queda congelado en los pulmones y tengo que apoyarme en el colchón de la cama para no perder el equilibrio. No siento un estallido emocional inmediato, ni ganas de gritar, ni de reírme históricamente, sino la certeza de que esto es real.

Me levanto cuando me responden las piernas y empiezo a caminar por la habitación con el papel en la mano. Me detengo

frente a la ventana, me vuelvo hacia la cama, me siento y me levanto otra vez.

«No, esto no puede ser... Solo fue un juego. Todo el mundo se estaba riendo. Nadie se lo tomó en serio, bueno... Yo no me lo tomé en serio y él... tampoco».

Cierro los ojos un segundo y los abro con la absurda esperanza de que el documento haya cambiado mientras no miraba, pero no lo ha hecho. Mi cuerpo reacciona con una rapidez traicionera: el estómago se me encoge, los hombros se me tensan y una oleada de calor me sube por el cuello. No es vergüenza ni culpa, sino miedo... legal.

Apoyo el papel sobre la cama con cuidado, como si pudiera empeorar la situación si lo trato mal.

«Esto tiene solución. Todo la tiene. Solo hay que actuar rápido, llamar, preguntar, exigir explicaciones... Controlar ¡Sí! Eso sé hacerlo y se me da muy bien».

Salgo de la habitación con el papel en la mano y el pulso acelerado, decidida a encontrarlo antes de que alguien me diga que me tranquilice. Esto hay que arreglarlo ahora mismo.

Encuentro a Mason en la cocina común de la finca, apoyado en la encimera con una taza de café entre las manos. Lleva una camiseta oscura y el pelo algo revuelto, pero no parece resacoso, sino tranquilo... Demasiado. Ese detalle me irrita antes incluso de llegar a donde está.

—Tenemos un problema —le suelto sin preámbulos.

Alza la vista con calma, como si me hubiera estado esperando, y me observa durante un segundo que se me hace eterno. No sonrío, ni se muestra sorprendido, aunque tampoco parece incómodo.

—Buenos días para ti también —responde.

Le planto el certificado delante de él, antes de que pueda añadir nada más. Pero al no cogerlo, el papel se abre al caer sobre la encimera y queda a la vista sin margen para la duda.

—Explícame esto.

Mason baja la mirada, lo lee una vez y luego otra, con una serenidad que me provoca una necesidad muy concreta de cogerlo

por los hombros y zarandearlo para que espabile. No hay gesto de alarma en su rostro, solo un silencio breve y controlado que me pone nerviosa.

—Vale —dice al fin.

Eso es todo.

—¿«Vale»? —repito—. ¿Eso es lo único que tienes que decir?

—Estoy leyendo.

—Yo ya lo he leído. Dos veces y no mejora.

Aparta la taza a un lado y apoya las manos en la encimera, frente a mí. Se limita a mirarme con atención, como si quisiera entender exactamente en qué punto estoy antes de responder.

—Es un certificado legal —dice—. No parece una broma.

—No me tranquiliza que me lo confirmes —le suelto—. Quiero saber por qué demonios esto existe.

—Porque firmamos.

La frase es sencilla y la ha dicho sin ironía, lo que la hace todavía peor.

—Firmamos algo simbólico —replico—. Solo era un juego. Una estupidez colectiva con un oficiante improvisado.

—El oficiante no era improvisado —responde—. Era real. Lo supe anoche.

Parpadeo.

—¿Cómo que lo supiste?

—Porque Ryan lo comentó antes de la ceremonia, pero no le di importancia.

El aire se me queda a medio camino entre los pulmones y la garganta.

—¿No le diste importancia? —repito—. ¿A que el tipo que nos «casó» tenía licencia?

—Pensé que no llegaríamos tan lejos.

—Pero llegamos.

—Sí.

—Y tú lo sabías.

—Lo intuía.

Siento un impulso muy claro de gritarle algo que no mejoraría la situación y me contengo por pura supervivencia. Me paso una

mano por la frente y empiezo a caminar por la cocina de un lado a otro, incapaz de quedarme quieta.

—Esto es una locura —digo—. No puede ser válido. Tiene que haber alguna forma de anularlo sin más.

—No es tan simple.

Me detengo en seco y me giro hacia Mason.

—¿Cómo que no es tan simple? —le pregunto clavándole la mirada.

—Es domingo. Estamos en otro estado. Hay trámites que hacer...

—Trámites —repito—. ¿Estás hablando de trámites como si esto fuera pedir una cita médica?

—Estoy intentando ser práctico.

—Yo también —le corto—. Por eso digo que hay que arreglarlo ya.

Mason me observa sin interrumpirme, lo cual me enfurece todavía más. Necesito que se altere, que se sume al pánico que yo siento, que me diga que esto es un desastre absoluto... Pero no lo hace y eso me indigna aún más.

—No entiendo por qué no estás más preocupado —añado.

—Estoy preocupado.

—No lo parece.

—Porque no he entrado en pánico.

—Pues deberías estarlo —le digo—. Esto no es una anécdota incómoda, Mason. Es un matrimonio.

—Lo sé.

—Legal.

—Lo sé.

—Con consecuencias.

—Lo sé.

—¿Vas a decir algo más? —le pregunto histérica.

Aprieto los labios y niego con la cabeza.

—Esto no puede quedarse así—añado y resoplo.

—No he dicho que se vaya a quedar así.

—Entonces dime que lo anulamos hoy mismo.

No responde de inmediato y ese segundo de margen enciende todas mis alarmas.

—Dímelo —insisto.

—No creo que sea buena idea precipitarse.

—¿Perdón?

—Digo que conviene informarse antes de hacer nada.

—No hay nada de que informarse —le suelto—. No nos conocemos y no queremos esto. Fue un error. Punto.

—Fue un error compartido.

—Eso no lo convierte en una buena idea.

—Tampoco en algo que deba anularse sin pensar.

Me acerco un paso hacia él, sin darme cuenta, y bajo la voz.

—No me digas que estás considerando dejarlo tal y como está.

—Digo que no voy a correr a anularlo como si me estuviera quitando una multa.

—¿Y qué propones? —pregunto aún más indignada—. ¿Que nos sentemos a desayunar tranquilamente mientras seguimos casados por accidente?

—Propongo que hablemos con calma.

—Yo no siento ningún tipo de calma ahora mismo.

—Ya lo veo.

Cruzo los brazos, intentando contener el temblor que empieza a recorrerme de pies a cabeza.

—Esto me afecta —reconozco—. Mucho más de lo que parece afectarte a ti.

—No es cierto.

—No te noto atrapado.

—Porque no reacciono igual que tú.

—Porque no estás pensando en lo mismo.

—¿En qué estás pensando tú?

Abro la boca para responder y me quedo en blanco durante un segundo, hasta que la respuesta aparece clara y sin adornos en mi cabeza y sale por mi garganta.

—En que no quiero estar atada a alguien que no conozco —digo—. En que esto puede complicarlo todo: trabajo, familia,

papeles, decisiones que no he tomado...

Mason asiente despacio.

—Eso lo entiendo.

—Entonces ayúdame.

—Ayudarte no significa hacer exactamente lo que pides.

—Para mí sí.

Mason apoya el hombro en la pared y me observa en silencio con una atención que no sé cómo interpretar.

—Nora —dice al fin—. No te estoy diciendo que esto sea para siempre.

—Eso ya sería el colmo.

—Te estoy diciendo que quizá conviene no tomar decisiones desde el pánico.

—Yo funciono así —le respondo—. Cuando algo se descontrola, intento controlarlo.

—Y yo funciono al revés.

—Ya lo veo.

—Por eso no deberíamos tomar decisiones a la ligera.

La frase me molesta porque es razonable.

—Esto hay que arreglarlo —sentencio.

—Sí.

—Ahora.

—Vamos a informarnos primero.

—No quiero esperar.

—Yo sí.

Nos miramos con una tensión nueva, más áspera que la de la noche anterior. Ya no hay alcohol, ni música que amortigüe nada. Solo una verdad incómoda entre los dos.

—Esto es real —admito.

—Sí.

—Y me da miedo.

Mason no me responde enseguida. Da un paso hacia mí, lo justo para que no parezca una retirada ni un ataque.

—Lo sé —dice—. Pero no voy a fingir que esto no existe solo para tranquilizarte.

Eso es lo peor que podría haber dicho, porque entiendo algo con claridad: el error ya no es solo el matrimonio, sino que no estamos en el mismo lado y eso sí que no tiene arreglo rápido.

No espero a que Mason diga nada más, porque mi margen de tiempo para la contemplación se ha agotado y mi cabeza ya ha pasado al único terreno que conozco cuando algo amenaza con salirse del eje: resolver, actuar e imponer orden aunque sea a la fuerza.

—Voy a llamar —anuncio sacando mi móvil del bolsillo.

—¿A quién? —pregunta abriendo los ojos.

—A alguien que sepa qué hacer.

—¿Quién?

—Da igual. Un registro, un abogado, una oficina de trámites...

Alguien.

Marco el primer número que encuentro buscando «matrimonios Nueva York anulación domingo» con una rapidez que roza lo obsesivo. Da señal, espero, pero no me responden. Cuelgo y marco otro.

—Es domingo —me avisa Mason, como si eso fuera una novedad.

—La gente se separa en domingo —replico—. Alguien tiene que trabajar.

—No necesariamente.

—No me ayudes a perder la fe en el sistema —le contesto sin mirarlo.

Camino de un lado a otro de la cocina mientras suena el tono de llamada. Mi cuerpo va por delante de mi cabeza y necesito moverme para no pensar en la cantidad exacta de problemas que se están apilando frente a mí.

—Gracias por llamar a la oficina del condado —dice una voz grabada—. Nuestro horario es de lunes a viernes...

Cuelgo antes de que termine y suelto un resoplido.

—Bien —murmuro—. Plan B.

—¿Cuál era el plan A? —pregunta Mason.

—Anularlo.

—Ese sigue siendo el objetivo.

—Perfecto —respondo—. Entonces deja de cuestionar el método.

Abro el navegador y empiezo a teclear en la pantalla de mi teléfono. Leo titulares y frases sueltas: «Plazos». «Requisitos». «Comparecencia». Palabras que no me gustan nada.

—No es inmediato —digo en voz alta, más para mí que para él.

—Ya lo imaginaba.

—Hay que presentar una solicitud.

—Ajá.

—Y esperar —resoplo de nuevo.

—Cuánto.

—Depende.

Levanto la vista y me encuentro con su expresión tranquila, casi paciente, como si llevara horas preparado para este momento.

—No me mires así —le suelto.

—¿Así cómo?

—Como si esto confirmara algo.

—Confirma que no es tan sencillo como te gustaría.

—Eso no significa que no vaya a intentarlo.

Sigo leyendo.

—Hay que justificar la anulación —añado—. No vale con decir «nos equivocamos».

—Tiene sentido —asiente con la cabeza.

—No debería.

—La ley no suele preocuparse por cómo te sientes.

—Genial —murmuro—. Exactamente lo que necesitaba oír.

Lanzo el móvil sobre la encimera y me apoyo en ella con las dos manos. El pánico empieza a aflorar de verdad en mí ahora que la solución parece complicarse.

—Esto no puede afectar a mi vida —digo—. No puede seguir ahí como una bomba esperando a estallar.

—No va a explotar hoy —responde Mason—. Respira.

—No me digas que respire.

—Entonces dime qué necesitas.

Su frase me descoloca por un momento.

—Necesito que estés de mi lado —respondo—. Sin matices.

—Estoy de tu lado.

—No lo parece.

—Porque no corro.

—Porque no tienes miedo.

—Sí lo tengo.

—No igual.

Asiente, aceptando la diferencia sin discutirla.

—Dime ¿qué quieres hacer ahora mismo? —pregunta.

—Llamar a un abogado.

—Bien.

—Regresar a Nueva York.

—También bien.

—Empezar el trámite hoy.

—Eso quizá no sea posible.

—Entonces mañana a primera hora.

—Eso sí.

—Y dejar claro que esto se acaba cuanto antes.

Mason no responde de inmediato y ese silencio breve me tensa los hombros.

—¿Qué? —le espeto.

—Nada.

—No me digas «nada».

—Digo que no tengo prisa.

—Pues yo sí.

—Lo tengo muy claro.

—Entonces entiende que no puedo permitirme dudas.

—Entiendo que quieras controlarlo todo.

—No es control —replico—. Es supervivencia.

—Para ti.

—Para mí.

—Para mí no funciona igual.

—Ese es el problema.

Me enderezo y lo miro de frente.

—No voy a convivir con esto, ni voy a bromear al respecto, ni a fingir que es gracioso. No quiero que esto se normalice.

—No se va a normalizar —responde—. Pero tampoco voy a tratarlo como si fuera algo vergonzoso que haya que borrar en secreto.

—No es vergüenza —le corto—. Es miedo.

—Lo sé.

—Entonces ayúdame a quitarlo de en medio.

—Ayudarte no significa hacerlo desaparecer.

—¿Qué significa entonces?

Mason se toma su tiempo antes de responder y eso me irrita, aunque también me obliga a escucharlo.

—Significa hacerlo bien —dice—. No rápido, sino bien.

—Para mí lo que está bien también es sinónimo de rápido.

—Para mí lo que está bien es sinónimo de consciente.

—Eso no nos lleva al mismo sitio.

—No todavía.

Aprieto los labios y niego con la cabeza.

—Esto es una pesadilla logística —añado—. ¿Has pensado en lo que implica? Cambios de estado civil, papeles, firmas, explicaciones...

—No he llegado tan lejos.

—Yo sí.

—Lo sé.

—Me voy hoy —digo—. En cuanto acabe el desayuno.

—Yo también vuelvo hoy.

—Perfecto.

—Pero no voy a cancelar nada mientras regreso.

—¿Y dónde lo vas a cancelar?

—En un despacho.

—Cuándo.

—Mañana.

—Eso es esperar demasiado.

—Es lo mínimo.

Lo miro con frustración.

—No entiendo por qué no quieres arreglarlo ya.

—Porque arreglarlo no es borrarlo.

—Para mí sí.

—Ahí está la diferencia.

Dejo el móvil sobre la encimera.

—Esto hay que arreglarlo ahora mismo —digo, con la voz más firme que antes—. No dentro de una semana sino ahora.

Mason sostiene mi mirada sin ceder.

—No va a desaparecer aunque repitas lo mismo mil veces.

—No va a mejorar por ignorarlo.

—No lo estoy ignorando.

—Lo estás postergando.

—Lo estoy encajando.

—Yo no puedo encajarlo —respondo—. No así.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros de nuevo.

—Voy a llamar a un abogado en cuanto pueda —añado—. Y voy a empezar el trámite.

—Hazlo —me responde encogiéndose de hombros.

—¿No vas a impedirlo?

—No —niega con la cabeza.

—¿No vas a discutirlo?

—Hoy no.

—Entonces deja claro que estás de mi lado.

—Lo estoy —afirma—. Pero no esperes que reaccione como tú.

—No te pido que reacciones como yo —le contesto—. Te pido que no te lo tomes a la ligera.

—No lo hago.

—Entonces demuestra que te importa.

—Me importa —dice—. Solo que no de la forma que esperas.

Eso no me tranquiliza en absoluto. El miedo ya no es una idea vaga, sino un papel firmado, un estado civil distinto y una decisión que no he tomado conscientemente y que ahora tiene peso legal.

Mientras recojo mis cosas con el móvil en la mano y la cabeza llena de soluciones a medio construir, solo tengo una certeza clara y urgente: esto hay que arreglarlo ahora mismo.

6

Mason

Cierro la puerta de la cocina y el golpe seco me recorre el antebrazo como una descarga, que agradezco porque me ancla al cuerpo. Me apoyo un segundo en la madera, bajo la cabeza y exhalo despacio, en un intento de ordenar lo que tengo dentro antes de que empiece a querer salir en direcciones que no me convienen.

No siento pánico, ni tengo taquicardia, ni la necesidad infantil de salir corriendo para arreglar algo de inmediato. Lo que de verdad me invade en este momento es una tensión contenida que se me instala en el pecho cuando pienso en la manera en que me miraba Nora hace un momento, como si mi calma fuera una traición personal.

Camino por el pasillo de la finca sin rumbo, escuchando mis propios pasos sobre el suelo de madera. La casa está más tranquila que hace un rato, porque la mayoría de los invitados ya se han ido o están recogiendo sus cosas para marcharse. El ambiente ha cambiado, como si alguien hubiera apagado de golpe la música y dejado al descubierto todo lo que anoche se sostuvo gracias al ruido, las risas y las copas de más.

Me paso una mano por la nuca y noto la tensión acumulada en los músculos de la parte alta de la espalda, un recordatorio físico de que, aunque no esté alterado, tampoco estoy indiferente. Nora sí lo está pasando mal. Eso es innegable. La he visto recorrer la cocina de un lado a otro con el móvil en la mano, buscando soluciones con desesperación. He observado cómo su miedo se convertía en control y cómo ese control necesitaba que yo reaccionara igual para sentirse acompañada, pero no he podido hacerlo, porque esa no es mi manera de funcionar.

Salgo al porche lateral y saco el móvil del bolsillo trasero de mis pantalones. Lo sostengo unos segundos sin desbloquearlo, mirándolo como si pudiera decidir algo por mí si le doy el tiempo

suficiente. La conversación con Nora se repite en mi cabeza en fragmentos sueltos como una secuencia que intento analizar con la frialdad que me ha salvado otras veces de meter la pata.

Me ha repetido que debíamos arreglar esto en ese mismo momento y lo ha dicho con una convicción que no admitía réplica. Para ella, esperar equivale a empeorar las cosas. Para mí, en cambio, precipitarse suele ser la forma más rápida de romper algo que todavía no sabes cómo funciona.

Suelto un suspiro. desbloqueo mi teléfono y tecleo el número de Alex sin pensarlo más. No tengo que revisar la agenda, porque me lo sé de memoria. Llevamos años hablándonos casi a diario, porque somos amigos desde secundaria, aunque la mayoría de las veces que nos llamamos lo hacemos para hablar de asuntos legales, por algo él es mi abogado.

Me llevo el móvil a la oreja mientras observo el jardín vacío. La ceremonia improvisada de anoche parece ahora un sueño, algo totalmente irreal, sin embargo, tengo la certeza de que ocurrió.

—Dime que no te he despertado —digo cuando descuelga.

—Si lo hubieras hecho, no habría contestado —responde con voz neutra—. ¿Qué pasa?

No hay bromas ni rodeos en su saludo, Alex siempre ha sido así y hoy se lo agradezco.

—Necesito una confirmación legal —digo—. Rápida.

—Eso suena mal.

—Peor que mal...

Escucho cómo se mueve al otro lado de la línea. Me apoyo en la barandilla del porche y clavo la vista en un punto indefinido del jardín, concentrado en mantener la voz estable.

—Ayer me casé —suelto de sopetón.

Hay un silencio breve al otro lado de la línea lo suficientemente largo como para que entienda que la frase ha causado el efecto que imaginaba en mi amigo.

—¿Perdón?

—Fue una boda improvisada con alcohol de por medio y un entorno poco fiable —resumo—. Esta mañana hemos encontrado el certificado.

—¿Firmaste?

—Sí.

—¿Ella firmó?

—Sí.

—¿El oficiante tenía licencia?

—Eso parece.

Alex no me responde de inmediato, pero cuando lo hace, su tono ha cambiado. Ya no es el de un amigo al que acabas de contarle una anécdota absurda, sino el de un abogado que empieza a ordenar datos dentro de su cabeza para saber cómo proceder.

—Necesito que me digas el estado —dice—. Y la fecha exacta.

Le respondo sin adornos, porque no hay espacio para dramatizar nada. Mientras hablo, noto que convertirlo en información concreta, le quita parte del caos que Nora todavía siente pegado a su piel.

—Vale —responde cuando termino—. Escucha con atención.

Aprieto los dedos alrededor del móvil.

—Si el certificado es válido, el matrimonio también lo es —continúa—. No hay margen de interpretación ahí.

—¿Se puede anular hoy? —pregunto, directo.

—No.

La respuesta es inmediata, fría y definitiva.

—Hay plazos —sigue— y también requisitos y, por supuesto, no son inmediatos.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—Depende del procedimiento que elijáis, pero no estamos hablando de horas ni de un trámite exprés.

Asiento despacio, aunque él no pueda verme.

—¿Hay alguna vía rápida?

—Hay vías legales —corrige—. Rápidas no es la palabra que usaría para referirme a ellas.

Me paso la lengua por el interior de la mejilla, procesando la información sin prisas. No siento alivio, pero tampoco rechazo. Lo que siento es un nudo en el pecho, que no tiene que ver con estar casado, sino con la idea de borrar algo tan deprisa.

—¿Consejos? —pregunto.

—Que no hagáis nada en caliente —responde—. Y que habléis con calma antes de iniciar cualquier procedimiento.

Cuelgo unos minutos después, agradeciéndole su disponibilidad pese a ser domingo y prometiendo llamarlo al día siguiente con más datos. Me quedo con el móvil todavía en la mano, mirando la pantalla apagada, consciente de que acabo de confirmar lo que Nora más teme: estamos legalmente casados y anularlo no es tan sencillo.

No siento vértigo, sino algo que se me abre despacio por dentro cuando pienso en decírselo a ella y en cómo va a interpretar cada palabra que salga de mi boca. Para Nora, esto es una amenaza que hay que neutralizar cuanto antes. Pero para mí, es un hecho que necesita tiempo, no porque quiera conservarlo, sino porque precipitarse siempre ha sido la antesala de decisiones de las que luego cuesta salir.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me enderezo. Todavía tengo que hablar con ella y esa conversación estoy convencido de que va a ser peor que la anterior, porque ya no hay margen para suposiciones ni para negar lo evidente.

La encuentro en el comedor pequeño, junto a la ventana que da al camino de entrada. Está de pie, con el móvil en la mesa y los brazos cruzados. No se gira cuando entro, pero sé que me ha oído. Su cuerpo se tensa lo justo para dejar claro que está esperando algo que no le va a gustar.

—He hablado con Alex —digo.

No levanta la cabeza, pero aprieta los labios y asiente despacio, como si se estuviera preparando para el golpe.

—¿Y ese quién es?

—Uno de mis mejores amigos y, también, mi abogado.

—¿Y? —se interesa clavando su mirada en mis ojos.

Me acerco lo suficiente para que no tenga que alzar la voz.

—El matrimonio es válido.

Nora cierra los ojos unos segundos y apoya las manos en el borde de la mesa, inclinándose ligeramente hacia delante y respira hondo.

—Vale —asiente con la cabeza—. ¿Y la anulación?

—No es inmediata.

Abre los ojos despacio y se gira hacia mí con una expresión que no es de sorpresa, sino de confirmación. Como si ya lo supiera y solo necesitara oírlo en voz alta para que terminara de asentarse dentro de su cabeza.

—¿Cuánto tiempo tiene que pasar? —pregunta.

—Depende del procedimiento —respondo—. Hay plazos.

—¿Plazos de cuánto?

—No son inmediatos.

Su mandíbula se tensa. Da un paso hacia la silla más cercana y se deja caer en ella con un gesto brusco, pasando una mano por su frente.

—Genial —murmura negando con la cabeza—. Simplemente genial.

Me quedo de pie frente a ella con las manos relajadas a los lados del cuerpo. No quiero parecer defensivo, pero tampoco voy a fingir una alarma que no siento.

—Nora —empiezo—. No estoy diciendo que no lo vayamos a anular.

—Eso no es lo que he oído —me corta, levantando la vista—. Lo que has dicho es que no tienes prisa.

—No he dicho eso.

—Entonces explícame qué has dicho —exige.

Me tomo un segundo antes de responder, porque sé que cualquier palabra mal dicha le va a sonar a excusa.

—Creo que hacerlo sin informarnos bien puede complicarlo más —digo—. Alex ha sido claro: precipitarse no ayuda.

—¿Precipitarse? —repite con una risa seca—. Mason, estamos hablando de un matrimonio.

—Precisamente por eso.

—No —niega con la cabeza—. Precisamente por eso hay que deshacerlo cuanto antes.

Se levanta de nuevo y empieza a caminar de un lado a otro del comedor, con pasos cortos y rápidos. Su energía es nerviosa, como si cada movimiento fuera una forma de impedir que el miedo termine de invadirla.

—No puedo permitirme que esto se alargue —dice—. No puedo irme a casa con esto encima.

—No te estás yendo casada para siempre —respondo—. Te estás yendo casada ahora.

Se detiene en seco y me mira.

—Eso no es demasiado tranquilizador.

—No pretendo que lo sea —admito—. Pretendo que sea realista.

—Realista sería arreglarlo mañana mismo.

—Mañana podemos empezar —concedo—. Hoy no.

—Hoy ya hemos perdido tiempo —replica—. Todo este rato es tiempo perdido.

—No lo veo así.

—Claro que no lo ves así —dice con amargura—. Tú no estás atrapado.

—No es verdad —respondo—. Simplemente no reacciono igual que tú.

—Eso es lo que más me asusta.

La miro en silencio durante un instante, porque necesito entender hasta dónde llega su miedo antes de seguir hablando.

—¿Qué es lo que más te preocupa? —pregunto.

Duda un segundo.

—No poder controlarlo y que empiece a tener consecuencias que no he elegido.

Asiento despacio.

—Lo entiendo.

—No —me corrige—. Si lo entendieras, estarías tan nervioso como yo.

—No necesariamente.

—Eso es lo que no soporto —dice—. Que puedas estar así de tranquilo.

No levanta la voz, pero la tensión se nota en cada palabra que escapa de sus labios. Me acerco un poco más y apoyo una mano en el respaldo de la silla, aunque sin llegar a tocarla.

—No estoy tranquilo —le digo—. Estoy conteniéndome.

—¿Por qué?

La pregunta es directa e incómoda.

—Porque tomar decisiones desde el miedo suele salir mal — respondo—. Y porque, aunque no lo quieras oír, anularlo sin pensar también es una decisión.

Nora me observa con frustración y cansancio.

—¿Te das cuenta de que suena a que no quieres hacerlo?

—No quiero hacerlo mal —le corrijo.

Aparta la mirada y suspira.

—Esto es justo lo que temía —dice—. Que no estuviéramos en el mismo punto.

—No lo estamos —admito—. Pero eso no significa que esté en tu contra.

—Necesito sentir que sí —responde—. Sin matices.

—No sé hacerlo así.

Sus hombros se hunden un poco, como si mis palabras fueran peor de lo que esperaba.

—Entonces vamos a tener problemas —dice.

No le discuto.

—Probablemente —respondo.

La discusión ya no va de anular o no anular nuestro matrimonio, sino de cómo afrontamos algo que ninguno de los dos ha elegido.

—Me voy a preparar para salir —dice al fin—. No quiero perder más tiempo aquí.

—Yo también saldré en un rato.

Asiente sin mirarme y se dirige hacia el pasillo. La observo alejarse y tengo la certeza de que no quiero arreglarlo tan rápido, porque borrar algo así de golpe me parece una forma de fingir que no ha existido y eso me incomoda, aunque precisamente eso lo que empieza a preocuparme de verdad.

Salimos de la finca a la vez, aunque no habíamos quedado. El trayecto hasta los coches se hace largo, porque ninguno de los dos dice nada. Nora camina unos metros por delante de mí, con la espalda recta y los hombros tensos, como si el simple hecho de

detenerse pudiera hacerla perder el equilibrio que se ha impuesto a la fuerza.

Abre su coche sin mirarme. Deja las bolsas en el asiento del copiloto y se sienta al volante con un gesto seco. Yo me quedo un segundo más junto a mi coche antes de subir. Cuando meto mi bolsa, entro el coche y arranco el motor. Tomo el camino de salida de la finca y la adelanto. Un instante después, la carretera se abre ante nosotros y el paisaje empieza a transformarse con lentitud. Los árboles quedan atrás, los tramos rurales desaparecen en el retrovisor y, poco a poco, la sensación de estar fuera del mundo se diluye. Vuelve el asfalto uniforme, las señales de tráfico y los semáforos.

Conduzco con las manos firmes en el volante y la cabeza extrañamente despejada. No estoy nervioso, aunque tampoco tranquilo. Siento una tensión a bajas revoluciones pero constante.

Pienso en la llamada con Alex y en su tono neutro. No ha dicho nada que no supiera. Aun así, algo me ha calado más que todo lo demás. No ha sido el matrimonio en sí, sino la prisa de Nora de borrarlo. La idea de que anularlo cuanto antes sea la única forma correcta de actuar.

Miro de nuevo por el retrovisor y veo que Nora sigue concentrada en la carretera, imagino, con la mandíbula apretada y la mente trabajando a una velocidad de vértigo. No necesito tenerla al lado para saberlo; su forma de reaccionar es clara incluso desde la distancia.

Supongo que ella necesita resolver esto cuanto antes para poder respirar tranquila, yo, en cambio, necesito entender antes de mover una pieza. Lo mío no es amor ni romanticismo, es simplemente resistencia.

La autopista se llena poco a poco de coches y el tráfico empieza a espesarse a medida que nos acercamos a la ciudad. La familiaridad del entorno debería tranquilizarme, pero no lo hace. Nueva York siempre ha sido un lugar de control, de estructura y de decisiones claras. Ahora, en cambio, me parece más exigente.

De repente me viene a la cabeza la cocina de la finca y la mirada de Nora al decirle que la anulación de nuestro matrimonio no

era inmediata. Aprieto los dedos sobre el volante un instante y luego los relajo. No quiero que esto se convierta en una guerra de voluntades, aunque tampoco deseo fingir una prisa que no siento. Anularlo ya, sin pensar, me parece una forma de negar que algo ha ocurrido de verdad y eso no me gusta, no porque quiera continuar casado, sino porque quiero ser consciente de cada paso doy en mi vida.

El tráfico se detiene unos segundos y aprovecho para mirar otra vez por el retrovisor. Veo que Nora, que sigue detrás de mi coche, frena a tiempo, manteniendo la distancia. Seguimos avanzando así durante varios kilómetros. Dos trayectorias paralelas como nuestras dos formas distintas de procesar lo mismo.

Cuando por fin la silueta de la ciudad se impone en el horizonte, tengo claro que la boda ha quedado atrás. Lo que empieza ahora no tiene música ni copas ni excusas compartidas, sino horarios, despachos, llamadas y decisiones que no admiten bromas. Nueva York no perdona la improvisación.

Entro en la ciudad con la certeza incómoda de que nada de esto va a resolverse tan rápido como ella quiere, ni tan despacio como yo necesitaría. Esa diferencia es el verdadero problema.

Antes de perderla entre el tráfico, pienso algo que no esperaba pensar tan pronto: no pasa nada por esperar y esa frase se instala en mí con fuerza que me inquieta. Porque esperar implica asumir que esto existe y una parte de mí no está preparada para lo que eso significa. Pese a eso, no piso el acelerador para adelantarla ni freno para quedarme atrás. Simplemente, sigo conduciendo y justo, en esa distancia exacta que nos separa y que ninguno de los dos ha elegido, empieza lo serio.

7

Nora

Entro en mi piso de Brooklyn y las llaves chocan con el cuenco de cerámica antes de caer al suelo. No me agacho a recogerlas. Me quedo quieta en mitad del recibidor, con el abrigo todavía puesto, mirando las llaves desparramadas como si eso fuera una señal de que hoy nada me va a salir bien.

Me quito los zapatos con el pie y avanzo hasta el salón. Todo sigue donde lo dejé. La manta mal doblada sobre el sofá, la mesa baja ocupada por una torre de libros a medio leer, varias tazas por lavar en el fregadero y el potus que parece a punto de rendirse, pero se empeña en sobrevivir. Sonrío, porque, pese al desorden, esta es mi casa, mi espacio y mi vida real. La versión sin copas, sin música alta y sin gente aplaudiendo decisiones ajenas.

Cierro la puerta y apoyo la espalda en ella durante un segundo, para comprobar que sigo aquí, que no me he quedado atrapada en la finca como en una película mala con boda absurda incluida. Respiro hondo y avanzo despacio, como si el apartamento necesitara reconocermelo. Aquí no hay ruido ni testigos. Solo yo y una certeza incómoda que tengo anclada en el pecho: estoy casada.

Esas dos palabras aparecen sin adornos en mi cabeza, y me provocan un pinchazo inmediato en el estómago. Camino hasta la cocina y abro la nevera, aunque no tengo hambre. La cierro y abro un cajón, pero también lo cierro. Me apoyo en la encimera y me paso las manos por la cara hasta sujetarme el pelo en la nuca y resoplo...

«Esto no es mi vida, sino un trámite o un error administrativo sin más», me digo para mí. Me lo repito porque necesito una frase sencilla a la que agarrarme antes de que mi autocontrol empiece a resquebrajarse.

Voy hasta mi dormitorio y dejo el bolso sobre la cama. El vestido que me puse el último día sigue doblado encima de la silla.

Resoplo y de repente mi teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo y mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Lo saco con un movimiento rápido y veo su nombre ocupando toda la pantalla.

«Mason».

No contesto al primer tono, ni al segundo, aunque no lo hago porque quiera castigarle ni jugar a nada raro, sino porque necesito dos segundos para colocar la voz en su sitio. Cuando descuelgo, ya he decidido que voy a sonar operativa, ni amable, ni hostil, sino simplemente operativa.

—¿Has llegado? —pregunta con la voz tan tranquila como hace unas horas.

—Sí. Estoy en casa.

—Yo también acabo de llegar.

Aprieto los labios.

—Bien.

Nos quedamos en silencio un instante, aunque no me resulta incómodo.

—Tenemos que hablar —dice al fin.

Suelto una risa corta, aunque sin humor.

—Vaya. ¡Qué novedad!

—Nora...

—No, espera. Es que me hace gracia la frase, porque parece que no llevemos hablando de lo mismo desde que nos hemos despertado.

No se defiende, ni se justifica y eso me desconcierta un poco, porque es lo primero que yo haría.

—No quiero discutir —responde—. Quiero que nos organicemos.

—¿Organizarnos para qué exactamente? —pregunto alzando una ceja aunque no puede verme.

—Para esto. Para el... *mientras tanto*.

Camino hasta la ventana del salón y aparto un poco la cortina. La calle sigue con su ritmo habitual, ajena a este matrimonio accidental.

—No me gusta cómo suena eso.

—No tiene por qué gustarte, lo que importa es que tiene que funcionar.

Cierro los ojos un segundo.

—Explícate.

—Necesitamos vernos —continúa—. Hablar con frecuencia para coordinar decisiones y esto no se arregla solo con llamadas sueltas.

Apoyo la frente en el cristal frío.

—¿Y eso nos lleva a...?

—A que quedemos mañana —dice—. En persona y en un sitio neutral.

Abro los ojos.

—¿Una reunión?

—Una conversación.

—No suena mejor.

—Es lo que hay.

Me giro, cruzo el salón y me dejo caer en el sofá.

—No pienso improvisar nada —le advierto—. Bastante improvisación llevamos ya.

—Por eso mismo —responde—. Te digo que quedemos en un café, con una mesa de por medio y a una hora razonable.

—Eres insufriblemente sensato.

—Me esfuerzo.

Resoplo.

—¿Dónde?

—Donde tú prefieras —propone—. Así no sientes que invado tu territorio.

—Eso no era una preocupación hasta que lo has dicho.

—Tomo nota.

Me paso una mano por el pelo, intentando ordenar una cabeza que no se deja.

—Vale —digo al fin—. Café. Pero solo para hablar.

—Solo para hablar.

—Y para dejar claro que esto no es una solución definitiva.

—Nunca lo he planteado así.

—Bien. Te pasaré la ubicación por mensaje.

Cuelgo sin despedirme, dejo el móvil sobre la mesa y me quedo mirando el techo. La casa vuelve a estar en silencio, pero ya no me resulta tan estable como cuando he llegado. Me incorporo y empiezo a mover cosas sin un plan claro. Ordeno cojines, apilo revistas, enderezo un cuadro, guardo las tazas sucias del fregadero en el lavavajillas... Todo para no pensar en verle de nuevo.

No. Ni hablar. Mañana solo tomaremos un café y tendremos una conversación tensa pero funcional. Un paso lógico para arreglar este error.

Me digo que Nueva York siempre ha sido mi terreno, que aquí todo se puede negociar y que nada es irreversible. Me lo digo mientras recojo las llaves del suelo y las dejo bien colocadas en el cuenco, como si eso pudiera devolverme una sensación de control que ya empieza a fallarme.

«Mañana hablaré con Mason, pondremos normas y así esto seguirá siendo solo un trámite», me digo, pero mientras pongo la lavadora, hay una inquietud nueva que no logro quitarme de encima, porque por primera vez desde que he cruzado la puerta de mi piso, tengo claro algo que no me gusta nada: mañana, en ese café, nada va a quedarse exactamente en el mismo lugar en el que estaba.

Llego al café diez minutos antes de la hora acordada y me arrepiento en cuanto empujo la puerta, porque llegar antes me da tiempo para pensar, y hoy pensar es justo lo que debería evitar. Pido un café solo y elijo una mesa pequeña junto a la ventana, lanzo un suspiro y me siento de espaldas a la pared, por puro instinto. No espero nada de esta conversación y, aun así, me preparo como si fuera una negociación delicada.

Saco el móvil, lo dejo sobre la mesa y apoyo los antebrazos junto a la taza. Me obligo a relajar los hombros, porque aunque no estoy especialmente nerviosa, me siento en alerta.

Mason llega puntual. Lo veo reflejado en el cristal antes de que se acerque hasta mi mesa y noto cómo mi cuerpo reacciona sin consultarme. No me sobresalto, sino que me pongo en tensión.

—Hola —dice al llegar.

—¿Qué tal? —le respondo sin una sonrisa de bienvenida y tratando de mostrarme impasible.

Se quita el abrigo con un gesto tranquilo y se sienta frente a mí. Observa el local un segundo y luego me mira con atención, como si todo lo demás hubiera dejado de existir.

—Gracias por venir —dice.

—Era eso o seguir discutiendo por teléfono —respondo—. He elegido la opción menos agotadora —añado encogiéndome de hombros y observo como una sombra de sonrisa cruza su boca.

—Me parece razonable.

Pide un café cuando pasa la camarera y vuelve a centrar la atención en mí.

—Vale —digo—. Hablemos, pero vayamos al grano.

—De acuerdo —asiente con la cabeza.

—Esto no es una relación —añado—. Ni una prueba, ni una oportunidad, ni nada parecido.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Bien. Entonces partamos de ahí.

Asiente despacio.

—Tenemos un problema práctico —dice—. Legal y logístico.

—Sobre todo logístico —respondo—. Lo legal ya sabemos que no se arregla de un día para otro.

—Exacto y mientras tanto necesitamos coordinarnos.

—Coordinar no significa convivir —le explico.

—No necesariamente —admite—. Pero facilita muchas cosas.

Cruzo los brazos.

—Ahí está. El argumento.

—No es un argumento —responde—. Es una observación.

—Pues obsérvame diciendo que no.

No se inmuta.

—Vale. Entonces pensemos alternativas.

—Eso suena mejor —asiento con la cabeza.

—Llamadas constantes —enumera—. Mensajes. Quedar varias veces por semana. Mover papeles.

—Eso ya lo hago con mi gestor —replico—. Y no vivo con él.

—Tu gestor no duerme contigo en los registros oficiales.

—No me lo recuerdes.

Le sirven su café y se toma un segundo para darle un sorbo antes de continuar hablando.

—No te estoy pidiendo que quieras esto —dice—. Te estoy proponiendo la opción menos complicada.

—Será para ti.

—No, para los dos.

—No lo creo.

Se inclina un poco hacia delante.

—Nora, tú tienes tu vida montada aquí. Trabajo, horarios, rutinas... Yo puedo adaptarme más rápido.

—Eso no te convierte en la opción lógica.

—Tengo menos cosas —añade—. Literalmente.

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces.

—Estoy convencido que tienes armarios llenos de ropa, maquillaje, complementos... La casa entera ocupada por tus cosas

—Tengo un arsenal —le corrijo—. Y no pienso reducirlo por un matrimonio absurdo.

—No te lo he pedido.

—Todavía.

Niega con la cabeza, paciente.

—Yo puedo vivir con lo que me cabe en una maleta —dice—.

Tú no. No es un juicio, es un dato.

—Eres insufrible cuando tienes razón.

—Intento no abusar.

Me quedo callada un segundo, observando la espuma del café. No me gusta que su lógica encaje tan bien con la realidad, ni me gusta sentir que estoy cediendo terreno sin haber perdido una discusión.

—Mi piso es pequeño —digo—. Muy pequeño.

—No importa.

—Y está lleno.

—Lo imagino.

—No hay espacio para improvisaciones.

—No improvisaré.

—Ni para invasiones silenciosas.

—Pediré permiso hasta para respirar —responde.

—No exageres.

—Aprendo rápido.

Suelto un resoplido y dejo caer la espalda contra la silla.

—Esto no significa nada —digo—. Nada emocional ni simbólico.

—Es logística, simplemente —asiente—. Papeleo y coordinación.

—Y normas.

—Las que quieras.

—Nada de ocupar más de un cajón.

—Acepto.

—Nada de reorganizar nada.

—Prometido.

—Nada de aparecer por sorpresa con más cosas.

—Viajo ligero, ya te lo he dicho.

—Y esto es temporal.

—Solo hasta arreglarlo.

Su frase queda suspendida sobre nuestras cabezas.

—Odio que suene tan sensato —murmuro.

—A mí me tranquiliza.

Pago el café antes de que pueda arrepentirme y me levanto.

—Mañana —digo—. Si lo hacemos, será mañana.

Se pone en pie también.

—Me parece bien.

—Y no te traigas demasiadas cosas —insisto—. No es un super ático de lujo con vistas a Central Park.

—No me importa.

La forma en que lo dice me provoca una reacción que prefiero no analizar.

—Hasta mañana, Mason.

—Hasta mañana, Nora.

Salgo del café con una sensación extraña en el cuerpo. No he perdido, aunque tampoco he ganado. He aceptado algo que no

quería aceptar y lo he hecho llamándolo por su nombre favorito: practicidad.

Nueva York me envuelve con su ruido habitual, mientras yo camino un par de manzanas antes de darme cuenta de que he dejado de apretar la mandíbula, y me digo que esto no es más que un trámite, una solución temporal para un error puntual.

Mañana Mason entrará en mi piso, estableceremos límites claros y esto seguirá siendo un error con pronta solución. Me repito lo mismo como un mantra mientras vuelvo a casa, aunque, pese a eso, siento una incomodidad que no logro quitarme de encima, porque por primera vez desde la boda, he tomado una decisión que no tiene marcha atrás inmediata.

Al día siguiente descubro que el problema no es hacer sitio, sino aceptar que mi casa no está pensada para compartir decisiones. Me levanto temprano, demasiado, con una lucidez incómoda que solo aparece cuando mi cuerpo va por delante de mi cabeza. Me preparo un café y me lo bebo de pie, observando el apartamento con una mirada crítica que nunca le había dedicado.

Mi casa siempre ha sido suficiente para mí. Pequeña, sí, pero mía. Cada cosa está donde está porque yo decidí que estuviera ahí. Hoy, en cambio, el espacio parece mirarme con ironía, como si supiera algo que yo intento negar.

—Es solo un trámite —me digo en intento de autoconvencerme.

Abro el armario del dormitorio de la habitación de invitados, si es que puedo llamar así a esta habitación minúscula, y lo observo como si fuera un adversario. La ropa está colgada sin orden lógico, hay cajas en la parte superior y zapatos apilados. Respiro hondo y empiezo con buena intención: doblo camisetas, reordeno perchas e intento convencerme de que hay prendas que no necesito tener tan a mano. Pero a los diez minutos estoy sentada en el suelo, rodeada de ropa, con una camiseta vieja entre las manos y la certeza de que mi armario no es un armario, sino un ecosistema cerrado que no admite especies nuevas.

—No voy a tirar nada —murmuro negando con la cabeza.

No es una pataleta, sino una postura vital. Si el precio de este matrimonio absurdo es renunciar a mi espacio, prefiero pagar con incomodidad antes que con cesiones simbólicas. Así que, empujo una caja debajo de la cama con el pie, recoloco unos abrigos y consigo liberar un cajón. ¡Uno! Pero lo miro con una satisfacción ridícula por haber conseguido mi objetivo.

—Un cajón —dictamino—. Eso es lo que hay.

Paso al salón y empiezo a mover cosas sin un plan claro. Apilo libros, enderezo cojines, ordeno revistas de decoración, que nunca tengo tiempo para mirar con calma, y doblo la manta del sofá con una precisión innecesaria. No hay desorden real, pero necesito sentir que hago algo y que no simplemente me limito a esperar a que llegue.

El reloj avanza demasiado lento mientras me ducho, me visto, me recojo el pelo y me miro en el espejo, aunque con lo único con lo que me encuentro es con una versión funcional de mí misma: ojeras leves, mandíbula firme, expresión de control, un grano traicionero en medio de la frente que intento ocultar con un mechón de pelo... No me convence, pero es la mejor solución que se me ocurre.

—No estás nerviosa —me digo—. Estás organizada.

No obstante, no me acabo de creer esa frase.

Cuando el timbre suena, el sonido invade todo el piso. No doy un salto, pero me quedo quieta un segundo, con la mano apoyada en el respaldo del sofá. Me obligo a moverme y camino hacia la puerta con calma y abro. Mason está al otro lado con una bolsa de deporte colgada del hombro y una maleta pequeña a su lado. Va vestido sencillo y me mira con atención, esperando no sé muy bien a qué.

—Buenos días —dice.

—Hola.

—Espero no haber traído demasiadas cosas —añade señalando su minúscula maleta.

—Eso lo decidirá mi armario —respondo encogiéndome de hombros.

Una sonrisa leve se asoma en su boca.

—Confío en él.

Me aparto y hago un gesto con la mano.

—Pasa.

Cruza el umbral con naturalidad y, en cuanto lo hace, el apartamento cambia. No en tamaño, ni en distribución, sino que me da la sensación de que se reorganiza alrededor de su cuerpo, de su altura y de su presencia. Cierro la puerta detrás de él y me quedo un segundo con la mano en el pomo, consciente de que ese gesto marca algo más que una entrada.

—Es... acogedor —dice mirando a su alrededor.

—No empieces —le advierto.

—Prometí no reorganizar nada.

—Ni comentar —le aviso.

Deja la bolsa junto al sofá y la maleta al lado de la mesa. Se mueve con cuidado, como si midiera cada paso y aunque eso debería tranquilizarme, no lo hace.

—Te enseño dónde puedes dejar tus cosas —digo.

Avanzamos por el pasillo y noto su presencia detrás de mí, cercana pero respetuosa. Abro la puerta del dormitorio y señalo el espacio junto a la cama.

—Ahí —le señalo con el dedo índice de mi mano derecha.

—Perfecto.

Abre la maleta sin prisa y dentro veo la ropa doblada con orden preciso, un neceser discreto y el portátil. Nada más.

—Eso es todo —dice al notar mi mirada—. Lo prometí.

—Bien.

Demasiado bien, pienso mientras me apoyo en el marco de la puerta.

—Esto no cambia nada —le recuerdo.

—Lo sé.

—No somos una pareja.

—Lo tengo claro.

—No vamos a comportarnos como tal.

—Nora...

—Es importante aclararlo.

Se gira hacia mí con una seriedad tranquila.

—Estoy aquí por practicidad —dice—. Nada más.

—Vale —. Asiento con la cabeza.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, conscientes de que esto ya ha empezado y que no hay marcha atrás inmediata. También tengo claro que a pesar de que mi apartamento es el mismo, no lo será a partir de ahora.

—Las normas —digo al fin—. Las cumplimos.

—Todas.

—Y esto es temporal.

—Solo hasta arreglarlo.

Asiento de nuevo y me aparto para dejarle espacio. Mason cruza el dormitorio y deja la maleta en su sitio. El gesto es sencillo y cotidiano, pero también definitivo. Mi casa acaba de convertirse en un territorio compartido. No digo nada más, porque no hace falta. El espacio ha cambiado y los dos lo sabemos.

8

Mason

—No mires así —dice—. No tengo nada que demostrarte.

—No vengo a evaluarte —respondo.

—Claro que sí.

No lo discuto, porque es verdad. Evalúo por costumbre y porque me tranquiliza saber qué cabe, qué sobra y qué puede romperse si lo tocas en el lugar incorrecto.

—¿Dónde dejas mis cosas? —pregunto.

Nora señala una esquina junto al sofá.

—Ahí, de momento donde las has dejado. Luego vemos.

Le obedezco y oigo cómo el suelo cruje bajo mi peso, lo justo para recordarme que este no es mi territorio. Ella se cruza de brazos y se apoya en el respaldo del sofá.

—Normas —dice—. Mejor dejarlas claras ahora que cuando me dé un ataque de ansiedad porque hayas dejado una toalla fuera de sitio o cualquier otra cosa peor.

—De acuerdo —. Asiento con la cabeza y mi gesto le sorprende. Supongo que no esperaba tanta facilidad por mi parte.

—Primera —continúa—: dormiremos en habitaciones separadas.

—Perfecto.

—No me digas «perfecto» tan rápido, porque me desconcierta.

—Es una norma sensata —me responde encogiéndose de hombros.

—Lo sé —responde—. Por eso la pongo.

Camina por el pasillo y abre una puerta.

—Tu habitación es esa. La del fondo. No es grande.

—No necesito que sea grande.

Nora se gira con una expresión que mezcla sospecha y fastidio, como si mi frase la dejara sin respuesta, algo que estoy

convencido que no suele sucederle muy a menudo.

Entro en la habitación que me ha indicado y veo que tiene una cama individual, una mesilla de noche con un cajón, un armario estrecho y una ventana que veo que da a un patio interior, por la que entra una luz de manera indirecta e insuficiente.

Nora entra detrás de mí y señala el armario.

—Te he dejado libre un cajón —dice—. Solo uno.

—Me vale —le respondo dejando la maleta junto a la pared.

—No era un «me vale». Te he puesto un límite.

—Lo entiendo —asiento con la cabeza y Nora se queda un segundo en silencio mirándome.

—Segunda norma —dice—: nada físico.

Asiento otra vez.

—Nada de roces a propósito —añade—. Nada de contacto para... lo que sea que pueda significar. Ni bromas.

—No iba a bromear.

—Eres más peligroso cuando no bromeas.

No sé qué responder a eso sin abrir una puerta que no conviene abrir.

—Tercera —continúa—: no hablar del matrimonio.

—¿Ni mencionarlo?

—Ni mencionarlo, solo cuando los papeleos para anularlo lo hagan estrictamente necesario —confirma.

—Así será.

—Esa respuesta me pone nerviosa —dice—. No soy tu subordinada.

—No era eso.

—Claro que no.

Suelta el aire por la nariz y se recoloca un mechón detrás de la oreja con un gesto que no pretende ser sensual, pero su cuerpo no necesita intención para provocar nada. Así que me centro en la pared de enfrente.

—Esto es un trámite —añade—. Ya sabes: papel, gestión, coordinación... Cuanto menos espacio ocupe en nuestras cabezas, mejor.

—Estoy aquí por eso.

Nora me mira como si intentara decidir si cree mi frase.

—Vale —dice al fin—. Entonces vuelves conmigo al salón y seguimos con el mapa del desastre.

Salimos al pasillo, pero como la casa no es grande, no hay margen para evitarse mucho rato sin que se note.

En el salón, Nora señala la cocina con el mentón.

—Aquí hay otra norma: no invadir.

—Pediré permiso.

—No dramáticas.

—No lo hago, solo intento adaptarme.

Abre la nevera, la cierra y se queda mirando la encimera.

—Tengo que hacer la compra —dice.

—Puedo hacerla yo.

—No.

—Es práctico.

—No.

Su «no» no es capricho, sino una manera de marcar la frontera imaginaria que nos separa.

—Entendido —respondo.

Nora se gira hacia mí y se apoya en la encimera con los brazos extendidos. Esa seguridad tiene un efecto directo en mi cuerpo, uno que controlo porque llevo años haciéndolo.

—Vale —dice—. Vamos a establecer horarios. Yo trabajo temprano.

—Yo también.

—No me copies.

—No te copio. Es mi horario.

Le arranco una media sonrisa breve que desaparece rápido, como si se avergonzara de haber bajado la guardia.

—El baño por la mañana —añade—. Es pequeño y no quiero encontrarte en albornoz.

—No tengo albornoz.

—Peor. Tendrás otra cosa.

—Tengo una toalla.

—Eso no me tranquiliza.

Me aparto un paso para darle espacio y abro un armario de la cocina buscando un vaso. No miro demasiado, porque no quiero que interprete mi curiosidad como apropiación. Nora se mueve a mi lado para coger una sartén y nuestros antebrazos se rozan. Es un contacto leve y accidental, el mismo tipo de contacto que las normas pretenden evitar.

—Cuidado —dice y noto que se pone rígida un segundo.

—Perdón.

Nos apartamos el uno del otro, aunque ninguno dice nada más. La norma sigue intacta, aunque el cuerpo, no.

—Esto va a ser complicado —suelta después de coger aire.

—Lo haremos simple.

—Nada es simple en Brooklyn.

Se coloca frente a la placa y empieza a preparar algo de comer. No pregunta qué me apetece, simplemente lo hace.

—No cocino pescado —dice—. Antes de que pongas cara rara.

—No he puesto cara rara.

—La has puesto por dentro.

—Eso no puedes saberlo.

—Puedo deducirlo —responde—. Te mueves raro cuando algo te incomoda.

Le doy la razón con un gesto mínimo.

—Me acostumbraré.

—No quiero que te acostumbres —dice, y se detiene un segundo para girarse y mirarme—. Quiero que esto se arregle y volvamos a la normalidad cuanto antes.

Asiento sin decir nada más, porque ella ya ha dicho más de lo que pretendía.

Comemos en la mesa pequeña uno frente al otro con el borde del plato como frontera imaginaria. Nora habla de cosas prácticas: gestor, papeles, plazos... Yo respondo lo justo. No porque sea frío, sino porque sé que si empiezo a hablar de otra cosa, de mi casa, de la suya y de lo que cambia cuando compartes un mismo techo, todo se volverá más real.

—No voy a convertir esto en una... convivencia de pareja —dice.

—No lo espero.

—Bien.

Le molesta que no le discuta, porque eso le deja sin la oportunidad de pelearse conmigo. Así que me esfuerzo en no darle el gusto.

Recogemos la cocina sin tocarnos. Nora pone los platos en el fregadero, yo los frego y enjuago y ella los seca. Cada uno de nuestros gestos es milimétrico para no rozar al otro, pero la cocina es pequeña y nos obliga a hacer una coreografía incómoda.

—No dejes la esponja ahí —me dice.

—¿Dónde?

—En el soporte.

—De acuerdo.

—No me mires de esa forma.

—¿De cuál?

—Como si estuvieras apuntando todo lo que te digo en una lista.

No le respondo, porque es cierto: estoy haciendo una lista de hábitos y de señales de ella.

Más tarde, se instala en el sofá con el portátil. Yo me quedo de pie sin saber qué hacer con mis manos, ni con el hecho de estar en una casa ajena a tres metros de una mujer que me pertenece en un papel y me complica la vida en la realidad.

—¿Tú ves series? —pregunta sin levantar la vista.

—A veces.

—No quiero que esto se convierta en una rutina compartida —dice.

—Por mi parte no...

—No lo digo por ti —añade—sino por mí.

Eso sí lo entiendo.

—Tú pones las reglas —digo—. Yo me adapto. Es sencillo.

Nora levanta la vista.

—Eso suena a rendición —me responde.

—No, suena a acuerdo.

—Esto no es un acuerdo de pareja —aclara—

—Es un acuerdo de supervivencia doméstica.

Se ríe y vuelve a concentrarse en la pantalla de su portátil. Mientras, yo observo el apartamento desde donde estoy. Esta casa tiene cosas que no están colocadas para impresionar, porque hay un cepillo en la entrada, un bote de crema de manos en la mesa baja y un lápiz de ojos en la estantería. Mi casa, en cambio, es un espacio en el que todo está en su sitio.

Nora me mira y al darse cuenta que estoy observando con atención lo que me rodea, sigue mi línea de visión.

—No empieces a comparar mi casa con la tuya.

—No comparo.

—Lo haces.

—Tu casa tiene vida —admito—. La mía tiene orden.

—Tu casa seguro que está ordenada siguiendo los mandatos de tu obsesivo autocontrol —corrige.

No lo niego.

—Me funciona—le respondo encogiéndome de hombros.

—Hasta que deje de hacerlo —dice.

Ese comentario me da justo a donde me duele. No porque sea cruel, sino porque es cierto. Justo después, se levanta para ir al baño y pasa cerca de mí. La tela de su camiseta roza mi brazo, aunque no es un roce claro ni nuestras pieles se tocan. Aun así, mi cuerpo reacciona con una inmediatez que me enfada. Nora también lo nota y se detiene un instante.

—Nada físico —dice sin girarse.

—Nada físico —repito asintiendo con mi cabeza.

La norma sigue intacta, aunque el deseo no se entera de las normas.

Cuando le toca a ella ducharse, espero en mi habitación con la puerta cerrada. No por prudencia, sino por respeto. La casa es pequeña, pero todavía podemos fingir que hay paredes.

Me siento en la cama y saco el móvil para responder correos, aunque la verdad es que no los leo, ni respondo ninguno, sino que me quedo mirando la pantalla sin ser capaz de procesar nada. El sonido de la ducha se filtra por el pasillo y me obligo a no pensar en nada explícito, sino en la rutina, pero también en el hecho de que su vida está ahí, al alcance de mi mano.

Resoplo y busco algo que me mantenga ocupado. Así que me levanto y abro la maleta. Saco la ropa, un neceser y mi portátil y lo coloco todo con orden.

Cuando Nora sale del baño y nos cruzamos en el pasillo, veo que lleva el pelo mojado, una camiseta amplia y unos pantalones cómodos.

—Tu turno —dice.

—Gracias —respondo apretando los labios

Entro en el baño y cierro la puerta. El espacio es reducido y hay cosas de Nora por todas partes: cremas, cepillos, maquillaje, una goma de pelo en el lavabo... Su presencia aquí lo invade todo, por lo que no tengo manera de fingir que esto es un territorio neutral.

Me ducho rápido y me seco evitando mirar demasiado esos objetos. No por pudor, sino porque hacerlo sería aceptar que esa intimidad existe. Cuando salgo al pasillo con la toalla a la cintura, veo que Nora está en el salón. Me detengo antes de avanzar, porque recuerdo su frase: «No quiero encontrarte en albornoz», pero esto es peor. Nora levanta la vista, me mira un instante y aparta la mirada con rapidez. No hace ningún comentario sarcástico y eso me inquieta más que si hubiera soltado cualquier burla.

Entro en mi habitación y cierro la puerta. Me visto con rapidez y regreso al salón, donde la encuentro recogiendo una taza y apilando unos libros.

—Te has saltado una norma —dice sin mirarme.

—¿Cuál?

—Nada físico.

Parpadeo.

—No te he tocado.

—Te has paseado en toalla.

—No me he paseado, solo estaba yendo a mi habitación y eso no es nada físico.

Nora me mira por fin y veo que sus ojos están más oscuros de lo habitual. No sé si es enfadado o algo peor.

—Eso es... peligroso —admite y yo no se lo discuto, porque sé que lo es.

—No se repetirá —le aseguro.

Asiente, pero su gesto no es de victoria, sino de contención.

—Bien.

Se gira y va hacia su habitación.

—Buenas noches —dice cuando llega frente a la puerta de su dormitorio.

—Que descanses —respondo, aunque lo hago cuando ella ya ha cerrado la puerta.

Me quedo en el salón unos segundos, mirando el sofá, la manta mal doblada, los libros y la planta, el pequeño caos que define su vida. Pienso en mi casa, en su amplitud y en su perfección ordenada y la comparo con este apartamento, donde todo es estrecho y todo obliga y roza. Un minuto después, regreso a mi habitación, cierro la puerta y me tumbo en la cama. El techo es distinto al de mi casa, la cama más estrecha y corta porque se me salen los pies. Además, el ruido del edificio se cuela por la ventana. No debería importarme, lo sé, pero me importa.

Resoplo pensando en las normas que ha puesto Nora: habitaciones separadas, nada físico, no hablar del matrimonio... Las hemos aceptado como dos adultos responsables con un problema legal. Aun así, una norma ya la hemos roto. Ninguno lo ha buscado, porque lo de salir al pasillo en toalla ha sido un descuido, que Nora ha cualificado como peligroso (y yo también, aunque he intentado disimularlo), aunque eso no lo hace menos inevitable. Porque sé, con seguridad, que la norma que más difícil va a ser de cumplir, no es la del matrimonio ni la de las habitaciones, sino la del cuerpo.

9

Nora

La taza golpea el fregadero con fuerza y el sonido se expande por la cocina. Aprieto los labios y dejo el plato sobre la encimera, alineándolo con el borde como si eso fuera a ordenar algo más que la loza. No ha pasado nada concreto, aunque tengo el pulso acelerado desde que he entrado en casa.

Mason está en el salón de espaldas a mí y revisando algo en el portátil. No lo miro directamente, pero soy consciente de cada uno de sus movimientos por el reflejo del cristal de la alacena. Se ha quitado la chaqueta y ha arremangado la camisa con un gesto que conozco demasiado bien para el poco tiempo que llevamos compartiendo espacio. No es provocación, sino costumbre y eso, justo hoy, es lo que más me irrita.

—¿Has visto mi cargador? —pregunta sin levantar la vista del teclado.

—En el cajón de la izquierda —respondo—. Donde están las cosas que no quiero ver sobre la mesa.

Cierra el portátil, se acerca y abre el cajón con cuidado.

—Gracias —me dice.

—De nada.

Se queda apoyado en la encimera, demasiado cerca de mí para mantener una conversación tan trivial. Me giro para coger una servilleta y noto su presencia a mi espalda. Tengo la sensación de que el espacio se ha encogido de repente y doy un paso a un lado.

—¿Te molesto? —pregunta.

—No —respondo rápido—. Solo estoy terminando de poner las cosas en su sitio.

—No hace falta que recojas ahora.

—En mi casa sí.

Levanta una ceja. Es un gesto pequeño, casi invisible, pero lo conozco.

—Vale —dice—. Como prefieras.

Ese «como prefieras» me sienta mal. No por condescendiente, sino por razonable. Dejo la servilleta donde estaba y me aparto del todo, cruzando los brazos. Necesito tomar distancia y aire.

—¿Te pasa algo? —quiere saber, aunque su pregunta llega tarde...o temprano. No lo tengo claro.

—No —contesto—. Es solo... —me detengo—. Nada importante.

Asiente, pero no se va de mi lado, al contrario, se queda observándome con una calma que parece un desafío. No sé qué espera, lo único que tengo claro es que no me gusta sentirme observada en mi propia cocina, con la casa a medio ordenar y las normas flotando en el aire como un acuerdo que cada vez parece más frágil.

—Si prefieres que me vaya al dormitorio... —empieza.

—No —lo corto—. No es eso.

—Entonces dime qué pasa.

Me río sin ganas.

—¿De verdad quieres abrir ese melón ahora?

—Solo si tú lo sujetas —responde.

Aprieto los dientes, camino hasta la ventana y la abro un poco. El ruido lejano de la calle entra junto al aire frío, aunque no alivia nada. Apoyo las manos en el alféizar y respiro hondo.

—Estoy cansada —digo—. Eso es todo.

—Yo también.

—No es el mismo cansancio.

Se acerca un poco más, pero mantiene la distancia justa para no tocarme, aunque lo noto detrás de mí y eso es aún peor.

—Entonces ¿qué pasa?

Me giro de golpe.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunto—. ¿Que esto no es normal? ¿Que no me acostumbro a verte en mi cocina como si llevaras años viviendo aquí? ¿Que me pone nerviosa que no hagas nada mal?

Las palabras se me escapan más altas de lo que pretendía. Mason no me responde de inmediato y se limita a observarme con atención, sin defensa y rastro de ironía en su expresión.

—No intento hacerlo bien —aclara—. Intento no complicarlo.

—Eso también lo complica —replico—. Porque parece que todo está bajo control cuando no lo está.

—¿Qué no está bajo control?

La pregunta se queda suspendida sobre nuestras cabezas y la respuesta también.

—Tú —digo al final.

No levanta la voz, ni se mueve. Solo respira hondo.

—Estoy aquí porque lo acordamos.

—Así es.

—Y me limito a cumplir las normas.

—Lo tengo claro.

—Entonces...

—Entonces deja de mirarme así.

Nos quedamos en silencio un instante mirándonos a los ojos.

—¿Cómo? —pregunta.

—Como si supieras algo que yo todavía no he decidido.

Da un paso hacia mí, que es suficiente para que tenga que alzar la barbilla si quiero mantenerle la mirada.

—No sé nada —dice—. Pero te noto.

El comentario me golpea con fuerza en el estómago.

—No tienes derecho —respondo—. Esto es temporal.

—También lo tengo claro.

—Y no significa nada.

—Lo sé —repite.

—Actúa como si fuera verdad.

Su boca se curva un poco, aunque no llega a ser una sonrisa.

—Lo hago.

—No lo parece.

—Porque tú no quieres que lo parezca.

La frase me enciende por dentro y doy un paso hacia él antes de pensar si debería hacerlo.

—No me psicoanalices en mi cocina —le advierto.

—No lo haría nunca —responde—. Pero tampoco voy a fingir que no pasa nada.

—Pues deberías.

—No se me da bien fingir.

Estamos demasiado cerca. Lo noto en cómo mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. No hay contacto y, aun así, todo está tenso, como una cuerda estirada hasta el límite.

—Vete a dormir —digo.

—Es pronto.

—Entonces vete al salón.

—Nora...

—Hazlo —insisto.

Se queda quieto un segundo pensando algo que no verbaliza y luego asiente.

—Como quieras.

Da media vuelta y se aleja hacia el pasillo. El sonido de sus pasos se mezcla con el latido acelerado de mi corazón, y lo oigo retumbar en mis oídos. Cierro la ventana de golpe y apoyo la frente en el cristal. Lanzo un suspiro, me doy la vuelta y apago la luz de la cocina y el apartamento se queda en penumbra. Camino hacia mi habitación con el cuerpo en alerta, consciente de cada ruido y de cada sombra. Me tumbo en la cama sin quitarme la ropa y miro al techo.

«Esto no significa nada», me repito, aunque la frase suena hueca, a pesar de que no ha pasado nada entre nosotros.

No consigo dormir. Mi cuerpo no entiende de acuerdos, aunque la cabeza se empeña en repetirlos. Me doy la vuelta sobre el colchón y luego otra vez. Las sábanas se me enredan en las piernas y me molestan. Todo me molesta. La almohada está demasiado caliente y la quietud que me rodea me asfixia. Resoplo, me levanto y voy al baño con la intención de beber agua y volver a la cama. No pienso en Mason, ni en la discusión, ni en cómo ha dicho mi nombre en la cocina, simplemente me limito a abrir el grifo y a dejar que el agua corra un segundo. Después, bebo a pequeños sorbos y me miro en el espejo. La luz blanca no perdona y me muestra que tengo

los ojos más brillantes de lo normal y la mandíbula tensa. No parezco enfadada, sino en alerta y eso es peor.

Cuando salgo al pasillo, la puerta del salón está entreabierta. La luz del portátil dibuja un rectángulo en la pared. Debería darme la vuelta, volver a la cama y fingir que esta noche es igual que las demás, pero no lo hago. Camino descalza y despacio, tratando de no hacer ruido. Cuando llego al comedor, veo que Mason está sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada fija en la pantalla. Se frota el puente de la nariz con los dedos y parece cansado de verdad. Me quedo a dos pasos de distancia de él.

—¿No dormías? —pregunta sin girarse.

—Veo que tú tampoco.

Cierra el portátil y lo deja a un lado. Después, se recuesta en el respaldo y alza la vista hacia mí. Me observa un segundo largo.

—¿Quieres hablar? —quiere saber.

—No.

—Entonces...

—Entonces no sé por qué estoy aquí.

Asiente, como si mi respuesta le bastara.

—Pasa —dice señalando el sofá.

—No voy a sentarme.

—De acuerdo.

Se incorpora y ahora estamos de pie los dos, uno frente al otro, con el espacio justo para no tocarnos. La lámpara del rincón proyecta una luz cálida que no ayuda en absoluto. La camiseta le cae suelta sobre el pecho y el cuello abierto deja ver un trozo de su piel, en la que no debería fijarme, pero lo hago.

—No quería discutir —empieza.

—Ya hemos discutido —. Me cruzo de brazos por puro reflejo.

—No de verdad.

—Eso es porque nos estamos conteniendo —respondo—. Demasiado.

Me mira con atención, da un paso hacia mí y yo no retrocedo.

—¿Qué te molesta ahora mismo? —pregunta.

—Que estés tan tranquilo.

—No lo estoy.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Es entrenamiento —contesta—. No una virtud.

Me río sin ganas.

—Claro.

—Nora.

—No me hables así.

—¿Así cómo?

—Como si estuviéramos a punto de... —me detengo—. Da igual.

Su mandíbula se tensa un poco.

—No da igual —dice—. Pero no voy a obligarte.

—Ya lo haces.

—Solo si te quedas.

La frase me deja clavada en el sitio, aunque no por romántica, sino por honesta. Porque pone la responsabilidad justo donde no quiero tenerla.

—No voy a cruzar ninguna línea —digo.

—Yo tampoco.

—Entonces mantén la distancia.

—La mantengo —responde—. Eres tú la que no se mueve.

Me quedo muy quieta y demasiado consciente de mi respiración, del calor que se me concentra en el pecho y de la forma en que su mirada baja un segundo antes de regresar a mis ojos.

—Esto es una mala idea —digo.

—Probablemente.

—Y no significa nada.

—Lo sé.

—Dilo —insisto.

—No, no significa nada.

La frase suena distinta en su boca y yo doy el paso que llevaba minutos evitando. No para tocarlo, sino para quedarme justo al límite de hacerlo. El espacio se reduce a la mínima expresión y aunque no nos rozamos, siento en la piel la tensión que se acumula entre él y yo.

—No me mires así —le advierto.

—No puedo prometer eso.

—Entonces mírame menos.

—No puedo.

Alzo la barbilla.

—¿Vas a cumplir alguna norma esta noche?

—Todas —responde—. O ninguna.

El pulso me da un salto y me inclino un poco hacia delante, lo justo para que se note.

—No te pases de listo.

—Nunca lo hago —dice—. Me paso de honesto.

Su cercanía es un imán incómodo para mí. Mi mano sube sola, como si no fuera mía, y se queda suspendida a la altura de su pecho, pero no lo toco.

—Esto no va a arreglar nada —digo.

—No —admite—. Tampoco lo pretende.

—Y mañana seguiremos igual.

—Probablemente.

—Con las mismas normas.

—Las mismas.

Mi mano desciende un centímetro más y la tela de su camiseta roza mis nudillos. El contacto es mínimo y, aun así, la reacción es inmediata. No obstante, él no se mueve, y me deja decidir.

—Para —susurro.

—Estoy quieto.

—No tú —respondo—. Yo.

Retiro la mano, pero no me alejo.

—Vete a dormir —digo otra vez.

—Si me voy ahora, pero esto no va a cambiar.

—Tampoco si te quedas.

Me observa en silencio, con intensidad y da un paso atrás.

—Buenas noches, Nora —dice.

—Buenas noches.

Pasa a mi lado con cuidado y su brazo roza con el mío y el contacto prende como una chispa. Ninguno de los dos se detiene ni se disculpa.

Me quedo sola en el salón, con el cuerpo en tensión y la cabeza llena de ruido. Me llevo una mano al pecho, justo donde noto latir desbocado mi corazón.

«Esto no significa nada». Lo repito con firmeza para mí, pero no me convence. Regreso a mi habitación y cierro la puerta. Me tumbo boca arriba, con los brazos extendidos sobre el colchón y miro el techo. No hay ternura en lo que siento, sino deseo contenido, rabia acumulada y la certeza incómoda de que las normas ya se han movido de sitio. No se han roto, pero han empezado a tambalearse.

Me quedo sentada en la cama más tiempo del que pretendo, a la espera de que mi cuerpo deje de reaccionar por sí solo. Cuando por fin me levanto, el piso sigue en silencio. Salgo de la habitación con cuidado, como si el suelo pudiera delatarme y veo que la luz del salón sigue encendida. Me acerco y compruebo que Mason no está en el sofá sino en la cocina de pie y con una taza entre las manos. No me mira, pero sabe que estoy ahí. Lo noto en la forma en que sus hombros se han tensado un poco y en cómo deja la taza sobre la encimera sin hacer ruido. No dice nada, aunque yo.

—He venido a beber agua —dice al final—. También pensaba llevarte un poco a ti, por si te despertaba la sed.

No necesitaba que lo hiciera, porque no se lo he pedido y aun así, ese gesto me irrita.

—No hacía falta —respondo.

—Lo sé.

Me acerco y me apoyo en la otra encimera, manteniendo una distancia que ya no es suficiente ni segura. La cocina parece más pequeña que antes o quizá

s

omos nosotros xlos que ocupamos demasiado espacio.

—No quiero que empieces a... —me detengo—. A anticiparte.

—No lo hago —dice—. Solo reacciono.

—Eso también es una forma de control.

Levanta la vista entonces.

—No todo es control, Nora.

—En tu mundo sí.

Y entonces la discusión no estalla de golpe, pero empieza con una frase dicha en un tono demasiado neutro para el contenido que arrastra, y termina convirtiéndose en algo que ya no tiene que ver con las palabras, sino con el espacio que queda entre nuestros cuerpos.

—No tienes por qué controlar cada movimiento —le digo, apoyándome en la encimera con los brazos cruzados—. No soy una de tus hojas de Excel.

Mason se queda quieto.

—No estoy controlando nada —responde—. Estoy intentando convivir sin pisarte.

—Pues lo haces fatal.

Levanta la vista y me mira de arriba abajo sin disimulo.

—Te mueves como si buscaras el conflicto —dice—. Luego te molesta cuando ocurre.

Me río sin humor.

—No me des lecciones de conducta doméstica. Llevas aquí menos de veinticuatro horas.

Da un paso hacia mí.

—Y ya te conozco lo bastante como para saber cuándo estás provocando —suelta mirándome a los ojos.

—No provoques tú respuestas que no estás dispuesto a escuchar.

Su mandíbula se tensa y su contención empieza a resquebrajarse.

—No estoy haciendo nada —dice.

—Exacto —respondo—. Ese es el problema.

Estamos demasiado cerca para seguir fingiendo normalidad. Me incorporo despacio, aunque no se aparta. Me quedo justo delante de él, lo bastante cerca como para notar el calor que desprende su cuerpo y cómo se ha alterado el ritmo de su respiración.

—No cruces esa línea —le advierto en voz baja.

—No la he cruzado.

—

Todavía.

Su mirada baja un segundo y vuelve a subir hasta mis ojos de nuevo.

—Si la cruzo —dice—, no va a ser por error.

El pulso me golpea en la garganta. No pienso, ni planifico, solo actúo. Le empujo el pecho con la palma abierta, un gesto más de rabia que de fuerza. Mason da medio paso atrás y luego vuelve a acercarse, atrapándome la muñeca con una mano firme y caliente.

—No hagas eso —murmura.

—Suéltame.

Pero no lo hace. Su mano sigue rodeando mi muñeca y mi cuerpo reacciona antes que mi orgullo.

—Esto es una pésima idea —admito.

—Lo sé.

Nuestra cercanía se vuelve insostenible. Tenemos los cuerpos tensos y cargados de una electricidad que ya no se

puede descargar hablando.
—No
con

fundas deseo con permiso —me acerco a él para susurrarle.

Su respiración roza mi mejilla.

—No lo hago —responde—. Confundo resistencia con mentira.

Justo cuando acaba de hablar, se acerca un poco más a mí y me da un beso brusco, exigente y cargado de todo lo que llevamos acumulado desde la boda. Me agarra la cintura, me aprieta contra él y yo respondo con la misma violencia, clavándole los dedos en su camiseta y tirando de la tela como si eso pudiera descargar lo que llevo dentro. El mundo se reduce a nuestro contacto, al choque de nuestras bocas, a nuestras respiraciones entrecortadas y a cómo nuestras manos prueban límites sin cruzarlos del todo.

No hay ternura en nuestro beso, sino hambre.

Me arrincona contra la encimera con un movimiento firme, sin brusquedad, pero sin dejarme opción a retroceder. El borde frío me presiona la espalda y ese contraste me recorre entera, desde la piel hasta el centro del pecho, donde el pulso ya no va al ritmo correcto. No me resisto, aunque tampoco colaboro de forma dócil. Mantengo el cuerpo tenso y la barbilla alta, como si todavía creyera que esto es una discusión y no una rendición mal disimulada.

Le muerdo el labio. No es un gesto sexy ni elegante sino torpe y cargado de rabia. De inmediato, se le escapa un sonido bajo y contenido, presión soltándose a la fuerza, que me enciende por completo y me da una seguridad peligrosa.

Sus manos se mantienen en mi cintura, abiertas, firmes y con seguridad. No me inmoviliza, pero me sujeta lo suficiente para que mi cuerpo entienda que ya no es él quien manda. Se pega a mí como si supiera exactamente dónde colocarse para lograr que el espacio entre nosotros desaparezca sin necesidad de violencia. Mi respiración se desarma por completo cuando noto la presión de su cuerpo contra el mío y su dureza clavándose a la altura de mi vientre.

Mis dedos se agarran a la tela de su camiseta y tiro de ella con más fuerza de la que pretendo, en un intento comprobar que sigue aquí y que no es una idea ni una fantasía. Él responde acercándose aún más, bajando la cabeza y buscando mi boca otra vez con un ansia que ya no disimula. El beso es exigente, torcido, lleno de dientes y respiraciones mal coordinadas. Me besa como si no tuviera intención de hacerlo bien, solo de hacerlo ahora.

—Para —susurra, con la voz rota y demasiado cerca de mi boca.

Pero no paramos ninguno de los dos. El cuerpo ha tomado el mando y la cabeza ha decidido apartarse, cansada de fingir que puede controlar algo. Sus manos se mueven con necesidad. Me recorre la espalda, se detiene un segundo en mis costados, y vuelve a subir, como si estuviera aprendiendo algo a base de contacto directo. Yo respondo con la misma intensidad, empujando, tirando y acercándome a él sin suavidad. No hay caricias lentas ni exploraciones cuidadosas, sino cuerpos que se buscan, que se ajustan, como si llevaran demasiado tiempo conteniéndose y ahora tuvieran que recuperar el tiempo perdido. Mi espalda presiona contra la encimera y mi cuerpo se arquea porque esa es la única forma de soportar la tensión que me invade.

Todo ocurre con una mezcla incómoda de prisa y lentitud. Nos arrancamos la ropa el uno al otro y el mundo se reduce a estar piel contra piel, a manos que aprietan lo justo para no hacernos daño y a

bocas que se separan solo para volver a encontrarse con más hambre. No hay promesas, ni palabras bonitas, ni espacio para pensar en mañana. En este momento, solo existe el contacto de nuestras pieles, la presión que él hace al entrar dentro de mí y la certeza peligrosa de que nuestros cuerpos encajan demasiado bien para no tener consecuencias. Nos dejamos llevar por el deleite de sentirnos así hasta que estallamos de placer con las bocas juntas y los corazones desbocados.

Cuando nos separamos, lo hacemos de golpe, como si alguien hubiera tirado de una cuerda invisible y nos hubiera arrancado de ese espacio estrecho y caliente en el que todo parece permitido. El aire entra en mis pulmones con violencia y siento las piernas tensas, el pulso desbocado y la piel demasiado sensible.

Nos miramos agitados y demasiado conscientes de lo que acaba de ocurrir y de lo fácil que ha sido llegar hasta ahí. Nadie sonríe, ni se disculpa, ni hay satisfacción tranquila, solo una tensión nueva y más profunda, que no se ha ido con el contacto. Algo se ha movido de sitio, ambos lo sabemos. No es una norma rota, sino algo peor.

—Esto no significa nada —suelto de forma atropellada, antes de que él pueda decirlo.

Mason asiente despacio.

—Nada.

Me separo primero, porque si no lo hago voy a cometer el error de mirar su cara con el cuerpo todavía temblando, y eso sería cruzar una línea distinta, más peligrosa que la física. Me aparto con torpeza de él, recupero el aire y me obligo a moverme. Recojo la camiseta del suelo y me la pongo sin mirarle. El algodón me roza la piel caliente y me devuelve a algo parecido a la normalidad, aunque sea una versión defectuosa. Doy dos pasos hacia el baño y me detengo, porque el apartamento sigue siendo pequeño y porque, aunque no lo mire, sé exactamente dónde está.

—Esto no significa nada —repito al final, pero ahora con la voz más firme de lo que me siento.

Él no me responde de inmediato, pero oigo un movimiento a mi espalda, el sonido de la ropa al colocarse, el gesto contenido de

alguien que tampoco quiere decir lo que piensa y cuando habla, su tono es bajo.

—Lo sé.

Asiento una vez, aunque no haga falta. Abro la puerta del baño y entro sin mirar atrás. Cierro con cuidado la puerta, como si no quisiera hacer ruido, como si mantenerme en silencio pudiera borrar lo que acaba de pasar.

Me apoyo en el lavabo y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, me miro en el espejo y mi reflejo me devuelve una versión mía con la respiración todavía irregular y los labios enrojecidos, pero con la mirada clara. No hay ternura ni arrepentimiento en mi gesto, solo una tensión que no se ha ido. Me lavo la cara con agua fría y me digo que mañana todo volverá a su sitio, que las normas seguirán en pie, que esto ha sido solo algo puntual y no un derrumbe. Me lo repito despacio, porque necesito creérmelo para poder salir de aquí sin cambiar nada más.

Cuando apago la luz del baño y salgo al pasillo, el apartamento vuelve a parecer el de siempre. Demasiado silencioso y estrecho para dos personas que acaban de cruzar una puerta algo que no estaba en el plan.

Camino hacia mi habitación sin mirar atrás.

«Esto no significa nada».

Me lo repito una última vez antes de cerrar la puerta, consciente de que las normas siguen intactas... aunque una de ellas acaba de aprender lo fácil que es hacerla tambalearse, pero sin llegar a romperla.

10

Mason

Me despierto antes de que suene la alarma. Abro los ojos despacio y tardo un segundo en recordar dónde estoy. El techo no es el mío, la habitación es más estrecha y la luz entra desde un ángulo que no reconozco. Cuando escucho cómo el ruido de Brooklyn se filtra amortiguado desde la ventana, me doy cuenta de que estoy en el apartamento de Nora, en la habitación del fondo y en la cama individual que no se adapta del todo a mi cuerpo.

La noche anterior vuelve a mi cabeza de forma imprevista. No lo hace en orden ni con cortes limpios, sino en imágenes sueltas que mi cabeza preferiría no revisar tan temprano: el borde frío de la encimera, la presión de su cuerpo contra el mío, la forma en que me miró antes de decir que no significaba nada, sus labios sobre mi piel... No me recreo, porque no me conviene. Así que me quedo quieto y trato de respirar despacio, pero fracaso, porque el problema no es lo que sucedió, sino lo que no pasó después.

Cada uno volvió a su habitación sin despedirnos. La separación fue inmediata, pero no sirve de nada, porque mi cuerpo no entiende de distancia cuando mi cabeza se empeña en repetir escenas que ya no están ocurriendo. Me incorporo y pongo los pies en el suelo. El frío me ayuda y me recuerda que sigo aquí. Camino hacia la cocina sin encender las luces y guiándome por una memoria que empieza a resultarme demasiado cómoda para lo poco que debería importarme este lugar. Me sirvo un vaso de agua y bebo despacio mientras apoyo una mano sobre el mármol. Cuando doy el último trago, lanzo un suspiro.

Esto ha sido un error, pero no me refiero al matrimonio. Eso lo tengo catalogado desde el primer día como un problema administrativo con consecuencias legales y un calendario concreto. El error fue haber traspasado una línea que habíamos acordado no tocar y pensar que el deseo podía gestionarse con normas claras y

horarios razonables. Creer que, una vez ocurrido, bastaría con volver cada uno a su lado de la casa para que todo quedara neutralizado, pero nada se neutraliza así.

De repente, oigo un movimiento a mi espalda.

—Buenos días —escuho de repente, me giro hacia ella y veo que se queda en la puerta de la cocina. Lleva una camiseta que le queda demasiado grande y el pelo alborotado. No parece incómoda ni relajada, sino alerta. Como si también estuviera decidiendo qué versión de sí misma va a utilizar hoy conmigo.

—Buenos días —le respondo.

Se acerca a la cafetera sin mirarme directamente y prepara café. El silencio entre nosotros está cargado de todo lo que no se dijo al separarnos anoche.

—¿Has dormido algo? —pregunta.

—Sí.

Asiente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sospechaba. Se sirve una taza y se apoya en la encimera, al otro lado de la cocina.

—Anoche... —empieza.

—No hace falta —la interrumpo.

—¿No? —pregunta alzando una ceja.

—Ahora no —preciso—. No es buen momento para analizar nada.

Da un sorbo al café y me observa por encima del borde de su taza.

—Eso suena muy típico de ti, ¿no?

—No lo sé, pero me funciona —respondo encogiéndome de hombros.

—A veces —corrige.

No discuto. No porque no tenga respuesta, sino porque la tendría demasiado rápido y no quiero empezar el día así.

—Tenemos que mantener las normas —digo.

La frase sale sola de entre mis labios y en cuanto la pronuncio, sé que llega tarde.

—¿Las normas? —repite dejando la taza sobre la encimera—. ¿Ahora?

—Sí, precisamente ahora.

Cruza los brazos, aunque tengo la sensación de que no está a la defensiva, sino evaluando la situación y eso la vuelve peligrosa.

—Dime —dice—. ¿Cuál incumplimos exactamente?

No hay ironía en su tono y eso me descoloca más que si la hubiera habido.

—La de no mezclar nada físico —respondo con convencimiento.

—Ajá.

—La de no complicar esto más de lo necesario.

—Eso tiene varias interpretaciones.

La miro por fin, aunque en sus ojos no encuentro arrepentimiento ni desafío, sino claridad.

—Tenga las que tenga... No podemos repetirlo —afirmo sin levantar la voz.

—Tranquilo —responde—. No estaba en mi agenda de esta mañana.

Asiento y algo dentro de mí se relaja y se tensa al mismo tiempo, porque no me gusta lo rápido que me afecta su respuesta.

—Bien —asiento con la cabeza.

—Bien.

Nos quedamos así unos segundos, fingiendo que el café es lo más importante de la cocina.

—Tengo una reunión a media mañana —digo—. Saldré pronto.

—Yo trabajo desde casa.

Vuelvo a mi habitación para vestirme. Abro la maleta y veo que mi ropa sigue donde la dejé. Me pongo una camisa limpia y, mientras me abrocho los botones, noto algo parecido a la frustración, porque no debería ser tan fácil seguir adelante, ni tan difícil dejarlo atrás.

Cuando regreso al salón, Nora está sentada en el sofá con el portátil abierto.

—Me voy —anuncio.

Levanta la vista.

—Vale.

—Hablamos luego.

—Claro.

Cojo las llaves y me detengo un segundo sin saber por qué. Tal vez esperando que diga algo o tal vez deseando no tener que irme.

—Mason.

Me giro.

—Esto no significa nada —dice.

Asiento.

—Lo tengo claro.

Salgo del apartamento y cierro la puerta con cuidado. Bajo las escaleras convencido de que he hecho lo correcto. De que mantener distancia es lo sensato, porque repetir sería un error mayor y porque el deseo, cuando se le da espacio, se vuelve ingobernable.

Camino un par de manzanas antes de admitir que quiero repetir. La idea aparece en mi cabeza nítida, incómoda y fuera de lugar. No como una fantasía, sino como una constatación. Aprieto la mandíbula y sigo andando. No voy a hacerlo, porque no debo, pese a eso, tengo claro que el problema no es el matrimonio, sino que empiezo a desear que lo que ha pasado esta noche se repita.

11

Nora

Cuando suena el despertador, no me quedo remoloneando en la cama, porque hacerlo implicaría dar más tiempo dentro de mi cabeza a unos pensamientos que no quiero. Así que me ducho rápido, me visto sin pensar demasiado y salgo al salón con el café ya en la mano.

Mason está en el salón con una camiseta oscura y el pelo aún húmedo. Está en el sofá revisando algo en el móvil, tranquilo y como si lo que pasó entre nosotros no le hubiera removido nada. No levanta la vista de inmediato al escucharme y ese detalle me molesta.

—Buenos días —dice al verme.

—Buenas —respondo y ambos nos quedamos en silencio.

Me siento a la mesa y abro el portátil. No lo enciendo, simplemente lo coloco delante de mí como una excusa. Mason deja el móvil a un lado y se sirve café en una taza.

—Hoy tengo reunión a las once —dice—. Volveré tarde.

—Perfecto.

—Por la tarde tenemos algo...

—¿Tenemos? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, me han hecho llegar una invitación para los dos.

Levanto la vista.

—¿Cómo que para los dos?

—Una comida informal con gente del sector. No sé cómo, pero se han enterado que me he casado.

—Genial —respondo—. La noticia se propaga rápido.

—Sí.

Me observa con atención mientras doy un sorbo al café.

—Anoche... —empieza.

—No —lo interrumpo—. No quiero analizarlo.

Asiente despacio.

—De acuerdo.

—Pero no quiero que esto se convierta en una dinámica —añado—. Fingir. Sonreír. Ajustarnos a lo que otros esperan.

—Tampoco es lo que yo quiero.

—¿Y qué es lo que tú quieres? —pregunto antes de pensarlo, pero mi pregunta queda suspendida entre los dos. Mason no responde de inmediato y me mira serio y contenido.

—Que no te vayas —dice al fin—. Aunque no te quedes.

La frase me golpea en el estómago. No es una declaración, es algo peor: una verdad dicha sin adornos.

—Eso no es justo —respondo cerrando el portátil.

—Nunca he dicho que lo fuera.

Me levanto de la mesa y recojo la taza, porque necesito moverme. Mason se levanta y se acerca a mí.

—Nora, no estoy jugando.

No le respondo. Camino hacia mi habitación y me detengo en el umbral.

—Hoy no fingiremos —digo—. No iremos juntos a ningún sitio, ni seremos un «nosotros» delante de nadie.

—De acuerdo.

Asiento y cierro la puerta. Me apoyo en ella y acepto lo evidente: la idea de fingir en público ha provocado algo que no estaba previsto. Ha cambiado cómo veo las cosas y cómo las siento. No quiero esto, ni deseo querer repetir nada con él, aunque tengo claro que cuando vuelva a mirarle, algo dentro de mí volverá a tensarse.

No quiero sentir eso, pero ya lo estoy sintiendo.

12

Mason

Pese a que no pretendía acudir al evento que nos invitaron, finalmente no he podido negarme y no sé cómo he podido convencer a Nora para que viniera conmigo. Pasadas las doce de la noche, llegamos al apartamento. Me quito la chaqueta sin pensar dónde dejarla y la coloco sobre el respaldo de la silla más cercana. Ella deja el bolso sobre la mesa y se queda de pie, mirándose las manos como si acabara de recordar que existen. La sigo con la vista mientras cruza la cocina y abre la nevera.

—¿Quieres agua? —pregunta sin mirarme.

Asiento aunque no tengo sed. Sirve el agua con calma y deja un vaso frente a mí.

—Ha sido... —empieza, luego se detiene—. Ha sido raro.

Bebo un trago antes de responder.

—Sí.

Nora arquea una ceja y me observa como si esperara una respuesta más elaborada por mi parte, una frase que arregle la rareza o la encierre en una explicación cómoda, pero no la tengo. Apoyo el vaso y me paso la mano por la nuca.

—No en el mal sentido —añado.

—Eso no me tranquiliza.

—No pretendía hacerlo.

Se gira por completo hacia mí, alzo la mirada y observo que la luz de la cocina le da de lado y dibuja sombras suaves sobre su piel. La he visto reír hace un rato, en público, fingiendo con una naturalidad que no sabía que tenía. También la he visto tensarse cuando alguien se acercaba demasiado y sostenerme la mirada.

—Entonces dime qué pretendías —dice.

Me acerco lo justo, pero dejando un espacio entre nuestros cuerpos.

—Pretendía llegar a casa y nada más.

Nora se ríe, se cruza de brazos y apoya el peso en una pierna.
—Claro. Llegar a casa. Como cualquier matrimonio normal.
«Matrimonio».

La palabra se queda suspendida en el aire sobre nuestras cabezas. No la repite, aunque tampoco la retira. Me observo a mí mismo antes de contestar, atento a la reacción que se apodera de mi cuerpo. No hay rechazo inmediato y eso es lo que más me inquieta.

—Ha funcionado —digo—. En público.

—Demasiado —responde—. Eso es lo que me preocupa.

Se gira para dejar el vaso en el fregadero y el movimiento le tensa la espalda bajo la tela del vestido. No pienso en ello como deseo, sino como una constatación incómoda.

—¿Te ha molestado? —pregunto.

—No —dice sin girarse—. Me ha sorprendido.

Su tono no admite bromas. Así que me incorporo y me acerco un paso más a ella. El suelo cruje bajo mi peso y Nora se tensa un poco, aunque no se aleja de mí.

—Nora.

Pronunciar su nombre así, sin ironía ni pullas, enciende algo nuevo dentro de mí. Ella se gira despacio y nos quedamos frente a frente con el sonido lejano de la calle filtrándose por la ventana.

—No quiero que esto se nos vaya de las manos —dice.

—Yo tampoco.

—Entonces no hagas eso —responde.

—¿El qué?

—Mirarme como si ya hubieras decidido algo.

No sé qué responderle, porque no he decidido nada, pero, aun así, entiendo a qué se refiere. Doy un paso atrás y apoyo la espalda en la pared y ella asiente con la cabeza.

—Buenas noches —dice al fin.

—Que descanses.

La veo desaparecer por el pasillo y, al instante, escucho el sonido de la puerta de su habitación cerrándose. Cuando me quedo solo en la cocina, recojo la chaqueta y la cuelgo donde puedo. Después, voy hasta mi habitación intentando no pensar en ella y me tumbo sobre el colchón boca arriba sin encender la luz. El techo no

me da las respuestas que necesito y se me escapa un suspiro, cierro los ojos y cuento respiraciones hasta que el cuerpo decide por mí.

Sin esperarlo, escucho un sonido leve al otro lado de la pared. Me tenso, pero no me muevo. De repente, escucho unos pasos descalzos sobre el suelo, una puerta que se abre y el grifo del baño. Me levanto antes de pensar en si debería hacerlo, abro mi puerta con cuidado y salgo al pasillo. La luz del baño se filtra por la rendija de la parte inferior de la puerta. Me quedo quieto, apoyado en la pared y consciente de lo absurdo de mi gesto.

—¿Mason?

Su voz suena normal, sin parecer sobresaltada.

—Sí —respondo—. Perdona. Pensé que...

—¿Que qué?

—Nada.

Nora abre la puerta del todo y veo que lleva una camiseta que le llega a media pierna y el pelo revuelto.

—¿No puedes dormir? —pregunta.

—No especialmente —respondo encogiéndome de hombros.

—Yo tampoco.

Nos quedamos en silencio y me doy cuenta de que estoy descalzo y de que ella lo nota.

—Puedes pasar —dice sonriendo levemente—. Si quieres.

No hay segundas intenciones en su frase y eso es lo que, para mí, la hace más peligrosa. Entro en el baño y me apoyo en el marco de la puerta mientras ella se lava las manos. El espejo nos devuelve una imagen doméstica en la que no me reconozco.

—Ha sido un día largo —dice.

—Sí.

—Y raro.

—Mucho.

Se seca las manos con calma, deja la toalla en su sitio y se gira hacia mí.

—No vamos a hacer nada que complique esto —declara—. ¿Verdad?

Su pregunta espera una confirmación, por lo que la miro a los ojos y asiento.

—No.

Nora suspira, aliviada.

—Bien —dice—. Entonces...

Da un paso hacia la puerta, pero yo me muevo al mismo tiempo y el espacio se acorta sin que ninguno lo haya planeado. El contacto ocurre en un punto intermedio: su brazo contra mi pecho y mi mano cerrándose por reflejo en su cintura para evitar que pierda el equilibrio.

Nora se queda quieta y yo también.

—Perdón —se disculpa.

—No pasa nada.

No la suelto, ni la aprieto. Mi mano descansa donde ha caído, consciente del calor que traspasa la tela. Ella alza la vista hasta mis ojos despacio y no hallo reproche en su mirada, sino una pregunta que no formula.

—Mason —dice.

Al escucharla, me doy cuenta de que mi nombre suena distinto en su boca.

—Sí.

—Esto no es buena idea —murmura.

—No.

El acuerdo es inútil y ambos lo sabemos, porque al instante la estoy besando sin prisa ni hambre, como si el tiempo hubiera decidido esperar. El contacto es lento y sin rabia y cuando nos separamos, Nora respira hondo.

—Tenemos normas —recuerda.

—Sí.

—Y se están tambaleando.

—Todavía no se han roto.

Me mira y asiente.

—Vete —dice—. Antes de que...

Pero no termina la frase, porque no hace falta. Retrocedo un paso y luego otro hasta que la dejo en el baño con la luz encendida y la puerta abierta. Regreso a mi habitación con la sensación de haber cruzado un límite, a pesar de no haberlo traspasado del todo.

Me tumbo de nuevo, despierto y miro al techo, que sigue sin darme las respuestas que tanto ansío. Pienso en nuestro beso y en el contacto de su cuerpo con el mío. No consigo dormirme. Me giro una vez, luego otra, hasta que el colchón empieza a parecerme una superficie hostil. La pared que hay entre mi habitación y la suya nos separa y nos aísla ruido, pero tampoco parece demasiado sólida. Me incorporo y apoyo los pies en el suelo. El parquet está frío y el contraste me aclara la cabeza lo justo para entender que el problema no es el insomnio, sino la contención.

Salgo al pasillo sin pensar en si debería hacerlo, pero lo hago igual. Camino descalzo hasta la cocina y me sirvo agua otra vez. El vaso tiembla un poco en mi mano y me molesta que lo haga. Bebo despacio, apoyado en la encimera, y me obligo a respirar hondo en un intento de tranquilizarme.

—¿Mason?

Su voz llega desde el pasillo. Me giro despacio y la veo apoyada en el marco de la puerta de su habitación. Sigue vestida igual que hace un rato. La camiseta le cae suelta por un hombro y el pelo, ahora suelto, le enmarca la cara de una forma que no había visto antes. No parece incómoda sino despierta.

—¿Te he despertado? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Estaba despierta.

Asiento y no digo nada más. Nora entra en la cocina y se sienta en la silla frente a mí. Apoya los codos en la mesa y me observa con una atención tranquila que me descoloca más que si me hiciera cualquier reproche.

—No era así —dice—. La primera vez.

Entiendo a qué se refiere sin que tenga que especificar nada.

—No —respondo—. No lo era.

—Fue... —busca la palabra—. Demasiado.

—Sí.

No hay juicio en su tono, solo constatación. Pasa los dedos por el borde del vaso vacío que hay delante de ella, dibujando un círculo lento.

—Ahora es distinto —añade.

—Por eso deberíamos parar —digo.

Nora alza la vista y me mira a los ojos.

—¿Es lo que quieres?

La pregunta es directa y me inclino un poco hacia delante antes de responder.

—No.

Asiente una sola vez. Se levanta despacio y se acerca a mí.

—Entonces no vamos a fingir que esto no está pasando —dice—. Pero tampoco vamos a perder el control.

—Eso suena a norma —respondo.

—Porque lo es.

Sonríe un poco y yo apoyo la mano en la mesa y me incorporo.

—Despacio —dice Nora.

Asiento y la beso sin prisas. El contacto es suave, medido y casi cuidadoso. Su boca se adapta a la mía con naturalidad. Apoyo una mano en su espalda y noto cómo se relaja. El beso se alarga y cuando me separo, mi frente queda apoyada en la suya y Nora respira hondo.

La guío hacia el salón y ella no se resiste, aunque tampoco se entrega. Nos sentamos en el sofá. Me giro hacia ella y deslizo la mano por su brazo con calma. La piel se le eriza bajo mis dedos.

—No pares —me susurra y yo no pienso en desobedecerla.

El acuerdo es sencillo. La beso de nuevo, pero más lento aún. La forma en que responde no es impaciente, sino consciente. Cada movimiento parece pensado y elegido. Mis manos recorren su espalda con firmeza, aprendiendo el mapa de su piel sin prisa. Nora apoya la mano en mi muslo y la presión es segura, presente y sin ansia. No hay prisa por llegar a ningún sitio.

Cuando la llevo a mi habitación, lo hago despacio. La luz es tenue, pero no la apago, porque no quiero sombras que me hagan inventar nada en mi imaginación. Nos desvestimos y la ropa cae al suelo sin ceremonia. Me detengo cuando estoy frente a ella, observándola desnuda sin disimulo y Nora sostiene mi mirada sin taparse. Después, la tumbo sobre la cama con cuidado y me coloco entre sus piernas, sosteniéndome con los brazos. La beso de nuevo

y sus manos se aferran a mis hombros con una firmeza que me obliga a respirar hondo.

El contacto se vuelve más intenso sin volverse brusco. Cuando entro en ella, lo hago despacio, mirándola a los ojos y ella no aparta la mirada. Se tensa un segundo y luego se relaja, mientras su cuerpo se adapta a mi tamaño. Me muevo con movimientos lentos y profundos. Nora me rodea con las piernas y acerca su cuerpo al mío. Su respiración se vuelve más profunda y cuando estallamos del placer, lo hacemos con una descarga compartida, que nos deja sin aire durante unos segundos.

Me quedo sobre ella, sosteniéndome con los antebrazos sobre el colchón y respirando con dificultad. Nos quedamos callados y solo nos miramos. Un momento después, me aparto despacio y me tumbo a su lado, aunque el contacto no se rompe del todo. Su pierna roza la mía y su mano descansa en mi pecho.

—Esto no significa nada —repite.

Cierro los ojos y asiento, pero, pese a eso, cuando se gira y apoya la cabeza en mi hombro, no me aparto. Se duerme antes que yo, mientras yo permanezco inmóvil, con un brazo doblado bajo la cabeza y el otro quieto a su lado, como si cualquier movimiento pudiera romper esto. La habitación está en penumbra. No hay ruido más allá del tráfico lejano, amortiguado por las ventanas. Mientras, intento ordenar lo que siento como hago siempre: por partes, con lógica, sin dramatismos, pero ahora no me funciona. Mi cuerpo no entiende de listas ni de acuerdos verbales. Solo registra que Nora encaja aquí, en este espacio, en este silencio compartido que no habíamos previsto.

«No significa nada», ha dicho y yo he estado de acuerdo, pero lo inquietante no es esa frase, sino lo fácil que resulta repetirla mientras mi mano descansa a escasos centímetros de su espalda, conteniendo el impulso de acercarla más a mí. No la toco, aunque no porque no quiera, sino porque empiezo a sospechar que hacerlo sería admitir algo que no sé si todavía soy capaz de admitir.

Suspiro y trato de concentrarme en los detalles pequeños para no pensar en el conjunto. Me fijo en el ritmo de su respiración, en el calor que desprende su piel, en cómo ha ocupado mi cama,

aunque no siento que la haya invadido, sino que se ha adaptado y eso me resulta peligrosamente familiar.

Nunca he tenido problemas para separar las cosas. Trabajo y deseo. Cuerpo y cabeza. Antes y después. Pero con Nora, esas divisiones empiezan a difuminarse de una forma silenciosa y es justo ahí donde está el riesgo.

Nora se mueve un poco y su pierna roza la mía. No se despierta. El contacto es mínimo y accidental, pero mi cuerpo reacciona con una claridad que me incomoda. Respiro hondo y me obligo a no hacer nada y me digo que esto es circunstancial. Que la convivencia altera los límites, que el cansancio juega malas pasadas y que el sexo compartido genera una ilusión de cercanía que no tiene por qué ser real. Me lo digo con argumentos sólidos y voz firme, como si me estuviera convenciendo a mí mismo en una reunión importante, pero no me sirve.

Sin embargo, lo que más me inquieta ahora mismo no es haber querido repetir, sino que, incluso ahora, con ella dormida a mi lado, una parte de mí ya está imaginando cómo será el próximo momento que compartamos. Eso es lo que no me gusta.

Me quedo despierto hasta que el cielo empieza a aclararse, aunque pasar la madrugada en vela no me ha servido para tomar ninguna decisión. Lo único que sigo teniendo claro es que quiero volver a tocarla y a perderme dentro de ella.

13

Nora

Empujo la puerta del baño con el hombro y salgo al pasillo todavía con el pelo húmedo, el cuerpo limpio y la cabeza hecha un nudo que no se ha deshecho ni con el agua caliente y el jabón. Llevo una camiseta amplia y unos pantalones cómodos que no tienen ninguna intención estética, aunque mi cuerpo no parece haber recibido el mensaje. Camino hacia la cocina con la taza de café entre las manos y una idea fija desde que he abierto los ojos: tenemos que parar esto.

Cuando llego a la cocina, encuentro a Mason apoyado en la encimera, de espaldas y revisando algo en el móvil. Lleva una camiseta oscura que se le pega al torso y que me obliga a apartar la mirada antes de que mi cuerpo empiece a reaccionar. Lanzo un suspiro y dejo la taza sobre la mesa con un golpe un poco más fuerte de lo necesario.

—Tenemos que hablar —digo.

No levanta la vista al instante, primero bloquea la pantalla, deja el móvil a un lado y se gira despacio hacia mí.

—De acuerdo —responde después de clavar su mirada en mis ojos—. Dime.

Me cruzo de brazos, porque necesito algo que me dé seguridad mientras organizo las palabras que pretendo decir.

—Lo de anoche no puede volver a pasar —suelto de forma clara y directa, y con convicción, después de haber pasado la madrugada repasando la misma frase dentro de mi cabeza hasta que ha perdido cualquier atisbo de dulzura.

Mason no reacciona de inmediato y, cuando lo hace, se limita a asentir una vez y despacio.

—Vale.

La facilidad con la que acepta me descoloca más que si me hubiera soltado cualquier barbaridad.

—Te lo estoy diciendo de verdad, es un límite, ¿eh? —le aclaro.

—Lo entiendo.

—No te estoy pidiendo distancia emocional —preciso—. Sino que no volvamos a cruzar algo que no sabemos gestionar.

Apoya las manos en la encimera, justo detrás de él, y ladea un poco la cabeza. No me discute, pero tampoco baja la mirada.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta—. ¿Gestión?

—Quiero cordura y que esto no se nos vaya de las manos.

—¿Y crees que lo de anoche fue perder el control?

—Creo que fue innecesario y peligroso.

—¿Para quién?

Doy un paso hacia él antes de pensarlo.

—Para mí.

Eso sí lo entiende. Lo noto en la forma en que se queda quieto, en cómo aprieta la mandíbula, aunque sin tensarla del todo.

—No te estoy obligando a nada —dice—. No lo hice anoche y no lo haría ahora, ni nunca.

—Lo sé —admito—. Ese es el problema.

Me giro y empiezo a moverme por la cocina, fingiendo una normalidad que no siento. Abro un cajón, lo cierro, hasta que me apoyo en la encimera contraria. Necesito espacio para pensar, pero esta casa no lo tiene y menos con Mason aquí.

—Anoche te dije que no significaba nada —continúo—. Hoy sigo creyendo que no debería significarlo.

—No has dicho que no significara nada —me corrige—. Has dicho que no querías que lo significara.

Levanto la vista de golpe y lo miro.

—No me psicoanalices.

—No lo hago —responde—. Solo te estoy escuchando.

Me froto la frente con los dedos y suelto el aire despacio.

—Mason, esto empezó como un acuerdo práctico. Firmas, tiempos, convivencia mínima y salir del paso sin destrozarnos por el camino. No incluía... —hago un gesto impreciso—. Esto.

—Tampoco incluía comidas de trabajo ni miradas ajenas —dice—. Y aun así estamos ahí.

—Porque eso es fingir —replico—. Lo otro no.

Se acerca un poco y mi cuerpo lo nota antes de que mi cabeza lo procese.

—No todo lo que se siente es una trampa —dice.

—Para mí sí lo es—contesto sin dudar—. Yo no funciono bien cuando algo que no debe empieza a importarme más de la cuenta.

Su mirada se clava en la mía.

—¿Te importa?

—Me descoloca —digo después de habernos quedado en silencio durante un momento—. Me pone nerviosa y me hace perder el foco.

—Eso no es lo mismo.

—Para mí sí lo es.

Da un paso atrás.

—Entonces hablemos de reglas —propone—. De verdad.

—Las reglas ya existen.

—Y no están funcionando.

No puedo negarlo, aunque me duele admitirlo, pero no lo discuto.

—Porque no las estamos respetando —respondo.

—Porque son incompletas —me corrige—. No contemplan lo que pasa cuando dos personas se desean y no quieren hacerse daño.

La frase me golpea en el estómago, no porque sea romántica, sino por lo precisa que es.

—No me gusta cómo suena eso —digo.

—A mí tampoco —admite—. Pero no por eso deja de ser así.

Me aparto de la encimera y me quedo de pie frente a él, con los brazos sueltos a los lados de mi cuerpo y la guardia alta.

—Quiero que hoy paremos —insisto—. Que no nos toquemos, ni hagamos nada que no sepamos frenar.

—De acuerdo —me responde con un tono tranquilo que me crispa.

—No lo digas así —le pido—. No me lo pongas fácil.

—No te lo pongo fácil, simplemente respeto lo que pides.

Eso debería tranquilizarme, pero no lo hace.

—Y tú, ¿qué quieres? —pregunto—. De verdad.

No me responde enseguida. Primero, me observa con atención, como si estuviera pensando lo que puede decir sin cargarse nada por el camino.

—Quiero que no te vayas —dice—. Ni hacia delante ni hacia atrás.

Esa frase me deja sin aire durante un segundo.

—Eso no es justo.

—Yo no he dicho que lo fuera.

Aparto la mirada y camino hacia la ventana y la abro un poco. Al instante, llega el ruido de la calle, que me ayuda un poco a centrarme.

—Tratemos de ser racionales —propongo—. Vamos a intentarlo solo hoy y después iremos viendo, ¿te parece?

—Vale.

—Somos dos adultos con un problema logístico —continúo—. No necesitamos añadir capas emocionales que no podemos soportar.

—Habla por ti —responde—. Yo aguanto lo que decido.

Me giro.

—Eso es muy arrogante.

—No, no lo es, simplemente es honesto.

Nos miramos de nuevo.

—Entonces ayúdame a no volver a hacerlo... —le pido—. Al menos hoy.

Asiente despacio.

—De acuerdo, lo haré.

Respiro hondo, en un intento de volver a mi centro y me acerco hasta la mesa para coger mi taza de café, doy un sorbo, pero se ha quedado frío.

—Hoy cada uno a lo suyo —digo—. Trabajo, llamadas, rutina. Normalidad.

—Normalidad —repite.

—Sin provocaciones.

—Sin provocaciones.

—Sin miradas...

La comisura de su boca se mueve apenas.

—Eso será más difícil.

—Pues haz el esfuerzo.

—Siempre lo hago contigo.

Su frase se queda suspendida sobre nuestras cabezas, porque tiene un significado demasiado claro para mí como para seguir adelante sin consecuencias. No obstante, no le respondo. Me limito a dejar la taza en el fregadero y me aparto un poco de él, para marcar distancia con el cuerpo, porque con las palabras ya no me basta.

Paso la mañana fingiendo que trabajo. Abro documentos, contesto correos que no requieren más de dos líneas de respuesta y me obligo a mantener la cabeza ocupada en tareas pequeñas y mecánicas, de esas que no dejan espacio para pensar. Pero no funciona, porque cada cosa que hago se ve interferida por la certeza de que Mason está en la habitación del fondo, a pocos metros de mí y siguiendo su propia rutina con una disciplina que admiro y detesto a partes iguales.

A media mañana salgo de mi dormitorio para ir a la cocina. Lo hago con cuidado, como si el pasillo fuera un territorio en guerra. Al hacerlo, veo que Mason está de pie junto a la ventana, con el portátil cerrado y el teléfono apoyado en la encimera. No me mira al instante. Se limita a beber agua y a recolocar la botella en su lugar.

—¿Todo bien? —pregunta al notar mi presencia.

—Sí.

Mi respuesta se escapa de forma automática de entre mis labios y acto seguido me coloco frente a la cafetera y me preparo otra taza de café sin mirarle. El ruido del aparato rellena el espacio que ninguno de los dos se atreve a ocupar con palabras. Mientras me repito para autoconvencerme que mantener la distancia y seguir una rutina es lo mejor para mantener la situación controlada, que es lo que tenemos que hacer.

—He hablado con el gestor —dice—. Nos mandará los documentos esta tarde.

—Perfecto.

—Y mañana tengo una comida de trabajo.

Levanto la vista.

—¿Los dos?

—No —responde—. Solo yo.

El alivio que me invade es inmediato y evidente.

—Bien —digo y aprieto los labios.

—¿Te incomoda?

—No —respondo demasiado rápido—. Al contrario.

Mason me observa unos segundos antes de asentir, aunque no comenta nada, pero su gesto me deja expuesta.

—Estaré fuera un par de horas —añade—. Tendrás el apartamento para ti.

—No hace falta que lo aclares.

—Lo voy a hacer igual.

Doy un sorbo al café y noto cómo me tiembla la mano, por lo que la bajo con disimulo para que él no lo note.

—Gracias —digo.

Asiente y vuelve a su habitación para recoger la chaqueta. Cuando pasa a mi lado, el roce es mínimo y accidental, pero mi cuerpo reacciona como si no lo fuera. No me aparto a tiempo y eso me enfurece conmigo misma.

—Nora —dice al llegar al pasillo.

—¿Qué?

—Si esto se te hace cuesta arriba, dilo.

—No se me hace cuesta arriba —contesto—. Se me hace peligroso.

No responde. Se limita a mirarme con una atención que no pide nada, pero que lo complica todo.

—Volveré pronto —dice—. No te preocupes.

La puerta se cierra detrás de él y el apartamento se queda diferente a siempre. Parece que se ha acostumbrado a que esté Mason y cuando sale parece que no supiera qué hacer con tanto espacio. Me apoyo en la encimera y cierro los ojos un segundo. Siento la certeza de que el problema no es su ausencia, sino lo que me provoca.

Paso el resto del día intentando recuperar una normalidad que no termina de asentarse. Limpio, ordeno y me obligo a mover el

cuerpo para que la cabeza no lo ocupe todo. A media tarde, cuando ya empiezo a relajarme, oigo la puerta de entrada.

Mason entra con el abrigo colgado del antebrazo. No parece alterado ni cansado, pero algo en su forma de moverse me alerta.

—Has vuelto pronto —digo.

—Sí, ya te lo he dicho. Estaba seguro de que la comida no se alargaría demasiado.

—¿Todo bien?

—Sí —asiente con la cabeza mientras deja el abrigo sobre el respaldo de una silla y me mira con una media sonrisa.

—¿Tú?

—Bien.

La mentira flota frente a nuestras caras, pero ninguno de los dos se inmuta.

—He traído comida —dice señalando la bolsa que deja sobre la mesa—. Por si no te apetecía cocinar.

—No hacía falta.

—Me ha apetecido —me responde encogiéndose de hombros.

—Mason.

—Dime.

—No conviertas esto en una dinámica —le pido—. Gestos, detalles, cuidados... No es buena idea.

—No estoy cuidándote —responde—. Estoy compartiendo piso contigo.

—Eso es lo mismo.

—Para ti.

Me giro para coger un plato y el sonido de la puerta del armario de la cocina al abrirse y cerrarse me da una excusa para no mirarle.

—¿Podemos sentarnos? —pregunta.

—Si quieres.

Nos sentamos frente a frente, manteniendo una distancia correcta y absurda. Mientras yo como despacio, hablamos de cosas prácticas, sin bromas ni dobles lecturas. Eso nos funciona durante unos minutos, pero poco después, inevitablemente, algo se cuela y acaba estropeándolo.

—Claire me ha escrito —dice de pronto.

—¿Tu ex?

Levanto la vista sin querer.

—¿Y?

—Nada importante. Me preguntaba si seguía en la ciudad.

—¿Le has respondido?

—Sí.

—Claro.

Mason apoya los antebrazos en la mesa.

—No te estoy informando para provocarte.

—No lo estás consiguiendo —miento.

—Nora.

—No quiero saberlo —le corto—. No me sirve para nada... No me pongas en situaciones que no he elegido.

—No lo he hecho.

—El otro día sí.

—El otro día fingimos.

—Y funcionó demasiado bien.

Mason no me sonríe ni se defiende.

—Eso fue cosa de los dos.

—Por eso quiero parar.

—¿Parar qué?

—Esto —respondo—. Esta tensión constante y esta sensación de estar calculando cada gesto para no volver a caer.

Se inclina un poco hacia delante.

—No estás cayendo —dice—. Estás decidiendo.

—Eso no me tranquiliza.

—No tiene por qué hacerlo.

Nos quedamos mirándonos con una intensidad que no se corresponde con una conversación civilizada.

—Voy a dar una vuelta —anuncio levantándome de golpe de la silla.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Cojo la chaqueta y las llaves antes de que pueda decir nada más y salgo del apartamento con el pulso acelerado y la certeza

incómoda de que huir no sirve, pero quedarse tampoco.

Camino varias manzanas sin rumbo, intentando ordenar pensamientos que no quieren hacerme caso. No quiero esto, ni mirarle así y tampoco desear repetir algo que sé que me va a complicar la vida, pero no sé cómo hacer para evitarlo.

Cuando vuelvo a casa, ya ha oscurecido. Mason está en el salón, sentado en el sofá, con el portátil abierto. Al oír la puerta, levanta la vista.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo y me quito la chaqueta y la dejo sobre la silla.

—Tenemos que dejar de hablar —digo—. Cada conversación nos acerca a algo que no queremos.

Cierra el portátil despacio.

—Hablar es lo único que estamos haciendo bien.

—No lo creo.

Me acerco hasta él lo justo para que me oiga sin necesidad de levantar la voz.

—No deberíamos seguir así —repito—. Ni tocarnos, ni provocarnos, ni volver a comprobar hasta dónde somos capaces de llegar.

Mason se levanta.

—Lo estoy intentando —dice—. Pero tú no me lo pones fácil...

La frase me atraviesa el pecho.

—Porque no quiero irme —respondo—. Y eso es justo lo que me da miedo.

Nos quedamos frente a frente, con el cuerpo tenso y la cabeza llena de razones que empiezan a perder peso.

—Tenemos que parar —digo, aunque no doy ni un paso atrás.

Mi frase suena firme, adulta y casi responsable. En cambio, mi cuerpo no acompaña, porque estoy demasiado cerca de Mason como para fingir que esto es solo una conversación incómoda.

—Estoy de acuerdo —responde él, pero no se mueve, ni me toca, ni hace nada que facilite la huida y eso es lo que más me descoloca.

—No es una negociación —añado—. Es una decisión.

—Lo sé.

—Y aun así... —me quedo en blanco—. Aun así, seguimos en el mismo sitio.

Mason ladea la cabeza, como si estuviera pensando algo que no quiere decir en voz alta.

—Porque no basta con querer parar —dice—. Hay que saber hacerlo.

—No me hables como si esto fuera una debilidad técnica —le espeto—. No soy un proyecto mal gestionado.

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado.

Doy un paso atrás y el espacio se agranda apenas unos centímetros y esa distancia mínima me provoca una reacción absurda, casi física, como si hubiera perdido apoyo.

—Mírame —le pido y él me obedece—. No podemos seguir así —digo—. Fingir por fuera y tensarnos dentro... No es sostenible.

—Nada de lo que importa lo es —responde.

Aprieto los dientes.

—No me vengas con frases bonitas.

—No lo son. Son incómodas... Como esto —afirma mirándome a los ojos y me enfurece, porque tiene razón.

—Lo de anoche no significó nada —insisto.

—Eso dijiste.

—Y lo mantengo.

—Entonces deja de mirarme así.

—No me digas cómo debo mirarte.

No nos gritamos mientras hablamos, aunque no hace falta porque la tensión está acumulándose igualmente, pero en otro lugar que no debería.

—Nora —dice—. No voy a cruzar ninguna línea que tú no cruces primero.

—Eso no es tranquilizador.

—No pretendía que lo fuera.

Necesito hacer algo con las manos y cojo un vaso que hay sobre la mesa. El cristal está frío y el contraste me ayuda a respirar.

—Tenemos que hablar —digo—. De verdad.

—Hablemos.

—Sin rodeos.

—De acuerdo.

Me apoyo en la mesa y me coloco de espaldas a él, porque necesito una barrera, aunque sea simbólica.

—No quiero perder el control —empiezo—, ni despertarme dentro de dos semanas y darme cuenta de que me he metido en algo que no puedo sostener.

—No te estás metiendo —dice—. Estás eligiendo.

—Eso es lo que me asusta.

—No te he pedido nada —añade acercándose un poco más a mí, aunque sin llegar a tocarme—. No te he prometido nada.

—Eso tampoco ayuda.

—Porque no te deja agarrarte a nada.

Me giro hacia él de golpe.

—Exacto.

Nos miramos y siento que la conversación se ha quedado atrapada en un punto muerto donde las palabras solo dan vueltas alrededor de lo evidente.

—No deberíamos —repito, más bajo.

—No —responde—. No deberíamos.

Doy un paso hacia él sin pensarlo para acabar con esto de una vez, pero Mason baja la mirada un segundo y cuando vuelve a alzarla, algo ha cambiado.

—Nora...

—No digas mi nombre así.

—Entonces aléjate.

Pero no lo hago, sino que me acerco más. El primer contacto es torpe y deliberado a la vez. Mi mano roza su muñeca y él no se aparta, sino que la deja estar, ofreciéndome una salida que no tomo. El pulso se me acelera y odio lo fácil que resulta.

—Esto es una mala idea —murmuro.

—Siempre lo es —responde—. Cuando importa.

Le empujo el pecho con la palma abierta, más para probar que para apartarlo. Mason da medio paso atrás, pero luego vuelve a

acercarse y me sujeta la muñeca con firmeza, pero sin llegar a ser brusco.

—Para —dice.

—Suelta.

No lo hace, aunque tampoco aprieta más. Me deja decidir dentro del agarre y esa concesión me rompe la resistencia que me quedaba.

—No puedo —admito.

—Dilo bien.

—No quiero.

Con eso es suficiente para que volvamos a besarnos. Nuestro beso es directo y está cargado de todo lo que llevamos acumulando desde que decidimos fingir que éramos adultos responsables. Su boca busca la mía con un ansia que no se molesta en disimular y yo respondo con la misma intensidad, clavándole los dedos en la camiseta y tirando de la tela para acercarlo más. No hay caricias de tanteo, ni dudas, sino cuerpos que se reconocen.

Me arrincona contra la mesa con un movimiento firme y se me escapa un jadeo. Mi reacción le arranca un gruñido desde lo más profundo de su garganta. Sus manos se agarran a mi cintura y noto su cuerpo presionando el mío, duro y evidente.

—Mírame —susurra y yo le obedezco

No aparto la vista cuando cuele una mano bajo mi camiseta y me toca con seguridad, como si supiera exactamente qué buscar. El contacto me hace arquearme contra él y le muerdo el labio sin suavidad. El gemido que se le escapa me atraviesa de pies a cabeza.

Sus manos bajan por mi cuerpo y me desnudan con rapidez y sin ceremonias. Yo hago lo mismo con la suya: desabrocho, empujo y quito obstáculos con una prisa que no se corresponde con lo mucho que digo querer parar. Cuando entra en mí, lo hace sin delicadeza innecesaria y el impacto me arranca un gemido que intento contener sin éxito. No es lento ni cuidadoso, sino intenso, directo y con una ansia que no deja espacio para pensar. Me muevo contra él con la misma necesidad y nuestras respiraciones chocan. No hay palabras bonitas, sino solo ajustándose y adaptándose al otro con manos firmes y bocas que se buscan sin paciencia.

El placer llega rápido y fuerte, como una ola que no deja margen de reacción. Me aferro a sus hombros y me corro con un sonido ahogado contra su cuello. Mason me sigue segundos después, apretándome contra él con un gemido bajo y contenido hasta el último momento. Justo después, nos quedamos quietos, respirando con dificultad y demasiado conscientes de lo que acabamos de hacer.

Cuando sale de mí, lo hace despacio sin besarme y sin tocarme más de lo necesario.

—Esto no estaba en el plan —digo, con la voz aún inestable.

—No —responde—. No lo estaba.

Recojo mi ropa sin mirarle y me la pongo con torpeza. El cuerpo todavía me tiembla y esa sensación me enfurece más que el deseo.

—Me odio un poco —admito.

—No deberías.

—Sí —replico—. Porque sabía que iba a pasar.

Me aparto y camino hacia mi habitación sin mirarle de nuevo. En mi dormitorio, cierro la puerta con cuidado y me quedo quieta un momento con la frente apoyada en la puerta, esperando a que el temblor que me domina desaparezca solo, como si mi cuerpo entendiera de órdenes simples, pero no lo hace. Sigue ahí, latente e incómodo, recordándome cada segundo que no he ganado nada con lo que acaba de suceder.

Me separo de la madera y camino hasta la cama sin encender la luz. Me siento en ella y respiro hondo varias veces intentando recomponer algo que no sé exactamente qué es. No es vergüenza ni arrepentimiento del todo, sino la certeza de que he cedido sabiendo que iba a hacerlo y eso es lo que más me fastidia.

Me tumbo boca arriba y fijo la mirada en el techo, dejando que el pulso vaya bajando poco a poco. El cuerpo todavía responde con pequeñas sacudidas tardías, como si no hubiera recibido el mensaje de que todo ha terminado. Aprieto los labios, irritada conmigo misma, porque esta no ha sido una noche confusa, ni ha habido alcohol suficiente como para escudarme en él, ni ha habido malentendidos ni impulsos repentinos. Lo que ha habido, ha sido

una decisión consciente y eso es más importante que cualquier excusa que me quiera dar a mí misma para convencerme.

De repente, oigo pasos al otro lado de la puerta. Mason se mueve por el apartamento con cuidado, como si el espacio se hubiera vuelto frágil de repente. No se acerca a mi dormitorio, ni abre la puerta, ni dice mi nombre. Resoplo, porque ese respeto tardío me irrita casi tanto como si no lo tuviera.

Cierro los ojos y la imagen vuelve a mi cabeza sin poder evitarlo: su boca firme, sus manos seguras y la forma en que mi cuerpo ha respondido... Me giro de lado y me encojo un poco, abrazando una almohada pero no me sirve de nada. No quiero pensar en lo que ha pasado esta noche, porque hacerlo ahora sería concederle más espacio del que estoy dispuesta a darle.

«Esto no cambia nada», me digo, aunque esa frase ahora no suena convincente ni siquiera dentro de mi cabeza.

Mañana volveremos a fingir normalidad o a evitarla, según convenga, y yo volveré a recordarme que esto es un acuerdo práctico, un matrimonio de papel con demasiadas consecuencias físicas.

Sí, mañana seré más cuidadosa, más lista y capaz de parar a tiempo, pero esta noche no. Esta noche debo aceptar lo evidente, aunque no me guste: he cruzado una línea sabiendo exactamente dónde estaba y, aun así, he dado el paso. Me odio un poco por eso. Pero no por haber sentido deseo, sino por no haberme resistido cuando todavía podía hacerlo. Y con ese pensamiento incómodo, sin consuelo ni cierre bonito, dejo que el cansancio me venza, sabiendo que el problema no ha hecho más que empezar.

14

Mason

Cierro la puerta con el hombro porque tengo las manos ocupadas y el gesto es tan automático que ni lo pienso, como si este piso fuera mío desde hace años y no un lugar al que llegué hace muy poco como para permitirme esta confianza. La bolsa del súper golpea contra mi pierna, las llaves tintinean y la chaqueta se me queda colgando del antebrazo.

—Traigo café —digo, sin alzar la voz.

No hay respuesta inmediata. Solo el ruido del agua corriendo en el baño y un golpe seco y torpe, seguido de una maldición ahogada que reconozco quién la ha dicho. Dejo la bolsa en la encimera y me quito los zapatos con un movimiento rápido y mecánico, que tampoco pienso. Sin duda, ya no me comporto como un invitado, sino como alguien que llega a su casa.

Cuando Nora aparece, lleva una camiseta larga que le cae por los muslos y el pelo mojado, con mechones que no intentan ser bonitos, pero lo son. Tiene una toalla en la mano y la cara ligeramente sonrojada por el agua caliente. Camina directa hacia mí y me da un beso corto en la boca, limpio y cotidiano, algo que me sorprende.

—Te has adelantado —dice.

—Tenía hambre.

—Eso no es adelantarse sino instinto de supervivencia.

Le alargo la bolsa.

—Café, pan y esa mantequilla que compras, aunque finjas que la compras sin querer.

—Porque lo hago así...

—Claro.

Sonríe y empieza a sacar las cosas moviéndose con una naturalidad que no tiene nada de provocación y por eso es peor.

—Este sí —afirma asintiendo con la cabeza al abrir el café y olerlo.

—Aprendo rápido —le respondo alzando una ceja.

—Eso me preocupa.

—Debería.

Preparo la cafetera mientras ella corta pan, sin mirarnos demasiado. Hay una coordinación que no hemos pactado, pero existe. Cuando me doy la vuelta, ya ha puesto dos tazas.

—Hoy tienes cara de no haber dormido —dice.

—Dormí.

—Eso no es lo mismo.

—¿Ees médico ahora?

—Soy observadora profesional.

—Eso explica muchas cosas.

Se ríe de forma breve y yo me apoyo en la encimera frente a ella, demasiado cerca, pero sin tocarla, y aun así siento una tensión física real, que no es sexual de manera inmediata, sino algo más profundo e incómodo.

—Te quedaste despierto —dice.

No es una pregunta, así que no la corrijo.

—Tenía cosas en la cabeza.

—Siempre las tienes.

—No siempre tienen que ver contigo, ¿eh?

Levanta una ceja.

—Eso ha sido feo.

—Ha sido honesto.

—Peor todavía.

Sirvo el café y el vapor sube entre nosotros y crea una distancia mínima, aunque no es real. Le alargó la taza y nuestros dedos se rozan.

—Mason.

—Nora.

—No hace falta que lo digas todo en voz alta.

—No controlo eso.

—Yo tampoco.

Bebe un sorbo y me mira por encima del borde de la taza, aunque no es una mirada sexual ni romántica, sino de cotidianidad compartida y eso es lo que más me impacta.

—Te estás quedando —dice.

—Estoy aquí.

—No es lo mismo.

No le contesto, porque los dos sabemos cuál sería mi respuesta. Justo después, se gira para untar mantequilla en el pan y yo me acerco por detrás para pasar. El espacio es estrecho y mi cuerpo roza su espalda de forma inevitable. Al sentir nuestro contacto, le cambia la respiración y la mía también.

—Eso ha sido innecesario —dice.

—El apartamento es pequeño.

—Siempre hay opción de pasar por otro lado.

—No siempre quiero estar dando vueltas innecesarias.

Se queda quieta un segundo y yo también. No la toco, ni la aprieto, pero la cercanía es suficiente, porque el cuerpo habla solo.

—Eres peligroso cuando te vuelves honesto —murmura.

—Soy peligroso cuando me callo.

Se gira y se queda a un palmo de mi pecho. La diferencia de altura nos coloca en una posición que no es sumisa ni dominante, solo cercana y cómoda, demasiado cómoda.

—No empieces —dice.

—No he empezado nada.

—Eso es mentira.

—Eso es contención.

—Eso es trampa.

Sonríe, aunque sin ganas.

—Estamos demasiado bien.

—¿Y eso es un problema?

—¡Claro!

Le rozo la mandíbula con los nudillos sin intención explícita y ella cierra los ojos un segundo y apoya la frente en mi pecho, como si el gesto fuera más lógico que cualquier palabra. Yo no la abrazo, simplemente dejo que esté ahí. Pero el cuerpo se me tensa, pero no desde la excitación directa, sino desde una incomodidad más

profunda. Esta cercanía no es química pura, sino un hábito en construcción.

—Esto no estaba en el trato —murmuro.

—Nunca hacemos tratos —responde.

—Eso es cierto.

Se separa antes de que yo lo haga y vuelve a su pan, como si no hubiera pasado nada y esta *normalidad* no fuera una bomba que acabará estallando en el momento menos esperado.

La observo moverse por la cocina y me doy cuenta de que ya no pienso en ella como si yo estuviera aquí de visita y por tiempo limitado. Pienso en ella como si fuera a quedarme y eso me vuelve del revés, porque el sexo se gestiona, el deseo se controla y la atracción se dosifica, pero esto no. Además, desde que empezó todo, me estoy dando cuenta de que por primera vez no estoy pensando en su cuerpo, sino en el lugar que ella ocupa en mi rutina y en lo fácil y cómodo que se ha vuelto todo esto.

La normalidad tiene algo perverso: no aparece con ruido ni fanfarrias, sino que se instala despacio, sin marcar territorio, y cuando quieres darte cuenta ya no recuerdas qué gesto fue el primero que dejó de ser excepcional. Me apoyo en la encimera con la taza entre las manos y la observo abrir un cajón para buscar una cuchara, frunce el ceño, cambia de idea y sonrío sola por algo que no alcanzo a entender.

—Estás raro —dice sin mirarme, como si no necesitara comprobar mi expresión para saberlo.

—Esa palabra es muy amplia.

—No. Es concreta —dice negando con la cabeza

—Define *raro*.

—Callado y presente, como si estuvieras aquí de verdad.

—Porque estoy aquí de verdad.

Se gira y me señala con la cuchara con un gesto casi teatral.

—Eso. Eso es exactamente a lo que me refiero —afirma asintiendo con una sonrisa.

—¿A que existo físicamente en la habitación? —pregunto arrugando el entrecejo.

—No, a que no te estás escondiendo.

—Nunca me escondo.

—Te escondes a diario, pero lo haces bien.

Dejo la taza en la encimera y me acerco colocándome a su lado con la distancia justa para que el roce de nuestros brazos no sea un accidente ni un gesto deliberado. Ella no se aparta.

—No todo el mundo vive en modo defensa —digo.

—Tú sí.

—Bueno... es práctico —admito.

No responde. No porque no tenga réplica, sino porque no quiere entrar en eso y yo tampoco. La conversación se queda suspendida entre nosotros un instante, como algo que no desaparece aunque cambies de tema.

—Hoy viene Rachel, mi amiga y última compañera de piso, a recoger las cajas —dice mientras vuelve al café.

—¿Las del pasillo?

—Las del pasillo, las del armario, las del trastero mental que no existe pero debería.

—Te libras de medio piso.

—Me libro de cosas por medio.

—No es lo mismo.

—Hoy sí.

Se apoya en la encimera y suelta un suspiro largo, como si ese gesto tuviera más contenido del que parece. Observo la línea limpia de su mandíbula, su cuello y su clavícula apenas insinuada bajo la tela de la camiseta que lleva. No pienso en sexo, sino en costumbre, en repetición y en lo fácil que le resulta a mi cuerpo adaptarse a su presencia sin pedir permiso a mi cabeza.

—Podría quedarme a ayudar —digo.

—No hace falta.

—No he dicho que haga falta.

—Eso también es nuevo.

—¿El qué?

—Que no justifiques tu presencia.

—Quizá me estoy cansando de justificarla.

—Eso es una mala señal.

—Para ti.

—Para los dos.

Se gira y me mira de frente. No hay dramatismo en su expresión, ni teatro, ni victimismo, sino solo conciencia tranquila.

—Estamos construyendo algo sin decirlo —afirma con convicción.

—Estamos compartiendo espacio.

—Eso es construcción.

—Eso es logística.

—Bueno... no es más que una forma elegante de negar lo evidente, ¿no?

Sonríe, pero yo no.

—No te asusta el sexo —continúa—, sino lo que viene después cuando deja de ser solo cuerpo.

—No te equivoques de diagnóstico.

—No, me equivoco de patrón.

—Los patrones se rompen.

—Solo cuando lo permites.

No respondo, porque en eso tiene razón.

Justo en ese momento y en mitad de nuestra conversación, mi teléfono vibra sobre la mesa. Lo cojo por inercia, veo que es un mensaje del trabajo y lo dejo en el mismo sitio sin darle más importancia.

—¿Problemas? —pregunta.

—Solo es ruido.

—Siempre lo llamas así.

—Porque lo es.

—Hasta que deja de serlo

—Todo puede convertirse en ruido.

—O en sonido de fondo.

—Eso suena peor.

—Eso suena a... vida.

«Vida».

Esa palabra me impacta, no por ser un concepto grande ni abstracto, sino como una cosa concreta: rutinas, café, cajas, llaves, risas, espacio compartido, gestos que se repiten... Me acerco y le

paso el brazo por la cintura con un gesto lento y sin tensión sexual directa, y ella apoya la mano en mi antebrazo.

—No hagas eso —murmura.

—¿Qué?

—Tratarme como si fuera normal.

—Lo eres.

—Pero es lo peligroso.

Apoya la frente en mi pecho y ahora la rodeo con el otro brazo también. No la aprieto, simplemente la sostengo. La respiración se nos sincroniza sin hacerlo de forma consciente y nos quedamos en calma, aunque es precisamente esa calma la que me pone en alerta.

—Esto se está volviendo cómodo, ¿no crees? —dice.

—Bueno, lo cómodo no tiene por qué ser malo.

—Ya, pero cuando algo es cómodo corre el peligro de echar raíces.

—Eso suena poético.

—Más bien a irreversible —me responde y alza la cara para mirarme.

—No te voy a prometer nada —digo.

—No te he pedido que me hagas ninguna promesa.

—Ni futuro.

—Ni discursos.

—Ni etiquetas.

—Ni huidas elegantes.

—Eso sí te lo pido.

—No huyo.

—Sabes cómo actuar en cada momento.

—Es lo mismo.

—No siempre, no te creas...

—Sí que lo es para mí.

Sonríe, pero con una sonrisa tensa.

—No sé si quiero ser un espacio seguro para alguien que siempre está listo para marcharse —dice.

—Ahora no estoy listo para marcharme.

—Estás listo para no quedarte —afirma encogiéndose de hombros.

Lo que acaba de decirme me impacta, pero no porque sea un reproche, sino porque es una descripción exacta de mí, por lo que no le discuto ni trato de defenderme, porque no puedo. Simplemente me limito a rozarle el pelo con los dedos, despacio, como si mi gesto pudiera darle una respuesta que no tengo.

—No soy bueno quedándome —suelto a media voz unos segundos después.

—No te pido que seas bueno sino que seas real.

El timbre suena antes de que ninguno de los dos diga nada más y ella se separa primero.

—Es Rachel —dice.

—Claro.

Se recompone, se pasa la mano por el pelo y va a abrir, mientras yo me quedo un instante más, quieto y con una sensación incómoda creciendo dentro de mi pecho.

Sé que ya no estoy en una relación sostenida solo por el sexo, sino por estar a su lado, la repetición, el hábito, la comodidad compartida y una calma que parece inofensiva, pero que no lo es. Sin embargo, por primera vez desde que empezó todo esto, la idea de perder esta nueva realidad me inquieta más que la de quedarme.

Cuando Rachel entra en el apartamento, me quedo en la cocina con la excusa de recoger la encimera, aunque ya está limpia y no hay nada fuera de su lugar. Mientras estoy protegido por las paredes de la cocina, escucho las voces de la chicas de fondo: el tono animado de Nora, el saludo efusivo con Rachel, el choque de besos en las mejillas... La casa cambia de energía con una rapidez que me resulta incómoda, como si la intimidad que hace un momento parecía estable entre ella y yo se replegara de golpe, obligándome a recolocarme.

—¿Ese es Mason? —pregunta una voz que no necesito ver para saber que proviene de Rachel.

—El mismo —responde Nora—. El que te dije.

No especifica nada más, porque no necesita hacerlo. Ese «el que te dije» contiene demasiadas interpretaciones posibles y

ninguna me gusta del todo.

Salgo al salón cuando ya no tiene sentido seguir fingiendo que estoy ocupado en la cocina. Rachel está de espaldas, inclinada sobre una de las cajas abiertas, con una coleta alta. Levanta la vista al oírme y me sonrío.

—Así que tú eres Mason—dice.

—Depende de qué te hayan contado.

—Lo justo para saber que no eres imaginario.

—Eso ya es algo.

Se ríe y me tiende la mano con una sonrisa, que le devuelvo. Sin duda, me gusta menos de lo que debería que me caiga bien.

—Gracias por ayudarla con todo esto —añade, señalando las cajas—. Lleva semanas diciendo que lo haría y semanas sin hacerlo.

—Las cajas tienen su propio ritmo —respondo—. No conviene forzarlas.

Nora me lanza una mirada breve y cómplice, que dura lo justo para recordarme que sé hacerla reír con facilidad y ese detalle se me clava en el pecho.

—¿Puedes coger la del fondo? —me pide—. La pesada.

No dice «por favor», porque no lo necesita. Me agacho y levanto la caja sin dificultad, pero el gesto tiene algo simbólico que no me gusta analizar: ocuparme de lo que pesa, de lo que estorba, de lo que hay que mover para que el espacio respire... La dejo junto a la puerta mientras Rachel sigue hablando sin parar, comentando anécdotas que no escucho del todo, porque estoy más atento a Nora.

—No sabía que volvías a tener compañero de piso fijo —dice Rachel en un momento dado, con tono casual.

—No lo tengo —responde Nora con naturalidad—. Mason se queda a veces.

«A veces».

Esas dos palabras caen sobre mí con una ligereza que no se corresponde con la escena de hace una hora. No la corrijo ni la contradigo. Simplemente me limito a seguir moviendo cajas.

—¿A veces desde cuándo? —insiste Rachel, divertida.

—Desde que ha sido necesario —contesta Nora.

—Eso no me responde.

—Exacto.

Rachel se ríe, pero no insiste, algo que agradezco. Sin saber por qué, me doy cuenta de que estoy pendiente de cada frase y movimiento que digo y hago, como si estuviera siendo evaluado para un papel que no he pedido, pero que tampoco he rechazado.

Seguimos cargando cajas durante un rato. El trabajo físico ayuda a mantener la cabeza ocupada, aunque no evita que siga dándole vueltas a la cabeza.

—Creo que con estas ya está —dice Rachel al final, limpiándose las manos en los vaqueros—. Me las llevo antes de que cambies de opinión.

—No cambiaré —responde Nora— y si lo hago, será culpa tuya.

—Siempre lo es —se ríe Rachel.

Se abrazan en la puerta, mientras yo me quedo a un lado, observándolas. Rachel me dedica una última mirada rápida.

—Cuídala —suelta como si fuera una frase neutra.

—No necesita que la cuiden.

—Nadie lo necesita hasta que se vuelve necesario de repente.

No me responde, sino que se limita a sonreír y desaparecer por el ascensor con las cajas. El sonido de la puerta al cerrarse deja el piso en un silencio distinto al de antes y Nora se queda quieta unos segundos, apoyada en la puerta.

—Siempre hace eso —dice.

—¿El qué?

—Decir lo que no toca.

—A veces es lo que más toca.

—No le hagas caso.

—No se lo hago.

—Te has comportado bien —añade girándose para moverse.

—¿Me estás evaluando? No sabía que había examen.

—Siempre lo hay.

—Deberías avisar.

—Si aviso, no cuenta.

Me acerco despacio hasta ella y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja con cuidado, como si el contacto tuviera que ser exacto para no romper algo frágil.

—No me gusta ese papel —digo—. El del encajar, ya sabes...

—A mí me gusta que encajes.

—Eso es justo el problema.

—No para mí.

—Para mí sí.

—Siempre lo es—lo suelta como una constatación.

Nos quedamos de pie en el salón, rodeados del espacio recién despejado, como si la casa respirara de otra manera ahora que hay menos cosas.

—No sé qué esperas de mí —digo.

—No espero nada, me limito a convivir contigo, sin más.

La palabra vuelve a aparecer discreta, pero firme.

«Convivir».

No promete nada, ni exige, simplemente describe una realidad que existe.

Le doy un beso largo, que no busca llevarnos a ningún sitio concreto, pero que cuando nos separamos, ninguno sonrío.

—Esto se nos está yendo de las manos —murmuro.

—No —corrige—. Se nos está quedando.

Y esa diferencia, mínima y enorme, es la que me acompaña cuando me quedo solo unos minutos después, mientras ella entra en el dormitorio a hacer algo que no me cuenta. Me apoyo en el respaldo del sofá, observo el espacio que compartimos sin haberlo decidido formalmente y dejo que el pensamiento me atravesara sin resistencia. Esto ya no parece algo provisional, sino que empieza a parecerse peligrosamente a una casa y a mí, eso, siempre me ha dado miedo.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que vuelve al salón. Cuando lo hace, estoy de pie junto a la ventana, con las manos apoyadas en el marco, mirando una calle que no me interesa y fingiendo una distracción que no existe.

—¿Te vas a quedar a comer? —pregunta desde la puerta del dormitorio.

—No lo sé —respondo.

—Vale.

Se acerca hasta donde estoy y se detiene a mi lado, apoyando el hombro contra el mío, compartiendo la vista absurda de coches aparcados y peatones que pasan sin saber nada de nosotros.

—Puedo hacer pasta —añade—. O pedir algo. Lo que te apetezca.

Lo que me apetezca... Como si esa decisión no tuviera consecuencias y elegir quedarme no fuera una forma de aceptar algo que llevo toda la vida esquivando.

—Haz lo que ibas a hacer —digo.

—Eso no responde a nada.

—Responde a que no quiero condicionarte.

—No me condicionas —replica—. Me acompañas.

Se separa de la ventana y va hacia la cocina con pasos tranquilos. Una vez allí, abre un cajón, saca una olla y enciende el fuego. La observo hacer todo eso con una facilidad que me inquieta. Me acerco sin decir nada y me quedo a una distancia que ya no calculo. Ella se mueve a mi alrededor con cuidado, rozándome de vez en cuando sin que el gesto tenga una intención sexual directa.

—Rachel cree que eres un caso interesante —dice mientras llena la olla de agua.

—Eso no es un halago.

—Para ella sí.

—No me tranquiliza.

—No era la intención.

Me mira de reojo y sonrío con una calma que no busca convencerme de nada y eso es lo que más me descoloca, porque no intenta retenerme ofreciéndome nada o negociando, simplemente vive.

—No tienes que quedarte —dice de pronto—. Si hoy no te apetece, está bien.

—Lo sé.

—No tienes que demostrar nada.

—No lo hago.

—Entonces no te pongas tan tenso.

No le contesto, porque tiene razón y el cuerpo me delata antes que la boca. Estoy tenso no por el deseo, sino por la posibilidad de que este lugar empiece a importarme más de lo razonable.

Se acerca y me pasa la mano por el antebrazo con un gesto breve y casi distraído. Ese contacto me provoca una una presión en el pecho inmediata e incómoda.

—Mason —dice—. Respira.

—Lo hago.

—Pero así no.

La dejo acercarse y permito que se coloque frente a mí, que apoye las manos en mis costados y que su frente roce mi clavícula.

—No te voy a pedir que cambies —murmura—. Ni que te quedes, ni que seas distinto.

—Eso suena a trampa.

—No, es respeto.

La rodeo con los brazos despacio y noto que su cuerpo encaja con el mío sin esfuerzo y esa facilidad me asusta. Apoya la mejilla en mi pecho y se queda ahí, sin decir nada más. Cierro los ojos un segundo y permito que la sensación me invada sin poner resistencia y nos quedamos en silencio, aunque no me resulta incómodo y eso me descoloca. Cuando se separa, lo hace con naturalidad y vuelve a la olla, remueve el agua, y mira la hora en el reloj.

—Si al final te quedas, dime si quieres salsa de tomate o con nata —dice—. No pienso adivinarlo.

Asiento sin pensar.

—De tomate.

—Lo sabía.

Sonríe y sigue con lo suyo, mientras yo la observo y tengo muy claro que esto ya no es solo sexo, se ha convertido, aunque sin buscarlo, en mucho más.

15

Nora

Bajo el último escalón de la escalera de dos en dos porque voy hablando y Mason me sigue el ritmo sin esfuerzo. Salimos a la calle y cruzamos sin detenernos, no por imprudencia, sino porque ya nos sabemos los tiempos del semáforo y porque caminar juntos se ha vuelto algo automático y peligrosamente cómodo.

—No necesitamos nada —le digo—. Tenemos la nevera llena.

—Eso es una percepción optimista de la realidad.

—No, es una excusa para comprar comida como si fuéramos cinco personas.

—Eso es previsión estratégica.

—Yo prefiero llamarlo hambre crónica.

Sonríe mientras me mira y me coge la mano con un gesto que no tiene nada de romántico y todo de natural, como si fuera una extensión lógica del movimiento. Entramos en el supermercado del barrio sin decidir qué vamos a comprar. Cada uno va a lo suyo, pero, en el fondo, a lo mismo, con una coordinación que no hemos pactado nunca y que, sin embargo, funciona. Yo voy directa a la fruta y él coge una cesta. Comentamos marcas, precios, tonterías sin importancia real, que no son más que pequeñas discusiones domésticas que no tienen carga emocional, pero sí peso simbólico.

—Si coges plátanos verdes, te los comerás tú —le advierto.

—Eso es chantaje.

—De eso nada, simplemente lo digo por logística doméstica.

—Eso es una amenaza con base científica.

—No, sólo supervivencia.

Se ríe y deja los plátanos donde estaban y yo siento una satisfacción absurda por una tontería tan irrelevante como esta. No son más que pequeñas victorias de convivencia que no deberían significar nada, pero empiezan a parecerme demasiado significativas.

Avanzamos por los pasillos hablando de recetas, marcas, un vino que probamos una vez y no volvimos a comprar, comentarios que no provocan conflicto, sino continuidad. Todo es normal, fácil y peligrosamente estable.

—Mason —oímos una voz que lo llama cuando estamos en el pasillo de los lácteos.

Es una voz femenina, que pronuncia su nombre con naturalidad. Lo miro de reojo y noto el cambio en su cuerpo antes de que se mueva. Es una tensión mínima, casi imperceptible, que solo detecto porque lo conozco lo suficiente como para percibir esos detalles. Se gira y yo me giro después.

La mujer que está frente a nosotros es guapa. Lleva el pelo recogido, un abrigo de color claro y una elegancia que destaca por encima de los demás.

—¿Qué tal, Mason? —dice ella, mirándolo directamente.

—Hola —responde Mason sin mostrar la menor intención de presentarnos.

—No sabía que vivías por aquí —añade ella.

—No vivo —contesta—. Estoy a ratos.

«Estoy a ratos». Fantástico.

—Siempre has sido impreciso con el concepto de hogar —le dice ella con una sonrisa y sin mala intención aparente, pero estoy convencida de que sus palabras están cargadas de pasado.

—¿Cómo estás? —pregunta Mason.

—Bien —responde ella—. Muy bien, en realidad.

Baja la mirada un segundo y entonces veo que se apoya la mano en su vientre abultado de embarazada.

—Ya lo veo —dice Mason—. Felicidades.

—Gracias.

Ella vuelve a mirarlo.

—Me casé —añade, como si estuviera hablando del tiempo o de la compra.

—Lo sé.

—Claro que lo sabes.

Hay una comodidad entre ellos que no es íntima ni tensa, sino propia de una historia pasada acabada.

Mientras yo sigo al lado de Mason, con la cesta de la compra en la mano, como un objeto decorativo dentro de una escena que no me pertenece.

—Nora —dice Mason al fin, girándose hacia mí—. Ella es Chloé.

Otra de sus ex, claro... No hace falta que lo diga.

—Encantada —dice ella, ahora sí mirándome.

—Igualmente —respondo.

Mi sonrisa es perfecta, educada y correcta.

—Me alegra verte así de bien —le dice Mason.

—A mí también —responde ella—. De verdad.

Se miran de una manera, que, por un momento, me hace sentir insegura.

—Bueno —dice ella al final—. No os molesto más.

—Cuídate —contesta Mason.

—Eso haré.

Se dan un beso rápido en la mejilla y Chloé se aleja por el pasillo y desaparece de nuestra escena con la misma normalidad con la que ha entrado. Todo ha sido correcto y normal. Nada objetivamente grave y, aun así, algo dentro de mí se ha alterado. Seguimos caminando hacia la caja. Yo no lo miro, él no habla y todo lo que nos rodea sigue igual, pero yo no.

—No sabía que tenía que avisarte cuando me cruzo con mi pasado —dice al final, con un tono ligero y que pretende ser divertido.

—No tienes que avisarme de nada —respondo.

—Eso ha sonado a reproche.

—Eso ha sonado a control.

—Eso ha sonado a algo.

—Eso ha sonado a gestión.

Y ahí está: gestión y control, las dos palabras que siempre me han definido, pero que ahora empiezan a fallar en mi día a día. Resoplo y disimulo parándome en la zona de los yogures, para desviar la atención que tiene puesta sobre mí.

Un rato después, salimos del supermercado con las bolsas. Mason camina a mi lado, como si el encuentro con Chloé no le

hubiera dejado ningún rastro, aunque yo estoy lejos de sentir esa calma.

—Si quieres, la próxima vez vengo yo solo —dice—. Así no discutimos por los plátanos.

—No hemos discutido.

—Hemos cambiado de tono.

—Esa es tu percepción.

—Simplemente me baso en la experiencia.

No le contesto, porque cualquier respuesta me obligaría a admitir algo que todavía no quiero formular ni siquiera para mí. Al entrar en mi apartamento, dejo las bolsas sobre la mesa de la cocina con un golpe seco. Mason se queda un segundo a mi espalda, observándome.

—Puedo guardar yo la compra —se ofrece.

—No hace falta.

Empiezo a sacar las cosas con un orden casi obsesivo, colocando cada producto en su sitio exacto, como si esa pequeña organización pudiera compensar el desorden interno que me crece por dentro. Él se mueve a mi alrededor con cuidado, abre un armario, coge una bolsa, me la acerca.

—¿Te ha molestado ver a Chloé? —pregunta al final.

—No.

—Me has respondido demasiado rápido.

—Es cuestión de práctica.

—Yo lo llamaría evasión.

—No, simplemente control de la situación —le respondo concentrada en lo que hago, aunque un instante después, alzo la vista y lo miro por primera vez desde que hemos salido del supermercado. No hay reproche en su expresión, ni defensa, ni necesidad de justificarse, solo atención.

—No me ha molestado que la veas —digo—. No de la forma obvia.

—Entonces, ¿qué?

—La facilidad con la que habéis hablado...

Frunce el ceño, intentando entender lo que le digo.

—No había facilidad —responde—. Había pasado.

—Exacto.

Algo que existió antes de mí. Sé que es absurdo, que no es una amenaza real, ni es mi competencia, ni me está comparando con ella, pero mi cuerpo no atiende a argumentos y hace lo que le da la gana.

—No veo el problema —dice.

—No lo hay —respondo—. Y eso es lo que me incomoda.

Se queda quieto, apoyado en la encimera, esperando a que siga hablando sin presionarme para que lo haga.

—No me ha gustado cómo me he sentido —añado.

—Eso suena serio.

—No, simplemente estoy siendo honesta.

Me paso una mano por el pelo y resoplo, frustrada conmigo misma por no saber cómo digerir esto.

—No estoy acostumbrada a reaccionar así por algo tan... normal —digo—. No ha habido tensión, ni reproches, ni drama. No ha habido nada, aunque he reaccionado como si lo hubiera.

—¿Celos?

No lo dice con ironía ni juzgando, sino como una posibilidad.

—No lo sé —contesto—. Quizá.

—Bueno tampoco sería un crimen.

—No encaja con lo que somos.

—¿Y qué somos?

La pregunta se queda sobrevolando sobre nuestras cabezas. Lo miro unos segundos consciente de que responderla de forma clara nos colocaría en un terreno que ninguno ha querido pisar todavía.

—Algo que no debería doler —admito al final—, pero duele.

Se acerca un poco más, apoyando las manos a ambos lados de mis caderas.

—No te voy a pedir que no sientas cosas —dice—. No soy tan ingenuo.

—Eso no me tranquiliza.

—No lo pretendía.

—Entonces, ¿para qué lo dices?

—Para que no te castigues por algo humano.

Su cercanía me desarma y mi cuerpo responde antes que mi cabeza y el enfado que traía conmigo empieza a transformarse en otra cosa más vulnerable.

—No quiero perder el control —admito—. Hoy lo he perdido un poco.

—No lo has perdido —responde—. Lo has cedido.

Me inclino hacia él sin decidirlo del todo y apoyo la frente en su hombro, respirando hondo y permitiéndome un segundo de contacto que no exige respuestas inmediatas.

—Esto no estaba en mis planes —murmuro mientras él me rodea la cintura con sus manos.

—Lo importante nunca lo está.

Levanto la cara y lo beso con una necesidad distinta a la de otras veces, menos impulsiva y más profunda, como si el contacto fuera una forma de comprobar que sigue aquí. Él responde a mi beso dejando que sea yo quien marque la intensidad, y ese detalle me cala. Cuando nos separamos, me quedo apoyada en su pecho, y empiezo a entender que lo que me ha descolocado no ha sido verla a ella, ni su embarazo, ni su pasado común, sino la idea súbita de que podría perder algo que, en teoría, no debería poder perder porque no somos nada. Sin embargo, eso es lo que me asusta.

No sé en qué momento exacto dejamos de estar simplemente abrazados y empezamos a necesitarnos, pero el cambio es progresivo y lógico, como si mi cuerpo hubiera tomado una decisión antes de que yo pudiera analizarla. Siento a Mason tensarse ligeramente bajo mis manos, como si también él hubiera entendido que esto ya no va de apagar un fuego rápido, sino de sostener algo que se ha vuelto difícil de hacer como si no existiera.

—Ven —dice en voz baja.

Me dejo guiar hasta el dormitorio con una sensación extraña de estar avanzando hacia algo que deseo y temo a partes iguales. La puerta se cierra a nuestra espalda y el espacio se vuelve más íntimo no por el lugar, sino por la forma en que nos miramos. Me besa despacio, apoyándose contra la pared primero y luego me lleva hacia la cama, con un cuidado que no había estado tan presente otras veces. Sus manos recorren mi cuerpo sin prisa, como si

quisiera memorizarlo. Yo respondo con la misma intensidad, aferrándome a su camiseta, y tirando de él hacia mí con una necesidad que ya no disfrazo.

—No estoy enfadada —murmuro contra su cuello.

—Te creo.

—Estoy... removida.

—Lo entiendo.

Me quita la camiseta con un gesto lento, y me observa un segundo antes de tocarme de nuevo. Cuando sus manos vuelven a tocarme, lo hacen con firmeza y cuidado a la vez, recorriéndome sin prisas, provocando una reacción que no nace de la rabia, sino de la necesidad de sentirme deseada por él.

Le devuelvo el gesto, desabrochando su pantalón con dedos menos precisos de lo habitual, y esa torpeza ligera me delata. Mason sonríe un poco con ternura.

—Mírame —me ruega.

Lo hago y mantengo su mirada mientras nos desnudamos sin palabras innecesarias, dejando que el contacto crezca sin interrupciones. Cuando me tumba en la cama y se coloca entre mis piernas, su cuerpo se adapta a mí y eso me hace desearlo aún más. Cada movimiento que hacemos es firme, pero contenido, como si ambos estuviéramos atentos no solo al cuerpo del otro, sino a lo que ese contacto nos despierta. Me aferro a sus hombros, acompasando la respiración a la suya, sintiendo cómo la necesidad crece sin perder la calma.

—Aquí —murmuro—. No te vayas.

No es una súplica consciente sino una verdad que se me escapa de entre los labios antes de que pueda acallarla. Mason no responde con palabras, sino que me besa con más fuerza, marcando el ritmo con el cuerpo. El placer llega lento y sin brusquedad, dejándonos llevar por la calidez de nuestra piel y el hambre que tenemos del otro. Cuando mi cuerpo reacciona lo hace desde un lugar más emocional que físico, con una sensación de alivio mezclada con miedo. Nos dejamos envolver por el deseo y el placer hasta que explotamos abrazados el uno al otro y sin dejar de besarnos.

Después, nos quedamos tumbados y enredados, sin prisas por separarnos, con la respiración todavía desacompasada y el cuerpo caliente. Mason me rodea con sus brazos y yo apoyo la cabeza en su pecho, escuchando ese latido que ya reconozco tan bien.

Lanzo un suspiro y tengo la certeza de que lo que he sentido hoy no tiene nada que ver con control ni con orgullo ni con comparaciones absurdas, sino con el miedo a perder algo que ya no considero intercambiable y con la certeza incómoda de que Mason ocupa un espacio que no tenía previsto ceder a nadie y menos a él.

Los celos no son el problema sino la prueba de que esto ha dejado de ser un juego que manejo desde fuera y se ha convertido en algo que me atraviesa de verdad.

16

Mason

Nora tarda más de lo habitual en salir del dormitorio y ese detalle, que en otro momento me habría pasado desapercibido, se me queda enganchado en la cabeza con una incomodidad sorda que no sé ubicar del todo. Finjo que leo algo en el móvil, aunque realmente estoy pendiente de sus movimientos con una atención que no quiero reconocer como vigilancia, pero que se le parece demasiado.

Cuando aparece, no hay nada objetivamente distinto en ella. Lleva ropa normal, el pelo como siempre y la misma forma de caminar. No hay distancia explícita entre nosotros, ni frialdad visible en su expresión, ni gesto de rechazo reconocible. Pese a eso, algo no encaja.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí.

Asiento sin insistir, no por desinterés, sino porque mi primer impulso nunca es empujar hacia una conversación incómoda, sino dejarla pasar y permitir que el tiempo la diluya. Aprendí hace tiempo que hay diálogos que no abren espacios, sino que los tensan, y una tensión mal gestionada se convierte en algo difícil de reconstruir.

—¿Te quedas a comer? —pregunta con un vaso de agua en la mano.

—No lo sé.

La frase sale sola de entre mis labios, no porque no quiera quedarme, sino porque decir que sí empieza a implicar cosas que no quiero formular.

—Vale.

No hay reproche en su voz ni presión ni insistencia, solo aceptación y aunque eso debería aliviarme, no lo hace.

—Hoy estás raro —dice.

—Estoy como siempre...

—No tanto.

—Tú también estás distinta.

Se gira y me mira.

—No me pasa nada —dice.

—Eso no siempre es tranquilizador —le respondo con una media sonrisa.

—A veces sí.

No le respondo y regreso la mirada a la pantalla de mi teléfono. El problema no es que esté distante, sino que me doy cuenta de que estoy pendiente de esa distancia y precisamente esa es la primera señal de alarma.

—¿Tienes planes luego? —pregunta.

—Trabajo.

—Siempre tienes trabajo.

—Siempre sirve como excusa.

—Algo habitual en ti —me responde girándose para mirarme.

—No siempre...

Pero lo es, aunque no lo admita. Se apoya en el marco de la puerta, se cruza de brazos y me observa.

—No te voy a forzar a hablar —dice—. Eso no va conmigo.

—Te lo agradezco.

—Pero tampoco voy a fingir que no noto cosas.

—Yo tampoco finjo nada.

—Te estás cerrando —lo suelta con una serenidad que me incomoda.

—Me estoy regulando —respondo.

—Eso suena mejor de lo que es.

—Eso es gestión.

—De eso nada, es una manera de evitar responder con elegancia.

—No quiero que esto se convierta en algo raro —admito.

—Ya lo es un poco, ¿no?

—Por eso no hace falta que lo sea más.

—No depende solo de mí.

—Ni de mí —le respondo encogiéndome de hombros.

—Eso no es verdad.

La miro y no veo reproche en su expresión.

—No quiero hablar del futuro —digo.

—No lo he hecho.

—Lo estás bordeando.

—No me he movido de donde estoy.

—Eso ya implica algo.

La frase se me queda clavada en el pecho por su simpleza.

—Tengo que irme —digo cogiendo mi chaqueta.

—Vale.

Otra vez esa aceptación limpia, sin drama ni reproche y que tanto me incomoda. Antes de irme, me acerco hasta ella y le doy un beso breve, sin profundidad ni riesgo.

—Luego hablamos —digo.

—Claro —me responde sin concretar cuándo, ni cómo, ni de qué, pero no me paro a preguntárselo. Abro la puerta y, antes de salir, me giro un segundo y la veo. No parece frágil, aunque la forma en que me mira me dice que esta retirada mía en silencio, no es neutra.

Bajo las escaleras con la sensación incómoda de haber elegido la contención como estrategia, no porque sea la más honesta, sino porque es la que menos exposición implica y me permite mantener las cosas en suspensión, sin mirarlas de frente.

Ahora mismo, prefiero sentir esta ilusión de estabilidad que provoca el aplazamiento, a la incertidumbre de una conversación que no sé si podría sostener en este momento. Porque mientras no se diga en voz alta y no se mire de frente, puedo seguir creyendo que todo sigue intacto, aunque ya no lo esté.

El ruido de la calle me acompaña mientras camino sin rumbo claro, con el móvil en el bolsillo y la cabeza demasiado llena para prestar atención a nada concreto. Podría ir a la oficina, adelantar trabajo o hacer cualquiera de esas cosas que siempre me sirven para justificarme, pero hoy eso no me funciona como hasta ahora. Mi cuerpo avanza por inercia y la mente vuelve, una y otra vez, a la forma en la que Nora se ha quedado de pie en medio del comedor.

Entro en un café cualquiera y pido lo primero que veo, más por sentarme que por beber. Me apoyo en la mesa con el vaso caliente entre las manos y dejo que mi cabeza vaya donde quiere,

aunque no me guste demasiado el camino. La imagen de Nora se me impone con claridad y lo que más me desarma es que no me reclama nada, ni me empuja a dar ningún paso que yo no quiera.

Doy un sorbo a la bebida caliente y me doy cuenta de que estoy evitando pensar en algo concreto: en la palabra futuro, en lo que implica cuando alguien empieza a importarte más de lo razonable, en la facilidad con la que he empezado a encajar en su vida sin haberlo decidido de forma consciente. Justo en este momento, noto cómo mi teléfono vibra con un mensaje. Lo leo y al ver que es de trabajo, lo contesto con un par de frases secas y guardo el móvil otra vez, consciente de que ni siquiera me ha servido de distracción real. La evitación tiene un recorrido limitado y hoy lo estoy alcanzando demasiado pronto.

No quiero hablar con Nora todavía, porque hacerlo ahora implicaría admitir que he notado el cambio tanto como ella y que también me ha removido, porque no estoy tan al margen como me gusta creer. Prefiero ordenar primero lo que siento antes de ponerlo en palabras, aunque sé que, en el fondo, esa ordenación es otra forma de retrasar lo inevitable.

Pago y salgo del café con la sensación de no haber aclarado nada. Camino un par de manzanas más antes de darme cuenta de que he vuelto a su barrio sin darme cuenta. Me detengo en la acera de enfrente de su portal y me quedo ahí unos segundos, observando una ventana que no sé si es la suya, y me pregunto en qué momento esto se ha vuelto un lugar al que regresar incluso cuando intento alejarme. Niego con la cabeza, resoplo y me subo la cremallera de la chaqueta y vuelvo a caminar, esta vez en dirección contraria, con la sensación incómoda de estar perdiendo el control de una narrativa que siempre he sabido manejar.

Por la tarde trabajo más de lo habitual, porque hacer cosas mecánicas me permite no pensar. Reviso documentos, respondo correos, hago llamadas que podrían haber esperado unos días, y en cada pausa que hago entre tareas, Nora vuelve a aparecer en mi cabeza. Cuando cae la noche y cierro el portátil, me paso una mano por la cara y me quedo sentado un momento, consciente de que no he resuelto nada, solo lo he aplazado. Y ese aplazamiento, cuando

hay algo real en juego, empieza a parecerse peligrosamente a una elección.

Cojo mi teléfono y le escribo un mensaje.

Mason:

¿Todo bien por ahí?

Tarda en responder.

Nora:

Sí.

Descansando.

No me dice nada más. Leo su mensaje un par de veces y lo dejo sobre la mesa. No está enfadada, ni me reprocha nada, solo marca la distancia y eso, aunque antes me parecía un espacio seguro, ahora me atraviesa el pecho. Me levanto y me sirvo un vaso de agua, aunque no tengo sed, pero me sirve para no quedarme quieto con pensamientos que no me gustan y que empiezan a tomar forma dentro de mi cabeza. Sinceramente, lo que más me inquieta ahora mismo no es perderla, sino la evidencia de que estoy actuando como alguien que teme perder algo y no quiere admitirlo.

Me digo que mañana hablaremos, que solo necesito tiempo, que no pasa nada por dejar las cosas reposar. Me lo repito con la convicción suficiente como para creérmelo durante unos minutos. Aunque poco después tengo claro que hasta que no tengamos esa conversación, por muy incómoda que sea, seguiremos creando una distancia entre nosotros.

Estoy sentado en el sofá de su apartamento, mientras empieza a amanecer. De repente, oigo un ruido a mi espalda y al girarme la veo.

—Pensé que no vendrías a dormir—dice.

—Yo también.

Ella va a la cocina y yo la sigo por costumbre, aunque precisamente sea eso lo que me incomoda.

—¿Café? —pregunta.

—Sí.

Lo prepara sin mirarme y yo observo sus manos y el ritmo con el que se mueve.

—No hace falta que vengas a decir nada —dice de pronto, sin girarse—. Si no te apetece.

—Bueno, he venido —respondo.

—Eso no es lo mismo.

No discuto, aunque tampoco me justifico. Me apoyo en la encimera y dejo que el silencio relativo haga su trabajo. Un momento después, se gira con las tazas en las manos y me las acerca, deteniéndose a medio camino, para observarme.

—Te noto lejos desde ayer—afirma

—Estoy cansado.

—Siempre estás cansado cuando no quieres hablar.

La frase no es un ataque sino una constatación y eso es lo que me pone a la defensiva.

—No todo necesita una conversación —digo.

—No —admite—. Pero no todo se resuelve por si solo.

Doy un sorbo, aunque el café está demasiado caliente, pero el gesto me sirve para ganar tiempo. Hablar implicaría abrir un espacio que no sabría ahora mismo gestionar, nombrar un miedo que no tiene forma clara y aceptar que me importa lo suficiente como para perder el control del relato.

—No quiero convertir esto en algo pesado —digo al final.

—No lo es —responde—. Pero lo vuelve pesado no prestarle la atención que merece.

Se apoya en la encimera frente a mí y me mira.

—No voy a forzarte —continúa—. Pero tampoco voy a hacer como si no pasara nada.

Asiento despacio, consciente de que ese gesto no es un acuerdo, sino una tregua. Podría decir algo ahora, abrir la boca y nombrar el miedo con palabras torpes, admitir que mantener la distancia con ella es una forma de protegerme y no de desinterés, pero mi cuerpo se me adelanta y elige la salida que conoce.

—Dame un poco de margen —pido—. Nada más.

—Vale.

Otra vez esa aceptación limpia que no me presiona y que, precisamente por eso, me deja sin excusas. Me acerco y la beso. Ella responde un instante, pero luego se separa con la misma calma con la que se había acercado a mí.

—No tardes —dice.

Recojo la chaqueta y me dirijo a la puerta con una sensación conocida de alivio inmediato mezclado con una incomodidad persistente, como si hubiera elegido la opción correcta a corto plazo y la equivocada a largo. Antes de salir, me giro un instante y la miro.

—Hablamos luego —digo.

—Claro.

Bajo las escaleras convencido de haber ganado tiempo y con la sospecha incómoda de que el tiempo, en este caso, no está de mi lado. Sin embargo, prefiero pensar que aplazar la conversación evita daños innecesarios y que mantener las cosas en ese punto impreciso las protege de romperse por completo.

Me aferro a esa lógica porque es la que conozco y la que siempre me ha funcionado. Mientras no miremos de frente ese miedo compartido, puedo creer que todo sigue igual. Porque, ahora mismo, necesito creer que si no hablamos... no se va a romper nada.

17

Nora

Pongo el temporizador del horno y, antes de que pite, ya estoy abriendo el cajón de los cubiertos con una energía que no se corresponde con una cena tranquila, porque no es la cena lo que me ocupa la cabeza, sino Mason cuando decide no hablar. Corto un poco de pan, saco dos platos y doblo las servilletas con una precisión casi ridícula, aunque no consigo que el nudo que tengo en la garganta desaparezca.

La cocina está demasiado ordenada en comparación con el caos que reina dentro de mí. De repente, mi móvil vibra sobre la encimera, aunque lo ignoro a propósito durante dos segundos, no por orgullo, sino porque intento no parecer que estoy pendiente de él; cuando lo cojo, veo que es un mensaje de Rachel con un meme estúpido. Lo miro, resoplo y vuelvo a dejar mi teléfono donde estaba. Justo después, abro el frigorífico, vuelvo a cerrarlo, lo abro otra vez, saco una botella de agua con gas y luego la vuelvo a guardar, porque nadie va a beber todavía. Me quedo con la puerta abierta de la nevera y la cierro de golpe con el codo, como si castigar a un electrodoméstico sirviera de algo.

Hoy no hemos discutido, pero tampoco hemos arreglado nada. Lo que sí hemos conseguido es repetir esta rutina incómoda en la que él se protege tomando distancia y yo finjo que esa distancia no me afecta. Me sale bien mientras estamos juntos, pero cuando la puerta se cierra me doy cuenta de que las cosas no se estropean de golpe, sino a base de pequeños gestos así. Vuelvo al horno, remuevo la bandeja con una cuchara de madera y me obligo a respirar despacio y a repetirme que esta es una noche cualquiera. Cenaremos y veremos una película mala si nos apetece, es decir, unas dos horas de tranquilidad y sin decisiones trascendentales. Podría ser fácil.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos de repente. Cruzo el pasillo con pasos rápidos y al abrir la puerta me encuentro con Mason frente a mí, con una bolsa de papel en la mano, el abrigo oscuro, el pelo un poco despeinado por el viento y mirándome a los ojos.

—¿No tienes llaves?

—Me las he olvidado...

—Tienes demasiadas cosas en la cabeza, ¿no?

—Sí, eso debe ser —responde encogiéndose de hombros.

—Has comprado algo —digo, señalando la bolsa.

—Sí, he traído postre.

—Eso suena a disculpa.

—Eso suena a azúcar.

Me mira un segundo más a los ojos, esperando ver mi reacción, aunque yo me aparto para que pase. Me contengo, porque lo que realmente siento es el impulso de tocarlo, de agarrarlo por la manga y acercarlo a mí, pero no lo hago.

—¿Qué es? —pregunto, siguiendo la bolsa con la mirada.

—Tarta de queso.

—¿De verdad?

—He dicho postre, Nora.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Responde a que me he acordado de que te gusta mucho.

Me quedo quieta un instante con esa frase retumbándome dentro de la cabeza. Ya sé que no es una gran declaración, ni un «te quiero», ni una promesa de amor eterno, pero para mí es peor, porque demuestra que es algo cotidiano, sencillo y auténtico.

—Ponlo ahí —digo, señalando la encimera.

—¿Qué estás haciendo?

—Cocinando, que para mí es como un milagro...

—Pues huele bien.

—No empieces.

—Solo estoy constatando un dato.

—Tus datos suelen llevar una intención escondida.

Deja la bolsa en la encimera y se lava las manos en el fregadero con el gesto propio de quien ya conoce el lugar, la presión

del grifo y la toalla con la que secarse. Me doy cuenta de que mi cuerpo no ha reaccionado con esa alarma típica del «este es mi espacio». Mason ha entrado en mi espacio y yo lo he recibido relajada, sin haber entrado en combustión espontánea y precisamente eso es lo que me da más miedo últimamente.

—¿Cómo ha ido el día? —quiere saber.

Su pregunta es inocente, aunque el tono con el que lo dice no lo es. Hay una prudencia nueva en su voz, como si midiera la distancia entre una frase y otra por miedo a activar alguna trampa.

—Bien —respondo—. Normal.

—Normal es una palabra peligrosa.

—En tu boca, sí.

Se gira hacia mí, apoyándose en la mesa con los brazos cruzados. No me bloquea, pero ocupa un espacio suficiente como para que mi cuerpo lo note.

—¿Sigues enfadada? —pregunta.

—No estaba enfadada.

—Estabas... removida —suelta con exactitud, lo que me demuestra que me ha escuchado de verdad.

—Estoy cansada sin más—digo y me encojo de hombros.

—Yo también.

Nos miramos un segundo y, en esa pausa, se cuele la realidad de que ya podríamos anular nuestro matrimonio. Ya podríamos ir a firmar, acabar con ese error y convertir todo esto en una anécdota para olvidar y seguir con nuestras vidas. No obstante, Mason no lo dice y yo tampoco. En lugar de eso, él se acerca al horno, mira el temporizador y baja el fuego.

—Te iba a decir que se te iba a pasar —murmura.

—No se me pasa nada. Todavía puede estar un rato más...

—Lo he notado.

Me giro hacia él y, sin pensar demasiado, le doy un pequeño golpe con la cuchara en el antebrazo, un gesto tonto e infantil, aunque no se aparta e incluso sonrío un poco, más con los ojos que con la boca, y me quita la cuchara.

—Ven aquí —dice.

No es una orden, sino una invitación, y me atrae y me coloca frente a él. Después, me pasa el pulgar por el borde de la mandíbula, muy despacio y ese contacto leve me hace darme cuenta, que no me molesta que esté aquí, sino que un día no lo esté. Pero no digo nada y me limito a observarlo. Mason me sostiene la mirada un instante y luego baja la mano. Su gesto debería tranquilizarme. Sin embargo, empiezo a entender, que esto ya no es un error que hay que corregir, sino algo que podría perder dentro de muy poco.

Un rato después, sirvo la pasta en los platos con cuidado, como si el equilibrio del mundo dependiera de que no caiga una gota de salsa fuera del plato, y Mason me observa desde el otro lado de la mesa sin decir nada. Cuando acabo, nos sentamos frente a frente y durante unos minutos hablamos de cosas sin importancia, de una serie mediocre que ninguno quiere admitir que está viendo, de un correo absurdo que le ha llegado a él, de un comentario de Rachel que me ha hecho reír y todo fluye con una naturalidad que no debería resultarme sospechosa, pero lo es, porque debajo de nuestra conversación ligera hay algo mucho más importante esperando su turno.

Comemos sin prisa mientras nuestras miradas se cruzan de vez en cuando con una familiaridad que ya no tiene nada de improvisada. Mason me acerca el pan sin que yo lo pida, yo le aparto el plato vacío cuando termina, y esos gestos casi invisibles, empiezan a construirme una idea peligrosa de normalidad que no sé si quiero desmontar o quedarme con ella.

—Está muy bueno —dice.

—No exageres.

—No lo estoy haciendo.

—Eso es sospechoso.

—Eso es honestidad culinaria.

Sonríe y su gesto me atraviesa y mi cuerpo responde con naturalidad. Me doy cuenta de que llevo un rato apoyando el pie en el suyo bajo la mesa, pero no lo retiro, porque no quiero.

Terminamos de cenar y recogemos juntos sin necesidad de repartir tareas, como si ya tuviéramos asignados unos roles que nadie ha firmado, pero que ambos sabemos cuáles son. Mason lava los platos y yo los seco con un trapo que se me escurre de las manos dos veces seguidas, más por nervios que por torpeza. No hablamos de lo importante, pero tampoco de nada irrelevante. Entre nosotros hay una tensión constante, que no explota porque no le damos permiso, pero sigue ahí dispuesta a aparecer a la mínima.

Cuando deja el último plato en el escurrer platos, se queda quieto con las manos apoyadas en el borde del fregadero, y noto ese gesto como una señal para que mi cuerpo se adelante a mi cabeza. Se gira despacio y me mira mientras yo doy un paso hacia él. Mason me rodea la cintura con una mano, y ese gesto sencillo me hace cerrar los ojos un segundo.

—No me gusta cómo te estás protegiendo —digo en voz baja y con sinceridad.

—No me gusta sentir que puedo perder algo —responde.

Me acerco más a él y apoyo la frente en su pecho. Mason me sostiene con el brazo rodeándome la espalda.

—Esto se nos está yendo de las manos —murmuro.

—Hace tiempo.

Levanto la cabeza y lo beso sin prisa, sin rabia y sin necesidad de demostrar nada. Mason responde con la misma contención y nos movemos hacia el sofá casi sin darnos cuenta. Me siento a su lado, apoyo las piernas sobre las suyas y él pasa el brazo por detrás de mí con una naturalidad que ya no tiene nada de provisional. Nos quedamos así unos minutos, dejando que el cuerpo haga lo que la cabeza evita.

No hablamos de anular nuestro matrimonio, ni de plazos, ni decisión... aunque es algo que está presente entre nosotros, pero ninguno de los dos se atreve a nombrarlo.

Apoyo la cabeza en su hombro y me sorprendo al darme cuenta de que no quiero levantarme, porque no quiero que esta noche termine, ni convertir este momento en una excepción que tenga que justificar después.

—Mason —susurro al cabo de un rato.

—Dime.

Abro la boca y la cierro. No porque no sepa qué decir, sino porque sé exactamente qué palabras abrirían una puerta que si la cruzo, sé que no habría vuelta atrás. Él no insiste y se queda a mi lado en silencio. Me incorporo un poco y lo miro, consciente de que este es el punto exacto en el que podría admitir que no quiero anular, que no quiero perderlo, que no quiero volver atrás... La frase está formada en mi cabeza con claridad, pero no la digo. En cambio, opto por protegerme dándole un beso y soltando una broma que nos devuelve a un terreno más seguro.

—Tengo tarta de queso —digo.

—Eso es chantaje emocional.

Sonríe y se levanta para ir a la cocina, dejándome en el sofá con una sensación extraña de alivio mezclada con vértigo. Mientras lo observo de espaldas, con la tarta de queso en la mano y la luz de la cocina recortándole la figura, lo entiendo con claridad: no quiero anular nuestro matrimonio, ni perderlo, aunque no sé cómo decírselo.

Mason vuelve de la cocina con dos porciones de pastel en dos platos pequeños, los deja sobre la mesa baja y se sienta a mi lado en el sofá.

—Está fría —dice.

—Eso mejora las cosas importantes.

—Eso es discutible.

—Me baso en la experiencia —afirmo alzando una ceja de forma cómica.

Sonríe un poco y ese gesto casi irrelevante, me atraviesa, porque no es una sonrisa cargada de intención, sino es algo cotidiano, doméstico y, sobre todo, de verdad. Pruebo la tarta, aunque tengo un nudo en el estómago, pero necesito hacer algo con las manos. Mason me observa con atención tranquila y eso me hace darme cuenta de que llevo rato midiendo mis palabras y mis movimientos en un intento proteger algo que no soy capaz de decir en voz alta.

Dejo el plato a un lado sin terminar de comerme el trozo de tarta de queso y recuesto apoyado la espalda en su pecho con una naturalidad que no debería ser tan automática. Mason rodea mi cintura con su brazo y ese gesto me hace sentir tranquila. Cierro los ojos un instante y dejo que mi respiración se acompañe a la suya, consciente de que esta escena no tiene nada de extraordinario y, aun así, es la más significativa que hemos vivido hasta ahora, porque no hay conflicto externo ni decisiones en voz alta ni escenas que puedan justificarse después.

—Mason —digo al fin.

—Aquí estoy.

No me muevo ni me incorporo, porque sé que, si rompo el contacto, me será más fácil mentir.

—Si mañana nos dijeran que podemos ir a firmar... —empiezo, y me detengo, porque noto que su respiración cambia un poco.

—Sí.

—No sé qué haría... —no acabo mi frase, porque no me atrevo a dar ese paso.

Mason me escucha, mientras sigue rodeando mi cintura con su brazo.

—No tenemos que decidir nada hoy —dice al cabo de un momento.

Su respuesta es razonable e incluso cuidadosa, y aun así noto cómo algo dentro de mí se resiste a aceptarla.

—Eso también es una forma de no decidir —respondo.

—A veces es una forma de no romperlo.

Me giro despacio hasta quedar frente a él y lo miro de cerca, lo suficiente para percibir el cansancio leve que hay en sus ojos y la contención en su mandíbula. No está distante ni frío, sino asustado.

—No quiero que esto se convierta en algo que tengamos que esconder —digo.

—No lo estamos escondiendo.

—Lo estamos dejando en suspenso.

—Eso no siempre es un error.

—No siempre —admito.

Nos quedamos mirándonos unos segundos más hasta que apoya la frente en la mía y roza mi nariz con la suya en un gesto que no busca provocar nada, sino solo anclar.

—No voy a prometerte nada que no sepa cómo sobrellevar —dice.

—No te he pedido promesas.

—Lo sé.

—Te he pedido que estés.

—Estoy aquí.

Su respuesta me atraviesa, porque sé que es verdad. Me aparto lo justo de él para tomar aire y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá, mirando al techo.

—Esto empezó como un error —digo en voz baja—. Algo torpe, improvisado y con una fecha de caducidad clara.

—Así fue.

—Sin embargo, ahora, no es igual que entonces.

—No.

Respiro hondo y me incorporo un poco, para tomar distancia y colocar una capa mínima de protección entre lo que siento y lo que digo.

—No estoy preparada para perder esto —admito.

—Yo tampoco.

Nos quedamos sentados en el sofá, sin tocarnos durante unos segundos. Mientras lo observo, entiendo, con una claridad que me incomoda, que lo que me da miedo ya no es que esto salga mal, sino que salga bien y no sepa cómo sobrellevarlo sin romperme por dentro, porque cuando algo deja de ser un error, deja de ser descartable y eso lo vuelve vulnerable.

Me levanto y cojo los platos de la tarta que hay sobre la mesa.

—Voy a recoger —anuncio como si no viera que lo estoy haciendo.

—Vale.

No me sigue ni me detiene. Respeta mi espacio y aunque eso debería tranquilizarme, realmente siento que me deja más expuesta que cualquier abrazo. Camino hacia la cocina con los platos en la

mano y acepto, por fin, la verdad que llevo rato esquivando: no quiero anular nuestro matrimonio, ni perderlo, pero no estoy preparada para admitirlo todavía. Así que hago lo único que sé hacer cuando algo empieza a dolerme de verdad: me protejo.

Desde la cocina lo veo moverse por el salón con naturalidad, recoger un cojín que se ha caído al suelo, sentarse y cambiar de canal la televisión, aunque realmente no le presta atención. Al observarlo, me doy cuenta de que no está huyendo, sino que simplemente se limita a esperar. Eso debería darme seguridad, pero realmente me deja en una posición incómoda: la de alguien que sabe que tiene algo que decir, pero decide no hacerlo todavía.

Vuelvo al salón y me siento a su lado, dejando entre los dos una distancia suficiente para no tensarme, pero no tanta como para sentirme lejos de él. Me dedica una mirada breve y vuelve a observar la pantalla. Yo me recuesto en el sofá y cruzo las piernas, notando cómo mi cuerpo se cierra un poco, no por rechazo, sino por instinto. Hay cosas que, cuando dejan de ser pasajeras, empiezan a doler antes incluso de romperse.

—Voy a ver un rato más la televisión—dice Mason.

—Vale.

Nos quedamos uno junto al otro frente al televisor, sin sexo, ni discusión, ni decisiones firmadas... Solo una convivencia silenciosa que confirma lo que llevo horas evitando reconocer: esto ya no es algo imprevisto que pueda corregirse con una firma.

Mientras el sonido de fondo llena el salón y los minutos pasan, decido que no voy a forzar conversaciones para las que no estoy preparada. Voy a protegerme. No desde el rechazo ni desde la huida, sino desde ese punto que me permite seguir aquí sin entregarme del todo. Quizá no sea la opción más valiente, ni la más honesta, pero es la única que, ahora mismo, me permite respirar sin sentir que todo está a punto de desbordarse.

Me apoyo un poco más en el sofá, cierro los ojos unos segundos y dejo que la noche pase. Sé que esta contención no es neutra, porque aplazar una decisión también es una forma de elegir, y que el margen que me concedo hoy tendrá un precio más adelante, aun así, lo acepto. Porque cuando algo deja de ser un

error, protegerse se convierte en la única forma que conozco de no perderlo todo antes de tiempo.

18

Mason

El teléfono vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta justo cuando estoy cruzando el paso de peatones con el semáforo todavía en ámbar y un coche a mi derecha, que me obliga a acelerar dos pasos sin pensarlo. Me detengo en la acera contraria, saco el móvil y miro la pantalla con una atención que no suelo darle a los mensajes de trabajo, pero algo en la hora y en el remitente me confirma que no es un mensaje más.

«Confirmación definitiva.
Resolución aprobada.
Fecha fijada.
Proceso cerrado».

En el texto no hay rodeos, ni frases de cortesía, ni adornos innecesarios. Solo información clara, limpia y directa.

Me quedo quieto unos segundos en mitad de la acera, con la gente pasando a mi alrededor, como si yo fuera un obstáculo mal colocado en el flujo normal de la ciudad. No siento alivio, ni euforia, ni la satisfacción que debería acompañar a una resolución que he esperado durante todo este tiempo. Lo único que noto es una presión extraña en el pecho, como si mi cuerpo hubiera entendido algo que mi cabeza todavía no ha terminado de procesar. Guardo el móvil sin contestar el mensaje, echo a andar y, sin decidirlo de forma consciente, cambio de dirección. No voy a la oficina, ni vuelvo a casa, solo camino.

Las calles se suceden sin que les preste demasiada atención. Escaparates, coches, gente hablando por teléfono, parejas discutiendo en voz baja, turistas mirando mapas... Todo sigue igual. La ciudad no se detiene porque me acaben de confirmar que se ha cerrado un proceso que debería ser algo importante para mí. Sin

embargo, tengo la sensación incómoda de haber perdido un ancla en lugar de haberme liberado de un peso.

La confirmación legal es clara. No hay flecos, ni recursos, ni márgenes de interpretación. Todo está ordenado, definido y cerrado, pero no me alegra y eso es lo que más me inquieta.

Cruzo una plaza pequeña, sin bancos ocupados y con una fuente apagada en el centro. Me siento en el borde de piedra sin pensar demasiado en si es cómodo o no y vuelvo a sacar el móvil. Leo el mensaje otra vez, esperando sentir una emoción que no llega y buscando una reacción dentro de mí, que encaje con lo que se supone que debería sentir, pero nada, no siento nada. Lo único que aparece dentro de mi cabeza es la imagen de Nora sentada en el borde de la cama, de espaldas, moviendo el pie despacio mientras habla por teléfono, como si todo su cuerpo estuviera siempre en movimiento, aunque esté quieta. Una imagen doméstica, absurda y cotidiana que no tiene nada que ver con resoluciones legales.

Me levanto de golpe y reanudo mi camino. Cuando llego a su calle, avanzo hacia su portal, saco las llaves y abro la puerta de la portería sin pensar demasiado en qué voy a decir cuando abra, porque no tengo ningún discurso preparado.

Subo en el ascensor solo y al mirarme en el espejo me veo más tenso de lo habitual. Tengo la mandíbula apretada, los hombros tensos, la postura contenida... Cuando las puertas metálicas se abren en su planta, avanzo hacia su apartamento y llamo al timbre.

—¿Sí? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo.

Un segundo de silencio y la puerta se abre y aparece en el umbral con un jersey ancho, vaqueros y el pelo suelto.

—¿No has cogido tampoco las llaves?

Solo le miro como respuesta

—¿Todo bien? —pregunta arrugando el entrecejo.

—Sí. —La mentira sale sola de entre mis labios.

—¿Desde cuándo tienes que llamar a la puerta? ¿Y tus llaves?

—Las he olvidado —miento.

Me deja pasar y cierra la puerta detrás de mí. El espacio es distinto al de otras veces. No porque haya cambiado nada

físicamente, sino porque yo no entro con la misma naturalidad. No dejo la chaqueta en el mismo sitio, ni me descalzo. Me limito a quedarme de pie, cerca de la puerta.

—¿Qué pasa? —dice.

Saco el móvil del bolsillo y se lo enseño sin decirle nada. Ella baja la mirada a la pantalla y lee. Un momento después, alza la mirada despacio hasta mis ojos.

—Vale —dice.

Solo eso. No me hace ninguna pregunta, ni pone un gesto de sorpresa, ni de alivio, ni de inquietud... Nada. Su «vale» es neutro, limpio y correcto, quizá demasiado.

—Es definitivo —digo.

—Lo he leído.

—Hay fecha.

—También lo he leído.

No hay reproche en su tono, ni ironía, solo una calma que no encaja con lo que se supone que debería estar sucediendo. Mientras, yo la observo esperando algo, aunque no sé exactamente qué, pero lo espero. Quizá una pregunta, un comentario, una objeción, una reacción o un gesto que me indique que esa información le afecta de alguna manera. Pero no dice ni hace nada, se limita a dejar el móvil sobre el mueble del recibidor y me mira.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás tú con esto?

La pregunta es directa y real, y ahí está el problema, porque no tengo una respuesta clara.

—Debería estar bien —respondo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la más honesta que tengo ahora mismo.

Asiente despacio, como si entendiera más de lo que estoy diciendo.

—¿Te alegras? —pregunta, aunque yo no le respondo de inmediato.

—No lo sé —digo al final.

Ella no cambia de expresión. Solo me observa.

—Eso también es una respuesta —dice.

Asiento, pero no me tranquiliza, porque lo que no dice es más importante que lo que dice. Espero que diga algo y que convierta esta información en algo emocionalmente manejable, pero no lo hace. Se limita a quedarse de pie frente a mí y ahí nace el malentendido. No por lo que se dice, sino por lo que no se dice. Porque yo espero que ella dé el primer paso y ella espera exactamente lo mismo de mí.

Nos quedamos uno frente al otro, con una resolución definitiva en medio de nosotros y ninguna palabra que la convierta en algo compartido. Justo en este momento, tengo la sensación clara de que esta historia ya no se mueve por lo que hacemos, sino por lo que ninguno de los dos se atreve a decir primero.

—¿Cuándo? —pregunta.

—En tres semanas.

Asiente despacio, como si estuviera pensando en algo más y no una fecha que podría cambiarlo todo.

—¿Y tú? —añado—. ¿Cómo lo llevas?

Se encoge de hombros con un gesto mínimo.

—Era algo que iba a suceder antes o después—responde—. No me pilla por sorpresa.

No hay alivio en su voz ni tensión, solo una constatación serena que me deja sin el contrapunto que estaba esperando. Busco algo en su expresión, cualquier señal que me indique por dónde entrar, pero no la encuentro.

—Pensé que dirías algo —admito.

—Lo estoy diciendo.

—No es lo mismo.

—Eso lo dices tú mucho —replica—. Hoy te lo devuelvo.

Me paso la mano por la nuca, gesto inútil que no me aporta nada salvo la certeza de que estoy incómodo.

—Es definitivo —añado, como si no hubiera quedado claro.

—Lo entiendo.

—No pareces... —me detengo a tiempo—. Da igual.

—Dilo.

—No pareces contenta.

—No lo estoy —responde sin titubear—. Tampoco estoy triste.

—Entonces, ¿qué?

—Atenta.

Esa palabra me cae encima con más peso del que esperaba. «¿Atenta a qué?», me pregunto, pero no se lo digo. Camino un par de pasos hasta la ventana y me quedo mirando la calle desde arriba, consciente de que estoy evitando su mirada.

—Esto cambia las cosas —digo.

—Las confirma —corrige.

Me giro despacio.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

La observo apoyada en el mueble, con el cuerpo relajado y los hombros sueltos, como si hubiera aceptado algo que yo todavía no he terminado de asumir. Me acerco un poco más, sin tocarla, notando cómo el espacio se carga de una electricidad contenida que no tiene que ver con el deseo.

—¿No te da miedo? —quiero saber.

—Claro que sí —responde—. Pero no me paraliza.

La frase me golpea justo donde más me duele. Me quedo en silencio unos segundos, consciente de que aquí es donde debería decir algo importante, que pusiera las cartas sobre la mesa y detuviese esta sensación de estar avanzando sin control.

—Yo no me alegro —admito al fin.

Levanta la vista y me sostiene la mirada.

—Eso ya lo sabía.

—No debería ser así.

—No hay manual para estas cosas.

—Lo hay para casi todo.

—Para quedarse, no —contesta.

Me acerco un paso más a ella y esta vez sí rozo su brazo al pasar, aunque no se aparta. Me apoyo en la pared opuesta, dejándole el centro del espacio, consciente de que estoy eligiendo una postura defensiva sin quererlo.

—No sé qué esperas de mí —digo.

—No espero nada —responde—. Pero sí observo.

—Eso suena a evaluación.
—No, uena a estar despierta.
Resoplo, incómodo.
—Estoy intentando hacerlo bien.
—Lo sé.
—Aunque no siempre lo consigo.
—También lo sé.

Nos quedamos quietos unos segundos, sin reproches ni dramatismo, solo con una espera tensa que me obliga a enfrentarme a la posibilidad que llevo días evitando.

—Puede que tengamos que... —empiezo.
—¿Separarnos? —termina ella por mí, sin que le tiemble la voz.

La palabra se queda suspendida entre nosotros. Me limito a sostener su mirada mientras noto cómo algo se contrae en mi pecho.

—Puede —respondo.

Asiente despacio, sin dramatizarlo, y esa reacción es la que más me desarma, porque esperaba que se resistiera, discutiera o algo que me permitiera apoyarme en ese conflicto, pero no lo hace.

—Vale —dice.

—¿Eso es todo?

—Eso es mucho.

Doy un paso atrás, porque necesito tomar aire. La observo un instante más y tengo la certeza desagradable de que ambos estamos esperando que el otro diga algo que nos ahorre la responsabilidad de decidir, pero no lo hacemos.

Me pongo la chaqueta con un gesto lento y me detengo un segundo antes de abrir la puerta.

—Hablamos luego —digo.

—Claro.

No dice nada más. Salgo al rellano con la sensación de haber dejado una frase a medias y bajo las escaleras con el pulso un poco más rápido de lo habitual. Al llegar a la calle, el aire frío me golpea la cara y me obliga a respirar hondo. Lo único que tengo claro ahora mismo es que la posibilidad de que esto termine no me alivia.

Camino varias manzanas sin rumbo claro, con el cuello de la chaqueta subido y las manos en los bolsillos. La ciudad sigue funcionando con normalidad, demasiado deprisa para el punto exacto en el que me he quedado yo. Cruzo calles sin prestar atención al tráfico, esquivo a la gente por pura inercia y, en algún momento, me doy cuenta de que no estoy yendo a ningún sitio concreto, solo alejándome de ella.

Me detengo en una esquina y apoyo la espalda contra la pared de un edificio, notando el frío atravesar la tela del abrigo. Respiro hondo un par de veces, despacio, como si mi cuerpo intentara regular algo que mi cabeza no está sabiendo ordenar. La imagen de Nora hace un rato en su casa, observándome tranquila y atenta, vuelve a mí. No estaba discutiendo ni defendiéndose, solo ahí, mirándome, y eso me ha dejado sin saber qué hacer después.

No me gusta cómo ha sonado esa palabra en voz alta.

«Separarnos».

Saco el móvil del bolsillo y lo observo sin encender la pantalla. Podría llamar a alguien, pero no sería la persona correcta. Lo guardo otra vez porque hacerlo es más fácil que admitir que no sé qué decir ni a quién. Echo a andar otra vez y, casi sin darme cuenta, acabo en un parque pequeño que queda a medio camino entre su casa y la mía. Me siento en un banco, observando a un padre que intenta convencer a su hijo de que se ponga el abrigo. El niño protesta, se resiste, pero al final cede con una mueca exagerada que hace reír al hombre. No hay drama ni grandes discursos, solo insistencia suave y una rutina compartida que se aguanta sola entre ambos.

Aparto la vista, porque no me interesa analizar escenas ajenas. Me paso la mano por la cara y dejo escapar el aire despacio. Esto no va de ella pidiéndome nada, sino de mí notando, por primera vez, que podría perder algo que ya considero mío sin haberlo dicho nunca en voz alta.

Me levanto del banco y salgo del parque con una decisión clara en la cabeza. Llego a mi edificio y subo las escaleras sin coger el ascensor. Dentro del piso, dejo las llaves sobre la mesa y me quito la chaqueta. Me sirvo un vaso de agua y lo bebo de un trago, consciente de que estoy repitiendo gestos sin sentido solo para no

quedarme quieto. No quiero pensar en ella en términos de ausencia, pero es exactamente lo que estoy haciendo. Imaginar su piso sin mí, su rutina sin mis cosas ocupando su espacio, su calma sin mi presencia intermitente... No me gusta.

Me siento en el borde de la cama y dejo que mi cabeza vaya a donde quiere, aunque no me convenga. No hemos discutido, ni nos hemos gritado, sin embargo, lo que se ha abierto hoy entre nosotros es más serio que cualquier pelea ruidosa. Hemos nombrado la posibilidad de dejar de estar, aunque ninguno de los dos se haya atrevido a dar el paso.

No obstante, el problema no está en lo que hemos dicho, sino en lo que ambos hemos esperado que el otro dijera. Ella ha esperado que yo me alegrara e interpretara esa confirmación como una señal de avance y yo, por mi parte, he esperado que ella reaccionara, que mostrara miedo y me diera un motivo claro para frenar o para salir corriendo. Pero ninguno ha cumplido el papel que el otro necesitaba.

De repente, la vibración de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Lo cojo demasiado rápido y veo que tengo un mensaje de ella.

Nora:

He pensado en lo que has dicho antes.

El corazón me da un vuelco seco, directo y sin aviso previo. El teléfono vibra de nuevo, aunque ahora tardo unos segundos en abrir el nuevo mensaje.

Nora:

No quiero que tomemos decisiones
desde el miedo.

Pero tampoco quiero fingir
que no está pasando nada.

Leo sus frases despacio y no encuentro en ellas ni un reproche ni un ultimátum. Solo una claridad que me deja sin refugio. Suspiro y empiezo a teclear, pero al instante borro lo escrito y vuelvo a escribir.

Mason:

No estoy fingiendo que no pasa nada.

Su respuesta aparece casi al instante.

Nora:

Lo sé.

Te estás conteniendo.

Cierro los ojos un segundo, porque esa es la palabra exacta y me molesta que la haya usado ella antes de yo. Me levanto de la cama y camino hasta la ventana, apoyando la mano en el cristal frío.

Mason:

No sé hacerlo de otra manera.

Esta vez tarda más en contestar, pero cuando el mensaje llega, lo leo sin parpadear.

Nora:

No te estoy pidiendo que sepas,
sino que no desaparezcas.

La frase se me clava en medio del pecho. No habla de futuro, ni de promesas, sino de que me quede con ella, algo mucho más concreto y, precisamente por eso, más difícil de esquivar.

Apoyo la frente en el cristal y respiro despacio. Tengo la respuesta fácil en la punta de los dedos, la que me permitiría ganar tiempo y mantenerlo todo en un estado impreciso un poco más. No obstante, también tengo otra, más torpe y menos controlada, que implicaría admitir que esta situación me importa más de lo que me gustaría.

Mason:

No voy a desaparecer.

Pero tampoco sé aún qué significa quedarme.

Su respuesta no llega enseguida, y cuando lo hace, es breve.

Nora:

Eso ya es algo.

Dejo el móvil sobre la mesa y me observo un segundo en el cristal oscuro de la ventana. Todo parece igual, pero me tumbo en la cama sin apagar la luz sabiendo que esta vez no va a bastar con dejar pasar los días. Cierro los ojos con la sensación de que mañana, cuando la vea, ya no habrá forma de fingir.

19

Nora

Cruzo la calle cuando el semáforo aún está en rojo y un coche frena con un pitido seco que no me importa lo suficiente como para detenerme. Llevo el móvil en la mano, la chaqueta mal cerrada y la cabeza demasiado llena como para atender a normas básicas de supervivencia urbana. No voy a ningún sitio concreto. Solo necesito moverme, ocupar el cuerpo, quemar esta ansiedad que se ha apoderado de mí y que no se va aunque intente respirar hondo y fingir que todo está bien, porque no lo está.

Mason y yo seguimos funcionando con una normalidad sospechosa y una especie de acuerdo tácito de no tocar el tema importante, como si el problema fuera el nombre y no el contenido. Lo peor de todo es que soy buenísima en no nombrar, en aplazar y en organizar la realidad para que no duela hoy, aunque sepa que lo hará mañana.

Me detengo frente a un escaparate, sin mirar lo que venden, pero usando el cristal como excusa para no pensar en lo evidente: que esta calma no es estabilidad, sino suspensión. Una burbuja frágil sostenida por el hecho de que ninguno de los dos quiere ser el primero en romperla.

De repente, el móvil vibra en mi mano.

Mason:

¿Te apetece salir esta noche?

No me dice dónde, ni propone un plan concreto, solo dice eso, esas cinco palabras sin contexto, que yo traduzco que no son una cita, sino solamente un paréntesis.

Respiro hondo y escribo:

Nora:
Sí.

Nada más y sigo caminando unos minutos más, sin rumbo, dejando que esa decisión se asiente en mi cuerpo antes que en mi cabeza. Porque no es una decisión racional sino una forma elegante de decirme a mí misma que no quiero hablar, que no quiero procesar, ni resolver, ni mirar el reloj que ya está corriendo.

Hoy no puedo hacerlo, hoy solo quiero sentir.

Mason me espera en la boca del metro, apoyado en una barandilla con una postura muy propia de él, que parece casual, aunque yo sé que no lo es del todo. Lleva una chaqueta oscura, las manos en los bolsillos y la mirada atenta. Cuando me ve, no sonrío de inmediato, sino que se limita a observarme un segundo, como si estuviera comprobando algo que no va a decir en voz alta.

—Estás guapa —dice al final.

—Tú también estás correcto —respondo.

—Eso ha sonado a informe técnico.

—No, simplemente es contención emocional bien gestionada.

—Eso ha sonado a mentira piadosa.

Sonríe y me besa en la mejilla, un beso limpio y sin intención sexual directa, pero cargado de una cercanía que pesa más que cualquier gesto explícito.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A caminar —responde con una sonrisa que cada vez me es más difícil de ignorar—. Y luego ya veremos.

Acepto sin discutir, porque hoy no quiero planes, prefiero movimiento, gente alrededor y perder la sensación de burbuja privada que se ha creado a nuestro alrededor en los últimos días. Caminamos sin tocarnos al principio. Hablamos de cosas tontas y la conversación fluye con facilidad, con la naturalidad que se ha vuelto habitual entre nosotros, aunque ese es precisamente el problema.

—Podríamos tomar algo —propone al rato, señalando una terraza con luz cálida y mesas pequeñas.

—Podríamos no pensarlo tanto —respondo con una sonrisa.

Nos sentamos y pedimos sin mirarnos la carta. Todo es fácil, quizá demasiado, entre nosotros. La conversación no va a ningún sitio profundo a propósito. Yo no saco el tema y él no lo menciona.

Los dos jugamos a esta versión funcional de nosotros mismos que no hace preguntas incómodas.

—Estás rara —dice en un momento dado.

—Ese es un concepto muy amplio.

—Vale, entonces diré que estás más ligera.

—Eso suena bien, aunque no sé qué significa exactamente.

—Simplemente suena a huida elegante.

—Yo lo veo más como un diagnóstico gratuito —me río.

Se inclina un poco hacia mí, apoya el antebrazo en la mesa y baja la voz.

—No te estoy analizando.

—Menos mal, porque lo parece —susurro yo también.

—Te estoy mirando.

—Eso es peor.

Nos sonreímos y el juego sigue. Cuando nos levantamos para irnos, me coge la mano sin preguntarlo, aunque yo no la retiro. En el camino de regreso damos vueltas innecesarias. Entramos en una tienda absurda, aunque no compramos nada, volvemos a caminar... Nadie tiene prisa y eso ya es una elección en sí misma.

En el ascensor no hablamos. No porque haya tensión sexual inmediata, sino porque hay algo más íntimo que no necesita palabras. Me mira de reojo, aunque yo no le devuelvo la mirada. Me limito a apoyarme en la pared metálica y a sentir el pulso en la garganta.

Cuando llegamos al rellano de mi apartamento, no saco las llaves de inmediato.

—Nora.

—No —respondo, aunque no es un rechazo, sino un límite temporal, porque hoy no quiero que hablemos de lo que ambos sabemos.

Entramos en el piso y sé que los dos tenemos la certeza de que esta noche no va la cosa de follar rápido para apagar esta tensión sexual que nos invade, sino de estar.

Me quito la chaqueta despacio y él hace lo mismo.

—Ven.

Mason no me responde, simplemente se acerca y me besa sin prisa ni hambre inmediata. Es un beso lento y profundo. Yo me agarro a su cuello y dejo que mi boca se adapte a la suya.

—Hoy no quiero pensar —murmuro contra sus labios.

—No lo hagas—responde.

Me besa otra vez, más despacio todavía. No tenemos prisa por desnudarnos ni ansiedad por llegar a nada concreto. Hoy nuestros cuerpos se buscan con una calma que no hemos tenido antes.

Cuando entramos en el dormitorio, lo hacemos sin palabras ni ansia. Me besa de nuevo y sus manos me recorren la espalda con calma, como si me estuviera diciendo con el cuerpo lo que no se atreve con palabras: que está aquí, que se queda y que no necesita ir deprisa.

Yo también me muevo despacio. Le desabrocho la chaqueta sin ansiedad ni torpeza, porque esta noche no tengo la sensación que vaya a perder nada si no corro. Al contrario, siento que lo que tenemos delante no se escapa, sino que se asienta.

Cuando entramos en el dormitorio, no lo hacemos como otras veces, arrastrados por la tensión, sino hoy avanzamos por una decisión compartida. Me quito los zapatos, mientras Mason se sienta en el borde de la cama y me observa mientras me acerco.

—Hoy no quiero huir —le digo colocándome entre sus piernas y poniendo mis manos sobre sus hombros.

Él no me responde con un discurso, sino que me besa la frente primero, luego la mejilla y después la boca. Todo lo hace despacio y disfrutándolo.

Nos desnudamos y la ropa cae al suelo poco a poco. No tenemos prisa, solo piel, cercanía y respiraciones que se acompañan sin esfuerzo.

Cuando me tumbo en la cama, él se coloca a mi lado lo justo para que lo sienta. Me pasa el brazo por la cintura y me acerca despacio a él, con una suavidad que me hace cerrar los ojos sin darme cuenta.

—Esto no es una despedida —murmuro.

—No —responde—. Es una noche.

Nada más. No nos hacemos promesas, ni hablamos de futuro. Solo nos centramos en el ahora. Nos besamos despacio, sin esa prisa que otras veces lo devora todo. Su boca se queda en la mía sin invadir y yo le respondo abriéndome a él con la misma tranquilidad, dejando que la cercanía crezca sin resistencia y sin esa necesidad de controlar lo que viene después.

El contacto de su piel con la mía nos envuelve, como si nuestros cuerpos se reconocieran desde un lugar más profundo que el deseo que sentimos el uno por el otro. Sus manos me rodean la cintura y me acercan a él con firmeza y mi cuerpo encaja con el suyo con una facilidad que ya no me sorprende, porque tengo la sensación de que siempre ha sido mío. El beso se vuelve más lento y deja de ser solo boca y se transforma en respiraciones compartidas, en frentes que se apoyan, en piel que se reconoce y en cuerpos que se buscan sin ansia y con una intimidad que no necesita intensidad para ser profunda.

No sé en qué momento dejamos de hablar y empezamos a entendernos solo con el cuerpo, con la forma en que él me atrae hacia sí y yo me dejo llevar sin resistencia, con la manera en que su respiración se mezcla con la mía y marca el ritmo de todo lo demás. El tiempo deja de importar, porque nada aquí tiene prisa ni dirección fija.

No hay nada salvaje en esta noche ni arrebatos ni impulsos fuera de control. Lo que hay es algo mucho más peligroso: confianza y esa entrega que nace del vínculo. Cuando el cuerpo responde, lo hace desde una necesidad tranquila que lo ocupa todo sin violencia.

Me aferro a él no por necesidad física, sino por la sensación de estar en un lugar compartido donde no hace falta protegerse. Me susurra mi nombre cerca del oído y yo apoyo la frente en su cuello, permitiéndome estar sin máscaras y sin marcar distancia.

Cuando nuestros cuerpos terminan rindiéndose al placer, no nos separamos de inmediato, sino que permanecemos enredados el uno en el otro, respirando despacio y con la piel aún caliente.

Apoyo la cabeza en su pecho, escucho su respiración, el ritmo tranquilo de su cuerpo, y nadie se mueve ni habla, porque esta noche no lo necesitamos. Me rodea con el brazo y me acerca un

poco más contra él en un gesto protector, casi instintivo, y yo cierro los ojos. No pienso en mañana, ni en fechas, ni en procesos, ni en nada más que no sea este instante, esta calma y esta sensación de estar a salvo.

Aunque este es el problema, porque esta noche no es una más, ni forma parte de una rutina, ni es solo sexo. Esta noche es vínculo, apego y una forma de intimidad que no se rompe con una firma, ni con un papel, ni con una fecha marcada en un calendario.

Mason no dice nada, ni promete nada, ni me pide nada. Simplemente está y yo dejo que esté.

Al final, me quedo dormida con la cabeza apoyada en su pecho, el cuerpo relajado, la mente en calma y con una sensación engañosa de estabilidad que sé que no es real, pero que hoy decido aceptar. Mañana será distinto, porque tomaremos decisiones, pero hoy no. Me duermo creyendo, aunque sea por unas horas, que todo va a seguir igual.

Por la mañana me despierto antes que él, por esa lucidez suave que llega cuando el cuerpo ha descansado de verdad. No abro los ojos al instante. Me quedo quieta, respirando despacio, escuchando el ritmo tranquilo de Mason, el peso cálido de su brazo rodeándome la cintura y la presión firme de su cuerpo contra mi espalda.

Me permito unos segundos más dentro de esta burbuja, como si pudiera quedarme en ella si no me muevo. Pero las cosas no funcionan así y lo sé.

Cuando abro los ojos, la habitación todavía está en penumbra. No hay luz directa invadiéndolo todo, solo claridad suave filtrándose por la persiana. No hay símbolos, ni imágenes épicas, ni escenas bonitas de postal, solo un dormitorio real, una cama deshecha y dos cuerpos que han dormido juntos.

Me giro despacio para mirarlo y lo encuentro dormido boca arriba, con el ceño relajado, la mandíbula sin tensión y la respiración profunda. No parece el hombre contenido, medido y estratégico al que estoy acostumbrada, sino solo un hombre cansado durmiendo en una cama.

Me quedo observándolo unos segundos más de los que serían razonables con una calma que no debería existir en una historia que sé que se está rompiendo por dentro. Aparto su brazo con cuidado y me incorporo despacio, sin despertarlo. Camino descalza por el dormitorio y entro en el baño sin encender la luz principal. Me miro en el espejo y ahí, frente a mi imagen, me invade el pensamiento que llevo evitando desde ayer: esto se acaba. No hoy, ni ahora, ni esta noche, pero se acaba. Tampoco por falta de deseo, desgaste o conflicto, sino porque hay una fecha, un proceso y un final administrativo que no entiende de cuerpos, ni de noches ni de vínculos.

Me apoyo en el lavabo y respiro hondo con una gran tristeza en el pecho, que trato de contener en silencio desde hace demasiado. Me trago las lágrimas y regreso al dormitorio sin hacer ruido. Mason sigue dormido. Me meto de nuevo en la cama y me coloco a su lado, sin despertarlo. Él se mueve un poco y me rodea de nuevo con sus brazos, de forma inconsciente, como si mi cuerpo fuera ya una referencia que conoce y eso me rompe un poco más por dentro.

Me quedo ahí, inmóvil, sin despertarlo. No hago nada, solo dejo pasar el tiempo, hasta que él empieza a moverse y abre los ojos.

—Buenos días —murmura con la voz dormida.

—Hola.

Me besa el pelo con un gesto automático y se queda un segundo con la frente apoyada en mi cabeza. No decimos nada, porque no hace falta, simplemente nos levantamos y cada uno va a lo suyo dentro del mismo espacio. Yo cojo mi ropa y él busca la suya. Nos cruzamos en el dormitorio sin ningún tipo de tensión, porque todo es normal, quizás demasiado.

Un rato después, salimos del piso juntos y caminamos un par de manzanas sin hablar demasiado. No tenemos una conversación profunda, ni hacemos bromas, ni nos quedamos en un silencio incómodo. Cuando llegamos a la esquina donde nuestros caminos se separan, nos detenemos.

—Luego hablamos —dice.

—Sí.

Nos damos un beso breve y nos separamos. Camino sola unas calles más, con la sensación extraña de haber vivido algo muy íntimo sin que haya pasado nada visible. No hay ruptura, pero dentro de mí algo se ha movido. No quiero que esto termine. Deseo que se alargue, aunque no quiero tomar decisiones, ni hacer nada, solo quedarme en este punto intermedio, donde todavía no duele.

Paso el día funcionando en piloto automático. Trabajo y me muevo por la ciudad sin estar ausente, pero tampoco presente del todo y con la sensación de estar aplazando algo: una verdad.

Por la noche, cuando vuelvo al apartamento, está vacío. No hay señales de él, ni nada que indique que esta mañana me he despertado entre sus brazos. Suspiro y me quito los zapatos y dejo el bolso sobre el sofá de cualquier manera. Camino por el apartamento sin encender demasiadas luces y me siento en la cama un momento, sin hacer nada, ni pensar demasiado. Querría guardar en mi recuerdo esta última noche como si fuera algo mío. Me tumbo boca arriba en la cama y cierro los ojos con la certeza de que mañana será distinto, no sé cómo, ni en qué sentido... Tampoco sé quién dará el primer paso, pero sé que está burbuja en la que hemos vivido todo este tiempo no aguanta más sin explotar.

20

Mason

Entro en el apartamento sin hacer ruido. Dejo las zapatillas junto a la puerta, cuelgo la chaqueta en el primer sitio que encuentro y avanzo unos pasos más antes de detenerme, porque desde el dormitorio oigo su voz, baja y relajada, hablando por teléfono con una naturalidad que me descoloca. No parece tensa ni rara y eso me pone en alerta. Me quedo un momento quieto en el pasillo, apoyado en la pared, escuchando el tono tranquilo con el que se ríe por algo que no alcanzo a oír, consciente de que no hay nada en esta escena que justifique mi incomodidad, salvo el hecho de que yo no estoy en el mismo punto que ella. No entro a saludarla ni hago ruido para que sepa que he llegado, porque hacerlo ahora implicaría tener una conversación para la que no me siento preparado.

Entro en el baño, me lavo la cara y me observo en el espejo con más atención de la que suelo dedicarme. La imagen que tengo frente a mí no es la de alguien enfadado ni herido, tampoco a alguien despreciado o apartado; en el espejo veo a un hombre que ha confundido la calma de Nora con distancia y que, por costumbre, ha preferido apartarse antes de comprobar si estaba equivocado.

Cuando salgo del baño, voy directo al dormitorio y me encuentro con ella sentada en la cama con el portátil abierto sobre las piernas. Al escucharme, levanta la vista, aunque no se desconcierta y me da la sensación de que verme llegar a su apartamento es algo normal.

—Has llegado tarde —dice.

—Tenía cosas que hacer —respondo, sin detenerme en darle ninguna explicación, que, tal vez, solo serviría para crear un conflicto.

—Vale.

No hay reproche en su voz ni curiosidad mal disimulada, solo aceptación, y esa facilidad con la que respeta mi espacio, es

precisamente lo que activa el mecanismo que tan bien conozco. Me cambio de ropa despacio y ella vuelve a su pantalla sin hacer ningún comentario que me obligue a decir nada más.

La habitación se llena de una normalidad funcional y tranquila, que debería resultarme cómoda, pero no lo hace, porque siento claramente que este clima no nace de la conexión que compartimos, sino de convivir en un mismo lugar.

Mientras me desvisto, decido no acercarme ni tocarla, aunque el cuerpo me lo pida, porque hoy necesito creer que controlo algo. No es falta de deseo ni de interés, sino miedo a comprobar que algo está cambiando sin que yo haya sido capaz de decidirlo.

Salgo del dormitorio y me voy a mi habitación, donde improviso una especie de mini despacho con la excusa de que tengo que trabajar, cierro la puerta y me siento frente al ordenador, dispuesto a refugiarme en lo único que siempre me ha funcionado: poner distancia, ser tan productivo como pueda y comportarme de forma fría.

No estoy huyendo, simplemente intento no cagarla.

Trabajo durante horas, aunque sin trabajar de verdad, respondiendo correos que no corren ninguna prisa, revisando documentos que podrían esperar y alargando tareas sencillas con una meticulosidad artificial, porque mantener la cabeza ocupada me permite no mirar de frente lo que está ocurriendo en el resto del apartamento. De vez en cuando oigo sus pasos al otro lado del pasillo, el sonido leve de un cajón que se abre, el roce de una silla moviéndose, y cada uno de esos ruidos cotidianos me llega con una claridad excesiva, como si mi atención estuviera entrenada para localizarla incluso cuando me esfuerzo por no hacerlo.

Cuando finalmente cierro el ordenador, ya ha anochecido y la luz del salón está encendida. Nora está sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre el regazo, aunque por la forma en que lo sostiene sé que no está leyendo. Levanta la vista al verme y me dedica una sonrisa breve y sin reproche, y ese gesto termina de confirmar lo que tengo claro dentro de mi cabeza: ella no va a forzar nada, ni a pedirme explicaciones, ni a reclamar nada.

—¿Quieres cenar? —pregunta.

—No tengo hambre —respondo.

No es del todo cierto, pero tampoco es mentira, simplemente es una forma de mantener la distancia sin tener que explicarla. Asiente, vuelve al libro y no insiste, y ese acuerdo silencioso me resulta cómodo y cruel a partes iguales, porque me permite quedarme donde estoy sin tener que admitir que estoy eligiendo el enfriamiento como estrategia.

Recojo mis cosas, sin prisas, me pongo la chaqueta, cojo las llaves y me detengo un segundo junto a la puerta, esperando no sé muy bien qué: quizá una pregunta, una mirada distinta por su parte o quizá una excusa para quedarme. Pero no se da nada de eso y entiendo que, si quiero evitar la conversación incómoda que tenemos pendiente, ahora es el momento perfecto para irme.

—Voy a salir un rato —le informo, más por educación que por necesidad.

—Vale —contesta—. Que te vaya bien.

No se levanta ni me acompaña hasta la puerta, aunque tampoco lo espero. Abro y cierro sin hacer ruido y, mientras bajo las escaleras, siento esa sensación que aparece cuando eliges lo que te protege a corto plazo sabiendo que, a la larga, va a costarte algo más.

Al salir del edificio, camino sin rumbo durante un buen rato, con el teléfono en el bolsillo y la cabeza llena de interpretaciones que no contrasto con nadie. Me digo que su tranquilidad es una señal clara de que no me necesita como he creído hasta hoy, que su forma de dejarme espacio confirma que está bien sin mí y que, por tanto, alejarme es la respuesta lógica y adulta a su actitud. Dentro de mi cabeza, construyo esa narrativa con cuidado, porque me permite mantener la dignidad intacta y evitar una exposición que no sé si sabría sobrellevar.

Ya es tarde cuando finalmente regreso al apartamento. La casa está en silencio y la luz del dormitorio de Nora apagada. Entro con cuidado de no hacer ruido, dejo las llaves en su sitio y me quedo un momento de pie en el pasillo. Podría ir a su cuarto, y avisarle de que he llegado, pero no lo hago. Me tumbo en el sofá y me quedo vestido, mirando el techo y repasando cada gesto del día con una

precisión que no me sirve para corregir nada, solo para reafirmar una decisión que no me he atrevido a pronunciar, pero que ya está en marcha. No hemos discutido, ni levantado la voz, ni dicho nada que no tuviera arreglo y, aun así, siento que algo ha cambiado entre nosotros.

Antes de quedarme dormido, tengo claro que la distancia que he puesto entre Nora y yo ha sido mi elección, y que mañana, cuando me vaya sin despedirme de ella, estaré confirmando algo que todavía no me atrevo a decir en voz alta: que prefiero perder terreno antes que arriesgarme a descubrir cuánto me importa quedarme. Con esa idea en la cabeza, que no me tranquiliza ni me consuela, dejo que el cansancio me arrastre, y me quedo dormido en el sofá.

Me despierto antes de que suene la alarma de mi teléfono con la sensación de haber descansado el cuerpo lo justo, aunque mi cabeza no ha dejado de trabajar en toda la noche. No recuerdo haber soñado nada concreto, pero sí que tengo la sensación persistente de estar a punto de llegar tarde a algo que no sé qué es. Me quedo unos segundos mirando al techo, escuchando el murmullo lejano de la ciudad que empieza a ponerse en marcha, y tardo más de lo habitual en levantarme, porque sé que, en cuanto lo haga, el día va a exigir una coherencia que ahora mismo no tengo.

Me muevo por el apartamento con cuidado. Paso por delante del dormitorio de Nora y la puerta está cerrada. No sé si duerme, si ya se ha levantado o si ha decidido empezar la mañana sin cruzarse conmigo y esa incertidumbre es suficiente para ponerme tenso. Me lavo la cara y me miro en el espejo, preguntándome desde cuándo me protejo tanto. Cuando salgo, la encuentro en el pasillo, ya vestida y con el bolso colgado del hombro. No parece sorprendida de verme ,ni molesta por encontrarnos tan temprano; simplemente levanta la vista y me dedica una sonrisa breve y funcional.

—Me voy ya —dice—. Tengo una reunión.

—Claro —respondo—. Que tengas un buen día.

En nuestra breve conversación, no hay lugar para los reproches, ni para las preguntas, simplemente mantenemos una distancia educada, que confirma que ambos estamos colaborando en

mantener las cosas en ese punto impreciso donde nada explota, aunque tampoco avanza. Se acerca para coger las llaves del mueble de la entrada y, durante un segundo, nuestras manos quedan demasiado cerca, aunque sin llegar a tocarse, una proximidad que antes habría sido normal, pero que ahora evitamos.

—Hablamos luego —dice, aunque no especifica cuándo, ni sobre qué y yo tampoco lo pido.

—Sí —contesto—. Luego.

Cuando cierra la puerta, me quedo un momento quieto, con la sensación clara de que, aunque no haya dicho nada que lo confirme, acabo de permitir que la distancia entre nosotros gane un poco más de terreno.

Me preparo de prisa y salgo poco después. Bajo las escaleras sin mirar atrás, porque hacerlo significaría admitir que espero algo, aunque no sepa el qué. En la calle, el frío me aclara la cabeza lo justo para empezar a contarme una versión aceptable de todo esto: que no estoy huyendo, que solo necesito espacio y que poner distancia ahora puede evitar algo peor después. Me agarro a esa idea, porque es la única que me permite seguir adelante.

Paso la mañana encadenando reuniones y tareas que exigen mi atención, pero en cada pausa que hago o cuando el teléfono deja de vibrar y el mundo se queda un segundo en silencio, Nora vuelve a aparecer en mi cabeza. A media mañana, reviso el móvil por inercia y veo un mensaje suyo de hace un rato que no he visto hasta ahora.

Nora:

¿Todo bien?

Trago saliva al ver esas dos palabras, porque me gustaría poder contarle todo lo que me invade hasta quedarme vacío. En sus palabras no hay reproche ni insistencia, solo una pregunta sencilla, pero que me obliga a detenerme. Podría responder con la misma neutralidad, devolverle la calma que me ofrece y seguir adelante, pero algo en mí se resiste a hacerlo ahora, no porque no sepa qué decir, sino porque cualquier respuesta honesta por mi parte implicaría reconocer que mi actitud con ella no es casual.

Escribo, borro, vuelvo a escribir y al final opto por lo seguro.

Mason:

Sí.

Liado.

Hablamos luego.

Envío el mensaje y dejo el móvil sobre la mesa, consciente de que he elegido una vez más la contención en lugar de la exposición. El alivio que siento es inmediato, pero también noto una presión en el pecho que no desaparece con el paso de los minutos.

El resto del día cumplo, respondo, decido y funciono como se espera de mí, pero cuando cae la tarde y el ritmo se reduce, la certeza vuelve con más fuerza: no estoy alejándome de ella porque no me importe, sino precisamente porque me importa demasiado y no sé qué hacer con eso.

Cuando regreso al apartamento, la casa está vacía. Dejo la chaqueta, me siento un momento en la cama y respiro hondo. Me recuesto contra la pared y, por primera vez desde que empezó todo esto, tengo claro que la distancia que nos separa no está protegiéndonos, sino preparándonos para algo que ninguno se atreva a decir. Sin embargo, no hago nada para cambiarlo.

Por la noche, Nora vuelve más tarde de lo habitual y no salgo a su encuentro ni finjo estar ocupado; me limito a seguir sentado donde estoy, con el portátil cerrado y la atención puesta en nada, escuchando cómo deja las llaves en el mueble de la entrada y se quita los zapatos con un cuidado que antes no tenía. Un instante después, aparece en el marco de la puerta del salón con el abrigo todavía puesto y el bolso colgado del hombro.

—Hola —dice.

—Ey, hola —respondo.

—¿Has cenado? —pregunta.

—Algo rápido —contesto—. No te he esperado.

No lo digo como reproche ni como excusa, sino solo como un dato práctico, aunque noto cómo su expresión cambia lo justo para delatar que ese detalle no le resulta indiferente.

—Vale —dice—. Yo tampoco tengo mucha hambre.

Deja el bolso sobre la silla y se quita el abrigo con gesto cansado, pero no se acerca. Se mueve por el salón recogiendo cosas que realmente no estorban, como si necesitara hacer algo con las manos para no quedarse quieta delante de mí.

—Mañana tengo que madrugar —añade—. Si no te importa...

—Claro —la interrumpo—. Descansa.

Le respondo de forma demasiado rápida y me queda más que claro que lo que estoy haciendo ya no es protegerme, sino alejarme.

—¿Todo bien? —pregunta al final.

Asiento despacio, sin añadir nada más, porque sé que si empiezo a hablar ahora tendría que admitir que no está todo bien y que lo que ocurre es que me estoy enfriando a propósito para no tener que enfrentar lo que se está volviendo demasiado real. Ella no insiste y se limita a asentir también antes de ir hacia su habitación.

—Que descanses —dice desde la puerta.

—Buenas noches.

La puerta se cierra y yo me quedo con una sensación incómoda, como si hubiera perdido una oportunidad sin saber exactamente de qué. Me quedo un rato más en el salón, sin hacer nada en concreto, hasta que la casa termina de quedarse en silencio y entiendo que ya no hay excusas para no irme a dormir.

Al día siguiente, me levanto antes de que suene el despertador y me visto, recojo mis cosas y evito pasar por delante de su dormitorio. No quiero despertarla, ni despedirme, ni enfrentarme a una conversación matinal que podría obligarme a cambiar de estrategia.

Antes de salir, dejo mi copia de sus llaves sobre el mueble de la entrada. No porque vaya a irme para siempre, sino porque necesito marcar una distancia clara, aunque sea simbólica. Abro la puerta, salgo y la cierro con cuidado, como si el gesto pudiera suavizar lo que en realidad estoy haciendo. Bajo las escaleras y, cuando llego a la calle, siento una mezcla de alivio y pérdida que siempre aparece cuando elijo marcharme. No obstante, me repito que es lo mejor, que alejarme ahora evitará una ruptura más dolorosa después, aunque una parte de mí sabe que lo único que

estoy haciendo es posponer una conversación que ya no admite demasiados aplazamientos.

Camino varias manzanas sin rumbo fijo, con el teléfono en el bolsillo y la sensación clara de que, aunque no haya habido pelea ni reproches, algo ha cambiado entre nosotros. No se ha roto de golpe, pero ha empezado a agrietarse de una manera silenciosa y peligrosa. Lo que más me pesa no es que ella no me haya detenido, sino haber interpretado su calma como permiso para irme sin enfrentarme a nada, creyendo que la distancia me protegería, aunque empiezo a sospechar que lo único que he conseguido es alejarme aún más.

21

Nora

Salgo del portal con el móvil en la mano y el bolso mal colgado del hombro, sin revisar si he cerrado bien la puerta porque hoy no quiero rituales ni despedidas simbólicas, solo movimiento, calle y ruido suficiente para no pensar demasiado. Bajo los escalones deprisa y salgo a la calle con una determinación práctica que no tiene nada de épica, sino de pura logística emocional: si me paro, pienso y si pienso, me bloqueo.

Cruzo el paso de peatones con el semáforo todavía en ámbar y me meto entre la gente como una más, con el cuerpo tenso y la cabeza llena de una lista mental de tareas que no me importan demasiado. Hoy, en teoría, me toca volver a ser solo yo, aunque en la práctica no sé muy bien cómo funciona.

Camino varias calles sin rumbo fijo antes de darme cuenta de que no tengo prisa real por llegar al trabajo. Normalmente voy directa y con el piloto automático puesto. Sin embargo, esta mañana alargo el trayecto, rodeo dos manzanas, entro en una panadería, aunque no tengo hambre, y compro un croissant que no me apetece, solo para tener algo en la mano y una excusa para detenerme dos minutos, pero sin quedarme quieta del todo.

Me apoyo en la barra, doy un mordisco al bollo y miro a través del cristal el flujo constante de gente. Todo sigue igual. La ciudad no ha cambiado porque hace unss noches durmiéramos juntos y hoy estemos tan lejos el uno del otro.

Pago y al salir a la calle, tiro el croissant casi entero en la papelera de la esquina y continúo caminando. En el metro me coloco los auriculares, aunque no escucho música, pero me los pongo más por costumbre, que por necesidad. Me agarro a la barra metálica con una mano mientras el vagón avanza. Observo el reflejo en los cristales de las ventanas del metro, las caras cansadas y los cuerpos que se balancean con el movimiento del tren. Todo es normal,

demasiado, aunque sin darme cuenta, me descubro buscando a Mason en todo lo que me rodea: en un perfil que no es el suyo y en un hombre que lleva una chaqueta oscura muy parecida a la que él tiene. No es nostalgia sino memoria corporal o costumbre...

Cuando el metro llega a mi parada, bajo del tren, subo las escaleras y entro en la oficina con una sonrisa colocada en la cara, a pesar de que no tengo ganas de sonreír. Al llegar a mi mesa, enciendo el ordenador y empiezo a trabajar con una eficacia que roza lo excesivo. Contesto correos, organizo tareas, cierro temas pendientes... Funciono y quien me vea, debe pensar que todo va bien, pero por dentro, yo no siento lo mismo.

A media mañana alguien deja una carpeta en mi mesa con una nota escrita a mano y, durante un instante, tengo el impulso reflejo de hacerle una foto y mandársela a Mason con un comentario tonto. No obstante, me detengo con el móvil en la mano antes de desbloquear la pantalla. Lo dejo de nuevo sobre la mesa, respiro hondo y sigo trabajando. El resto de la mañana pasa entre reuniones cortas y conversaciones de trabajo. Me río cuando toca, participo cuando es necesario y logro que nadie note nada raro. Ni siquiera yo, a ratos. Hay momentos en los que casi me olvido de todo, en los que estoy simplemente concentrada y funcionando con total normalidad. Aunque esos ratos duran poco, pero existen, y eso me da una esperanza absurda: quizá volver a ser solo yo sí es posible, hasta que algo me recuerda que no es tan fácil. Un comentario casual de una compañera, que me habría dado igual cualquier otro día, hoy me descoloca. No es nada importante ni concreto. Solo esa sensación de estar siempre a medio paso de algo que no encaja por completo.

Cuando llega la hora de comer, recojo mis cosas sin proponer planes a ninguno de mis compañeros, ni aceptar invitaciones de ellos. Salgo sola, sin explicaciones, y camino hasta un restaurante pequeño en una calle cercana a la oficina. Me siento junto a la ventana y pido lo primero que veo en la carta. No tengo hambre, pero mi cuerpo necesita rutinas para seguir funcionando con normalidad. Mientras espero, saco el móvil, lo miro y lo guardo. No

hay mensajes, tampoco los espero, aunque la parte más honesta de mí sí lo hace.

Comer sola nunca me ha molestado, aunque hoy lo que siento no es soledad sino ausencia. La gente pasa por delante del cristal con sus historias, mientras yo sigo aquí, en este punto extraño en el que no estoy con alguien, pero tampoco disfruto de estar solo conmigo del todo. Pago y regreso a la oficina con la sensación de que el día avanza más lento de lo normal, como si el tiempo también estuviera en fase de ajuste.

Por la tarde me quedo más rato, adelanto cosas que no son urgentes y reviso documentos dos veces sin necesidad. Supongo que es una forma elegante de no volver a casa demasiado pronto.

Cuando por fin salgo, la ciudad ya tiene encendidas sus farolas, hay luces en los escaparates y las terrazas de los bares están llenas. Podría quedar con alguien, escribir a una amiga y vernos, o hacer mil cosas que encajarían con la versión de mí que sabe seguir adelante, pero no hago ninguna. Me limito a seguir caminando. Después, cruzo una plaza y me siento en un banco unos minutos y vuelvo a levantarme. Me muevo sin una dirección clara. No estoy buscando nada, solo trato de evitar quedarme quieta.

Al final, acabo en un bar en el que he estado otras veces, uno de esos sitios cómodos en los que nadie te hace preguntas. Me siento en la barra y pido una copa. El camarero me reconoce, me pregunta qué tal y yo respondo con un «bien» automático que no explica nada, pero es lo único que me apetece contestarle. Bebo despacio, tal vez demasiado para alguien que quiere olvidarse de algo cuanto antes. A mi alrededor hay risas, conversaciones y miradas que no me interesan. A pesar de que no estoy triste, tampoco contenta, me siento fuera de lugar, como si estuviera ocupando un sitio que ya no es mío del todo.

Pago antes de que el camarero me ofrezca una segunda copa y salgo a la calle con una claridad incómoda: alejarme de Mason no me ha devuelto a mí, sino que me ha dejado en tierra de nadie, desorientada, perdida y vacía.

Camino hacia casa con el cuerpo rígido y la cabeza saturada. Al entrar en el apartamento, vuelvo a ver sus llaves en el cuenco

sobre el mueble del recibidor y lanzo un suspiro, después dejo el bolso en el sofá y me quito los zapatos casi por inercia. Todo sigue donde debería estar, ordenado y en calma, pero esa calma no es neutral: es la que queda cuando alguien empieza a retirarse sin haber dicho adiós todavía. Me siento en el sofá sin encender la televisión y me quedo unos segundos con las manos apoyadas en las rodillas, respirando despacio.

He salido.

He trabajado.

He funcionado.

He cumplido el guion.

Pero nada de eso ha servido para que esto deje de dolerme... No echo de menos una relación sino a Mason, sino su presencia, su forma de estar, la facilidad, la calma y su manera de respetar tu espacio y mantener el suyo.

Separarme de él no funciona, ni me hace más fuerte, ni me devuelve el centro, ni me devuelve a mí, sino que solo me hace regresar a la versión incompleta de lo que era antes de él.

Me levanto y voy al dormitorio. Me cambio despacio, sin encender la luz principal, y me meto en la cama con el cuerpo rígido, como si todavía no supiera cómo colocarse por sí solo. Cierro los ojos y aparece su imagen en mi cabeza de forma imprevista: Mason apoyado en el marco de la puerta, observándome sin hablar, esperando. Trago saliva, porque me he pasado todo el día intentando volver a ser solo yo y lo único que he conseguido es confirmar que ya no lo soy del todo. La frase se forma en mi cabeza con una claridad que me asusta por lo simple que es: estoy enamorada de Mason.

No obstante, lo peor no es sentirlo, sino haberlo entendido cuando ya hemos empezado a separarnos, hemos aprendido a no escribirnos y estamos ensayando cómo estar sin el otro.

Abro los ojos y miro el techo con el corazón latiendo despacio. Mañana tendré que decidir qué hago con esto, aunque hoy, al menos, voy a dejar de mentirme.

No me duermo de inmediato y me quedo dando vueltas entre las sábanas, cambiando de postura con una incomodidad que no es

física, sino mental. El colchón me resulta demasiado grande para mí sola, después de haberlo compartido con él. Me coloco boca arriba, luego de lado, después vuelvo a girarme, hasta que acepto que esta noche no va a ser de descanso profundo, sino de vigilia suave.

El móvil está en la mesilla, no emite ningún sonido, así que no lo cojo, porque ya sé lo que pasaría si lo hiciera. Cierro los ojos y aparecen escenas sin orden dentro de mi cabeza: Mason quitándose la chaqueta en el recibidor, Mason apoyado en la encimera mirándome cocinar, Mason dormido a mi lado con el ceño relajado, Mason saliendo de la ducha con una toalla a la cintura... Son recuerdos normales y domésticos y precisamente por eso me duelen más.

En algún momento consigo dormirme, pero es un sueño ligero del que salgo varias veces, con la sensación de haber olvidado algo importante, como cuando te despiertas sabiendo que tenías que hacer una llamada y no recuerdas a quién.

Cuando suena el despertador, lo apago de inmediato y me quedo sentada en la cama unos segundos, con los pies en el suelo y la espalda recta, intentando reunir la energía suficiente para levantarme, aunque no tengo ganas de empezar otro día con esta versión de mí, pero no tengo alternativa

Me ducho como una autómatas, me visto con ropa cómoda y neutra, y me preparo un café. Todo sigue su curso aunque yo esté detenida por dentro.

Salgo de mi casa vacía sin él y repito el trayecto del día anterior, aunque hoy mi cuerpo va más lento. En el metro no miro a nadie. Cuando llego a la oficina saludo a mis compañeros, sonrío y me siento frente al ordenador con la sensación de estar interpretando un papel que ya no me convence.

A media mañana, Rachel me llama por teléfono.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo demasiado rápido.

No insiste, pero tampoco cuelga.

—Eso suena a «no, pero no quiero hablar».

—Eso ha sonado a diagnóstico no solicitado —le sigo el juego.

—Eso ha sonado a verdad —replica imitándome.

No tengo energía para discutirlo, por lo que me reclino en la silla y dejo escapar el aire despacio. entre los dientes.

—Estoy rara —admito.

—¿Rara por qué?

—Por haber hecho lo correcto y por el miedo a que no funcione.

—Eso suele ser una pista importante.

No le cuento detalles, porque no hace falta con ella.

—Date tiempo —dice—. A veces volver a una misma también necesita reajuste.

Asiento, aunque algo dentro de mí ya sabe que tiene nada que ver con darme tiempo.

La mañana se alarga. El reloj avanza con lentitud y, cuando llega la hora de comer, decido salir sola otra vez, porque necesito comprobar algo. Camino hasta un parque cercano y me siento en un banco al sol. Abro una fiambarrera con comida que no me apetece y pico sin hambre, observando a la gente pasar y tengo la sensación de que todo encaja menos yo. No echo de menos tener pareja, sino compartir. Sé que la diferencia es sutil, pero también fundamental.

Vuelvo al trabajo y termino la jornada con una sensación clara: puedo seguir así y alargarlo días, semanas, incluso meses. Puedo acostumbrarme a esta versión contenida de mí misma que no pide, no espera y no se expone. Lo he hecho antes y sé hacerlo bien, pero lo que no tengo claro es si quiero seguir así.

Salgo de la oficina más temprano de lo habitual y, por primera vez en dos días, no camino sin rumbo. Voy directa a casa. Entro, dejo las cosas y me siento en el sofá sin encender la luz. A mi alrededor, el apartamento está en calma. No hay ruido, ni tensión, ni nada que me obligue a decidir. Podría quedarme aquí, en esta quietud cómoda, fingiendo que esto es suficiente para mí, pero lo cierto es que no lo es. Así que me levanto y voy a mi dormitorio. Abro el armario y me quedo mirando la ropa colgada, aunque sin verla realmente. Me siento en la cama y apoyo los codos en las rodillas.

Alejarme de Mason solo me ha servido para darme cuenta de que sigo eligiéndolo incluso ahora, cuando nadie me empuja a

hacerlo y precisamente por eso me resulta tan difícil admitirlo.

Cojo el móvil y lo sostengo unos segundos, aunque todavía no escribo nada. Primero necesito decirlo en voz alta, aunque solo me escuche yo.

—Estoy enamorada —digo.

Esas dos palabras no pesan tanto como esperaba. Ni me aplastan ni me desbordan, solo resuenan dentro de mí con una serenidad inquietante, como algo que siempre estuvo ahí y por fin me he atrevido a ponerle nombre.

Estoy enamorada de Mason, porque aunque no encaja en mis planes, sí lo hace en mi vida. Aunque lo he entendido tarde, cuando hemos puesto distancia el uno del otro para no rompernos y hemos empezado a asumir que separarnos es una opción real.

Dejo el móvil sobre la cama y me tumbo boca arriba, mirando el techo. No voy a escribirle hoy, porque necesito llegar a él sin rodeos, sin frases a medias y sin máscaras. Lo haré mañana, sí, mañana hablaré con él.

Cierro los ojos con el corazón acelerado y una certeza nueva instalándose en el pecho: volver a ser solo yo ya no es una opción, porque ese «yo» ya no existe. Ahora soy alguien que ama y eso cambia todas las reglas.

22

Mason

Aprieto el ritmo de la carrera cuando el reloj vibra en mi muñeca y marca un tiempo que debería bastarme, aunque no lo hace. El aire entra y sale de mis pulmones con disciplina, pero mi cuerpo va por delante de la cabeza y no consigue arrastrarla consigo. Sudo, me arden los músculos y el pulso me golpea fuerte en las sienes y en el pecho, aunque nada de eso consigue acallar la sensación incómoda que llevo dentro desde hace días y que no tiene nada que ver con el cansancio físico.

Doblo una esquina sin pensar demasiado en el recorrido y cruzo un parque casi vacío a esta hora. No miro a nadie, no necesito estímulos externos. Corro porque es lo que siempre hago cuando algo me altera y todavía no me atrevo a enfrentarme a él. El problema es que esta vez mi cuerpo obedece, pero mi cabeza no se vacía. Al contrario, cada zancada que doy parece traerme de vuelta lo que intento esquivar.

No pienso en Nora, porque no me lo permito, pero aparece igualmente, en la forma en que el esfuerzo no termina de anclarse y en esa sensación de estar avanzando sin moverme del sitio. Acelero un poco más y noto cómo el pecho empieza a pedirme una tregua que no le doy. No busco superarme ni batir marcas personales sino agotarme lo suficiente como para no pensar. Cuando por fin freno, apoyo las manos en las rodillas y dejo que el aire me queme la garganta. El sudor me resbala por la espalda y el corazón tarda más de lo habitual en volver a un ritmo aceptable. Me enderezo despacio y camino unos pasos sin rumbo, con la sensación clara de que esto no va de energía acumulada ni de estrés mal gestionado.

Saco el móvil del bolsillo y lo miro sin desbloquearlo. No tengo ninguna notificación, ni ningún mensaje. Lo guardo otra vez, consciente de que no estaba esperando noticias, sino la confirmación de algo que no quiero formular todavía.

—Corres como si te persiguiera algo.

La voz de Lucke me llega desde atrás, seca y directa, sin saludo previo ni rodeos. Me giro y lo encuentro junto a una *food truck* de café, con un par de vasos de cartón con café en la mano y su típica expresión a medio camino entre la ironía y la lucidez en partes iguales.

—O como si intentara escapar —respondo, más por inercia que por sinceridad.

—Eso encaja más con lo que veo.

Camina hacia mí y me tiende uno de los vasos de cartón. Lo acepto aunque no me apetece especialmente. Bebemos en silencio unos segundos.

—No tienes buena cara —dice después—. Y no me refiero al sudor.

—Estoy bien.

—Claro que lo estás. Por eso corres como si el suelo ardiera.

No le contesto. Me limito a mirar hacia el camino por el que he venido, como si allí hubiera algo más interesante que esta conversación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Nada —respondo negando con la cabeza.

—Eso es mentira.

—Eso es una respuesta breve.

—Eso es una forma de evitar responderme.

Resoplo y doy un sorbo más al café, aunque está demasiado caliente y me quema la lengua. No obstante, agradezco esa molestia física, porque me ancla al presente.

—Se ha cerrado el proceso —digo al fin—. Todo. Fechas, papeles, resolución definitiva.

Lucke arquea una ceja, pero no sonrío ni me felicita.

—¿Y?

—Y nada... Es lo que tenía que pasar —suelto encogiéndome de hombros.

—No veo que te brillen los ojos —apunta.

—No soy de fuegos artificiales.

—Cierto y quizás ese es el problema., ¿no?

Levanto la vista hacia él, molesto.

—No estoy huyendo —digo—. Si es eso lo que estás pensando.

—Yo no he dicho eso.

—Lo estás insinuando.

—No. Estoy pensando algo peor.

Me quedo quieto, con el vaso entre las manos.

—No estás huyendo del matrimonio —continúa—. Eso sería sencillo. Lo has hecho todo bien, con cabeza, con plazos y con responsabilidad. No es ahí donde fallas.

—Entonces ilústrame —le digo alzando una ceja.

—Huyes de necesitar a alguien.

La frase no suena acusatoria, sino constatada. Me atraviesa con una fuerza que no esperaba y noto cómo el cuerpo se me tensa de golpe, como si acabara de recibir un impacto contundente.

—Eso no es verdad —respondo demasiado rápido.

—¿Seguro?

—Siempre he sido independiente.

—Eso no es lo mismo.

—No me digas ahora que depender es una virtud.

—No. Te digo que nunca lo has hecho y que ahora te asusta.

Abro la boca para replicar, pero no encuentro una frase que no suene a excusa. Lucke me observa, como si supiera que esto no se resuelve con una discusión rápida.

—No estás roto, Mason —añade—. Estás descolocado y no sabes qué hacer cuando algo es importante de verdad.

Su comentario no tiene intención de herirme, pero me deja sin una réplica inmediata. Aprieto el vaso vacío entre los dedos y lo tiro a la papelera más cercana.

—No he pedido un diagnóstico —murmuro.

—Lo sé, pero lo necesitabas.

Nos quedamos de pie, con el parque volviendo poco a poco a su rutina a nuestro alrededor. Yo sigo sudando, aunque ya no corro, y esta vez no es por el esfuerzo.

—No necesito a nadie —digo al cabo de un momento, con una calma que suena ensayada incluso para mí—. Nunca lo he

necesitado.

Lucke no se ríe, aunque tampoco discute. Se limita a inclinar un poco la cabeza, como si estuviera observando una grieta en una pared que ha visto desde hace tiempo.

—Eso no es fortaleza —responde—, sino costumbre.

—No, es supervivencia.

—Es lo que te funcionó cuando no había alternativa.

Me paso la mano por la nuca y noto la piel caliente y todavía húmeda por el sudor. Camino unos pasos y vuelvo, incapaz de quedarme quieto.

—No estoy hecho para depender —insisto—. No es una pose, sino una forma de vida.

—Lo sé —dice—. Por eso sé reconocer cuándo se te queda pequeña.

Me detengo frente a él.

—No estoy hablando de dependencia emocional —añado—. Estoy hablando de no perder el control.

—Exacto.

—Nunca te ha dado miedo casarte —continúa—. Te daba vértigo la logística, el compromiso legal, la estructura... pero no eso.

—No me conoces tanto.

—Te conozco lo suficiente como para ver que no estás huyendo de un «nosotros» abstracto —replica—. Sino de sentir que la necesitas cuando no puedas racionalizarlo.

No le respondo, porque ese es el punto exacto donde el discurso se me rompe por dentro. No puedo decir que tenga razón sin abrir una puerta que llevo años manteniendo cerrada.

—No sé de qué hablas —miento.

—Claro que lo sabes.

Me giro hacia la gente que pasa sin prestar atención a nuestra conversación y me aferro a esa normalidad ajena como a un salvavidas.

—No me ha pedido nada, ni tampoco me lo exige.

—Ese es el problema —contesta—. Si te lo pidiera, podrías negociar, decidir y decir que no.

—No es justo.

—El miedo nunca lo es.

Respiro hondo, mientras siento el peso de esa frase asentarse en mi pecho, incómoda y persistente.

—No estoy preparado para depender de alguien —admito al fin casi en un susurro—. No sé qué se hace con eso.

Lucke asiente despacio.

—Nadie lo sabe hasta que lo hace.

—¿Y si no quiero aprender ahora?

—Entonces no es que no quieras aprender —dice—. Es que no quieres perderla y no sabes cómo quedarte sin dejar de ser tú.

La afirmación no suena a reproche sino a verdad.

Nos quedamos unos segundos callados, sin necesidad de añadir nada más. Lucke mira el reloj y da un paso atrás, dándome espacio sin desaparecer del todo.

—No te estoy diciendo qué hacer —aclara—. Solo que no te equivoques de enemigo.

—En esto no hay enemigos —respondo.

—Exacto y eso es lo que te duele.

Se despide con un gesto breve y se aleja por el camino del parque, dejándome allí con una quietud que no logro quitarme de encima. Me siento en el banco más cercano y apoyo los antebrazos sobre los muslos, con la cabeza inclinada hacia delante. Mi cuerpo empieza a enfriarse y con eso me invade una lucidez, que me resulta del todo incómoda.

No he huido del matrimonio, ni del compromiso, sino del momento en el que Nora dejó de ser una circunstancia y empezó a ser una necesidad concreta, incómoda y real. De ese lugar en el que no basta con estar y con sostener una estructura, porque lo que se pone en juego es otra cosa.

Cierro los ojos un momento y la veo con una claridad que no buscaba: sentada en la cama, hablándome sin dramatismo y mirándome como si no necesitara convencerme de nada. No me pedía promesas, ni garantías, sino que estuviera a su lado y yo me he protegido de eso.

Me incorporo despacio y echo a andar sin rumbo fijo, dejando que la ciudad me absorba de nuevo. Entro en una cafetería, pido

otro café que no me termino y salgo sin mirar atrás. Todo continúa y yo también sigo, aunque algo ha cambiado dentro de mí.

«No quiero perderla». Esas tres palabras aparecen dentro de mi cabeza con una nitidez que me deja sin margen de maniobra. No como una conclusión romántica ni como una declaración épica, sino como una constatación simple y directa. No quiero que un día su ausencia se convierta en una idea que tenga que aceptar sin otra opción. No quiero mirar atrás y pensar que me fui porque no supe quedarme cuando realmente debía hacerlo.

Saco el móvil y lo miro. No escribo nada, porque ahora mismo lo único que sé con certeza es que el error no fue casarnos, sino callarnos cuando empezamos a sentir algo de verdad.

Guardo el teléfono y sigo caminando, consciente de que esta vez no estoy huyendo, solo estoy llegando tarde.

Me detengo frente a un semáforo en rojo y apoyo el peso en una pierna, notando el cansancio acumulado en los hombros. No estoy agotado por el día, sino por haber sostenido una versión de mí mismo que funcionaba mientras no había nada importante que perder. Sin embargo, Nora se ha vuelto importante sin exigir explicaciones. Ha ocupado un espacio que yo le dejé ocupar creyendo que era provisional, gestionable y reversible. Sin embargo, ahora el problema no es que haya entrado, sino que ahora sé que no quiero que salga.

Cruzo cuando el semáforo cambia a verde y sigo andando con una claridad mental que no tenía hace una hora. No necesito convencerme de nada, ni más argumentos. Lo único que necesito aceptar es que el miedo no desaparece tomando distancia, solo cambia de forma.

Saco el móvil y lo sostengo unos segundos en la mano, dudando por pura inercia, no porque no sepa qué hacer. Podría esperar a verla mañana, fingir normalidad otra vez y aplazar esta conversación un día más, pero algo dentro de mí se rebela ante esa posibilidad. Así que le escribo un mensaje despacio, sin borrar, sin editar y sin buscar la frase perfecta.

Mason:

No quiero perderte.
No sé todavía cómo quedarme a tu lado
de la manera oportuna,
lo único que tengo claro es que no quiero irme.

Pulso enviar antes de que la cabeza intente tomar el mando otra vez y cuando lo hago, me quedo quieto, con el teléfono en la mano y el pulso acelerado, consciente de que esta vez no hay marcha atrás. He dicho algo real y eso siempre tiene consecuencias.

Me guardo el móvil en el bolsillo y continúo caminando, aunque ahora con cada paso que doy me siento más ligero. No porque el problema esté resuelto, sino porque, por primera vez, estoy avanzando hacia él en lugar de rodearlo.

Cuando llego a casa, dejo las llaves en la mesa, el piso está en silencio. Me quito la chaqueta y me sirvo un vaso de agua que bebo despacio. Después, me siento en el sofá sin encender la televisión y dejo que mi cuerpo se calme poco a poco. No hago listas mentales ni planes a largo plazo, tampoco pienso en fechas, ni en procesos, ni en lo que vendrá después. Solo en el hecho simple y contundente de que he elegido no protegerme huyendo de su lado,

Cuando más perdido estoy en mis pensamientos, escucho que mi teléfono vibra.

Nora:

Gracias por decirlo.
Hablamos luego.

No hay promesas, ni reconciliaciones inmediatas, ni soluciones mágicas, aunque tampoco hacen falta. A pesar de que su mensaje no me tranquiliza del todo, tampoco me asusta, y esa combinación me parece un buen punto de partida.

Dejo el teléfono, apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos unos segundos. Siento el cansancio real instalarse en mi cuerpo, supongo que como consecuencia de haber bajado la guardia. Aunque esto me gusta, porque por primera vez no estoy intentando ser suficiente, ni correcto, ni fuerte, solo estoy siendo

honesto, incluso con las partes de mí que preferiría mantener en segundo plano.

La verdad es que no tengo ni idea de cómo va a salir esto, ni si sabré hacerlo bien. Lo único que sé con certeza es que el error no fue casarnos, ni intentarlo, sino creer que el miedo se gestionaba en silencio.

Abro los ojos y miro el techo, respirando despacio y con el convencimiento de que esta vez, cuando llegue el momento de hablar, no pienso quedarme callado.

23

Nora

Marco el número de teléfono de Rachel, mientras bajo las escaleras sin haber decidido todavía a dónde voy. No llevo bolso grande ni chaqueta elegante ni nada que se parezca a una versión organizada de mí misma. Solo el móvil en la mano, las llaves apretadas en el puño y una sensación incómoda que no tiene forma concreta. Camino rápido sin saber muy bien hacia dónde, porque no me planteo quedarme quieta. Mi amiga contesta al tercer tono.

—Dime que no estás llorando en una esquina del salón —dice sin saludar.

—No, no estoy llorando. Todavía —le aclaro.

—Parece una amenaza...

—Que va, pero... ¡te necesito!

—Entonces dame dos minutos y sal de donde estés.

—Ya estoy saliendo.

—Perfecto. Café en el sitio de siempre.

Cuelga sin despedirse, como si la conversación ya estuviera cerrada, y eso me tranquiliza. Rachel siempre ha tenido esa habilidad para decidir cosas por mí cuando yo estoy demasiado ocupada pensando o perdida.

Camino varias calles sin prestar atención al tráfico ni a la gente. No estoy nerviosa, pero sí siento una presión dentro del pecho que me ahoga, porque llevo días evitando algo y de pronto ya no puedo seguir haciéndolo. Entro en el café y la veo al fondo, sentada en nuestra mesa habitual, con el abrigo colgado en el respaldo de la silla y una taza entre las manos. No me saluda con gestos exagerados ni con dramatismo, se limita a observarme llegar con la misma mirada de siempre con la que consigue hacerme sentir que no estoy sola, aunque no haya dicho ni media palabra aún.

Me siento frente a ella y dejo el móvil sobre la mesa.

—Empieza —dice.

—He dejado de escribirle.

—¿Y?

—No ha funcionado.

—Lo imaginaba.

—Y aun así lo he hecho igual.

—Eso es muy tú.

Resoplo.

—Gracias por el apoyo —resoplo.

—No es falta de apoyo —responde—. Es precisión.

Apoya los codos en la mesa y se inclina un poco hacia mí.

—¿Alejarte de él te ha devuelto a ti?

No le contesto de inmediato. Bajo la mirada a la mesa y a mis propias manos.

—No —admito tras unos segundos de pensar mi respuesta.

—¿Te ha hecho ver las cosas más claras?

—Sí.

—¿Y eso te gusta?

—No.

Rachel asiente despacio, como si todo encajara.

—Vale —dice—. Ahora cuéntame lo que no me estás diciendo.

Cojo el móvil, lo desbloqueo y giro la pantalla hacia ella.

—Me ha escrito.

Lee el mensaje con calma y concentrada en cada palabra que aparece en la pantalla.

Mason:

No quiero perderte.

No sé todavía cómo quedarme a tu lado

de la manera oportuna,

lo único que tengo claro es que no quiero irme.

Rachel no reacciona de inmediato. No sonrío, no hace bromas, ni monta un drama, solo levanta la vista despacio hasta encontrarse con mis ojos, que también la miran inquisitivos.

—Eso no es una huida —dice.

—No.

—Ni una promesa vacía.

—No.

—Eso es alguien diciendo la verdad con las herramientas que tiene.

Asiento.

—Y ahora no tengo ni idea de qué hacer con eso.

—Sí lo sabes.

—No —respondo negando con la cabeza—. Sé lo que siento, no es lo mismo.

—¿Qué sientes?

—Que alejare de él no ha arreglado nada, ni me ha devuelto a mí, ni me ha hecho más fuerte ni más libre.

—Sigue.

—Que el error no fue casarme —continúo—. Ni quedarme a su lado, ni intentarlo. El error fue no decir lo que me estaba pasando cuando empezó a importarme de verdad.

Rachel se reclina en la silla y me observa.

—Eso que acabas de soltar es muy peligroso.

—Lo sé.

—Porque implica responsabilidad.

—Exacto.

Me paso la mano por la cara.

—No le he pedido nada —añado—. No voy a hacerlo, porque no quiero que esto sea una negociación, ni un acuerdo, ni un a ver si funciona... Solo quiero decir la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

Respiro hondo.

—Que le quiero.

Rachel no hace ningún gesto exagerado. Solo asiente.

—Vas un poco tarde, ¿no? —dice.

—Siempre lo entendemos tarde. Cuando ya hemos empezado a poner distancia para protegernos —admito.

—Eso es muy humano.

—Y muy estúpido.

—También.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—No lo sé todavía.

—Mientes mejor cuando no me miras a los ojos.

Levanto la vista.

—No voy a ir a buscarlo para retenerlo —digo—. Ni le voy a pedir que se quede, ni a negociar condiciones.

—Bien.

—Voy a ir a decir la verdad —añado—. Lo que siento, lo que me pasa y lo que no me atreví a decir cuando tenía que haberlo dicho.

—Eso es mucho más peligroso —sonríe.

—Lo sé.

Rachel bebe un sorbo de café y me vuelve a mirar, pero ahora con una media sonrisa.

—Ya era hora —dice.

—No he dicho que vaya a ir ahora.

—Da igual —responde—. Lo importante es que ya te estás moviendo por el motivo correcto.

—¿Y si no sirve de nada?

—Entonces no servirá para quedarte con él —contesta—. Pero sí para quedarte contigo.

Su frase me cala hondo.

—No quiero quedarme solo conmigo —digo.

—Eso también es una respuesta honesta.

Me apoyo en el respaldo de la silla.

—No voy a pedirle que se quede conmigo—repito.

—Lo sé.

—Voy a decirle que yo sí quiero quedarme.

Rachel sonríe de nuevo.

—Eso cambia todo.

—Y nada a la vez.

—Así es exactamente cómo funcionan las cosas importantes.

Nos quedamos un momento más hablando de cosas triviales, como si mi cuerpo necesitara ese descanso antes de lo que viene. Cuando nos levantamos, me abraza como siempre hace justo cuando más falta me hace.

—No corras —me dice al oído—. Pero tampoco vuelvas a esconderte.

—No pienso hacerlo.

Salgo del café y la ciudad me golpea de frente con un montón de gente de un lado a otro, ruido, coches, movimiento... Todo sigue igual, pero yo ya no. Camino sin prisa, pero avanzo, porque quedarme quieta ya no me sirve.

Saco el móvil del bolsillo y releo el mensaje de Mason una vez más. No con ansiedad, sino con atención y en sus palabras encuentro una verdad incompleta, vulnerable y torpe y eso me importa más que cualquier frase perfecta.

«No quiero perderte.

No sé todavía cómo quedarme.

No quiero irme».

Aprieto el móvil entre los dedos y sigo caminando varias manzanas sin rumbo concreto, dejando que mi cuerpo vaya por delante de mi cabeza, porque si me detengo a pensar corro el riesgo de empezar a matizar lo que ya no admite matices. Así que avanzo, con un paso después de otro, mientras la ciudad me acompaña con su ruido habitual, con gente que entra y sale de sitios, con conversaciones que no me pertenecen y que, por una vez, no me molestan.

No voy a escribirle ahora, porque necesito que lo que le diga no sea una reacción, sino una decisión. Ya he pasado demasiados días reaccionando a medias, pensándome lo que digo y escondiéndome detrás de gestos comedidos y silencios educados, pero eso no me ha llevado a ningún sitio al que quiera regresar, al contrario.

Cruzo un paso de peatones y me detengo en seco cuando el semáforo cambia. Aprovecho para respirar hondo e intentar calmarme apoyándome en una farola. Mientras espero me repito que el problema de todo esto no fue casarme con Mason ni convivir con él, sino callarme cuando empezó a importarme de verdad y asumir que él lo entendería sin que yo le dijera nada. Como si querer a

alguien no exigiera también el riesgo de poner palabras donde solo había gestos hasta entonces.

Cuando llego a casa, dejo las llaves en el cuenco de la entrada y me quito los zapatos. El apartamento está ordenado y ahora me parece demasiado grande para una sola persona. No me incomoda, pero tampoco me resulta indiferente. Voy a la cocina para servirme un vaso de agua, bebo despacio y observo el reflejo tenue de la ciudad en la ventana. No me estoy despidiendo de nada ni aferrando, simplemente estoy en ese momento en el que no sirve de nada fingir que tengo todo bajo control, porque no es así.

Después, me siento en el sofá y dejo caer la espalda contra el respaldo. Cierro los ojos un instante y Mason aparece en mi cabeza.

—Tengo que decirle lo que siento, aunque sea tarde y ya no tenga el efecto que deseo —digo a media voz, aunque sé que nadie me puede escuchar.

Cojo el móvil y lo desbloqueo, aunque no escribo nada, solo leo su mensaje otra vez.

—No quiero perderte —digo también en voz alta.

Voy hacia mi dormitorio., me siento en la cama y me quedo así unos segundos, mirando a mi alrededor, respirando despacio y notando cómo mi cuerpo se va alineando con la decisión. De repente, vibra mi teléfono anunciándome que me acaba de llegar un mensaje. Miro la pantalla enseguida, temiendo que sea de Mason diciéndome que no nos vamos a ver, pero, por suerte, no es de él sino de Rachel y un suspiro profundo se me escapa de los pulmones.

Rachel:

No te adelantes pidiéndole nada.

Simplemente dile la verdad.

Eso ya es mucho.

Sonríó sin darme cuenta y le respondo.

Nora:

Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Dejo el móvil en la cama y me tumbo boca arriba. No me estoy lanzando al vacío sino asumiendo por fin que el miedo no

desaparece por ignorarlo. Mañana voy a hablar con Mason, porque no quiero seguir escondiéndome detrás de la versión prudente de mí misma, la que siempre sabe cuándo retirarse con dignidad, pero nunca cuándo quedarse a pelear por lo que importa. Cierro los ojos entendiendo por primera vez que el error real no fue empezar mal, sino no haberlo corregido a tiempo, aunque todavía estoy a tiempo de arreglarlo... creo.

No consigo dormirme enseguida, aunque estoy cansada, pero lo que me mantiene despierta es la sensación de haber dejado de esconderme incluso ante mí misma. Cuando finalmente me quedo dormida, lo hago con la certeza de que mañana no va a ser un día cualquiera y de que, pase lo que pase, ya no voy a fingir más que no me importa.

Me despierto antes de que suene el despertador. Me quedo unos segundos sentada en la cama, con los pies en el suelo y la espalda recta, dejando que mi cuerpo termine de activarse sin prisas. Después me levanto y voy directa a la ducha, donde trato de concentrarme en cómo el agua cae desde mi cabeza hasta los pies en un intento de tranquilizarme para decirle todo lo que le tengo que quiero a Mason.

Poco después, salgo de casa y en la calle, la ciudad ya está en marcha y yo me muevo dentro de ella con una sensación distinta a la de los días anteriores. En el metro, me apoyo en la barra y observo a la gente sin buscar nada concreto. No pienso en Mason todo el rato, pero tampoco lo evito. Simplemente está ahí, en un plano sereno, como una conversación pendiente que ya no me agobia, porque he decidido tenerla.

En la oficina, trabajo durante un par de horas y a media mañana, Rachel me llama mientras me estoy tomando un café.

—Tienes voz de haber dormido poco —dice.

—He dormido lo suficiente.

—Eso suena mejor.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—No voy a pedirle nada —le respondo al instante.

—Bien.

—Simplemente, voy a decirle la verdad. Estoy cansada de dar tantos rodeos.

—Mejor.

—Y luego dejaré que él decida qué hace con eso.

—Eso es lo más honesto que te he oído decir en mucho tiempo —me contesta con tono contento.

—No te creas que es tan épico.

—No es épico —replica—. Es adulto.

Sonrío y apuro mi café de un trago cuando colgamos. Un rato después, cierro el ordenador y recojo mis cosas. Al cruzar la puerta del edificio, el aire frío me despeja del todo. Camino un par de manzanas sin pensar demasiado en la ruta y, al llegar a una esquina, me detengo. Podría escribirle ahora y seguir postergando el momento con mensajes que suavicen el impacto, pero no lo hago. En lugar de eso, saco el móvil y busco su contacto. Me quedo unos segundos mirando la pantalla, consciente de que esta vez no estoy tanteando el terreno, sino marcándolo y le escribo despacio y sin borrar nada.

Nora:

Voy a verte,
tengo que decirte algo importante.

Pulso enviar y guardo el móvil en el bolso sin esperar a que me responda. El gesto me deja una descarga breve en el pecho de adrenalina, pero continúo caminando con una dirección clara por primera vez en días.

No tengo ni idea de cómo va a salir esta conversación, porque no sé si está preparado para lo que le voy a decir o si es demasiado tarde... Lo único que tengo claro es que seguir sin decir nada ya no es una opción y que, pase lo que pase después, quiero poder mirarme al espejo orgullosa, porque no habré vuelto a huir como he hecho siempre que algo me asusta.

Acelero el paso, me pierdo entre la gente y dejo que la ciudad me lleve hacia él, con el pulso firme y una certeza tranquila acompañándome: esta vez no voy a quedarme quieta esperando que alguien adivine lo que siento. Ahora voy a ser yo quien mueva ficha.

24

Mason

Cuando cierro la puerta de mi apartamento el teléfono me vibra en el bolsillo del pantalón y sé quién es incluso antes de sacarlo. Aun así, no lo miro de inmediato. Me quedo de pie, tenso y respirando despacio, como si mi cuerpo necesitara asegurarse de que ya no hay nada más que hacer esta noche, que pueda cambiar lo que ya está en marcha.

Nora:

Voy a verte,
tengo que decirte algo importante.

No hay preguntas ni explicaciones, tampoco promesas que me tranquilicen. Guardo el móvil y me paso la mano por la cara, notando cómo el cansancio empieza a instalarse por fin en mi cuerpo. Entro en el baño y dejo correr el agua caliente de la ducha. Me descalzo, me quito la ropa y me coloco bajo el chorro con los ojos cerrados. El agua me golpea la nuca y la espalda y me obliga a bajar el ritmo. Apoyo una mano en la pared de azulejos y dejo que el vapor lo invada todo. En mi cabeza, aparecen recuerdos de cuando estábamos bajo el mismo techo: Nora dejando siempre las llaves en el mismo sitio, Nora caminando descalza por el pasillo, Nora sentada en el sofá con las piernas recogidas, leyendo sin leer... Imágenes casi anodinas, pero que se han acabado volviendo esenciales para mí sin que yo me haya dado cuenta.

Salgo de la ducha y me pongo ropa cómoda. Después, me preparo algo rápido de comer y como de pie, sin prestar atención a lo que como ni a su sabor. Me siento en el sofá con el plato en la mano y lo dejo sobre la mesa baja sin terminarlo. El silencio vuelve a ocuparlo todo, aunque esta vez no intento llenarlo con nada.

No estoy triste en el sentido más evidente de la palabra. No tengo la sensación de haber sufrido una pérdida, pero tampoco el

impulso de arreglar nada de golpe. Lo que siento es que ya no puedo esconderme detrás de la logística, de los procesos ni de las decisiones racionales que siempre me han servido para mantener las cosas bajo control.

Me recuesto en el respaldo del sofá y dejo caer la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos y respiro hondo, consciente de que mi cuerpo sigue funcionando con esos mecanismos que se activan cuando algo empieza a importarme demasiado. La diferencia es que ahora los reconozco con una claridad que no me deja fingir que no están ahí.

No me asusta compartir una vida ni construir algo con alguien, lo que me descoloca es ese punto en el que una persona deja de ser importante para convertirse en necesaria. Ahí es donde el control deja de servir y donde empiezan a aparecer las grietas más difíciles de ocultar

Abro los ojos y miro el techo, dejando que esa idea se asiente sin resistirme. No quiero que su ausencia se convierta en una versión aceptable de mi vida, ni recordar su nombre como algo que pasó y ya está.

No sé cómo será la conversación con Nora ni qué nos va a costar llegar hasta el final, pero tengo algo claro que no voy a huir otra vez. Me acerco hasta la ventana y observo la ciudad con las luces encendidas, el tráfico constante y la vida avanzando con normalidad. Todo sigue y, esta vez, yo también pienso hacerlo.

Me preparo algo más de comer por inercia, aunque no tengo hambre, ni me siento a la mesa. Mastico despacio, sin mirar el móvil ni encender la televisión, consciente de que estoy haciendo algo nuevo para mí: no distraerme.

Recojo sin prisa y vuelvo al salón. La casa sigue en calma y ya no me pesa de la misma manera. Ahora, mi casa se ha convertido en un lugar que me obliga a escucharme y, aunque no me guste del todo, empiezo a entender que esto también forma parte del proceso: quedarme quieto cuando antes habría salido a correr, a beber algo o a ocupar el tiempo con cualquier actividad que me evitara pensar.

Me siento otra vez en el sofá y apoyo el codo en el respaldo. La imagen de Nora vuelve a mi cabeza. Recuerdo la forma en que

me miró la última vez que hablamos, sin presión ni exigencias, esperando sin pedir. Ese ha sido siempre el punto que más me ha descolocado de ella: no intenta retener, simplemente está y confía en que el otro haga lo mismo. Sin embargo, he interpretado esa calma como distancia cuando, en realidad, era respeto.

Me inclino hacia delante y me froto las manos, porque noto una tensión nueva, distinta a la de los últimos días. Es una especie de activación interna que no tiene que ver con el miedo, sino con la decisión. No he resuelto nada todavía, pero ya no estoy paralizado.

Sé que cuando Nora cruce esa puerta nada va a quedar igual y, aun así, no voy a ponerme la armadura de siempre. La escucharé aunque me duela, porque perderla por protegerme sería una forma lenta y cobarde de rendirme.

De repente, el móvil vibra de nuevo sobre la mesa. No lo cojo de inmediato. Me quedo quieto un segundo más, respirando y consciente de que pase lo que pase a partir de ahora, ya no llego tarde. Extiendo la mano y lo agarro.

Nora:

Voy para allá.

25

Nora

Subo los últimos escalones casi sin darme cuenta de cómo he llegado hasta aquí y me detengo frente a la puerta del piso de Mason con el móvil aún en la mano, como si en algún momento hubiera pensado usarlo para algo, pero no lo he hecho. No he escrito a nadie, ni he pedido opinión, ni he buscado compañía ni frases de apoyo a Rachel. Simplemente, he venido porque seguir pensando ya no me sirve, porque he agotado todas las versiones razonables de esta historia y ninguna me ha devuelto la calma que prometían.

Respiro hondo y llamo al timbre. Espero con el cuerpo ligeramente tenso y la mente sorprendentemente despejada, consciente de que, si ahora empiezo a organizar lo que voy a decir, no lo haré. La puerta se abre y Mason aparece al otro lado con una camiseta gris y el pelo todavía húmedo, como si acabara de salir de la ducha o de mojarse la cara. Durante un instante se queda quieto, observándome sin decir nada, y en esa pausa breve no hay sorpresa exagerada ni alivio visible, ni tampoco incomodidad explícita en su cara.

—Hola —digo.

Mi voz sale firme, más de lo que esperaba, y no tiembla, aunque por dentro estoy como un flan.

—Hola —responde él.

Su tono es bajo y contenido, sin dureza ni calidez evidente, y ese equilibrio extraño me mantiene alerta. No se aparta para dejarme pasar de inmediato ni tampoco me cierra la puerta. Nos quedamos unos segundos en ese espacio mínimo entre el marco y el rellano, con la ciudad funcionando fuera y esta burbuja incómoda suspendida entre los dos.

—¿Puedo pasar? —pregunto al final, no porque dude de que vaya a dejarme entrar, sino porque necesito decir algo para romper

esta quietud tensa.

Mason se aparta sin responder y deja la puerta abierta del todo. Entro y el piso me recibe sin objetos fuera de sitio ni ruido de fondo que suavice la escena. No hay música, ni la televisión está encendida.

Cierra la puerta detrás de mí y se apoya un segundo en ella, sin cruzarse de brazos ni adoptar una postura defensiva. Simplemente me mira, como si estuviera esperando a que yo haga exactamente lo que he venido a hacer. No me quito el abrigo, ni dejo el bolso, simplemente me quedo de pie en el centro del salón, con el cuerpo atento y la mirada fija en él.

—He venido porque no me ha funcionado alejarme de ti —le suelto casi de carrerilla.

No hay introducción ni contexto previo, tampoco un tono solemne en mis palabras. Lo suelto así, directo, sin adornos, porque ya no quiero envolver esto en palabras bonitas.

Mason no responde de inmediato ni cambia su gesto de forma evidente, pero su cuerpo sí: deja de apoyarse en la puerta y se endereza un poco, como si hubiera pasado de observar a estar presente del todo.

—No me ha hecho más fuerte —continúo—, ni me ha aclarado nada, ni me ha llevado a un sitio mejor. Solo me ha hecho darme cuenta de lo que estaba evitando.

El espacio entre nosotros se llena de una tensión, que no tiene nada de cómoda.

—No he venido a pedirte nada —añado—. Ni a retenerte, ni a negociar una versión más fácil de lo nuestro.

Doy un paso pequeño hacia él

—He venido a decirte la verdad.

Mason mantiene la mirada fija en mí, sin apartarla.

—Dila —dice.

Una sola palabra, sin presión ni ironía, pronunciada con una calma que no me facilita nada.

—Estoy enamorada de ti —respondo.

No lo dramatizo ni lo convierto en una declaración épica. Lo digo como se dicen las cosas importantes cuando ya no quieres

protegerte de ellas, ni esconderlas detrás de teorías razonables.

Mason no se mueve, ni se acerca a mí para tocarme, ni sonrío ni frunce el ceño. Respira más deprisa y ese cambio mínimo en su respiración es lo único que delata que mis palabras le han llegado donde tenía que llegar.

—No fue un error casarnos —sigo—, ni convivir, ni hacerlo así de mal...

Se me escapa una sonrisa breve e irónica.

—El error fue no decirte esto cuando empecé a sentirlo.

Me llevo una mano al pecho, porque ahí es donde lo siento.

—Pensé que alejarme de ti me iba a devolver una versión de mí más limpia, estable y autónoma, pero lo único que ha hecho es dejarme claro que esa versión de mí ya no existe.

Doy otro paso y ahora estamos muy cerca, aunque no llegamos a tocarnos.

—No te necesito para funcionar —digo—, pero te elijo para vivir y eso es distinto, mucho más incómodo y, además, me hace sentir vulnerable.

Mason sigue sin responder, aunque no intento interpretar su silencio.

—No quiero promesas—continúo—, ni discursos, ni que me digas que todo va a ir bien.

Sostengo su mirada.

—Quiero que sepas que no me he alejado de ti por falta de amor, sino por miedo a admitirlo.

Mi frase queda suspendida sobre nuestras cabezas.

—No he venido para que me respondas ahora —añado, bajando un poco la voz—, ni para forzarte a nada. Solo para que no volvamos a equivocarnos callándonos de nuevo.

Mason se mueve por primera vez, da un paso lento hacia mí y abre la boca para hablar.

—Nora... —empieza, pero se detiene.

—No te estoy pidiendo que decidas nada —digo—. Solo te estoy diciendo lo que siento, porque no puedo continuar callándome como he hecho hasta ahora.

Sus manos se abren y se cierran una vez, un gesto que delata la tensión que le invade.

—No quiero volver a huir —añado—, ni de ti, ni de mí.

Doy el último paso que nos separa y esta vez sí invado su espacio tanto, que puedo sentir su calor y su respiración cerca de mi cara.

—Eso es todo.

Mason se queda frente a mí con los ojos fijos en los míos. Yo sigo frente a él, sin decir nada más, solo me limito a mirarle a los ojos con el corazón abierto. Mason aparta la mirada un segundo, un gesto mínimo, pero suficiente para que yo lo note, como si necesitara recolocar algo dentro de él antes de volver a mirarme.

—No esperaba esto —dice al fin.

—Yo tampoco —contesto—. Pero aquí estamos.

Asiente despacio, da un paso hacia el sofá y se apoya en el respaldo con una mano, para anclarse a algo físico mientras piensa. Yo sigo de pie, mirándole.

—No sé qué decirte —admite.

Su honestidad no me decepciona, me tranquiliza de una forma extraña.

—No hace falta que digas nada —respondo—. Ya no.

Mason me observa con atención, como si estuviera comprobando que lo que digo es cierto y no una retirada estratégica.

—No quiero exigirte una respuesta que todavía no tienes. —Me cruzo de brazos—. He venido para que no nos volvamos a esconder detrás de la calma.

Su mandíbula se tensa y ese gesto me confirma que he tocado el punto exacto.

—La calma no siempre es esconderse —dice.

—Lo sé —contesto—. Pero a veces...

No discutimos, porque los dos sabemos a qué me refiero y él no intenta rebatirme con teoría ni lógica. Se limita a escucharme.

—Me he pasado días intentando convencerme de que alejarnos era lo más maduro —continúo—, de que darnos espacio era una forma elegante de cuidarnos. Lo que no quería aceptar es

que estaba usando esa distancia para no enfrentarme a lo que me daba miedo decir.

Mason se incorpora un poco más, deja de apoyarse en el respaldo del sofá y se queda de pie frente a mí.

—No me debes ninguna explicación —dice.

—No —respondo—. Pero te las quiero dar igual, porque ya no quiero deberme silencios a mí misma.

—Esto no es sencillo para mí, pero no por ti.

—Me lo imagino.

—Sino por mí y por todo lo que implica no tener una salida clara —añade.

—No he venido a cerrarte ninguna —le digo—. Solo a dejar de fingir que no pasa nada cuando sí que pasa.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, con algo intenso y real flotando entre los dos.

—Voy a irme —digo al cabo de un instante.

Mason alza la vista, sorprendido, pero no me interrumpe.

—Porque no quiero que hablemos desde el miedo ni desde esa necesidad constante de no desestabilizar nada. Tómame el tiempo que necesites —añado—. De verdad.

Me acerco a la puerta y pongo la mano en el pomo, consciente de que este gesto es una acción clara y no una retirada encubierta.

—Pero, por favor, no vuelvas a callarte —digo, girándome para mirarlo una última vez—. Ni conmigo ni contigo.

Mason no me responde, pero su mano se cierra despacio otra vez sobre el respaldo del sofá, como si necesitara sujetarse a algo real para no volver a replegarse. Me mira con una expresión que no puedo traducir en una sola palabra y, por primera vez, no intento hacerlo.

Abro la puerta y salgo al rellano sin esperar a que me detenga ni a que diga mi nombre. Bajo las escaleras con la cabeza extrañamente ligera, no porque todo esté resuelto, sino porque ya no está bloqueado. Cuando llego a la calle, el aire frío me despeja lo justo para confirmar algo que ya sabía antes de llamar a su puerta:

decir la verdad no garantiza el resultado, pero cambia la posición desde la que esperas.

Camino unas calles más antes de darme cuenta de que ya no estoy pensando en lo que debería haber dicho ni en cómo podría haber salido todo distinto. No repaso frases ni gestos, ni edito la escena en mi cabeza, ni busco señales ocultas en su silencio, porque por primera vez no me siento pendiente de una respuesta inmediata para seguir adelante. He dicho lo que tenía que decir y eso lo ha cambiado todo.

Me detengo frente a un semáforo en rojo y me apoyo en una farola, permitiendo que mi cuerpo termine de asimilar lo que acaba de suceder. No me siento eufórica, pero tampoco rota, sino serena de una forma nueva, incómoda incluso, porque esta calma no viene de haber conseguido algo, sino de haber dejado de esconderlo. Cruzo cuando el semáforo cambia a verde y continúo andando sin prisa, con el móvil guardado en el bolso y sin tocarlo, aunque sé que podría vibrar en cualquier momento. Si Mason responde, lo hará desde el mismo lugar desde el que yo he hablado hoy, no desde el miedo a perderme, ni desde la necesidad de cerrar nada a la fuerza.

Cuando llego a casa, subo las escaleras con la sensación de haber hecho algo que no tiene marcha atrás, pero tampoco me arrepiento. Todo está igual que antes, pero algo dentro de mí ha cambiado esta noche.

Me siento en el sofá y dejo que el cansancio me alcance por fin. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos unos segundos, consciente de que este día no termina con una reconciliación ni con una ruptura, sino con algo mucho más decisivo: he dejado de callarme y aunque Mason todavía no me ha dado una respuesta, no siento que eso me haga sentir débil.

26

Mason

Cuando Nora se marcha de mi apartamento me siento en el sofá y me paso las manos por la cara. Después, abro los ojos y me incorporo despacio. Cojo el móvil otra vez, no para escribir aún, sino para sostenerlo unos segundos, como si el peso del aparato me anclara al presente, pero vuelvo a dejarlo sobre la mesa y me pongo en pie. Camino por el piso sin prisa, deteniéndome en detalles que antes no veía, hasta que hartado de ir de una habitación a otra, regreso al salón y me siento en el sofá de nuevo con el convencimiento de que voy a decirle algo mucho más simple, pero también más difícil: deseo quedarme a su lado. Así que cojo el móvil y empiezo a escribir sin borrar. No releo lo que he escrito porque no quiero empezar a pulirlo como si fuera un informe. Esto no va de precisión técnica, sino de honestidad y de dejar hablar al corazón. Aun así, no se lo envío todavía. Dejo el teléfono sobre la mesa y me levanto, porque necesito mover el cuerpo antes de decir algo de lo que ya no podré dar marcha atrás.

Camino hasta el ventanal y separo un poco la cortina. La ciudad sigue ahí fuera funcionando con la misma indiferencia de siempre. Durante años, esa continuidad me ha tranquilizado, pero ahora ya no. Hoy me recuerda que nada se detiene porque yo tenga miedo y que, si no hago nada, lo único que cambia es que ella se alejará de mí mientras todo lo demás continuará su avance.

Apoyo una mano en el cristal y dejo que el frío me atraviese la palma. Respiro hondo y me digo la verdad completa, sin atajos: he querido huir, porque quedarme a su lado implica aceptar que ya no controlo todas las variables y admitir que me importa lo suficiente como para perderla.

Vuelvo al sofá y me siento con más calma. Esta vez no estoy desbordado, sino concentrado. Cojo el móvil de nuevo y continúo escribiendo: «No prometo hacerlo bien, ni no equivocarme». Pero lo

borro, porque suena a excusa anticipada y no quiero esconderme detrás de la imperfección para justificar nada. Vuelvo a empezar desde cero otra vez: «No he sabido quedarme a tu lado cuando empecé a sentir y confundí el control con seguridad y poner distancia con protegerme». Esta vez no lo borro y continúo: «No me da miedo estar contigo, sino necesitarte y perderte si lo hago mal».

Releo esas frases despacio y sé que no me dejan en una posición cómoda y precisamente por eso sé que voy por el camino correcto. Dejo el móvil unos segundos y me paso una mano por la cara. No estoy nervioso, pero sí que me siento expuesto, algo que es totalmente nuevo para mí. Durante mucho tiempo he creído que abrirme a otra persona era una debilidad. Sin embargo, ahora entiendo que la mayor debilidad era fingir que no sentía nada... ¿Cómo he podido ser tan tonto?

Vuelvo a escribir: «No te escribo para pedirte que te quedes, sino para decirte que yo sí que me quedo». El pulso se me acelera un poco al ver esas palabras en la pantalla por la magnitud de lo que implican. Quedarse no es un gesto romántico ni una promesa abstracta, es aceptar el conflicto, la incomodidad y la conversación que todavía no hemos tenido.

Dejo el móvil sobre la mesa y me levanto otra vez. Necesito unos segundos más antes de enviar lo que acabo de escribir. Voy hasta la cocina, me sirvo un vaso de agua y bebo despacio, notando cómo mi cuerpo acompasa mi respiración. Después, regreso al salón y me siento. Cojo el móvil con las dos manos esta vez y leo el mensaje completo. No hay reproches, ni condiciones, ni promesas imposibles, sino verdad y una elección clara: quedarme con ella.

Pulso enviar.

Un gesto es sencillo y definitivo sin música épica de fondo. Solo es un pequeño movimiento del dedo y la certeza inmediata de que ya no puedo fingir que esto no es de verdad.

Después, me quedo quieto con la espalda apoyada en el sofá y la mirada fija en un punto indeterminado del salón. El corazón me late más rápido de lo habitual. No sé cuánto rato pasa hasta que el teléfono vibra. No lo miro de inmediato, porque necesito confirmar que, pase lo que pase ahora, no voy a arrepentirme de haber dicho

la verdad. Cuando finalmente lo cojo, el mensaje aparece en la pantalla. No lo abro aún. Me inclino hacia delante, consciente de que este es el punto exacto en el que siempre me he echado atrás, pero esta vez no lo hago.

Desbloqueo el móvil y leo el mensaje de Nora con atención. No es largo, ni busca tranquilizarme, ni arreglar nada con palabras bonitas. Simplemente se limita a decir lo justo y lo dice claro, como siempre hace cuando decide no esconderse.

Nora:

Ven.

Hablamos.

No hay signos de exclamación ni promesas implícitas. Solo una invitación directa que no suena a tregua ni a ultimátum. Me quedo unos segundos mirando la pantalla, notando cómo mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza, porque la tentación de analizarlo todo aparece de forma automática, pero esta vez no me lo permito.

Así que me levanto del sofá y cojo las llaves del mueble de la entrada. Antes de salir, me detengo un segundo frente al espejo del recibidor. No para comprobar cómo estoy, sino para asegurarme de que no me dejo nada atrás. No hay discurso ensayado, ni lista de argumentos, ni intención de convencerla de nada. Voy con lo que tengo y con lo que soy ahora, que tengo muy claro que no es perfecto, pero sí honesto.

Cierro la puerta con cuidado y bajo las escaleras sin mirar el teléfono. No quiero distraerme ni anticipar la conversación. En la calle camino a buen ritmo, notando el asfalto bajo los pies y el aire frío despejándome la cabeza. No repaso lo que voy a decir, porque no quiero llegar con un discurso cerrado. Por primera, no siento la necesidad de protegerme de lo que viene.

Cuando llego a su edificio, subo las escaleras y, al llegar a su puerta, respiro hondo una sola vez antes de llamar. La puerta se abre y veo a Nora al otro lado. No parece sorprendida de verme ni especialmente preparada para el momento.

—Hola —dice.

—Hola —respondo.

Nos miramos unos segundos, da un paso atrás y me deja pasar sin decir nada más.

—Gracias por venir —dice al cabo de un momento.

—Gracias por decirme que viniera.

No añade nada más y tampoco lo hago yo, porque ambos sabemos que lo importante no va a resolverse en la primera frase. Me quedo de pie frente a ella, con las manos relajadas a los lados y la certeza clara de que no he venido a prometer un futuro ideal, sino a quedarme en el presente.

—No sé hacerlo perfecto —digo al fin—. Pero no quiero volver a irme de tu lado por miedo a sentir lo que siento ahora mismo.

Nora me observa sin interrumpirme, sin asentir por compromiso ni fruncir el ceño, simplemente me escucha.

—No te hablo de promesas —continúo—, sino de quedarme aunque me dé miedo y de decirlo en lugar de desaparecer.

Asiente despacio.

—Eso era lo único que necesitaba oír —responde—.

Doy un paso hacia ella y se acerca también.

—Entonces —digo— me quedo.

Nora no responde enseguida. Me mira unos segundos más y luego asiente con calma.

—Vale —dice—. Entonces hablemos de verdad.

Y por primera vez desde que empezó todo, no siento la tentación de salir corriendo, aunque sé que quedarme va a exigirme más de lo que nunca he querido dar.

27

Nora

—Siéntate, por favor —le ruego—. Voy a por agua.

No espero a que me responda, voy a la cocina y lleno dos vasos. Me quedo un segundo respirando despacio, no para calmarme, sino para colocarme en el sitio correcto. No he hecho que Mason venga hasta aquí para una escena intensa, ni para una reconciliación dramática, sino para hablar, ya que no lo hicimos cuando tocaba.

Cuando vuelvo al salón, Mason está sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados en los muslos. Dejo los vasos en la mesa baja y me siento frente a él, sin invadir su espacio ni crear distancia artificial.

—Vale —continúo—. Sigamos.

Mason asiente despacio.

—Sigamos.

Me recuesto un poco en el sofá.

—No quiero convertir esto en una escena intensa —añado—. Quiero hablar de cosas prácticas.

—Me parece bien.

—De verdad —insisto—. Necesito que esto tenga estructura real.

—Entonces empecemos por lo básico.

—¿Dónde vamos a vivir? —suelto sin rodeos.

Mason se toma un segundo antes de responder.

—Aquí no.

No lo dice como rechazo sino como hecho.

—Aquí no —repito.

—Este piso es tuyo —continúa—. Y ahora mismo es tu espacio. No quiero que lo compartamos por inercia.

Asiento sin dudar.

—Y el tuyo tampoco —añado.

—Yo tampoco.

—Entonces ninguno de los dos —concluyo.

—Eso parece.

—Eso implica buscar algo nuevo.

—Sí.

—Eso ya cambia bastante las cosas —murmuro.

—Ese es el punto.

Le miro con atención.

—No quiero volver a una versión anterior de nosotros —dice fijando su mirada en la mía.

—Yo tampoco.

—Ni a un matrimonio automático.

—Entonces —digo—, ¿qué estamos haciendo?

—Construyendo algo distinto sin fingir que lo anterior no pasó —me responde encogiéndose de hombros y esa frase me atraviesa.

—Bien —respondo—. Porque no quiero pasarme la vida intentando corregir un error.

—Ni yo.

Me inclino hacia delante.

—Quiero que esto vaya despacio —añado—. No como excusa, sino como elección.

—Estoy de acuerdo —asiente con la cabeza.

—Sin volver a convertir el miedo en estructura.

—Ni el control en sistema.

Asentimos los dos a la vez y, al verlo, nos sonreímos.

—Hay otra cosa —digo.

—Dime.

—El matrimonio.

Mason no se tensa ni se cierra al escucharme.

—No quiero anularlo.

Mason parpadea.

—Yo tampoco.

El alivio que siento es inmediato.

—No quiero que siga siendo una amenaza —añado—. Ni una presión constante.

—Ni una excusa para huir —dice él.

—Ni para aguantar cosas que no estaban bien.

Asiente.

—Entonces cambia el significado.

—Eso es —digo—. Que deje de ser una obligación y se convierta en una decisión.

Mason se apoya en el respaldo del sofá.

—Estar casados no nos obliga a vivir juntos mañana —dice—. Ni a fingir estabilidad, ni a representar nada que no queramos.

—Solo nos obliga a elegirnos —contesto—. O a no hacerlo.

—Exacto.

Me doy cuenta de que estoy sonriendo sin darme cuenta.

—Esto es raro.

—Mucho.

—Pero no incómodo.

—No.

Nos quedamos un momento mirándonos.

—Tengo miedo —admito.

—Yo también.

—Aunque antes era distinto.

—Antes era miedo a perder el control.

—Y, en cambio, ahora es miedo a perder lo que quiero.

Asiente.

—Eso es.

Mason roza mi mano con los dedos.

—No quiero que esto se convierta en un proyecto —digo—. Ni en un plan estratégico.

—Ni en una lista de pasos a seguir.

—Quiero que sea una relación.

—Con conversaciones incómodas.

—Con días torpes.

—Con deseo real.

—Con dudas.

—¡Y con ganas!

La distancia se acorta sin que ninguno lo decida de forma explícita.

—Eso suena peligrosamente normal —dice.

—Eso es lo que quiero —respondo—. Normal, pero sin ser mediocre.

—Intenso sin ser caótico.

—Estable sin ser rígido.

Mason sonrío de lado.

—Siempre has sido buena formulando cosas complicadas.

—Sí, pero siempre he sido mala cumpliéndolas.

—Yo soy malo empezándolas —suelta encogiéndose de hombros.

—Buen equilibrio —nos reímos y Mason se inclina hacia mí y me besa. Mis manos suben a su cuello y las suyas se apoyan en mi cintura. Cuando nos separamos, seguimos muy cerca.

—Esto no es una reconciliación —digo.

—No.

—Es otra cosa.

—Sí.

Apoya la frente en la mía.

—Y me gusta más.

—A mí también.

Respiro despacio.

—Quiero hablar de logística... —digo.

Mason se ríe al escucharme.

—Sabía que no ibas a dejarlo ahí.

—Me mantiene centrada.

—Dispara.

—Hotel —propongo—. Pasaremos una semana en un sitio neutro, mientras decidimos cómo lo vamos a hacer.

—¿Un hotel?

—Sí. Un lugar sin memoria de estas últimas semanas.

Mason lo piensa.

—Suen a transición.

—Eso es.

—¿Y después?

—Buscamos piso —digo—. Con calma.

—Sin prisas.

—Sin fingir que todo está resuelto.

Asiente.

—Vale.

—Seguimos casados —añado.

—Sí.

—Para la burocracia.

—Especialmente para la burocracia.

Mason sonríe.

—¿Te da miedo?

—Antes sí —respondo—. Ahora me da respeto.

—A mí también.

Su mano busca la mía y esta vez sí la toma.

—Quiero una cosa más —digo.

—Dime.

—No quiero que esto sea un «vamos a intentarlo» con cara de funeral.

—¿Qué quieres entonces?

—Que tenga vida —añado—. Humor, normalidad y que no tengamos la sensación de que estamos caminando sobre cristales.

Mason asiente.

—Eso sí sé hacerlo.

—Más te vale.

Nos quedamos un segundo tranquilos.

—¿Te quedas esta noche? —pregunto.

No hay estrategia en mi pregunta, sino simplemente deseo.

—Si tú quieres.

—Por supuesto que quiero...

—Entonces sí.

—Sin sexo —añado de golpe.

Mason parpadea.

—Eso no me lo esperaba.

—No quiero usar el cuerpo como parche —digo—. Hoy no.

Mason me observa un segundo.

—Me parece bien.

Esa respuesta me desarma más que si me hubiera dicho cualquier otra cosa.

—Gracias.

—Aunque no voy a fingir que no me apetece.
Siento el calor subir desde el vértice de mis piernas.

—A mí también.

—Entonces lo hacemos bien.

—Eso es.

Me levanto.

—Voy a preparar la habitación de invitados.

—Y yo la cena.

—¿Sabes cocinar?

—Bueno... sé cómo no provocar incendios.

Me río.

—Vale.

Mason se mueve por la cocina con una concentración que me resulta extrañamente tranquilizadora. No es torpeza ni exceso de cuidado, está atento a lo que hace. Mientras no puedo evitar pensar que está aquí, en mi casa, haciendo algo cotidiano y yo preparo su habitación. No lo hago para protegerme sino para respetar lo que acabamos de decir.

Cuando vuelvo al salón, el olor de la cena ya no me pone nerviosa y me da hambre. Me apoyo en el marco de la puerta de la cocina y lo observo unos segundos sin que se dé cuenta. Tiene las mangas remangadas y la mandíbula tensa, concentrado en que no se le queme. No es una imagen espectacular, pero es real, y eso me llega al corazón más que cualquier gesto romántico que pudiera hacer.

—¿Me estás evaluando? —pregunta sin girarse.

—Estoy valorando si voy a sobrevivir a esto —respondo.

—Confía un poco en mí...

—Estoy aprendiendo a hacerlo.

Sonríe y apaga el fuego. Comemos despacio, hablando del trabajo, de una reunión absurda que he tenido por la mañana, de un proyecto suyo que avanza a trompicones, de lo rica que está la cena que ha preparado...

No evitamos lo importante, pero tampoco lo ponemos todo encima de la mesa a la vez. Es la primera vez, que no siento que

tenga que vigilar cada frase que digo e intento disfrutar de esta sensación de sentirme libre por primera vez a su lado.

—Esto está bien —digo al cabo de un rato.

—La comida o el momento.

—Las dos cosas.

Después de la ducha, me pongo un pijama cómodo y vuelvo al salón. Mason sale de su habitación con una camiseta vieja y el pelo revuelto. Nos miramos un segundo en el pasillo.

—Me voy a dormir —dice.

—Buenas noches.

No hay beso, solo una pausa mínima que confirma que lo estamos haciendo a propósito.

Poco después, me meto en la cama y apago la luz. El piso está en calma, pero no es esa calma tensa de antes, sino algo más sosegado y en paz. Tardo en dormirme, porque mi cabeza sigue procesando lo que hemos hablado.

Un rato después, escucho pasos suaves en el pasillo. La puerta de mi habitación se abre un poco y yo me incorporo despacio.

—Nora —dice Mason—. Perdona.

—¿Pasa algo?

Se queda en el marco de la puerta, sin entrar.

—No consigo dormir.

—Yo tampoco.

Nos miramos en la penumbra.

—¿Te importa si me siento un momento? —pregunta.

—No.

Se sienta en el borde de mi cama, manteniendo la distancia. El colchón se hunde un poco bajo su peso y mi cuerpo lo nota.

—No he venido a cambiar nada —dice—. Solo necesitaba decirte una cosa antes de que se me hiciera demasiado grande.

—Dime.

—No quiero volver a tomar decisiones importantes desde el miedo a perderte.

—Yo tampoco —respondo.

Asiente, se levanta y se inclina para besarme en la frente, un gesto sencillo que me aprieta el pecho más de lo que esperaba.

—Buenas noches —dice.

—Buenas noches.

Cuando se va, me tumbo de nuevo y esta vez sí me duermo, con la sensación de que algo al fin está en su lugar y sin necesidad de forzarlo.

Por la mañana, me despierto y cuando voy a la cocina me encuentro que Mason ya está allí preparando café. Me ofrece una taza sin decir nada y nuestros dedos se rozan al cogerla.

—Hoy trabajamos —digo y le doy un beso de buenos días.

—Sí.

—Y buscamos hotel.

—Esta tarde.

—Y empezamos a mirar pisos.

—Con calma.

Le miro y noto algo firme instalándose dentro de mí. No es euforia, ni alivio sino estabilidad.

—Esto no va a ser fácil —digo.

—No.

—Pero tampoco es un error.

—No.

Doy un sorbo al café y asiento despacio con la sensación de que estar casada con Mason ya no lo veo como una amenaza, sino una decisión a la que le vamos a dar un significado de verdad, al fin.

El café humea entre nosotros y durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. Mason apoya la cadera en la encimera y me observa por encima de la taza y, en ese momento, me doy cuenta de que estoy descalza, de que llevo una camiseta demasiado fina para esta hora de la mañana y de que su mirada se queda un segundo más de la cuenta en la curva de mi cuello.

—Dijimos que no —murmura.

—Lo sé —respondo.

Pero, justo después, apoyo la taza sobre la encimera y me acerco despacio a él. Mason no se mueve y me deja entrar en su

espacio como si ya hubiera decidido que su cuerpo también es un lugar seguro para mí. Cuando estoy lo bastante cerca como para notar el calor que desprende, levanta la mano y me toca la cintura con la contención que solo aparece cuando el deseo es demasiado fuerte como para lanzarse sin pensar.

—No queríamos empezar así —dice en voz baja.

—No estamos empezando —respondo—. Está pasando.

Su respiración cambia y la mía también. Me besa primero despacio y sin hambre ni prisa. Le devuelvo el beso apoyando las manos en su pecho y siento cómo su cuerpo responde, y cómo la contención empieza a resquebrajarse por dentro. El beso se vuelve más profundo y cargado de intención. Mason me sujeta con más firmeza y me acerca a la encimera, no como un gesto brusco, sino decidido e inevitable.

—Nora... —susurra contra mis labios.

—No pares.

Me obedece y sus manos recorren mi espalda por debajo de la camiseta. Se me eriza la piel cuando noto sus dedos trepar por mi piel. Cuando me atrae hacia él y mi cuerpo reacciona. Le muerdo el labio inferior y siento cómo se tensa y deja escapar un gemido que me atraviesa directo al vientre. Me alza lo justo para sentarme en la encimera y se coloca entre mis piernas, que se abren solas, como si llevaran tiempo esperando este momento.

El contacto es eléctrico y cargado de una necesidad que no es solo física. Mis manos recorren su espalda, su cuello y sus hombros, reclamándolo entero sin necesidad de palabras. Las suyas me sostienen con firmeza y me mantienen.

—Esto no es un parche —murmura.

—No —respondo—. Es deseo.

Él asiente y volvemos a besarnos, pero ahora con más hambre y más cuerpo. La cocina deja de ser un espacio neutro y se convierte en algo nuestro, en un lugar donde el deseo no contradice lo que acabamos de decidir, sino que lo acompaña. Cada gesto es más intenso, cargado y consciente. No hay prisa por acabar, pero tampoco contención. Hay ganas acumuladas, necesidad real y sobre todo elección.

Mason apoya la frente en la mía un segundo, respirando fuerte, como si necesitara anclarse para no perder el control, y yo lo atraigo más hacia mí, sin palabras ni dudas. Mi cuerpo responde al suyo con una naturalidad que me sorprende.

—Dijimos que no —murmuro contra su boca.

—También dijimos la verdad —responde y volvemos a besarnos.

El mundo se reduce a contacto, respiración, calor, presión, manos que buscan y cuerpos que se reconocen sin pedir permiso a la cabeza. No hay promesas, ni futuro, ni huida. Solo hay deseo y ahora.

El contacto se vuelve inmediato y total, sin espacio para la duda ni para la contención. Me atrae hacia él con necesidad, y mi cuerpo responde abriéndose y buscándolo sin pensar. Mis piernas lo rodean, mi espalda se arquea y el mundo se reduce a esa unión profunda y completa, que no deja lugar a interpretaciones. Lo siento entrar en mí y quedarse, y el aire se me rompe en el pecho al mismo tiempo que el cuerpo se me enciende entero. Nos movemos juntos con un ritmo que nace del deseo acumulado, de todo lo que no hicimos y de todo lo que ahora no podemos frenar. Me sostiene con fuerza mientras me muevo contra él, mientras lo siento avanzar, retroceder, volver a buscarme, marcar el ritmo con su cuerpo y no con las palabras. El placer se vuelve físico y emocional al mismo tiempo, una descarga que me atraviesa por dentro, que me hace perder el control sin perderme a mí. No hay prisa, pero tampoco hay freno, solo un movimiento constante, profundo y denso, donde el cuerpo habla más alto que la cabeza. Todo se vuelve respiración rota, piel ardiente, presión compartida, cuerpos que se reclaman hasta que ya no existe el límite entre él y yo, hasta que el deseo lo ocupa todo y no queda nada más que esta forma intensa, real y absoluta de estar juntos.

Cuando finalmente nos quedamos quietos, con el cuerpo aun vibrando y la respiración recuperando el ritmo, Mason apoya la frente en mi cuello y deja escapar el aire despacio, como si hubiera estado conteniéndose desde hace semanas.

—Esto... —empieza.

—Esto sí —le corto.

Sonríe contra mi piel y me besa una vez más, como si ya no hiciera falta demostrar nada.

El café se ha enfriado sobre la encimera, pero da igual. Tampoco me importa que el día empiece tarde, ni que nada esté perfectamente colocado. Por primera vez, el deseo no me asusta ni me confunde, ni es una huida , ni una promesa, simplemente es una parte más de la decisión que acabamos de tomar.

28

Mason

Empujo la última caja con el hombro y la dejo contra la pared del salón, justo al lado de la estantería que Nora insiste en llamar «temporal» aunque llevamos semanas reorganizando el piso con una lógica que ya no tiene nada de provisional. Me quito la chaqueta, la cuelgo en el respaldo de una silla y me quedo un segundo de pie, observando el espacio con calma.

No es mi piso, ni tampoco el suyo, sino un nuevo lugar en el que ambos estamos acomodando nuestras vidas para crear una en común.

Nora aparece desde el pasillo con una camiseta vieja mía puesta con una naturalidad que hace tiempo dejó de resultarme extraña. Lleva una taza en la mano y me mira con una media sonrisa, evaluando el caos organizado que hemos creado en el salón.

—Dime que en esa caja no hay más libros.

—Hay libros —le confirmo—, pero también ropa, papeles y cosas que no sé por qué guardo.

—Perfecto...—ironiza.

Deja la taza en la mesa y se acerca para abrirla conmigo. Nos agachamos los dos y empezamos a sacar cosas sin orden, comentando objetos que no importan demasiado, pero que van construyendo algo que sí es muy importante: nuestra nueva vida compartida.

—¿Esto qué es? —pregunta, cogiendo una libreta vieja.

—Una agenda de hace años.

—¿De cuando aún creías que planificarlo todo te hacía invulnerable?

La miro de reojo.

—Esa fue una etapa larga.

—Y sigue siendo una parte de ti.

—Sí, pero ahora ya no gobierna sola.

Nora sonríe con algo más que ironía y deja la libreta sobre la mesa. Me pasa un jersey y lo coloco en una balda del armario del recibidor sin pensar demasiado dónde va. Antes habría organizado cada espacio del que dispongo, ahora, en cambio, me limito a ocuparlo.

Nuestro nuevo piso se va llenando de cosas que no son solo objetos, sino hábitos: mi taza junto a la suya, mis zapatillas junto a las suyas, mi rutina mezclándose con la suya sin fricción. No hay sensación de invasión ni de pérdida de espacio, solo una normalidad tranquila que no sabía que quería hasta que la tengo.

—Tienes cara de estar cómodo —afirma.

—Estoy en casa.

—Eso suena peligroso.

—No, suena real.

Se acerca y apoya la frente en mi pecho durante un segundo, sin decir nada más. No hay prisa, ni necesidad de traducirlo todo en palabras. Le paso un brazo por la espalda y la dejo ahí, encajada de forma natural, como si siempre ese hubiera sido su sitio.

Seguimos deshaciendo las cajas. Reímos, discutimos por tonterías sin importancia cómo dónde va el café, qué armario es de quién, qué estante dejamos para cosas comunes...

Más tarde, cuando el piso empieza a parecer un espacio habitable, Nora se deja caer en el sofá con las piernas dobladas y la espalda apoyada en el respaldo, mirándome con algo a medio camino entre el cansancio y la calma, que me resulta peligrosamente atractiva.

—Ven —dice.

Me siento a su lado y noto cómo encaja el cuerpo contra el mío, apoyando la cabeza en mi hombro. No hay prisa por nada, pero el deseo está ahí, tranquilo, constante y sin tensión ni ansiedad.

Le paso la mano por el brazo despacio, sin intención explícita, solo por el gusto de tocarla. Nora se gira un poco y me besa.

—Esto es raro —murmura.

—¿El qué? —pregunto arrugando el entrecejo.

—Estar bien sin que haya un drama como protagonista.

—Deberíamos patentarlo.

Se ríe contra mi boca y vuelve a besarme. Esta vez más lento e íntimo. Entonces, yo la cojo por la cintura y la atraigo hacia mí, notando el peso de su cuerpo, la confianza con la que se mueve y la forma en que no duda. Me gusta su seguridad más que cualquier gesto grandilocuente.

Nos levantamos sin decir nada, como si nuestro movimiento fuera una decisión compartida. Caminamos hacia nuestro dormitorio sin prisas y sin esa sensación de estar yendo hacia algo peligroso. Dentro, la luz es suave, el espacio ya empieza a tener cosas más mezcladas con las suyas y nuestra nueva cama no es territorio ajeno, sino un lugar común. Nora se queda frente a mí y me mira con una calma que antes me habría dado vértigo, pero que ahora me hace sentir en casa.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí.

—¿No es una respuesta automática?

—No, para nada.

Me besa otra vez y yo la abrazo por la espalda, la atraigo hacia mí y noto su respiración y su cuerpo relajado.

El deseo no aparece como un estallido, sino como una corriente que lo invade todo poco a poco, envolviéndonos desde dentro. Su cuerpo se acerca al mío con una seguridad tranquila, sin esa prisa torpe que nace del miedo. Mis manos recorren su espalda con lentitud, sintiendo cada músculo y cada respuesta física que le provoca el contacto, y noto cómo se abandona a ese gesto.

La habitación, la luz y los muebles pierden importancia frente a la presencia de su cuerpo contra el mío. Todo se reduce a piel, calor, respiración y peso compartido. Nos desnudamos sin prisa, dejándonos guiar por el tacto y por la necesidad de sentir más, de acercarnos más y de borrar la última distancia que queda entre nuestros cuerpos. El contacto se vuelve profundo y cargado de una intensidad que no nace del ansia, sino del deseo acumulado, de todo lo que se contuvo cuando tocaba y de todo lo que ahora ya no estamos dispuestos a frenar.

Siento cómo su cuerpo se abre al mío, me recibe sin resistencia y se abre para mí, como si siempre hubiera sido de esta manera y solo hubiéramos tardado en permitirlo. Nos movemos juntos con un ritmo lento al principio, más firme después, sostenido por la respiración, la cercanía y la conciencia constante del otro. Mis manos la sostienen, la guían y la anclan, y las suyas me recorren con la misma firmeza y sin miedo.

El movimiento se vuelve más intenso con una coreografía perfecta de un cuerpo contra otro, respiraciones que se alteran, calor que se expande, piel que se busca y se reconoce sin preguntas. La intensidad no es caótica, es densa, constante y una forma de entrega que no empuja a quedarse.

El placer crece sin convertirse en una descarga fugaz. Todo se reduce a movimiento compartido, respiraciones desordenadas, manos firmes, cuerpos que se reclaman y se sostienen, y a esa forma tan primaria y consciente de estar con alguien sin perderse dentro del otro.

Cuando finalmente el movimiento se calma y nuestros cuerpos se quedan quietos, el calor sigue ahí, la respiración tarda en calmarse y la sensación no es de caída ni de vértigo, sino de arraigo. No hay vacío después, ni impulso de alejarse, ni incomodidad. Solo calma, cuerpos aún unidos por la elección que acaba de hacerse real de la forma más física posible.

Más tarde, con la respiración ya tranquila y el cuerpo relajado, Nora apoya la cabeza en mi pecho y dibuja círculos lentos con los dedos sobre mi piel.

—Esto —dice— no se parece a lo que yo entendía por matrimonio.

—Tampoco a lo que yo entendía yo.

—Es mejor.

Asiento sin pensarlo.

—Es elegido.

Nora levanta la cabeza y me mira.

—Eso cambia todo.

—Y lo cambia bien.

Me quedo un rato mirando el techo, con Nora encajada contra mí y la sensación clara de que mi cuerpo ya no está preparado para una retirada rápida. Respiro despacio, con esa calma física que antes solo lograba cuando estaba solo, y ahora aparece justo cuando no lo estoy.

Nora se mueve un poco y apoya la barbilla en mi pecho.

—Te estás quedando dormido —dice.

—Estoy descansando —respondo—. Es distinto.

—Eso es nuevo en ti.

—Es mérito compartido.

Se ríe bajito y me da un beso suave en los labios. Me gusta esa forma de contacto, porque no busca nada más.

—Voy a ducharme —murmura—. Si te duermes, no te culpo.

Se levanta de la cama con una sonrisa y camina hacia el baño sin prisa. Poco después, escucho el agua de la ducha y me quedo tumbado, con el cuerpo pesado y la cabeza tranquila. No hay ruido mental, ni interminables listas de cosas por hacer, ni escenarios futuros proyectados como amenazas. Solo una idea simple: esto funciona.

Cuando vuelve con el pelo húmedo y una camiseta hasta la mitad de los muslos, se mete en la cama a mi lado y se queda boca arriba, mirando el techo.

—Mañana tenemos que comprar más perchas —dice.

—Eso es una declaración de intenciones muy seria.

—Es una necesidad organizativa.

—Estoy preparado para ese nivel de compromiso.

Nora me mira de lado.

—Mira que eres idiota —se ríe.

—Mira que te has mudado conmigo.

—Técnicamente, tú te has mudado conmigo.

—Técnicamente, nos hemos elegido.

No responde con palabras. Se limita a girarse y a abrazarme por la cintura, encajando la cabeza bajo mi barbilla. El gesto es tan sencillo que me atraviesa más que cualquier declaración de amor épica que pudiera hacer. Justo en este instante, me doy cuenta de que el matrimonio ha dejado de ser una estructura que me pesa y

se ha convertido en una forma de estar, de compartir y de elegir todos los días con una sonrisa.

Antes, la idea de estabilidad me sonaba a encierro. Sin embargo, ahora me suena a casa.

Apago la luz de la mesilla y el cuarto se queda en penumbra mientras mi cuerpo se relaja por completo.

—Mason —susurra.

—Dime.

—Gracias por quedarte.

—No me he quedado —respondo—. He elegido estar.

—Eso es mejor aún.

—Y más real.

29

Nora

Entro en el piso cargada con dos bolsas de la compra y el móvil encajado entre el hombro y la oreja, intentando no tirarlo todo al suelo mientras empujo la puerta con el pie.

—Sí, mamá, que estoy bien —digo—. Que no, que no me he vuelto una mujer casada tradicional, tranquila. Que sigo siendo yo. Solo que ahora comparto la nevera.

Cierro la puerta como puedo y dejo las bolsas en el suelo del recibidor.

—No, no he perdido mi vida —añado, ya con una sonrisa—. He ganado un cepillo de dientes ajeno y una cafetera mejor. No dramáticos.

Cuelgo la llamada con mi madre antes de que empiece con el discurso sobre la independencia femenina del siglo XXI, me quito los zapatos y me quedo un segundo quieta, apoyada en la puerta y observando el apartamento que compartimos.

El abrigo de Mason cuelga en el perchero junto al mío, sus zapatillas están al lado de las mías, hay una sudadera suya tirada sobre una silla en el salón y una taza de café olvidada en la encimera de la cocina. No es invasivo, ni caótico, ni una ocupación de territorio, es una presencia natural, como si siempre hubiera estado ahí y yo no me hubiera dado cuenta hasta ahora.

Camino hasta la cocina y dejo las bolsas sobre la encimera. Empiezo a guardar las cosas sin pensar demasiado: la leche en la nevera, la fruta en el frutero, el pan en el armario... Todo encaja sin luchar por conseguir su espacio y yo no tengo esa sensación de invasión que siempre había imaginado que sentiría al compartir casa con alguien.

Para mí, antes, convivir significaba perder espacio, autonomía, silencio, identidad... Sin embargo, ahora lo que siento es distinto, aunque no me he convertido en una versión más suave, ni más

dócil, ni más domesticada de mí misma. Sigo siendo la misma mujer que entra en su casa con bolsas de la compra, que habla sola, que se quita los zapatos en medio del salón y que deja las llaves siempre en cualquier sitio menos donde debería. La diferencia es que ahora, cuando entro, no estoy sola.

Me apoyo en el mármol de la cocina y miro a mi alrededor con calma. La puerta del dormitorio está entreabierta, la del baño también, el salón tiene la luz encendida y hay música baja sonando desde el altavoz del pasillo. Mason está en casa. No lo veo, pero lo siento en esa forma sutil en la que un espacio cambia cuando pertenece a alguien más además de a ti.

—¿Nora? —oigo desde el dormitorio.

—En la cocina —respondo.

Escucho sus pasos y aparece en el marco de la puerta, con una camiseta vieja y el pelo un poco despeinado, mirándome con esa expresión tranquila que se le ha quedado desde que dejó de vivir a la defensiva.

—Has tardado.

—He tenido una conversación existencial con mi madre sobre el matrimonio y la cafetera.

—Eso suena agotador.

—Lo ha sido.

Se acerca, me da un beso en la boca y apoya la frente en la mía un segundo.

—¿Qué tal el día?

—Normal —respondo—. Y eso, curiosamente, ahora me parece algo bueno.

—Eso es buena señal.

Me rodea la cintura con un brazo y se queda ahí, sin intención más allá de sentirme cerca y algo dentro de mí se recoloca. Porque esto tampoco era lo que yo imaginaba cuando pensaba en «vivir con alguien». Yo pensaba en rutina como desgaste, en convivencia como renuncia, en estabilidad como aburrimiento... Pero lo que hay en nuestro día a día no tiene nada que ver con eso.

—He comprado pasta —le digo moviendo de arriba abajo las cejas de forma cómica—. Y tomate... Y vino.

—Eso es una propuesta muy seria.

—Eso es un plan adulto funcional.

—Eso es matrimonio moderno.

Le doy un golpe suave en el pecho.

—No empieces.

—Vale —sonríe—. Empiezo luego.

Se separa para ayudarme a guardar las cosas y nos movemos por la cocina sin estorbarnos, sin chocarnos.

—¿Te das cuenta de una cosa? —le digo mientras cierro la nevera.

—Siempre me das miedo cuando empiezas así.

—Que yo pensaba que convivir iba a ser una guerra de límites y resulta que es una negociación tranquila.

—Eso es porque ninguno de los dos necesita imponerse.

—Eso es sospechosamente sano.

—Eso es aburrido para una novela.

—Pero maravilloso para una vida.

Me mira con media sonrisa.

—Estás filosófica.

—No, estoy tranquila que es mucho peor.

Se ríe y me da un beso en la sien, acto seguido se pone el delantal y empieza a preparar la cena. Mientras corta el tomate, me doy cuenta de otra cosa que también desmonta todos mis miedos antiguos: no he perdido independencia, porque sigo teniendo mi espacio, tomo mis decisiones sin pedir permiso a nadie y sigo siendo una mujer completa, porque no me he convertido en la media naranja de nadie.

La diferencia es que ahora, cuando regreso a casa, hay alguien que me espera sin exigirme que me reduzca para encajar con su mitad.

—Mason —le digo de pronto.

—Dime.

—Gracias por no hacerme pequeña.

Levanta la vista del cuchillo.

—Nunca lo haría.

—Lo sé —respondo—. Por eso te lo digo.

Se limita a asentir y a seguir cocinando, como si fuera lo más natural del mundo, porque lo es y esa es la gracia.

Mientras hierve el agua y el olor de la salsa de tomate empieza a llenar la cocina, me doy cuenta de que eso que tanto temía nunca ha ocurrido. No he desaparecido dentro de una relación y, en cambio, he ganado algo mucho más importante: a Mason.

Me acerco por detrás y le rodeo la cintura con los brazos, apoyando la mejilla en su espalda.

—Esto es peligroso —murmuro.

—¿El qué?

—Que me sienta en casa con alguien.

—Eso es lo que la gente normal busca, ¿no?

—Supongo, pero yo no soy gente normal.

—Ni yo —dice—. Por eso funciona.

Me separo de él cuando el agua empieza a hervir y voy a buscar dos copas. El gesto es automático y, aun así, me llama la atención lo rápido que mi cuerpo ha asumido esta nueva coreografía doméstica sin resistirse, como si no hubiera tenido que convencerlo de nada. Abro el cajón, saco el sacacorchos y descorcho la botella.

—¿Te has dado cuenta de que ya no discutimos por tonterías?
—le digo mientras sirvo el vino.

—Discutimos —corrige—, pero no para ver quién gana.

—Antes yo siempre estaba alerta —admito—. Como si convivir fuera un campo minado y hubiera que ir marcando territorio.

—Porque te habían vendido que amar era renunciar.

—O perder —añado encogiéndome de hombros—. O ceder siempre.

—Aquí nadie cede —me dice mirándome desde el otro lado de la cocina—. Aquí elegimos.

Asiento despacio, porque esa palabra vuelve a asentarse dentro de mí con la misma firmeza de antes. Elegir no me debilita, me devuelve el control sin diluirme.

Cenamos apoyados hablando de cosas pequeñas: una anécdota absurda de su trabajo, un comentario sarcástico sobre una compañera mía y planes vagos para el fin de semana que no necesitamos concretarlos aún. No hay prisa por convertir cada

conversación en una prueba de estabilidad. Simplemente, estamos aquí y eso basta.

Después recogemos juntos, sin turnos ni reproches, y yo me doy cuenta de que ya no llevo la cuenta mental de quién hace más o quién hace menos. Esa contabilidad interna desapareció y, con ella, una tensión que no sabía que arrastraba desde siempre.

Nos movemos al sofá con las copas de vino todavía medio llenas y me siento con las piernas recogidas, apoyando los pies en su muslo.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta.

—No —respondo tras pensarlo lo justo—. Me arrepiento de haber tardado tanto en entenderlo.

—¿El qué?

—Que el problema nunca fue el matrimonio —digo—. Fue el miedo a desaparecer dentro de él.

Se inclina un poco hacia mí.

—Y no has desaparecido.

—No —repito—. Estoy más entera que antes.

No dice nada más, porque no hace falta. Su mano encuentra la mía sobre el sofá y entrelaza los dedos con naturalidad. Le beso primero yo, solo porque me apetece. El beso empieza suave y se alarga con una cadencia tranquila, sin prisa ni choques.

—Ven —murmura contra mi boca.

No hace falta que me lo pida dos veces. Me dejo llevar al dormitorio riéndonos por el camino cuando tropiezo con la alfombra y él me sujeta por la cintura para que no me caiga. En la habitación, me quito la camiseta despacio, no para provocarlo, sino porque me siento cómoda haciéndolo, porque no necesito armarme ni desarmarme para gustarle. Él me observa con esa calma que me sigue sorprendiendo y me acerca hacia él con un gesto firme pero sereno.

—Me gusta verte así —dice—. Sin miedo.

—A mí me gusta estarlo —respondo con una sonrisa.

Cuando me tumba sobre la cama y se inclina sobre mí, no siento que me pierda en él, sino que me encuentro acompañada y deseada sin condiciones.

El sexo no es explosivo ni urgente sino profundo y lleno de complicidad. Nos decimos cosas al oído sin exagerarlas, con palabras simples que no necesitan adornos porque son verdad. Nos buscamos con los cuerpos y con las miradas, y cuando llega el clímax no hay vértigo, sino una sensación amplia de estar exactamente donde queremos estar.

Después nos quedamos tumbados, respirando despacio, con su brazo rodeándome sin aprisionarme y mi cabeza apoyada en su pecho. No hay necesidad de hablar enseguida, ni de sellar nada con frases definitivas.

—Esto —digo al cabo de un rato— es justo lo que me daba miedo.

—¿Y?

—Que resulta que es lo que necesitaba.

Sonríe y besa mi pelo.

—El hogar no es una jaula —dice—. Es un sitio donde puedes deshacerte de todas tus defensas.

Cierro los ojos con esa frase flotando dentro de mí y sonrío. No porque todo sea perfecto, ni porque no vaya a haber conflictos, ni porque el futuro esté garantizado. Sonrío porque, por primera vez, estar con alguien no me ha restado espacio, sino que me ha dado un hogar, esta vez, sí.

30

Mason

Entramos en el juzgado tomados de la mano. Nora avanza un paso por delante y se detiene un segundo para mirar el panel de información. No parece nerviosa ni expectante, solo concentrada, como si estuviéramos entrando en un edificio cualquiera para hacer un trámite más. Esa normalidad me golpea de una forma extraña, porque durante mucho tiempo pensé que el matrimonio era justo lo contrario de esto. Sin embargo, ahora mismo lo único que siento es serenidad.

—Es por aquí —dice, girándose hacia mí.

Asiento y la sigo por el pasillo sin pensar en el pasado, ni en la narrativa que yo mismo me había construido. No hay *flashbacks* dramáticos ni escenas simbólicas en mi cabeza. Solo una certeza tranquila: no hemos venido a anular nada, sino a decidir algo.

Cuando nos sentamos en el banco de madera frente a la sala, me apoyo hacia atrás y observo el espacio con una atención distinta. Nora se sienta a mi lado, se cruza de piernas y apoya el bolso en su regazo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —respondo sin pensar—. Tranquilo.

—Yo también —dice—. Curiosamente tranquila.

Eso me provoca una sonrisa breve, porque esa palabra me habría dado miedo hace meses. Nos quedamos unos segundos en silencio, mientras la gente entra y sale de las salas contiguas. Todo sigue su curso con una normalidad casi ofensiva para lo que durante tanto tiempo fue el centro de mi conflicto: no nos casamos por amor.

Esa frase vuelve a aparecer en mi cabeza con una claridad extraña, pero ya no duele ni acusa. Es un hecho o un punto de partida equivocado que no define el recorrido, que al final hemos hecho.

Miro a Nora de reojo y veo que está revisando algo en el móvil, con el ceño ligeramente fruncido, concentrada en una notificación sin importancia.

—Oye —digo.

Levanta la vista.

—Si ahora mismo te dijera que podemos levantarnos y marcharnos, sin hacer nada más, ¿qué harías?

—Te diría que no quiero —contesta—. No porque tenga miedo de perderte, sino porque quiero quedarme.

Asiento despacio.

—Eso es justo lo que necesitaba oír —respondo con una sonrisa.

Cuando nos llaman por el nombre, nos levantamos al mismo tiempo. Nora coge su bolso, yo me ajusto la chaqueta por costumbre, aunque no lo necesito, y entramos en la sala sin mirarnos demasiado, porque no hace falta.

El trámite es rápido: firmas, nombres, fechas, papeles y más papeles. No hay discursos ni solemnidad. Nadie dice palabras que nos cambien la vida ni espera nada emocional de nosotros y eso, curiosamente, lo vuelve todo más real. Hemos anulado la solicitud de separación y eso nos hace sentirnos al fin en paz. Cuando salimos al pasillo otra vez, Nora lanza un suspiro y me mira.

—Ya está.

—Ya está —repito.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro, con una calma que no nace del trámite, sino de lo que llevamos construyendo fuera de aquí.

—¿Te arrepientes de algo? —pregunta.

—Del inicio, sí —respondo—. Del final, no.

Eso la hace sonreír de verdad y yo la imito. Nos tomamos de la mano y salimos del edificio. De repente, el ruido de la calle nos envuelve de inmediato.

—¿Sabes qué es lo más raro de todo esto?

—Qué.

—Que no siento que estemos empezando algo —dice—. Siento que por fin estamos en el lugar correcto.

No le respondo con palabras, sino que me acerco, apoyo una mano en su cintura y la beso con calma y sin necesidad de demostrar nada. Cuando me separo, apoyo la frente en la suya.

—Yo no aprendí a cómo quedarme a tu lado al principio —digo—. He aprendido después.

—Eso también cuenta —responde—. De hecho, cuenta más.

Volvemos andando, Nora lleva el abrigo abierto pese al frío y avanza con las manos en los bolsillos, mirando escaparates con una curiosidad distraída que no busca nada concreto. De vez en cuando gira la cabeza hacia mí y me sonrío.

—¿Comemos fuera? —pregunta, de pronto—. O lo que sea que se haga en Nueva York a esta hora con dos personas que acaban de... —hace un gesto con la mano, ambiguo—. Ya sabes.

—Hemos firmado papeles en un edificio gris —respondo—. No hemos escalado el Everest.

—Déjame tener mi película mental —replica—. Me la he ganado.

La miro de reojo.

—Tu película mental tiene croquetas —digo con una sonrisa—. Te conozco.

Nora se ríe y esa risa me desarma con una facilidad que me sigue pareciendo indecente.

—Tiene croquetas y vino —admite—. Con una escena en la que tú finges que no te da igual lo que acabamos de decidir.

—Eso es imposible. Yo nunca finjo.

—Claro, Mason. Jamás. Eres un libro abierto.

—Soy un libro con tapa dura —corrijo—. No es lo mismo.

Se me queda mirando con una expresión a medio camino entre la burla y el cariño, que no me pide que cambie, pero me invita a hacerlo igual.

—Vamos a casa —dice al final—. Necesito... asimilarlo.

Asiento. No pregunto qué significa exactamente «asimilarlo», porque sé que para ella esa palabra puede incluir desde ducharse y ponerse un pijama hasta decirme una verdad directa con una taza de té en la mano. Me sirve cualquiera de las dos opciones.

Al entrar, Nora se quita los zapatos sin mirarme, como si necesitara aterrizar primero con el cuerpo. Yo cuelgo la chaqueta donde toca, no en la primera silla que encuentro, y ese detalle tonto me provoca una satisfacción ridícula. Antes hacía esas cosas con prisa, porque no quería sentirme instalado, en cambio ahora, las hago despacio, porque ya no estoy intentando mantener una puerta abierta para salir corriendo.

—¿Vino? —pregunta desde la cocina.

—Si lo preguntas así, parece un interrogatorio...

—Es un interrogatorio —responde—. Contesta.

—¿Cómo negarme a una propuesta tan sugerente?

Oigo el sonido del sacacorchos y el golpe leve de una botella contra la encimera. Al instante, Nora aparece con dos copas, se apoya en el marco de la puerta del salón y me mira.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada —dice—. Te estoy mirando.

—Eso ya lo he notado.

—Me estoy acostumbrando a que estés aquí de verdad.

Se acerca, me da una copa y se queda cerca, demasiado para que sea casual. Brindamos sin decir nada, solo chocando el cristal con un gesto breve, y bebemos mirándonos a los ojos. Justo después, Nora deja la copa en la mesa baja y se gira para mirarme.

—Hoy he pensado en el primer día —dice.

La miro.

—¿En la boda de Emy y Rayan?

—En todo —responde—. En la firma, en tu cara de «esto es un trámite», en mi cara de «esto es un error» y en la forma en que ninguno de los dos aceptaba lo que estaba pasando.

Me acerco un paso y ella no retrocede.

—Yo también he pensado —admito—. En lo equivocado que fue el inicio.

—Lo fue —dice, sin suavizarlo—. Nos metimos en algo grande con una lógica pequeña.

Asiento con la cabeza al escucharle.

—Te mentiría si dijera que no me gustó tener una salida fácil —añado—. Me gustaba pensar que todo era reversible.

—A mí me daba pánico que no lo fuera —dice Nora—. Aun así, lo peor no fue firmar sino no hablar.

Al escucharla, recuerdo la de noches en las que preferí el orden de mi portátil a la incertidumbre de una conversación con ella. Me acuerdo también de cómo elegí distanciarme de ella con la excusa de que eso era lo más prudente.

—Yo pensé que callar era lo mejor para tener controlada la situación —admito.

Nora alza una ceja.

—¿Y qué era?

—Cobardía bien vestida.

No sonrío. Se limita a asentir, como si por fin estuviéramos diciendo lo mismo sin rodeos.

—Lo entiendo —dice—. No lo justifico, pero lo entiendo.

Ese matiz me deja sin aire un segundo, porque es exactamente lo que yo no supe darle cuando ella se quedó esperando: comprensión sin concesión.

Nora se acerca todavía más y me coloca la mano en el pecho, justo encima del corazón, como si quisiera notar el ritmo de mis latidos y comprobar que sigue ahí.

—No quiero que seas perfecto —dice—. No me interesa, solo quiero que estés aquí, conmigo.

Le cubro la mano con la mía.

—Estoy.

—No como frase bonita... —añade—. Como hecho, que eso es lo importante.

La miro a los ojos.

—Estoy —repito— y pienso quedarme.

Nora cierra los ojos un instante, para respirar, y cuando los abre hay algo distinto en su mirada.

—Entonces ven —dice tomándome de la mano para llevarme hasta nuestro dormitorio.

No enciende la luz del techo, se suelta el pelo y se vuelve hacia mí.

—Quiero hacerlo despacio.

Trago saliva y noto como el deseo se apodera de mi cuerpo.

—Dime cómo —respondo.

Nora sonríe un poco.

—Empieza por mirarme —indica.

Obedezco sin discutir, porque me doy cuenta de que ese es el punto exacto donde antes fallaba. Me acercaba, tocaba, deseaba, pero una parte de mí se quedaba fuera, con la mano en el pomo, por si había que irse.

Nora me desabrocha el botón de la camisa, me la abre, mete la mano dentro y me toca la piel con la naturalidad de alguien que ya no duda del lugar que le pertenece. Yo le acaricio la cintura, subo las manos por su espalda y noto cómo se relaja bajo mis dedos.

— As ? —pregunto, pegando la boca a su cuello.

—Así —contesta, con la voz más baja—. Quédate aquí un momento.

Lo hago y la beso despacio, sin prisa por bajar, sin necesidad de llegar a nada rápido. Nora suelta el aire y se me agarra de la nuca. Cuando me separo, me mira.

—Te has aprendido mi ritmo.

—He dejado de correr —respondo y le sonrío.

Nora me empuja hacia la cama y me siento en el colchón. Se queda de pie delante de m  y se quita la camiseta sin espectáculo, y esa ausencia de pose lo vuelve todo más excitante. Me inclino y le beso el vientre, justo por encima del pantalón, y ella me coloca dos dedos en la barbilla, obligándome a levantar la cara.

—Mírame —repite.

La miro.

—Te quiero —dice, de golpe.

El cuerpo se me tensa, no por miedo, sino por el impacto de esas dos palabras dichas sin red.

—Nora...

—No empieces —me corta—. No estoy haciendo una escena, ni pidiéndote que me respondas con una frase perfecta. Te lo digo porque así lo siento y porque no voy a volver a callarme nada más.

La cojo por la cintura y la acerco a mí, despacio.

—Yo también —digo—. Te quiero.

Nora parpadea una vez. Se le humedecen los ojos, se inclina y me besa con una seguridad que me enciende entero. Mis manos recorren su espalda, la subo a mi regazo, la siento encajar y me quedo quieto un segundo, respirando contra su boca.

—¿Sigues aquí? —susurra.

—Aquí —respondo.

—No me sueltes.

—No pienso hacerlo.

La tumbo con cuidado, la beso por el cuello, por el pecho, por el centro del cuerpo, y la escucho respirar más fuerte cuando mis labios descienden por su anatomía. Nora me agarra del pelo. Le bajo el pantalón despacio. Ella levanta la cadera para ayudarme, sin pudor ni prisa, y cuando me quedo entre sus muslos, la miro otra vez.

—Dime qué deseas —murmuro.

—Quiero que me mires cuando me toques —dice—. Quiero que no te vayas a ninguna parte y que me hagas sentir que esto no es un paréntesis.

La frase me atraviesa porque esa era mi especialidad: convertir todo lo importante en un paréntesis elegante.

—No lo es —respondo.

La acaricio con la mano, primero con lentitud, después con una presión más firme, y Nora se arquea mordiéndose el labio. Le separo los muslos con suavidad, le beso la cara interna y me guío por su cuerpo sin perderme. Cuando por fin la toco con la boca, Nora suelta un gemido. Me tomo mi tiempo con ella, hasta que su respiración se rompe y dice mi nombre con la voz rota. Justo después, me incorporo, me desabrocho el pantalón, me acerco y la beso otra vez antes de entrar en ella, despacio al principio, mirándola y sosteniéndole la cara con la mano.

Empiezo a moverme con un ritmo lento, profundo, sin prisa por acabar, y Nora me rodea con las piernas y me acerca más a ella, como si quisiera borrar cualquier distancia antigua. Sus uñas se clavan en mi espalda y me gusta, no por el dolor, sino por la certeza de que me reclama sin suplicar.

—Mason... —dice, respirando fuerte—. Así.

La agarro de la cintura y aumento el ritmo, sin perder el control. Nora me besa, me muerde el labio, me mira, y esa mirada me atrapa.

—Te quiero —vuelvo a decir, con la voz más baja—. No sé hacerlo perfecto, pero lo hago.

—No lo hagas perfecto —contesta, jadeando—. Hazlo conmigo.

Eso me rompe la última resistencia. Me muevo más rápido, Nora se tensa, me agarra del cuello, me susurra algo entre dientes que no puedo repetir con elegancia, porque es sucia en el mejor sentido, y la siento llegar al clímax con una fuerza que la deja sin aire. Su cuerpo se cierra alrededor del mío y yo la sigo, dejándome ir con ella.

Me quedo encima unos segundos, respirando fuerte, con la frente apoyada en su cuello y sintiendo su piel húmeda bajo la mía. Nora me acaricia la espalda, como si estuviera trazando una línea nueva encima de un mapa viejo.

—Hola —susurra.

Me río, sin querer.

—Hola.

—Qué estúpido es esto —dice, con una sonrisa contra mi oreja—. Lo fácil que era y lo difícil que lo hicimos.

Me incorporo un poco para mirarla.

—Lo hicimos difícil, porque nos daba miedo que fuera real.

—Era real igual —responde—. Solo que nos costó admitirlo.

Me tumbo a su lado, se coloca contra mi pecho y yo la abrazo sin pensar, sin calcular y sin preguntarme si esto me hace más vulnerable, porque ya no me importa.

Nos quedamos así un rato, porque no necesitamos decir nada más. Nora respira despacio, con la mejilla pegada a mi piel.

—¿Sabes qué me da risa? —dice.

—¿Qué?

—Que al final no me he hecho pequeña —contesta—. Era mi terror más ridículo y serio. Pensaba que si me quedaba, si te dejaba entrar de verdad, iba a perder algo de mí y mírame.

Le beso la frente.

—Te has vuelto más tú —digo.

Nora levanta la cabeza y me mira.

—Eso es lo que quiero que recuerdes cuando te entren ganas de ponerte en modo distancia —dice—. No te salva, sino que te deja solo.

Asiento.

—Lo sé.

—¿Lo sabes o lo entiendes? —me pincha.

—Lo entiendo —respondo—. Me costó aprenderlo y casi te perdí por eso.

Nora me acaricia la mandíbula con la yema de los dedos.

—No nos perdimos —dice—. Nos encontramos tarde.

Me incorporo y, con cuidado, saco de la mesilla un sobre doblado que lleva ahí desde hace días. Nora frunce el ceño.

—¿Qué es eso?

—Un recordatorio —respondo.

Lo abro y saco una copia del primer documento que firmamos. La hoja está arrugada en una esquina y tiene manchas de café, porque yo soy idiota incluso cuando intento ser impecable.

Nora lo mira y su expresión cambia, mezcla de risa y incredulidad.

—¿Lo guardabas?

—Lo odiaba —admito—. Luego dejé de odiarlo.

—¿Por qué?

Doblo el papel con cuidado y lo dejo sobre la cama.

—Porque ese fue el error —digo—. Y aun así nos trajo hasta aquí.

Nora se queda mirándolo un segundo y luego me mira a mí.

—No lo conviertas en algo romántico —me advierte.

—No lo convierto —respondo—. Lo vuelvo real.

Nora apoya la mano sobre el papel y lo aprieta con suavidad.

—Entonces di la verdad.

Respiro hondo antes de hablar.

—La verdad es que no nos casamos por amor sino por un impulso mal gestionado.

Nora no aparta la mirada de mí.

—Y la verdad también es que aprendimos a elegirnos después —sigo—. Cuando ya no había excusas y lo fácil era irse.

—Eso sí lo compro —murmura de haberme besado.

Me río.

—Qué generosa.

—Soy selectiva —replica—. Me caso con un hombre, no con una frase.

—Menos mal.

Nos quedamos abrazados, con el cuerpo todavía caliente, con la vida normal esperando al otro lado de la puerta del dormitorio y, por primera vez, esa vida no me parece un juicio ni una amenaza, sino la continuación lógica de una elección.

Nora se acurruca más contra mí y cierra los ojos.

—Mason —dice, con voz baja—. Prométeme una cosa.

Me tenso un segundo, por inercia y Nora lo nota y me da un golpe suave en el pecho.

—No pongas esa cara, que no es una promesa de película.

—Dime —me río..

—Si te entra el miedo, me lo dices —me ruega.

Asiento, esta vez sin negociación interna.

—Te lo diré.

—Vale —susurra con una sonrisa—. Entonces sí.

—Entonces sí —repito.

No sé qué pasará mañana, ni qué forma exacta tendrá nuestro futuro. No necesito fijarlo con hijos, ni con frases grandiosas, ni con promesas que suenen bien en un epílogo. Lo único que sé es que ya no vivo esperando una salida, ahora me quedo y esa elección, simple y brutal, arregla más cosas que cualquier plan.

Epílogo

Nora

No iba a organizar una fiesta. Esto es importante dejarlo claro desde el principio, sobre todo por si alguien decide usarlo en mi contra más adelante, porque yo dije literalmente: «Algo tranquilo, unas copas y cuatro amigos». Lo que no especifiqué es qué entiendo yo por tranquilo y qué entiende Rachel. Algo que tenía claro que no era lo mismo y hoy he vuelto a confirmarlo.

Cuando llego al salón y veo que alguien ha movido el sofá para hacer sitio a una mesa alta que no es mía, que hay una bolsa de hielo del tamaño de un cadáver pequeño en el fregadero y que la *playlist* ya va por su tercera canción de reguetón con letras altamente denunciabables, sé que he perdido el control de la situación.

—No pongas esa cara —me dice Rachel mientras abre otra botella con la habilidad de un *barman*—. Estáis casados por amor y el universo exige una celebración que esté a la altura.

—El universo no vive en este edificio —respondo—. Mis vecinos sí.

Rachel me dedica una sonrisa, que es la misma que suele preceder a decisiones cuestionables, resacas memorables y anécdotas que todo el mundo recuerda aunque hayan pasado años.

Mason pasa por detrás de mí y me besa, completamente ajeno al caos que se gesta a su alrededor, porque si algo ha aprendido en este tiempo a mi lado es que Rachel no tiene freno y los demás a su lado debemos limitarnos a sobrevivir como podemos.

—Relájate —me murmura—. Es solo una fiesta.

Lo miro, luego miro el salón lleno de gente y luego vuelvo a mirarlo.

—Eso es exactamente lo que me preocupa.

Cuando empiezan a llegar los amigos de Mason, el piso se llena de voces nuevas, demasiadas carcajadas como para no conocerse de antes con mis amigos y copas que tintinean con una

alegría sospechosa. Yo intento ejercer de anfitriona responsable, aunque en la práctica estoy más pendiente de que nadie tire nada por la ventana que de socializar.

De repente, aparece Luke, uno de los mejores amigos de Mason. Entra en casa de forma bastante inadvertida. Ryan le da una copa y se queda en un rincón, con su cerveza en la mano, observando el espectáculo con una expresión tranquila, casi divertida, como si esto no fuera una fiesta descontrolada, sino un documental interesante sobre el comportamiento humano en espacios reducidos.

Rachel lo detecta exactamente tres segundos después. Es uno de sus extraños talentos... No sé qué le dice al principio, pero puedo imaginármelo por la postura que tiene: cabeza ligeramente ladeada, sonrisa torcida y cuerpo inclinado hacia delante con intención claramente problemática. Es su forma de decir «no te conozco, pero ya me he decidido de ir a por ti».

Lucke le responde con calma. No se ríe más de la cuenta, ni intenta impresionarla. Simplemente habla, la mira y se mantiene donde está, como si no tuviera ninguna prisa por irse. Rachel parpadea, algo que no se ve todos los días.

Mason se coloca a mi lado y sigue mi mirada con interés.

—¿Problemas? —pregunta.

—Todavía no —contesto—. Pero dales cinco minutos.

Rachel gesticula, se ríe fuerte, se acerca más de lo que suele ser normal en ella cuando acaba de conocer a alguien y, por primera vez en toda la noche, no es la que marca el ritmo. Lucke no retrocede, aunque tampoco avanza. Se le ve cómodo e insoportablemente tranquilo.

—Tu amiga es... intensa —dice Mason con cautela.

—Mi amiga es un ciclón con pánico al arraigo —respondo—. Y Lucke no parece tener ninguna prisa por salir corriendo.

—Eso suele acabar mal —me responde con una sonrisa.

—O muy bien —añado—. Depende del punto de vista y del nivel de alcohol en sangre...

Los veo desaparecer hacia el balcón entre risas, empujones suaves y una conversación que claramente ya no necesita público.

Dos siluetas recortadas contra las luces de la ciudad y sin tener ni la más remota idea de que acaban de cometer el error que va a cambiar muchas cosas.

Mientras los observo, me apoyo en Mason, dejo que me rodee con el brazo y respiro hondo, con una calma que no habría imaginado hace unos meses. Pienso que quizá algunas historias no empiezan con un «para siempre», ni con una boda, ni con una promesa... Quizá empiezan con una fiesta que se nos va de las manos, una amiga un poco loca, un desconocido demasiado tranquilo y la sensación de que nada va a salir según lo previsto. Y casi siempre, justo ahí, es donde empieza lo mejor.

Nota de la autora

Querida lectora:

Muchas gracias por leer esta historia. Sé que tu tiempo es valioso y que, entre tantas historias, hayas elegido esta significa más de lo que imaginas. Ojalá esta novela te haya hecho sonreír, suspirar, enfadarte un poco conmigo y, sobre todo, sentir.

Si te apetece y solo si te nace, dejar una opinión en Amazon, hablar de la novela en tus redes o recomendarla a alguien a quien sabes que le encajaría, es una de las formas más bonitas de apoyar mi trabajo. Cada reseña, y recomendación es lo que me permite seguir escribiendo historias, publicando y encontrándonos en las páginas de mis novelas.

Gracias por leer mis historias y por formar parte de este viaje.

Con cariño,

Rosie Promise

Esto es para ti

Si te ha gustado esta novela, te animo a que leas la historia de Rachel y Lucke, que se titula: ***Cómo no enamorarte del padre de tu bebé***, la segunda entrega de la serie ***Compromisos imperfectos***.

Esta es su sinopsis:

Rachel siempre ha tenido tres normas básicas en su vida: no compromisos, no dramas y jamás depender de nadie.

En la fiesta de la boda de su mejor amiga conoce a Lucke, el amigo tranquilo del novio que no parece impresionado por su ironía ni su capacidad de convertir cualquier conversación en un espectáculo.

Rachel y Lucke se atraen, se pican, se provocan y... **Acaban en la cama.**

Pero no pasa nada, porque solo es una noche sin promesas, sin amor y sin intención de repetir.

El problema es que dos meses después, **Rachel descubre que está embarazada**, aunque lo que no esperaba es que Lucke no huyera al contárselo.

Pero **Lucke** no dramatiza, ni la presiona, ni le promete amor eterno, solo **quiere estar...**

Lo que empieza como un **acuerdo práctico entre dos adultos responsables** se convierte en **convivencia improvisada,**

tensión sexual, ecografías con latido incluido y una química que ya no se queda solo en la cama.

Rachel siempre ha temido perderse dentro de una relación y Lucke nunca ha tenido que luchar por quedarse... Hasta ahora.

Entre sexo explosivo, discusiones alocadas, escenas domésticas tan absurdas como reales y un embarazo que no entraba en los planes de ninguno de los dos, ambos tendrán que descubrir si el amor puede elegirse... incluso cuando nunca se lo habían planteado.

Porque a veces **el error no es quedarse embarazada, sino enamorarse del padre de tu bebé.**

Cómo no enamorarte del padre de tu bebé es la segunda historia **autoconclusiva** de la **serie *Compromisos imperfectos***.

¿Qué vas a encontrar en esta historia?

- Embarazo inesperado
- One night stand
- Él se queda
- Hombre tranquilo x mujer caótica
- Found family
- Romance contemporáneo adulto
- Spicy emocional
- Comedia romántica moderna

[Puedes empezar a leerla aquí.](#)

Encuéntrame aquí

En mi newsletter: [Rosie Promise](#)

Instagram: [@rosiepromise.escritora](#)

TikTok: [@rosiepromise.escritora](#)

Facebook: [Rosie Promise](#)

En mi mail: rosiepromise.escritora@gmail.com
